



DEYCRIT *Sur* Repositorio

Esta edición fue compartida por Zula y Díaz, directora de Utopía y Praxis Latinoamericana, para ser difundida a través de Deycrit-Sur Repositorio. Deycrit-Sur no posee ningún derecho sobre esta obra a excepción de la difusión de la misma. Si utiliza este material debe citar a sus autores/as y a la revista. Está estrictamente prohibido el uso comercial.

Puede acceder a toda la colección en la dirección:
<http://www.deycrit-sur.com/repositorio/archivoutopraxis.html>

Ernesto Laclau (1935-2014): Memorias del compromiso

Pudo quedarse gozando de las mieles del prestigio académico, entre agasajos, conferencias, entrevistas y congresos. Parecía un destino manifiesto de quienes llegan a ese podio de los más grandes a nivel planetario (junto a Agamben, Rancière, Negri, Žižek, Butler entre otros/as). Sin embargo, regresó desde Inglaterra a la Argentina, y desde lo académico a la política, en una singular muestra de compromiso y de coherencia personal.



*Esto, lo llevaría a recibir ataques mediáticos de la más baja estofa, realizados por periodistas indignos de ese nombre, poseedores de una amplísima y destacable ignorancia. En una revista pasatista pero a la vez férreamente opositora al gobierno argentino (al cual apoyó Laclau) llegaron a la grosería de titular con “El filósofo que divide a los argentinos”, y de poner en tapa que él -según ese libelo- “desayuna(ba) con champagne”, en una infructuosa búsqueda de disminuir su prestigio. Hubo una posterior actividad, en la **Universidad Nacional de La Plata**, en que se hizo un desagravio explícito frente a la burda afrenta.*

Pero era esperable este tipo de ataques, y Laclau asumió esos riesgos de salir de la comodidad académica al barro de la política. No es poco. Tampoco lo es que frente a algunos autores que hemos planteado críticas hacia su obra —en mi caso, parciales pero frontales— y que estamos muy distantes de su notoriedad y del alcance mundial que alcanzaron sus escritos, su actitud haya sido de cooperación y afecto. Le bastó, en mi caso, habiéndolo conocido hace apenas algo más de dos años, que compartiéramos ideales de apoyo a gobiernos que en Latinoamérica, no sin errores y contrariedades, han mejorado notablemente las condiciones de vida de la población (Argentina, Bolivia, Venezuela, Ecuador, son los que él más destacaba).

De joven, siguió la línea del marxismo latinoamericanista de Jorge Abelardo Ramos, quien planteó desde la izquierda el apoyo al proceso peronista. Fue una excepción, pues la mayoría de los marxistas caracterizaba el peronismo histórico como bonapartismo, cuando no como liso y llano remedo del fascismo a nivel local. Esto lo sensibilizó hacia una lectura de izquierda sobre los fenómenos populistas, de tanto peso en América Latina.

*Así, en su libro **Política e ideología en la teoría marxista**, de comienzos de la década del 80, se preocuparía por la constitución de la subjetividad política. Y mostraría que ésta no es reflejo de lo que sucede en el campo de la práctica económica; si las clases sociales se*

definen en el campo económico, el sujeto político se define en lo discursivo, a partir de las interrelaciones que un líder pueda llegar a plantear.

Esta “parcial independencia de lo simbólico respecto a lo material” se volvería más radical en **Hegemonía y estrategia socialista**, libro posterior, también de los años ochentas. Allí, la lucha por la hegemonía (es decir, por la dirección moral e intelectual de la sociedad, según Gramsci) se volvería radicalmente discursivo-simbólica, con cierto desenganche del espacio de clase de los actores, que todavía alcanzaba un rango de importancia en la noción gramsciana, la cual ya destacaba lo cultural frente al economicismo.

En **Emancipación y diferencia**, Laclau pretendió dar peso a la política, mostrándola fuertemente contingencial, y por ella no determinada desde las, por entonces y aún hasta ahora, asfixiantes condiciones de la economía neoliberal. La apelación a la deconstrucción y la teoría lacaniana sirven para plantear que lo universal ya no se da en la cultura posmoderna, pero su lugar puede ser ocupado por el “significante vacío” asumido desde un singular (por ej., los grupos ecologistas, o los feministas).

El retorno de populismos progresistas en Latinoamérica llevó a Laclau a retomar su viejo interés por el tema, que se había perdido en una Europa donde populismo ha sido sinónimo de movimientos de derecha. Así apareció **La razón populista**, donde se muestra la importancia del afecto en la política –contra los que quieren identificar lo racional con lo exclusivamente calculatorio–; se muestra que los populismos antagonizan en la sociedad, produciendo un quiebre en la identidad de todos los demás actores políticos; se advierte que la apelación a la noción de pueblo siempre incluye a la vez el todo social (los ciudadanos) y su “parte maldita” (la plebe, los de abajo), y que los populismos son una fluctuación entre representar una cosa y la otra; que hay populismos de derecha (Fujimori, Baccaram son dos buenos ejemplos locales), y que el populismo reivindica la política frente al administrativismo neutralista de los partidos del orden liberal.

Estos fueron algunos de los puntos decisivos aportados por Laclau. El efecto principal: sacar a los populismos del lugar de **patitos feos** de la política; des-satanizar una categoría que ha sido atacada por intelectuales que, en su mayoría, no toleran el componente plebeyo de los populismos, y asumen su posición de clase hegemónica como base del desprecio ideológico a movimientos políticos genuinamente populares.

La teoría de Laclau se establece en un alto grado de abstracción, no discutió las acciones concretas de nuestros gobiernos populistas latinoamericanos. Sí lo hizo Laclau/sujeto, con gran humildad, en las entrevistas a diarios, radio y televisión. Mostró allí que el gran teórico era también un excelente ser humano, dispuesto a poner su cuerpo en coherencia con sus ideas, y sus prácticas a la altura de sus teorías. Un legado nada menor, del cual vale la pena proveerse para los nuevos desafíos políticos del subcontinente.

ROBERTO FOLLARI

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina

Presentación

Álvaro B. Márquez-Fernández

Se reúnen en esta edición diversos artículos de investigadores latinoamericanos, que, en un mesurado esfuerzo hermenéutico, intentan darnos claves fundamentales o perspectivas epistémicas del pensamiento sociopolítico de E. Laclau.

Este es el resultado de un proyecto editorial de hace varios años, coordinado por el Dr. Hernán Fair, que se hace público hoy a través de las páginas de "Utopía y Praxis Latinoamericana". Nos sentimos agradecidos y honrados de poder contribuir al desarrollo de una cultura académica que toca a la puerta de noveles estudiosos para quienes la investigación se encuentra plenamente comprometida con las transformaciones prácticas de los poderes del Estado y su institucionalidad.

Así lo leeremos en esta edición especial, porque, precisamente, esas prácticas de "la política" tienen origen y destino en un devenir de la realidad donde la concepción de "lo político" no es a priori, pues resulta, a su vez, de la fuerza deconstructiva del quehacer de "la política": suficientemente capaz de fracturar cualquier orden de la totalidad y la racionalidad de sus sentidos. Las contingencias empíricas de esta praxis de la política en un variable universo de antagonismos tienden a recrear el orden regulador del poder, es decir, entender la hegemonía a través de nuevas mediaciones o relaciones de discursos, identidades y sujetos políticos, que deben responder a las interrogantes del pensamiento crítico post-marxista.

El protagonismo de la clase obrera en la disolución económica y política de la estructura de clases del Estado capitalista, es para Laclau una tesis universalista, esencialista, que no explica la recomposición hegemónica de los sistemas de poder que permiten la rearticulación de las formas hegemónicas de la sociedad.

Desde la perspectiva laclauiana, considera inapropiada, en su estudio, **Soledad Stoessel, "Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea. Una aproximación desde la obra post-marxista de Ernesto Laclau"**, la tesis de un sujeto absoluto, único, homogéneo, auto constituido por una conciencia de sí donde no es recurrente la presencia de otros para asumir la lucha social.

Se trata, por el contrario, de comprender, frente a los antagonismos propios de toda sociedad, que los nuevos espacios generados en el enfrentamiento y construcción de la hegemonía no son predictivos, sino que son causa de una heterogeneidad social de la que emanan fuerzas cuyas dinámicas de control y poder son inéditas e inciertas. Se consolidan, en ese post factum que es la praxis social; quiénes son; de dónde provienen los sujetos actores de la realidad; cómo se cristaliza, a través de la diversidad de representaciones sociales que entran en pugna, el poder y control hegemónico del sentido.

Es indiscutible el valor heurístico de las tesis postmarxista de Laclau, a la hora de hacer inteligible la construcción-deconstrucción de cualquier modelo normativo de teoría política que intente suscribir una interpretación objetivista de la realidad. No se puede desatender el nudo compulsivo por medio del que la sociedad capitalista busca un cierre a su totalidad. El discurso proselitista de la inclusión hace viable esa opción, pues es un significado que tiende a dotar de contenido el sentido fallido o vacío de otros significantes, a través del discurso de la tolerancia o persuasión.

El reconocimiento de las divergencias o pluralidades de identidades sociales que hacen emergencia en el espacio de la política, permanentemente tensionan la coacción o libertad del sentido de lo político, a esa lucha es que la esfera de la hegemonía termina respondiendo. Y en

este punto su tesis sobre el populismo, es decir, actuación popular del pueblo, como un “modo de articulación” de la hegemonía, abre un rico panorama para adentrarnos en las diversas prácticas políticas –nivel óntico– que acontecen, v. gr., actualmente en latinoamérica.

La dación del mundo a través del lenguaje, implica, el uso de la palabra y del discurso como forma comunicativa que permite dar al sentido de la realidad una impronta concreta por medio de la creación del signo; es decir, el referente semiótico que surge de la praxis significada.

Es una correlación entre sentido y significado, que no es esencialista puesto que la producción del sentido resultado de una serie de ambivalencias semánticas insertas en ese corpus lingüístico de la sociedad que bien puede entenderse como un “bricolage”; es decir, una compleja experiencia donde la significación que se logra a través de las pragmáticas del lenguaje son excesivamente antagónicas y polivalentes. Imposible una uniformidad metodológica o teórica del objeto significado. Tal como lo señala **M. Inés Alonso Brá** en su artículo “**Teoría de la hegemonía y bricolage. Esbozo de un ejercicio de restitución del carácter social y político del lenguaje**”: en el contexto de las luchas discursivas es donde el poder de la política instauro su dirección hegemónica. En tal sentido, señala que en la interpretación de la economía capitalista el significante “desarrollo” asociado al de “democracia política”, aunque es un significante parcialmente flotante o vacío, termina reforzado o aliado, a causa de la concepción tecno-científica que le sirve de soporte al proyecto de la modernización. La particularidad de esta modalidad de desplazamientos de significantes que estrictamente no son equivalentes fuera de la concepción capitalista del mercado, dan lugar a reiteraciones del sentido que generan una entidad discursiva capaz de homologar realidades. Es indispensable cuestionar el contexto de las prácticas discursivas de la política para develar la producción ideológica del lenguaje (Althusser) en el sostenimiento de la hegemonía.

La descomposición estructural del sistema de la totalidad no es causa de una postura meta-teórica o metafísica de la existencia de la que pueda depender el sistema en su identificación o autorregulación. Es por medio de una fractura, asimetría, diseminación de los espacios y tiempos en los que los elementos del sistema permanentemente pierden su coherencia lógica e implicativa, que la desustanciación de la totalidad ocurre debido a que sin dualismo interno y externo, toda constitución estructural sucumbe al caos, lo indecible, imprescriptible, la “différance”. No hay centralidad o nudo duro que permita acuñar un orden permanente y regular: se acrecienta la multiplicidad de sentidos contrarios o adversos a un único orden establecido.

Ningún principio de identidad puede restringir o anular el existencial de realidades entre presencias y ausencias. La deconstrucción viene a tener una tremenda importancia para Laclau, pues, tal como lo expresa, **Agustín Méndez** en su artículo, “**La Teoría de la Hegemonía, una lectura desde el psicoanálisis y la deconstrucción**”, permite señalar el carácter falaz de toda institución política por su imposibilidad de hacerse de un sentido absoluto de la realidad. Aunque es viable optar por una decisión a partir de lo que no puede predecirse, en Laclau la salida es de otra índole ya que considera que si siempre existen normas se necesita de la emergencia de un sujeto circunscrito por los antagonismos que permiten propiciar las expectativas de interés por ser inclusivos a la hegemonía. La auténtica decisión recae en una comprensión ética de la falta de identificación del ser, la pérdida de su goce, en su relación con lo Real necesario para concretar los límites del mundo. También, por otra parte, acotando la influencia de Lacan, ese sujeto de reconocimiento que se reviste desde puntos de vistas opuestos y que necesariamente requiere de la presencia del otro, puede percibirse como plebs en cuanto parte del *populus*. Es urgente poder visualizar su falta, ausencia, vacío, en el orden político que intenta rearticular las hegemonías.

En la tradición del marxismo clásico, la composición estructural del corpus societal, responde a la lucha de clases. Esta es una categoría central que permite explicar desde el orden de la producción capitalista la configuración de poderes que se instituyen en la sociedad y que determinan la legi-

timidad de sus actores. Ello implica que el cambio social, surge del antagonismo y luchas de clases, y, por consiguiente, el reacomodamiento de la hegemonía por parte de los subordinados.

Sin embargo, el propio desarrollo de las leyes del capitalismo a través del mercado y del consumo, la tecnología, los modelos gerenciales, nuevas formas de apropiación y acumulación de capital por otros sectores empresariales, etc., han desdibujado la fuerza disruptiva de las clases sociales en el escenario de las posibles crisis capaces de desintegrar la sociedad clasista.

Precisamente, el artículo de **Marcelo Gómez, “Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau”**, nos presenta un análisis crítico de la validez o no de esta categoría en las sociedades liberales de hoy. Laclau considera anacrónica esta categoría que es un residuo hegeliano infiltrado en la dialéctica marxista, pues considera a la clase autodeterminista y sustancialista históricamente. Su tesis se basa en la relación discursiva que se desarrolla en la sociedad como establecimiento de las relaciones de poder. Visto el discurso como exterioridad de sentido que porta sentido a los actores sociales en el desarrollo de sus antagonismos. Sin embargo, esta tesis genera severas críticas sobre los condicionamientos del discurso como base de reflexión y comprensión de la política, pues supone una cierta predeterminación del discurso sobre la acción práctica de los sujetos en su movilidad social, etc.

El desplazamiento del discurso a través de la sociedad es el resultado de un antagonismo de conflictos e intereses donde se pugna por la construcción de identidades que permitan la inserción del pueblo y los movimientos sociales en prácticas políticas de intervención e integración hegemónicas que exceden el restrictivo espacio de las clases sociales en cuanto que adosadas a una expresión de las contradicciones económicas. Pero hoy día hay que señalar que además de eso, las clases son el horizonte real donde el hombre contemporáneo dirime sus relaciones de antagonismo. A fin de cuentas sin intentar una revalidación de la categoría de clases, se vislumbra en las tesis de Laclau un lúcido esfuerzo teórico por presentar una superación de las clases por el actor social que la constituye, a partir de la discursividad del pueblo.

La sociedad regulada por normas responde a una estructura jurídica donde la ley es un valor impositivo de la justicia en cuanto que es consecuente del hecho que se legisla. Es un asunto que problematiza la autonomía de la ley cuando se evade el sentido moral y político de los actos particulares de la ciudadanía, sobre todo, cuando son contrarios al juicio del legislador. Por esa razón, se designa positivismo jurídico al ejercicio instrumental y formal de las leyes sin otra vinculación con la realidad social contingente. El análisis postestructuralista que propone Laclau a través de su teoría del discurso, parece imprescindible para **Igor Suzano Machado** en su artículo, **“Derecho y Hegemonía: una mirada post-estructuralista acerca del Derecho, la judicialización de la política y la politización de la justicia”**, a los efectos de entender el derecho contemporáneo como una estructura descentrada que se opone directamente a una concepción nuclear de la sociedad como orden o status quo.

En la línea de Derrida, Laclau y Mouffe se considera a la sociedad en términos discursivos. Es decir, las leyes y las normas son referentes parciales de múltiples sentidos que pueden portar una realidad que es inobjetable a través de un sólo significado. Es un sistema abierto a las polisemias del sentido, lo que genera una reinterpretación de lo que se interpreta. Las instituciones judiciales representan una forma de gestionar la justicia desde un paradigma universalista y formal del bien a todos por igual, sin embargo, eso no es suficiente premisas para optar por una justicia compartida, porque el significante de justicia es multiverso según el contexto donde se aplica. En muchos casos la aplicación de la ley es inconsistente con la realidad empírica que surge de las experiencias ciudadana en la forma procedimental de su aplicación. Se teje una discursividad que genera una “dislocación” en el sistema de representación de las leyes. Resulta interesante la vía de superación que va del derecho represivo al derecho autónomo y de éste al derecho reponsivo que

presenta el autor, pues permite una salida contra hegemónica al sistema de poder instaurado por los intereses de los grupos dominantes, ya que implican una nueva cadena de sentidos propiciados por la diversidad y diferencialidad de los discursos políticos.

“Populismo”, es más que una palabra de la que derivan un sinnúmero de opiniones e interpretaciones. Es inicialmente una conducción o comportamiento colectivo inducido o gestado por la existencia de una entidad política, cívica, del “ser social” que es subsidiaria de la noción genérica de “pueblo”. Y éste, es decir, el pueblo en su calificativo social de masa o colectivo, termina representado de alguna manera en sus valores más “populares”, fuertes grados de reconocimiento e identidades en sus puntos en común. Es compleja una aproximación teórica para interpretar el “populismo”, más aún, señalar su rol en la rearticulación de la hegemonía cuando se le asigna un protagonismo discursivo que implica su inclusión social en el poder.

La propuesta discursiva que hace Laclau del populismo, como una manera alternativa de “construcción de lo político”, “construcción del antagonismo”, no le parece viable a **Daniel Gutiérrez**, tal como lo desarrolla críticamente en su artículo, **“Populismo: el ruido y la ira”**. Problematisa con agudeza las tematizaciones que hace Laclau acerca del “sujeto” de lo que es “populismo”, pues carece de sentido ya que por ser una abstracción universal no hay entidad que le sirve de soporte significativa ya que el “pueblo” no es un “sujeto colectivo”.

Este cuestionamiento al concepto de populismo que estudia Laclau, pasa por una serie de fuertes interrogantes a gobiernos de izquierdas en Latinoamérica, donde, bajo la presunción de que el populismo es un modelo para la acción política “radical”, a lo que contribuyen las tendencias neopopulistas, se encierra una técnica fascista del poder, lo que no contribuye en absoluto al avance de las democracias. Otra disputa de importancia que se trata en este artículo es la relación entre los “medias” y la “hegemonía”, pues los estados de corte populista pretende confiscar el derecho a la palabra de los otros por medios de un discurso de control social sobre la opinión pública con la finalidad de censurar la disidencia.

Sebastián Barbosa en su artículo **“¿Analogía o identidad, ontología o ética entre la teoría del significante de J. Lacan y la teoría de la hegemonía de E. Laclau?”**, nos señala que desde la perspectiva del análisis postmaxista que desarrolla Laclau a través de la influencia de las tesis de Lacan acerca de lo Imaginario, Simbólico y Real, la importancia del psicoanálisis es extremadamente puntual en el análisis del discurso político como corpus de la interpretación social.

Esa tríada es clave para comprender el orden heterodoxo y no-centrado de los sistemas de significación o representación. No es posible la admisión de un principio regulador a partir del cual se deba regir la totalidad estructural. Ésta antecede a tal principio debido a que se resuelve en un nivel de orden óptico donde la acción del sujeto se entretiene de modo desigual a efecto de suscitar los cambios. La noción de estructura, vista como un conjunto “no todo” significa que si se modifica una parte se modifica el todo. Esta condición práctica es posible gracias a una interpretación que considera que el lenguaje crea y designa el mundo por medio de la necesidad del goce, deseo, placer, a lo que reiteradamente nos remite el campo estructurado de lo Real. La traslación a la que se dedica Laclau por configurar en términos lacanianos su teoría de la hegemonía, es extremadamente refinada y compleja. Persigue la finalidad de identificar, no tanto convalidar unos términos con otros, la correlación de las tesis de Lacan para dotar de más consistencia epistémica su reflexión discursiva de la hegemonía. Ya que es un momento deconstructivo y de re-articulación de fuerzas sociales altamente diseminadas a través del inconsciente que se desborda por el lenguaje en su interés para resignificar la circunscripción de lo Real cuando es criticado desde otra práctica discursiva de la existencia que lo disgrega en sus límites o fronteras.

Se cierra esta edición con el artículo de **Renata S. Schevisbiski**, titulado, **“Lo político y la política en Claude Lefort: aportes teóricos para una reflexión sobre la Democracia”**. La autora centra su esfuerzo analítico en distinguir en Lefort “lo político” y “la política”, en un ángulo teórico de la reflexión que encuentra sugestivas concordancias y diferencias con las ideas que se han venido exponiendo del pensamiento de Laclau.

Descarta Lefort toda consideración científica que defina “la política” como un “objeto” de estudio separada del sujeto cognoscente. Un dominio del conocimiento separado y a veces excluyente de otros aspectos de la sociedad no reconocidos por “la política”, v.gr, la ética, estética.

Ese proyecto por hacer de “la política” una especie de disciplina o manual del poder y del gobierno, pierde la perspectiva —a juicio de Lefort— que ya “la política” está en la sociedad en su forma autoconstituyente según un cierto modelo de relaciones de producción, técnicas, etc., y que de acuerdo a esto logrará establecer su razón de ser o “régimen”. La relevancia de “lo político” se explica como un estilo de “pensar el ser social” en un plano de la reflexión filosófica donde adquiere interés el plano metasociológico o metapolítico; sin dejar al margen, es obvio, el fenómeno de su institucionalidad.

La esfera de la comprensión de “lo político”, responde a una “mise en forme” a partir de la cual el sentido de la sociedad es estructurado por la naturaleza y representación del poder y simultáneamente por las prácticas de las experiencias subjetivas del mundo. Las representaciones simbólicas del poder van a definir y establecer las orientaciones, aceptación o rechazo del significado que genera el poder para suscribir voluntades colectivas que deben reconocerlo. En esta escala de simbolización se genera el aura de “lo político” de cada sociedad como instancia de identificación entre la sociedad y sus valoraciones; es el caso de incorporar la experiencia democrática como forma de transformación social de los poderes, en razón de la presencia del pueblo.



ESTUDIOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 13 - 31

REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL

ISSN 1315-5216 ~ CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea. Una aproximación desde la obra post-marxista de Ernesto Laclau

The Categories of Hegemony, Antagonism and Populism in Contemporary Political Theory. An Approach Using the Post-Marxist Work of Ernesto Laclau

Soledad STOESSEL

CONICET-Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

RESUMEN

El propósito de este artículo es analizar las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo desarrolladas a lo largo de la obra de Ernesto Laclau. La hipótesis que atraviesa el trabajo sostiene que cada una de estas nociones funciona desplazándose entre diferentes campos analíticos, e incluso superponiéndose. Distinguir los usos de esas categorías –en el campo ontológico, óntico e identitario– permitirá colocar en el centro del debate discusiones relacionadas a la institución del orden social, la constitución de los sujetos políticos y de las identidades colectivas.

Palabras clave: Ernesto Laclau, hegemonía, antagonismo, populismo, sujetos políticos.

ABSTRACT

The aim of this article is to analyze the categories of hegemony, antagonism and populism developed throughout Ernesto Laclau's work. The hypothesis in this paper states that each of these notions functions by moving among three different analytical fields and may even overlap to some extent. Distinguishing the uses of these categories –in the ontological, ontic and identity fields– will permit placing topics related to the institution of social order, the constitution of political subjects and collective identities at the core of the debate.

Keywords: Ernesto Laclau, hegemony, antagonism, populism, political subjects.

INTRODUCCIÓN

La preocupación por el orden social y su reverso, el conflicto, ha sido una de las mayores obsesiones teóricas de las ciencias sociales, generando en las últimas décadas diversos desarrollos teóricos que han sido caracterizados como postestructuralistas y postfundacionales¹. La teoría y filosofía políticas contemporáneas complejizaron la discusión y reflexión acerca del orden social y el conflicto ampliando las mismas hacia nociones tales como hegemonía, antagonismo, discurso, identidad y sujeto, e incorporando debates provenientes de otras disciplinas. En este contexto, el presente artículo se propone centrar la mirada en el andamiaje teórico-analítico construido por el teórico argentino Ernesto Laclau, considerado uno de los fundadores y referentes de la teoría política post-marxista².

Desde mediados de los años setenta hasta la actualidad, la vasta y compleja obra de Laclau estuvo permeada por los debates intelectuales y políticos que se suscitaron en cada período, lo cual se reflejó en el entramado conceptual y en las discusiones que sus textos recuperaron. No obstante, un hilo argumentativo que atraviesa la totalidad de sus trabajos es la vinculación de las categorías de “hegemonía”, “antagonismo” y “populismo” para explicar la institución del orden social, la constitución de sujetos políticos y la emergencia de identidades colectivas. Desde su primera obra *Política e ideología en la teoría marxista*³ hasta su último libro *Debates y combates*⁴ estas categorías han sido la referencia principal de su perspectiva teórica, a la que incorporó los aportes de diversos enfoques y tradiciones—además del marxismo, base de su planteamiento teórico—como el psicoanálisis lacaniano, la lingüística, el estructuralismo, la retórica y la filosofía analítica de inspiración wittgensteniana.

La hipótesis teórico-analítica que sustenta el artículo y ayudará a ordenar las distintas dimensiones y problemáticas que entrañan estas categorías sostiene que la “hegemonía”, el “antagonismo” y el “populismo” operan en la obra del teórico argentino en tres campos analíticos diferentes: el ontológico, óntico e identitario⁵. En este punto se retomó la distinción entre “lo ontológico” y “lo óntico” de la filosofía de Martin Heidegger para hacer referencia a la dimensión instituyente e instituida—respectivamente—del orden social. Es a través de lo óntico—la materialización de lo ontológico—que se logra aprehender la forma en que se despliega la dimensión instituyente. Para diferenciar es-

- 1 MARCHART, O (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires, FCE. Los trabajos de Ernesto Laclau, Jacques Rancière, Etienne Balibar, Slavoj Žizek, Jacques Derrida, Cornelius Castoriadis, entre otros, abrevan en estos paradigmas, enfatizando en diferentes dimensiones.
- 2 Adjudicarle el calificativo de post-marxista responde menos a una actualización de la teoría marxista que a un intento de revisar críticamente y superar sus postulados “deterministas” y “materialistas” (LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, FCE.) Los autores autodefinen a su perspectiva de post-marxista al sostener que en las sociedades contemporáneas las categorías marxistas han llegado a ser anacrónicas para comprender los procesos políticos actuales.
- 3 LACLAU, E (1978). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid, Siglo Veintiuno.
- 4 LACLAU, E (2008). *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires, FCE.
- 5 Esta hipótesis de trabajo ya fue desarrollada en otro artículo elaborado en co-autoría con Martín Retamozo, a partir de la indagación en la categoría de antagonismo en la obra de Ernesto Laclau. Ver: RETAMOZO, M & STOESSEL, S (s/f). “El concepto de antagonismo en la teoría política contemporánea”. *Revista de Estudios Políticos*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia (en prensa).

tos campos, se consideró necesario retomar la distinción que propone Retamozo⁶ para comprender cómo funcionan estas nociones en la obra de Laclau: por un lado, cada una de ellas puede ser entendida como una *categoría* que opera con una "lógica formal teórica que propone herramientas para el abordaje analítico de fenómenos"⁷; por otro lado, pueden ser pensadas como *conceptos*, es decir, como "diferentes contenidos posibles que adquiere una categoría implementada en la reconstrucción de un proceso particular y en función de una problemática específica"⁸.

En efecto, algunos de los equívocos en el debate sobre los aportes de Laclau se producen por no diferenciar los campos –usos de los conceptos– en que dichas nociones intervienen y que muchas veces en la obra del autor se desplazan, superponen y confunden⁹. Este ejercicio analítico contribuirá a colocar en el centro del debate ciertas discusiones en torno a la institución del orden social, la constitución de los sujetos políticos a partir del conflicto y la elaboración de proyectos políticos en torno a las identidades colectivas.

El artículo se estructura en cuatro secciones. En primer lugar, se introducirán algunas coordenadas teóricas en las que se enmarca la teoría postfundacional de Laclau. En la segunda sección, se realizará un análisis de la noción de hegemonía, distinguiendo los tres campos en los que opera en la obra laclauiana y haciendo hincapié en la batería de conceptos que a ella se vinculan, como los de articulación, discurso, signifiante y frontera antagónica. En la tercera, esta indagación permitirá abordar la cuestión del antagonismo como condición de (im)posibilidad del orden social y de todo intento hegemónico por estructurar (y destituir) el orden. En cuarto lugar, se reconstruirá el debate en torno al populismo en tanto lógica política que atraviesa los procesos políticos contemporáneos.

1. "POSTMARXISMO SIN PEDIDO DE DISCULPAS": REPENSANDO EL ORDEN SOCIAL

En las últimas décadas, proliferaron múltiples debates en torno a la forma en que la teoría política contemporánea ha venido concibiendo al orden social, la sociedad, lo político, la política y el conflicto¹⁰. Una de sus corrientes, el pensamiento post-fundacional¹¹ cuestiona la existencia de un fundamento último y necesario de la sociedad dado que, desde este enfoque, ésta se asienta en un terreno caracterizado por una contingencia radical¹², lo que no significa desconocer que todo orden social, situado en un tiempo y espacio determinados, se instituye a partir de específicos principios. En

6 RETAMOZO, M (2011). "Tras las huellas de Hegemón. Usos de hegemonía en la teoría política de Ernesto Laclau". *Utopía y praxis latinoamericana*, Año 16, n°. 55, CESA-Universidad de Zulia, Maracaibo, Venezuela, pp. 39-57.

7 *Ibid.*, p. 41.

8 *Ibidem*.

9 En este trabajo la indagación en estas tres categorías no será abordada a partir del orden cronológico de publicación de las diferentes obras de Laclau, sino a partir de los tres niveles analíticos que se propuso a manera de hipótesis: lo ontológico, lo óntico y lo identitario, de una mayor a una menor abstracción analítica.

10 ARDITI, B (1995). "Rastreado lo político", *Revista de Estudios Políticos*, n°. 87, Madrid, pp. 333-351, CASTORIADIS, C (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tousquet; LEFORT, C (1990). *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires; MOUFFE, Ch (1999). *En torno a lo político*. Buenos Aires, FCE; RETAMOZO, M (2011). *Op. cit.*

11 MARCHART, O (2009). *Op. cit.*

12 Esta diferencia ontológica entre lo político y la política remite a dos paradigmas provenientes de la filosofía y teoría política del siglo XX. Por un lado, la tradición influenciada por Hannah Arendt (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona, Paidós, que pone el acento en el momento asociativo de la acción política, en el cual una sociedad libre y plural puede gozar de momentos de comunidad a través de las deliberaciones públicas; por otro, la teoría política liberal de Carl Schmitt (1998). *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, que enfatiza el momento disociativo de aquella a partir de la distinción entre "amigo" y "enemigo", el criterio que garantiza la autonomía de lo político.

efecto, la distinción entre “lo político” y “la política”, como se verá más adelante, constituye el síntoma de la ausencia de *un* fundamento que explique el orden social, aunque eventualmente se pueden identificar los principios que han determinado, en última instancia, los diversos ordenamientos sociales: por ejemplo, la propiedad privada y la libertad económica rigieron las sociedades liberales occidentales de principios del siglo XX; la igualdad social y la propiedad comunitaria marcaron el orden social soviético de las primeras décadas del siglo XX; la globalización mercantil ha venido gobernando a las sociedades regidas por el modelo neoliberal.

Esta premisa acarrea un conjunto de implicancias conceptuales, teóricas y políticas dado que cuestiona los esencialismos, determinismos y “fatalismos” condensados en muchas de las perspectivas teóricas que postulaban como una *necesidad histórica* —y en muchos casos continúan haciéndolo— un destino irreversible para las sociedades —por ejemplo, la sociedad de mercado, según la teoría (neo)liberal; la sociedad sin clases, desde el marxismo ortodoxo—. El enfoque desarrollado por la teoría post-fundacional, por el contrario, se interroga por los modos en que se constituyen y al mismo tiempo, se reconfiguran los ordenamientos sociales, prescindiendo de pronunciarse *a priori* acerca de los resultados de estas acciones así como de los sujetos que las encarnan. En efecto, el contenido de estos fenómenos debe ser el objeto de estudio de un análisis social y político situado.

La polémica frase de Laclau “la imposibilidad de la sociedad”¹³ condensa un conjunto de interrogantes y disparadores teóricos: la sociedad es imposible porque estructuralmente está fallada, la determina un exceso de sentido —el “campo de la discursividad”— que amenaza constantemente con irrumpir en ella, dislocarla y volver a configurar un nuevo orden. Por lo tanto, la sociedad es ontológicamente imposible, es pura contingencia, aunque regida, durante lapsos de tiempo, por principios y sentidos que intentan dominarla y estructurarla. Pues si la sociedad es imposible, ¿cómo es susceptible de ser nombrada? Es aquí donde Laclau propone la idea de “lo social”, aquel terreno de prácticas sedimentadas —aunque *necesariamente contingentes*—, instituidas, materializadas, cuyos orígenes han sido olvidados y naturalizados. Este orden de “lo social” será cuestionado y desestabilizado por la intervención de “lo político”, el momento de reactivación e institución, para hablar en términos del filósofo E. Husserl. Este momento otorgará a lo social una dimensión contingente, desnudando la aparente necesidad del orden social.

Lo político, desde la perspectiva de Laclau, constituye la instancia ontológica de lo social desde el momento en que opera a través de una articulación de decisiones contingentes, fijando sentidos y conduciendo a la sedimentación de las prácticas. Lo político intervendrá y dará forma a lo social a través de la materialización de dicha operación, lo que Laclau denomina “la política”. En palabras del autor, “cuando el proceso de institución a partir de lo político ha sido exitoso, y avanza el olvido de la contingencia, el sistema opera con una lógica delimitada por el acto hegemónico fundacional”¹⁴. Esta lógica es el momento de la política entendida como la administración de lo dado, de lo instituido, es la instancia óptica en la que se materializan las prácticas e instituciones. Esta precariedad del orden se debe precisamente a que lo social se estructura por y a través de un doble movimiento de fijación/desfijación de sentidos, por lo tanto, es contingente y no está dado *a priori*. Por último, este trasfondo sobre el que opera lo político también genera las condiciones para la constitución de los sujetos políticos y las identidades colectivas.

13 LACLAU, E (1983). “La imposibilidad de la sociedad”. *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión.

14 *Ibid.*, p. 51.

La primacía insoslayable que tendrá lo político sobre otras dimensiones —lo económico, lo socio-cultural, lo ideológico— pone de manifiesto la ruptura que entraña la perspectiva laclauiana con las dicotomías rígidas que habían caracterizado a los paradigmas marxistas, como estructura-superestructura; necesidad-contingencia; particularidad-universalismo, tanto desde la teoría desarrollada por el propio Marx hasta el marxismo de corte althusseriano. Según Laclau y Mouffe, “ni la concepción de la subjetividad y de las clases que el marxismo elaborara, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni desde luego la concepción del comunismo como una sociedad transparente de la que habrían desaparecido los antagonismos, podría sostenerse hoy”¹⁵.

2. HACIA UNA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA: ARTICULACIÓN, DISCURSO, SIGNIFICANTE Y FRONTERAS ANTAGÓNICAS

La teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau ha sido objeto de múltiples debates y discusiones en el ámbito de la teoría política contemporánea¹⁶. Si bien la introducción de la categoría hegemonía se inicia en escritos previos a *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*¹⁷, publicado junto a Chantal Mouffe en el año 1985, es en este trabajo en el que con mayor énfasis queda expuesta su concepción y constituye una lectura obligada para recuperar dicha categoría¹⁸.

El análisis de la noción de hegemonía es una tarea central tanto por la expansión del uso del vocablo en contextos mediáticos y políticos, como por su frecuente utilización en teorías políticas y sociológicas que raramente recurren a una sólida teorización. Así, si bien hegemonía constituye una palabra presente en el vocabulario sociológico, los tratamientos exhaustivos y rigurosos de la categoría son pocos¹⁹. Laclau y Mouffe afirman que el concepto se inició en el discurso marxista de manera *ad hoc*, como una herramienta provisional destinada a remendar las anomalías halladas en la teoría marxista clásica. Con la crisis del paradigma marxista hacia fines del siglo XX, se abre, para los autores, la posibilidad de repensar en términos epistemológicos y políticos la noción de hegemonía ante los desafíos de construir un proyecto político en términos de luchas y alianzas de clase en un contexto de transformaciones, nuevas contradicciones y profundas fragmentaciones sociales. Ahora bien, ¿qué es la hegemonía para Laclau?

15 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Op. cit.* p. 28.

16 Algunas críticas a la teoría de la hegemonía de Laclau provinieron de BORÓN, A & CUÉLLAR, O (1983). “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLV. Vol. XLV. n° 4, México. S/D; GERAS, N. (1987). “Post-marxism?”, *New Left Review*, 163, Mayo-Junio; BORÓN, A (1996). “¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”, *Revista Mexicana de Sociología*, México. vol. 58, n° 1, S/D; RUSH, A. (2001) “Marxismo y Posmarxismo. Polémica Laclau-Mouffe vs. Geras”, *Herramienta*, n° 18; VELTMEYER, H (2006). “El proyecto post-marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau”. *Revista Theomai*. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo, n° 14. S/D; y HOWARTH, D (2008). “Hegemonía, subjetividad política y democracia radical”, en: CRITCHLEY, S & MARCHART, O (2008). *Op. cit.*, entre otros.

17 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Op. cit.*

18 HOWARTH, D (2008). *Op. cit.*, considera que la teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau atravesó a lo largo de su obra tres modelos, los cuales corresponden a tradiciones y problemáticas teóricas diferentes y por ende, orientaciones políticas diversas: el primer modelo corresponde a la década de 1970 en el cual incorporó los escritos de Gramsci y Althusser de los cuales se apropió de la categoría de articulación; en la década del 80, se nutrió de las contribuciones post-estructuralistas de Foucault y Derrida, específicamente la noción de discurso e indecibilidad; el tercer modelo lo ubica en la década del 90 con los aportes derivados de la teoría psicoanalítica lacaniana, de la cual extrajo los conceptos de puntos nodales y significante.

19 Autores como Perry Anderson, Raymond Williams y Stuart Hall, por citar algunos, han centrado parte de sus preocupaciones en desentrañar la categoría de hegemonía con referencias ineludibles al pensamiento de Antonio Gramsci.

Como una primera forma de aproximarse, se puede sostener que es la relación “por la cual una cierta particularidad asume la representación de una universalidad totalmente incommensurable con ella”²⁰, o, la “relación por la que un contenido particular pasa a ser el significante de la plenitud comunitaria ausente”²¹. Esta definición de hegemonía puede adoptarse tanto para comprender la constitución del orden social como la de los sujetos políticos y las identidades políticas porque se puede pensar en términos de “lógica política”, es decir, como un modo de racionalidad política que establece campos de representación de acuerdo a determinados recursos y reglas. La tensión –irresoluble– entre universalidad y particularidad será una lógica que intervendrá en cualquiera de estos fenómenos. Precisamente diferenciar los usos de la categoría de hegemonía ayuda a comprender a qué procesos políticos el análisis está prestando atención.

a. Hegemonía como la lógica política de las sociedades contemporáneas

Es necesario remitirse a la distinción que se realizó anteriormente entre “lo político” y “la política” para comprender el uso ontológico de la noción de hegemonía. Como el orden social está intrínsecamente dislocado, fallado y reviste de un exceso de sentido, es, desde esta perspectiva, la lógica hegemónica la que interviene para intentar suturar ese orden, darle un cierre –aunque precario–, “domesticar la infinitud”²². Para ello, la práctica hegemónica requiere de una operación articuladora, es decir, una práctica que recompone en una unidad diversos elementos cuya identidad se modifica como resultado de esa práctica. En palabras de los autores, “a la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos ‘discurso’”²³, es decir, una totalidad que reviste de sentidos y al mismo tiempo los produce²⁴.

Todo elemento articulado por la lógica hegemónica –estos elementos pueden ser demandas, proyectos, identidades, etc.– en una totalidad discursiva adquiere su sentido sólo por la diferencia con otros elementos, a los que Laclau ha dado el nombre de significantes²⁵. El carácter precario de éstos abrirá el campo de posibilidades en la medida en que la práctica hegemónica seleccionará cuáles de ellos se articularán en una unidad, dotándolos de determinados contenidos. Según Laclau, toda articulación hegemónica requiere de la producción de fijaciones parciales que detengan el flujo de las diferencias anudando de este modo el discurso. Laclau retoma la lectura lacaniana e in-

20 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Op. cit.*, p. 10.

21 LACLAU, E (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ed. Ariel, p. 82.

22 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 105.

23 Si bien las raíces teóricas del concepto de articulación empezaron a vislumbrarse en las lecturas gramscianas de Laclau tal como se puede recuperar en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, no se debe desconocer la gran influencia que los escritos de Althusser ejercieron en los primigenios trabajos políticos de Laclau. Sin embargo, el “problema althusseriano” que encuentra Laclau concierne a su idea de “determinación en última instancia de lo económico”, por implicar una concepción esencialista y racionalista de las instancias estructurales (lo económico, lo ideológico, lo político), las identidades (las clases y sus intereses) y las relaciones sociales (expresión de esos intereses a nivel político). LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Op. cit.*, pp. 142-143.

24 Lo discursivo, según el autor, constituye aquella “totalidad que incluye dentro de sí a lo lingüístico y a lo extra-lingüístico” (...) el habla y el lenguaje son tan solo componentes internos de las totalidades discursivas” (LACLAU, E. 1993, *Op. cit.* p. 114). Para Laclau, el discurso, lejos de hacer referencia a la palabra oral y escrita, es entendido como práctica de sentido que constituye las posiciones de los sujetos como agentes sociales.

25 La categoría de significante se inició en los estudios lingüísticos de Ferdinand de Saussure y luego fue reapropiada por el psicoanálisis lacaniano. Lacan desmantela la tesis de Saussure para quien a cada significante le corresponde un significado particular e invierte la relación afirmando que el significante es determinante en ese vínculo y el significado no será más que el efecto de la relación entre varios significantes unidos en una cadena significante.

introduce la problemática de los significantes relacionados con la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia, ambas subyacentes a toda relación y proceso hegemónicos.

La lógica de la diferencia constituye el modo político en que se procesan de forma aislada elementos heterogéneos y parciales, logrando que éstos conserven sus particularidades. La lógica de la equivalencia, por su parte, es un momento a partir del cual demandas particulares se articulan en un todo, enfatizando en lo que ellas tienen en común: su oposición hacia un Otro. La construcción de una frontera antagonica es la condición *sine qua non* para que la relación equivalencial se mantenga y la identidad de cada elemento no se diluya en su particularidad, tal como ocurre cuando interviene la lógica de la diferencia. Es la común oposición hacia el Otro lo que primero los aglutina; no es un contenido positivo que ellos tendrían dado *a priori*, sino su común obstáculo, este rasgo de negatividad, lo que les permite equivalerse.

Laclau sostiene que la lógica que rige la relación entre significado y significante puede ser traspolada al vínculo entre particularidad y universalidad, es decir, a la relación hegemónica. Si, siguiendo al autor, los significantes en sí no poseen significado, y es otro significante el que otorga su sentido, la lucha por imponer el significante fijador de significado es la lucha por la hegemonía. Ésta puede existir en la medida en que se despliegue un proceso de fijación mediante el cual un significado hegemona un significante en detrimento de otros potenciales significados. A su vez, este significante hegemonado se caracterizará por la tendencia a vaciarse nuevamente para poder ser recapturado por otros significados²⁶. En palabras del autor, "son significantes que no tienen ningún vínculo necesario con un contenido preciso, significantes que simplemente nombran el reverso positivo de una experiencia de limitación histórica (...) pueden en diferentes momentos identificarse con los objetivos sociales o políticos de varios grupos divergentes"²⁷.

b. Hegemonía como una lógica política

El desplazamiento del concepto de hegemonía en tanto condición de posibilidad para la institución del orden social hacia un registro óntico se produce en dos aspectos. El primero reposa en la siguiente pregunta: ¿es el vínculo hegemónico, tal como lo concibe Laclau, el único susceptible de estructurar el orden social? El segundo aspecto remite a los siguientes interrogantes: ¿Con qué criterio los discursos estructuran lo social? ¿Cómo se lleva a cabo la selección de los significantes que formarán parte de la cadena equivalencial con vocación hegemónica? Si en el registro ontológico, la hegemonía aparecía como la lógica política a partir de la cual todo orden social se instituye y destituye al mismo tiempo, en algunos pasajes de las obras de Laclau se puede identificar un desplazamiento.

El uso óntico del concepto de hegemonía remite a lo que Arditi denominó "post-hegemonía"²⁸, es decir, "modos de pensar y hacer política que no se ajustan a lo que prescribe la teoría de la hegemonía"²⁹. En algunos pasajes de sus textos, Laclau sostiene que "hegemonía es, simplemente *un*

26 Laclau, además de los significantes vacíos, identifica a los "significantes vaciables", "flotantes" y "amo" (o el *point de capiton*, de Lacan). Estas variedades de significantes conllevan diferentes funciones teóricas en la obra de Laclau.

27 LACLAU, E (2003b). "Estructura, historia y lo político", in: BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2003). *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires, FCE. p. 188.

28 ARDITI, B (2007). "Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual", Disponible en: <http://arditi.googlepages.com/ArditiPost-hegemoniacarta.doc>.

29 *Ibid.*, p. 3.

tipo de relación política; una forma, si se quiere, de la política"³⁰, es decir, cabe pensar la posibilidad de la existencia de otras lógicas que operen e intervengan en lo social. Indagar en cómo las relaciones sociales se estructuran al interior de un ordenamiento social pueden derivarnos a terrenos donde no necesariamente prime la lógica hegemónica. La relación representativa entre universalidad y particularidad, en este sentido, no es el único vínculo posible para la construcción de relaciones sociales, identidades políticas e instituciones. Si fuera así, entonces ¿cómo se podría pensar las lógicas corporativas, electorales, institucionalistas, entre otras, que operan como forma de la política? Este problema no encuentra una respuesta en la obra de Laclau, ya que oscila entre la concepción de la hegemonía como "el terreno mismo en que una relación política se constituye verdaderamente"³¹ y la hegemonía como una de las tantas lógicas que operan, desde el momento en que el ordenamiento se disloca, se instituyen fronteras antagónicas y los significantes comienzan a vaciarse de contenido.

En este sentido, la hegemonía como una forma –entre otras posibles– en que se instituyen las relaciones sociales, nos remite al segundo aspecto. *A priori*, es imposible conocer qué significantes –demandas, imágenes, símbolos, identidades, nombres– serán articulados equivalencialmente en una cadena que se proyecte a ocupar el lugar de la universalidad, tal como el vínculo hegemónico exige. Como los significantes tienden al vaciamiento, y en algunas ocasiones, al "flotamiento", se vuelve muy problemático establecer cuáles y con qué significado formarán parte de la cadena. Precisamente esta contingencia de la relación dependerá no sólo de las condiciones sociales, económicas y políticas en un momento determinado sino de la correlación de fuerzas en una coyuntura dada, y es aquí donde reside uno de los vacíos teóricos de la obra de Laclau. No obstante, como se verá, la indagación del autor en el tema del populismo abrirá una posibilidad para dar cuenta de esta problemática, al sentar las bases para el estudio de la conformación de identidades políticas, especialmente la populista.

c. La identidad en clave hegemónica

Si en el registro óptico el interrogante giraba en torno a cómo una lógica hegemónica puede efectivamente operar al interior de un ordenamiento social, en el terreno identitario también se incurre en un desplazamiento de registro: ¿quiénes son los que llevan a cabo una práctica articuladora y aquellos cuya identidad se forjó a partir de relaciones hegemónicas? En las notas anteriores se revisó el modo en que dicha práctica funciona en la institución del orden social, pero la teoría no explicita los sujetos –clases sociales, "clases fundamentales", posiciones sociales– que intervendrían de forma hegemónica.

En contra de los esencialismos y determinismos a partir de los cuales se erige la teoría de la hegemonía de Laclau, éste sostiene que el sujeto "articulador" debe ser parcialmente exterior a lo que articula. Si lo político es considerado constitutivo de lo social y por ende no deriva de ninguna otra instancia, entonces se deduce que ningún actor social puede reclamar una posición privilegiada en la sociedad. De ahí que la clase como actor social y político pierda, en la teoría laclauiana, su status ontológico, siendo "la universalidad 'contaminada': 1) ella no puede escapar a esta tensión irresoluble entre universalidad y particularidad; 2) su función de universalidad hegemónica no está nun-

30 LACLAU, E (2004). "Populismo: ¿qué nos dice el nombre?", in: PANIZZA, F (2004). *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires, FCE, p. 183.

31 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 49.

ca definitivamente adquirida, sino que es, por el contrario, siempre reversible”³². La teoría, al criticar toda pretensión de principios universales, evade identificar *el* sujeto protagonista de la relación hegemónica. En todo caso, sostiene Laclau, dicha indagación deberá constituir el objeto de estudio de un análisis político situado, abocado al estudio de las coyunturas políticas: “no hay ningún *substrato* fundamental, ninguna *natura naturans*, a partir de la cual puedan explicarse las articulaciones sociales existentes (...) son esencialmente contingentes, pues se componen de conjuntos relacionales que no obedecen a ninguna lógica interna”³³. Estas prácticas están enmarcadas en un contexto en el que los límites de la totalidad, las fronteras que separan unas de otras, son inestables: “las dos condiciones de una articulación hegemónica son, pues, la presencia de *fuerzas antagonicas* y la inestabilidad de las fronteras que las separan. Sin equivalencia y sin fronteras, no puede estrictamente hablarse de hegemonía”³⁴, y sin ella, difícil sería hablar de identidades políticas. A continuación, la teoría del antagonismo ofrecerá algunas pautas para explicar la conformación de las identidades.

3. ANTAGONISMO COMO CONDICIÓN DE (IM)POSIBILIDAD DEL ORDEN SOCIAL ³⁵

La teoría del antagonismo, terreno prácticamente inexplorado en las ciencias sociales a partir de esta categoría, comenzó a bosquejarse en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* –si bien ya se habían anunciado ciertos indicios de la misma en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*– luego fue resignificada intensamente en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*³⁶, y por último, revalorizada y “reexplicada” en *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*³⁷, compilación de artículos en los que Laclau intercambia discusiones y críticas con los filósofos Slavoj Žižek y Judith Butler.

Si bien la teoría social y política dedicó gran parte de su existencia a reflexionar en torno a la noción de conflicto social entendido como el reverso del orden de una sociedad, Laclau retoma la teoría del conflicto social, específicamente la lucha de clases marxista, con el objeto de problematizarla. El autor se embarca en la tarea de estudiar los conflictos sociales en las sociedades contemporáneas, proponiendo para ello la noción de antagonismo, el cual no descarta la lucha de clases pero no la agota. Como se mencionó previamente, el pensamiento post-fundacional revitaliza la idea del conflicto como inherente y constitutivo a la política y Laclau retoma esta idea con el objetivo de ofrecer un andamiaje conceptual para entender el antagonismo –en el registro ontológico, como rasgo inherente a toda disputa política–, y los antagonismos sociales –en el registro óntico, aquellas luchas parciales que han venido surgiendo a raíz del colapso de los socialismos reales y del capitalismo moderno– que va ligado a la teoría de la hegemonía. A partir de su argumento, se verán los diferentes usos de la noción de antagonismo y de esta manera su ofrecerá ciertas pistas desde las cua-

32 LACLAU, E (2004). *Op. cit.*, p. 14.

33 LACLAU, E (2006). “¿Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical?”. *Cuadernos del Cendes*, año 23, n°. 62, Universidad Central de Venezuela, p. 27.

34 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2004). *Op. cit.*, p. 179.

35 En esta sección se recuperan algunas premisas ya desarrolladas en RETAMOZO, M. y STOESSEL, S. (s/f). Art. cit.

36 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*

37 LACLAU, E (2003). “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, in: BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2003). *Op. cit.*

les pensar la estructuración del orden a la vez que la conformación de los sujetos sociales –clasistas y no clasistas– y las identidades políticas.

a. Antagonismo e imposibilidad de la sociedad

En *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* reverbera un sentido fuerte de la noción de antagonismo al ubicarla en un lugar central en el proceso instituyente del orden, teniendo efectos concretos sobre lo social. La imposibilidad de una sutura social completa y cerrada, ofrece la posibilidad de poner sobre el tapete la opción de pensar en órdenes alternativos, de recordar la contingencia y heterogeneidad propia de toda estructura social, en otras palabras, de reactivar el orden social. Como sostiene Laclau, “el antagonismo tiene una función revelatoria ya que a través de él se muestra el carácter en última instancia contingente de toda objetividad”³⁸, es decir, la existencia del antagonismo imposibilita que la “sociedad” puede constituirse completamente.

Esta definición de antagonismo lo ubica en un registro ontológico en tanto categoría para pensar la inestabilidad del orden y la apertura hacia el cambio social dado que el antagonismo –análogo a lo Real lacaniano– no puede representarse en el registro de lo simbólico porque se resiste a ser inscripto en el lenguaje. El antagonismo pone de manifiesto el recuerdo de la contingencia, de allí su función revelatoria que desnuda el origen político de todo ordenamiento. Hasta aquí se ha reflexionado en torno *al antagonismo* como la condición de (im)posibilidad de todo ordenamiento social. No obstante, en algunos pasajes de la obra de Laclau, se alude a *los antagonismos*. Al hablar de antagonismos en su forma plural, pues, ese estaría operando un desplazamiento al registro óntico lo cual amerita una indagación de la pluralidad de posiciones de subordinación, es decir, de las múltiples posiciones que pueden ser ocupadas por los actores, devenidos en sujetos con posterioridad a la intervención del (o los) antagonismo (s). Estos dos registros convivirán en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* y luego, en *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* el uso óntico de la categoría cobrará cierta primacía.

b. Los múltiples antagonismos en las sociedades contemporáneas

Dadas las transformaciones del capitalismo contemporáneo, hoy en día es posible identificar más de un *locus* –además del estructural/económico– de emergencia de los conflictos. En palabras de Laclau, “el capitalismo contemporáneo genera todo tipo de desequilibrios y áreas críticas (...) eso significa que los puntos antagónicos van a ser múltiples y que cualquier construcción de una subjetividad popular tendrá que comenzar a partir de esa heterogeneidad”³⁹. Por un lado, el antagonismo “clásico” producido por la conformación de un modo de producción específico que estructura las relaciones sociales de forma tal que algunos tienen los medios de producción y otros exclusivamente su fuerza de trabajo, sigue operando en las sociedades complejas actuales. Este modo de producción estructura y constituye las clases como polos antagónicos, en una versión del marxismo simplificado –nivel estructural–. Por otro lado, hay luchas que no se ubican exclusivamente en este nivel y asumen inscripciones plurales, cobrando la forma de un antagonismo popular: la contradicción del

38 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 35.

39 LACLAU, E (2006). *Op. cit.*, p. 25.

pueblo con la oligarquía –bloque de poder–⁴⁰, donde pueblo es la articulación de diferentes categorías sociales.

El concepto de heterogeneidad social cobrará una fuerza explicativa importante para el estudio de los antagonismos en las obras más recientes de Laclau. Precisamente, como la “subversión” de la estructura a partir del antagonismo no viene dada por la acción de un sujeto en particular –a diferencia del marxismo clásico–, es necesario indagar en la proliferación de diferencias sociales, incluso al interior de un grupo social. Como la sociedad está entrecruzada por antagonismos diversos, la heterogeneidad existe en el centro mismo de las relaciones sociales: “un antagonismo surge de una heterogeneidad insuperable, lo cual implica que la relación antagónica es conceptualmente inaprensible”⁴¹. Esta heterogeneidad es la manifestación de la imposibilidad analítica y empírica para definir a priori qué sujeto será el protagonista del antagonismo. Laclau afirma en *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* que

la lucha de clases no puede darse por sentada como la forma necesaria que deba asumir la conflictividad social. La pregunta previa y más fundamental es ¿hasta qué punto los enfrentamientos colectivos que construyen la unidad de las posiciones de sujetos de los agentes sociales constituyen a estos últimos como clase? La respuesta será evidentemente distinta en cada caso específico”⁴².

c. La construcción de identidades colectivas a partir de los antagonismos

Como ya se mencionó, la contingencia de toda identidad responde, en efecto, a la contingencia propia del orden social. Es el antagonismo el que instituye el orden, y al instituirlo, también construye las identidades políticas. Por ende, los sujetos son, *strictu sensu*, posteriores al antagonismo. Es por ello que la teoría del antagonismo requiere una conceptualización de las subjetividades colectivas involucradas en el proceso de resistencia y un análisis del problema de los sujetos políticos. El desafío es elaborar una teoría del sujeto que lo corra del lugar del actor o del productor del antagonismo. Este es el tema de toda la primera parte de la obra *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* y en sintonía con lo planteado en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, el antagonismo es entendido como la relación entre dos objetividades en la que una es negada por la otra. El ejemplo clásico al que alude Laclau de la identidad del trabajador que es negada por una baja de salarios intenta iluminar la cuestión. Por lo tanto, existe un registro en la discusión sobre antagonismo que se vincula con las identidades y la conformación de los sujetos.

Esto conduce a problemas en la teoría: ¿la negación de una identidad es en sí un proceso histórico? ¿Cómo se produce el paso de la negación –posiciones de subordinación– al antagonismo? Las fronteras antagónicas constituyen el terreno donde surgen las identidades colectivas, pues el “otro” marca mi identidad. La alteridad es el elemento frente al cual me identifico, pero negándolo. Esta negación no ocurre de una vez y para siempre, sino que se va transformando. Asimismo, una negación no implica *per se* la activación del antagonismo, aquél momento de reconfiguración del terreno donde emergen (y se trastocan) las identidades políticas. Es necesario que entre el momento

40 LACLAU, E (1978). *Op. cit.*, p. 118.

41 LACLAU, E (2006). *Op. cit.*, p. 24.

42 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 54

de la negación y el momento propio del antagonismo ocurra una instancia de resistencia la cual no necesariamente provendrá de actores ubicados en posiciones de subalternidad.

En este sentido, Laclau no indaga en profundidad en la historicidad de las identidades, su teoría no permite pronunciarse sociológicamente en torno a la construcción de identidades políticas ya que las fronteras antagónicas están permanentemente actuando, y en contextos diferentes. Según Laclau, al reconocer posiciones subalternas y no subalternas de sujetos, no existiría una primacía de alguna identidad en particular, como la identidad clasista pensada por el marxismo. En palabras del autor, "la propia identidad de los agentes sociales fue crecientemente cuestionada cuando el flujo de las diferencias en las sociedades capitalistas avanzadas indicó que la identidad y homogeneidad de los agentes sociales era una ilusión, que todo sujeto es esencialmente descentrado, que su identidad no es nada más allá de la articulación inestable de posicionalidades constantemente cambiantes"⁴³.

4. HACIA UNA SUPERACIÓN DEL "PROBLEMA DE LA CENICIENTA": REPENSAR EL POPULISMO

La categoría de populismo constituye una preocupación recurrente en las ciencias sociales y en los debates políticos actuales. Pese a que diversas líneas de investigación han analizado en profundidad la noción de populismo⁴⁴, la polisemia e indefinición del concepto continúan siendo características de aquél, relacionándola en muchos casos con un sentido peyorativo⁴⁵. El objetivo de esta sección será elaborar una reconceptualización de la categoría en la obra teórica de Laclau a partir de los tres registros analíticos propuestos como clave de estudio, recuperando los aportes provenientes de distintos textos, como "Hacia una teoría del populismo"⁴⁶, su primer escrito en torno al populismo, hasta sus recientes trabajos, como "Populismo, ¿qué nos dice el nombre?"⁴⁷ y *La razón populista*⁴⁸, de los cuales se pueden identificar las continuidades y rupturas respecto a la propuesta del au-

43 LACLAU, E. (2002). "Conferencias", VILLALOBOS-RUMINOTT, S. (2002). *Hegemonía y Antagonismo: El imposible fin de lo político*. Conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997. Chile, Editorial Cuarto Propio. p.106.

44 ABOY CARLÉS, G (2003). "Repensando el populismo", *Política y gestión*, n.º. 4. S/D; ABOY CARLÉS, G (2005). "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación", *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XV, n.º. 27, S/D; MACKINNON, MM & PETRONE, MA (1999). *Populismo y neopopulismo en América Latina: El problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba; VIGUERA, A (1993). "Populismo y neopopulismo en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología*, 3/93, pp.49-66; VILAS, C (1995). "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad", *Socialismo y Participación*, n.º. 69, México, Consejo nacional para la Cultura y las Artes; VILAS, C (1995). *La Democratización Fundamental. El Populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

45 Según Laclau, si el populismo es una noción indefinida, se debe precisamente a que asume aspectos también indefinidos de la realidad social. La imprecisión conceptual se corresponde con la precariedad social del orden. De esta forma, se derribaría la supuesta "tragedia" del populismo". (Cfr. RETAMOZO, M (2006). "Populismo y teoría política: de una teoría hacia una epistemología del populismo para América Latina". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Mayo-Agosto. Año/vol. 12, n.º. 2, Universidad Central de Venezuela. pp.95-113).

46 LACLAU, E (1978). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid, Siglo Veintiuno.

47 LACLAU, E (2004). *Op. cit.*

48 LACLAU, E (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, FCE. Es necesario aclarar que el análisis de los escritos de Laclau alrededor del populismo no se realizará en clave cronológica de aparición de los mismos, sino en la clave analítica propuesta.

tor en torno al populismo⁴⁹. No obstante, una premisa básica que permanecerá a lo largo de su obra es la idea de que el populismo es inherente a toda lógica de construcción del campo político.

a. Populismo como la lógica política de construcción del espacio político

El registro de lo político sobre el que opera la categoría de populismo puede ser identificado en su mayor expresión en sus recientes obras "Populismo: ¿qué nos dice el nombre?" y *La razón populista*. Como parte de su obsesión por erradicar todo reduccionismo de la teoría social y política contemporánea, Laclau, sin intentar clarificar la definición vaga del populismo ni llenar su vacío conceptual, propone desarrollarla prescindiendo de acudir a contenidos sociales específicos como ha hecho la mayoría de desarrollos y análisis teóricos, quienes la definieron como un régimen político, movimiento social, estilo de liderazgo político, ideología o un tipo de política pública. A raíz de los aciertos y errores de los estudios revisados, Laclau formulará su propia concepción de populismo afirmando que "su significado no debe hallarse en ningún contenido político o ideológico que entraría en la descripción de las prácticas de cualquier grupo específico, sino en un determinado *modo de articulación* de esos contenidos sociales, políticos e ideológicos, cualesquiera ellos sean"⁵⁰.

Considerarla como una lógica o modo implica priorizar la forma que adquiere dicha institución de lo social, en detrimento del contenido. Esto no significa prescindir del análisis del conjunto de contenidos que en un contexto y período determinados involucra la lógica populista; por el contrario, es necesario indagar en éstos para, de esa forma, estudiar los fenómenos de las sociedades contemporáneas. Cuando define de esta forma al populismo Laclau recurre al ejemplo según el cual el nazismo, maoísmo y peronismo podrían ser considerados como procesos populistas si se repara en la lógica de construcción política, basada en una dicotomización del espacio social, en la apelación al significante "pueblo", y "en los discursos ideológicos de todos ellos (donde) las interpelaciones populares aparecen presentadas bajo la forma del antagonismo y no solo de la diferencia"⁵¹. En este sentido, el carácter de una lógica política será populista en la medida en que logre construir un *discurso político* que amalgame una cadena de significados a partir de la división del espacio social en dos campos que llevan los nombres de "pueblo" y "bloque de poder".

Sostener que en la teoría de populismo de Laclau hay un desplazamiento desde el contenido hacia la forma otorga algunas ventajas⁵². La más importante consiste en que permite analizar en qué grado un movimiento es populista (y no preguntarse si es o no es). En este sentido, un discurso será más o menos populista según cuán articulados estén sus contenidos por lógicas equivalenciales, siendo el "pueblo" el *point de capitón* aglutinador de las demandas populares expresadas⁵³. Esto significa que no existe ningún movimiento político que esté exento de una lógica populista⁵⁴, lo cual radicaliza la noción de populismo en el registro ontológico. Es decir, todo intento de institución del orden

49 Para entender estas continuidades y rupturas es imperioso reparar en el contexto político en el que se escribieron cada una de las obras, especialmente sus primeros escritos signados por el fenómeno del peronismo, el cual requería que se pensara a nivel teórico, y práctico, en una articulación que aglutinara no sólo al pueblo, es decir, al polo de una contradicción que estaba dirigida a oponerse a la oligarquía, al poder, sino también a fracciones de esta clase.

50 LACLAU, E (2004). *Op. cit.*, p. 53.

51 LACLAU, E (1978). *Op. cit.*, p. 203.

52 LACLAU, E (2004). *Op. cit.*

53 *Ibidem*.

54 BARROS, S. (2006). "Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista". *Revista Confinces*, Enero-mayo, año/vol. 2, n° 3, Instituto tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México, pp. 65-73.

llevaría implícita una lógica populista. Sin populismo sería difícil poder hablar de discurso político y, en última instancia, de política *tout court*. De esta manera, el teórico argentino estaría extremando su concepción de populismo al plantearlo como la anatomía por excelencia de lo político.

En *La razón populista*, ya habiendo delineado las principales variables teóricas necesarias para conceptualizar al populismo, sostiene que “si la sociedad lograra alcanzar un orden institucional de tal naturaleza que todas las demandas pudieran satisfacerse dentro de sus propios mecanismos immanentes no habría populismo, pero, por razones obvias, tampoco habría política”⁵⁵. Así, la política y el populismo, aparecen como dos conceptos que se necesitan mutuamente y al mismo tiempo, se superponen, al punto de denotar el mismo significado. Es decir, Laclau estaría sosteniendo que sin populismo no hay política, y por esa razón, no habría instancias de institución de lo social. El filósofo Enrique Dussel, en este sentido, sostiene que en *La razón populista* Laclau “intenta rescatar el sentido positivo de la denominación ‘populista’ desde una teoría de la hegemonía, en la que reivindica que la razón política en cuanto tal o es ‘populista’ –es decir, responde a los requerimientos del consenso mayoritario– o no es propiamente razón política. Es decir, la razón política es siempre razón populista y no otra cosa”⁵⁶.

b. El populismo en tanto discurso político articulador de demandas

Si bien Laclau en algunos fragmentos ubica al populismo en un claro registro ontológico, al comienzo de *La Razón Populista* lo entiende como “una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política”⁵⁷, por lo que cabe pensar en lógicas alternativas de construcción de la política, no sólo populista. Esta forma de definirlo, ya en un nivel óntico, remite a un nivel de análisis distinto del que se venía reflexionando. En este sentido, el énfasis que Laclau otorgaba al populismo como la forma que adquiere toda articulación política, se ve desdibujado cuando asume que el populismo constituiría (también) un modo, entre otros posibles, de estructuración de la realidad social.

En este registro es necesario aludir a los conceptos de pueblo y demandas sociales los cuales constituyen los elementos con los que Laclau hizo operativa la noción de populismo y lo planteó como una forma que puede adquirir una lógica política –un modo de racionalidad política–, un sujeto político y una identidad colectiva. En sus obras iniciales ya Laclau sostenía que “la referencia al ‘pueblo’ ocupa un lugar central en el populismo”⁵⁸ y no constituye “un mero concepto retórico, sino una determinación objetiva, uno de los polos en la contradicción dominante al nivel de una formación social concreta”⁵⁹. Las clases no podrían ser hegemónicas a menos que incorporaran a su discurso de una manera específica –populista– al pueblo. La relación que desarrolla Laclau entre clase y pueblo consiste en considerar a la primera como el principio articulador de una ideología populista. En la medida en que la clase incorpore a su discurso más interpelaciones populares –las demandas del “pueblo”– es que se volverá hegemónica.

La producción discursiva del pueblo no se realiza necesariamente interpelando a lo subalterno, lo cual permite pensar en la existencia de un “populismo de los sectores dominantes”, es decir, un

55 LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, p. 149.

56 DUSSEL, E (2007). *Cinco tesis sobre el ‘populismo’*. México, Iztapalapa, p. 5.

57 LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, p. 27.

58 LACLAU, E (1978). *Op. cit.*, p. 192.

59 *Ibid.*, p. 193.

discurso dirigido a articular a los sectores dominantes. Aunque esta idea no había sido muy desarrollada a lo largo de su obra, en trabajos recientes Laclau sostiene que

en el sentido usual y restringido del término, lo asocian a la demagogia pura (...) Mi argumento es que la construcción del ‘pueblo’ como un actor colectivo requiere extender la noción de ‘populismo’ para cubrir muchos movimientos y fenómenos que tradicionalmente no han sido considerados como tales⁶⁰.

Siguiendo a Althusser, Laclau observa que todo discurso político constituye a los “destinatarios” en sujetos específicos según la forma en que los interpela y articula. Las demandas de sujetos que articulará no necesariamente entrañan una dimensión clasista. Este punto del análisis es importante dado que constituye el trasfondo del pensamiento del autor. Como ya se analizó, los antagonismos en las sociedades contemporáneas no se agotan en la subordinación de clase, sino que pueden, además, apoyarse en otros nodos, como el género, la etnia, la preferencia sexual. Debido a esta complejidad es que proliferan en el espacio público demandas sociales heterogéneas, insatisfechas por el sistema político y que en el caso del populismo, son recuperadas y se aglutinan en el campo representacional del “nosotros- pueblo”, frente al “ellos-poder”, reordenando el espacio político. El momento horizontal de articulación se expresa en esta operación a través de la cual demandas sociales –no necesariamente provenientes de sectores subalternos–, se amalgaman, simplificando el sistema de sentidos colectivos y el espacio social.

La demanda social, pues, se constituye en la unidad mínima de análisis para entender el populismo en su nivel óntico, en el registro de materialización de los contenidos. El análisis socio-político en profundidad acerca de qué tipo de demandas fueron articuladas en cadenas equivalenciales a partir de una frontera antagónica en la que el “pueblo” fungió de significativo vacío –y vaciado de contenido de antiguas cadenas de sentidos– da la pauta acerca de qué tipo de ordenamiento social concreto se instituyó. La demanda social será la punta de lanza para entender, también, la construcción de las identidades políticas, entre ellas, la populista.

c. Identidad populista: “nosotros-pueblo” y “ellos-poder”

La primera idea con la que el lector se encuentra en el prefacio de *La Razón Populista* se refiere a la centralidad que adquiere el estudio de la formación de las identidades colectivas en el tratamiento del populismo. ¿Cuál es el proceso mediante el cual se constituye una identidad populista? ¿Cuál es la diferencia entre ésta y otras no-populistas? Como se mencionó en el acápite anterior, es el concepto de demanda social el que interviene fuertemente en la construcción de las identidades en general, siendo la identidad populista el resultado de una *determinada forma* de expresión de la demanda y de su *contenido*.

Cuando las demandas expresadas no se extienden más allá de la mera petición, expresando sus particularidades de forma aislada, y el sistema logra tramitarlas individualmente, entonces surge un escenario caracterizado por un alto grado de institucionalización⁶¹. El segundo escenario posible se caracteriza por la existencia de un conflicto entre las demandas y la capacidad y/o voluntad del

60 LACLAU, E (2006). *Op. cit.*, p. 31.

61 Esto se aproxima a lo que Rancière llama *policía* que es el orden natural dado por la lógica de contar y asignar lugares diferenciales a la población. En un orden policial toda demanda es una instancia del régimen administrativo-institucional. Cfr. RANCIÈRE, J (1996). *El desacuerdo. Filosofía y política*, Buenos Aires, Nueva visión.

sistema para satisfacerlas de forma institucional, convirtiéndose las peticiones en reclamos que comienzan a cuestionar al sistema. La tercera y última posibilidad que concibe Laclau constituye el tema de *La Razón Populista* y se refiere a la división del campo social en dos esferas, los de “arriba” y los de “abajo”, a partir de los cuales se instituye una cadena equivalencial que articulará una serie de demandas heterogéneas. De ellas saldrá un significante que se vaciará de contenido para representarlas en una totalidad significativa. Este es el escenario que lleva a la formación de la identidad populista, del actor denominado por Laclau “nosotros-pueblo”.⁶²

En este registro identitario del populismo, tres campos de análisis son imprescindibles: la heterogeneidad constitutiva irreductible a una lógica dialéctica, los significantes —en todos sus niveles— y las fronteras antagónicas⁶³, estando las tres imbricadas íntimamente. La heterogeneidad remite a la singularidad irreductible de cada demanda, que resiste a la homogeneización total por parte de la cadena equivalencial. La dimensión de universalidad (imposible, en última instancia) resultante del carácter incompleto de las identidades diferenciales, no puede ser eliminada, en la medida en que la comunidad no es homogénea. Toda identidad estará dislocada permanentemente en la medida en que depende de un exterior que al mismo tiempo de negarla, es su condición de posibilidad. La heterogeneidad inherente a las articulaciones sociales se refleja en la estructuración de las identidades sociales, lo cual indica la primacía que tiene lo político sobre lo social y lo identitario. La ruptura de lo homogéneo por parte de lo heterogéneo es lo que lleva a la formación de una identidad populista. Laclau sostiene que “en un mundo heterogéneo, una acción política significativa solo es posible si la identidad sectorial se concibe como núcleo y punto de partida en la constitución de una voluntad popular más amplia”.⁶⁴ En este punto es interesante recalcar la similitud que entraña el concepto de populismo —y los procesos derivados de él— y el de hegemonía en tanto en ambos fenómenos se produce un desplazamiento semántico/discursivo desde una particularidad hacia una instancia de universalidad. Para ello, es necesario un primer momento que consiste en la equiparación de demandas en una cadena que se constituye a partir de significantes vacíos. Toda identidad populista surge necesariamente a partir de fronteras antagónicas que establezcan una relación de negación entre dos objetividades, entre dos posiciones que están inmersas en un sistema de diferencias. Laclau sostiene que “el ataque del enemigo”, para referirse precisamente al antagonismo que surge entre dos elementos, es la condición necesaria para que surja una identidad de índole populista.

En el populismo, la primacía de la lógica de la equivalencia por sobre la diferencia se explica desde el momento en que toda identidad, independientemente de que sea denominada populista, necesita que un elemento se constituya en el representante de la totalidad. Alguna particularidad proveniente de uno de los campos en los que se dividió el terreno social asumirá la función totalizadora a partir de la lógica hegemónica. Ese significante privilegiado no modificará por completo su identidad sino que articulará de una manera particular los demás significados, creando una identidad *sui generis*. Como lo expresa Laclau, “la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad (...) es inherente a la formación de un pueblo”⁶⁵, es decir, al constituirse una totalidad significativa a

62 Es necesario aclarar que Laclau sostiene que “todo régimen viable tiene que combinar de alguna manera en distintas proporciones el institucionalismo y el populismo (...) un populismo extremo en el cual no hubiera ninguna forma de institucionalidad mínima tampoco es una solución. Eso lleva puramente al caos social”. LACLAU, E. (2009) “Laclau en debate: post-marxismo, populismo, multitud y acontecimiento”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 29, nº 3, pp.815-828, Santiago de Chile. p. 826.

63 LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, p. 197.

64 LACLAU, E (2006). *Op. cit.*, p. 30.

65 LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, p. 130.

partir de una cadena equivalencial en donde uno de los vínculos asume el rol de condensar los otros en su nombre, la singularidad es la que cobra relevancia. Esta singularidad que asume un nombre lleva a que el grupo se identifique con él y termine por constituirse en el fundamento de la cosa misma, es decir, del pueblo. A partir de este nombre, la significación de un campo antagónico se condensa en alguna palabra o imagen –por ejemplo, el nombre del líder– a pesar de sus diferencias las cuales permanecen como particularidades, y se identifica con aquél. Marchart afirma que en la teoría lacaniana “un agente social existe solamente en la medida en que él/ella es nominado. La política (...) debe ser entendida como el proceso mismo mediante el cual un grupo asume su nombre”⁶⁶.

Laclau concluye que es el acto de nombrar el que instituye y fundamenta una identidad, por lo que este proceso hegemónico a partir del cual el nombre se erige como representante de una universalidad, conlleva una lógica retórica. Y así, se vuelve a la teoría de la hegemonía:

La totalización del *campo popular* solo puede tener lugar si un contenido parcial adopta la representación de una universalidad que es inconmensurable con él (...) esta articulación entre universalidad y particularidad que es constitutivamente inherente a la construcción de un ‘pueblo’ (...) se sedimenta en prácticas en instituciones⁶⁷.

Y por otro lado, planteado de manera inversa, Laclau explica “no hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas. Por lo tanto, vamos a situar la identidad popular dentro del complejo relacional que explica las condiciones tanto de su surgimiento como de su disolución”⁶⁸. Entonces, si como se desprende de la primera cita, la hegemonía –relación entre universal y particular– es inherente a toda lógica populista y de manera inversa, si la presencia de una identidad populista es la condición para que una lógica hegemónica pueda desplegarse, ¿cuál sería el vínculo entre hegemonía y populismo? En este sentido, lo ontológico y lo identitario sino se asimilan, llegan a superponerse: una identidad puede emerger sólo si se articulan en una cadena equivalencial elementos heterogéneos, siendo éste uno de los requisitos para denominar populista a una articulación/discurso. Por lo tanto, si toda identidad es política, y lo político es hegemónico, toda identidad, en definitiva, será populista.

REFLEXIONES FINALES

Luego de haber realizado un recorrido por la obra de Ernesto Laclau con el objetivo de avanzar en la discusión de las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo, se pueden identificar claramente los campos en que dichas nociones operan, ejercicio necesario para estudiar los procesos sociales y políticos que involucran prácticas políticas tendientes a la institución del ordenamiento social y constitución de los sujetos políticos.

Evidentemente, hegemonía es la categoría clave que atraviesa la obra del autor de marras dado que posibilita pensar la estructuración del campo político y los sujetos que en él se instituyen a partir del conflicto. El desarrollo de la teoría de la hegemonía de Laclau a partir del aporte de diversas disciplinas como el post-estructuralismo (el rasgo de indecibilidad de todo ordenamiento), el psicoanálisis lacaniano (la imposibilidad de sutura del orden) y la teoría política (la noción de “conflicto” y la

66 MARCHART, O (2006). “En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político”, in: CDC, vol.23, n° 62, p. 231.

67 LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, pp. 137-138.

68 *Ibid.*, p. 124.

tradición política marxista del concepto de hegemonía) coloca a lo político en un lugar de primacía por sobre lo social. En *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, lo político parece quedar identificado con la hegemonía desde el momento en que todo proceso político requiere que un signifiante asuma la función de representar a la "totalidad". Al realizarse esta operación, la identidad de los elementos intervinientes se verían modificados aunque la particularidad de ellos no sería trastocada. Si bien Laclau sostiene que "sólo en las sociedades contemporáneas hay una generalización de la política en forma hegemónica"⁶⁹, reconoce la existencia previa a ellas de lógicas no necesariamente hegemónicas.

En este sentido, habría un desplazamiento al registro óptico al pensar en formas alternativas de institución del ordenamiento social, no sólo la hegemónica. No obstante, la teoría de Laclau tropieza con algunas limitaciones para pensar la construcción de los sujetos y las identidades políticas ya que, en definitiva, éstos terminan estructurándose a partir del vínculo particularidades-universal como resultado de la institución de una *frontera antagónica* que dicotomiza el espacio social, relación que, en efecto, es el fundamento de la lógica hegemónica.

La teoría del antagonismo laclauiano recupera al conflicto en clave contemporánea. Por un lado, en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* el antagonismo se presenta en un plano ontológico como el límite de la objetividad, es decir, aquel que no sólo muestra el carácter contingente del ordenamiento sino que habilita las condiciones para la instauración de un nuevo ordenamiento. En *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* Laclau avanza más allá de aquél registro analítico, y posiciona a los antagonismos, ahora en su forma plural, como los intersticios donde las luchas sociales se despliegan, las posiciones de subordinación expresan su resistencia y de esta forma, se abre la posibilidad de pensar en nuevas estructuras sociales.

Un punto sumamente novedoso de este planteamiento radica en las pistas que ofrece para pensar la conformación de sujetos distintos a los clasistas y superar, de esta forma, ciertas anomalías de la teoría marxista. Sin embargo, al no identificar la primacía de algún tipo de antagonismo sobre otros, la teoría de Laclau no especifica patrones regulares, pautas o criterios a partir de los cuales explicar el carácter concreto de las identidades. Si los sujetos son producto de los antagonismos y éstos a su vez se articulan como consecuencia de prácticas hegemónicas contingentes, ¿cómo podemos explicar el carácter de las identidades colectivas? Además, si es sólo la resistencia, y no la mera subordinación, de los actores la que conduce al surgimiento del antagonismo en la esfera política⁷⁰, y por ende, el sujeto se auto-constituye en la resistencia, ¿no se estaría reduciendo la emergencia de los sujetos a un elemento unicausal –la resistencia– y por ende, cayendo en el esencialismo del que Laclau quiso distanciarse inicialmente? Al menos queda planteada la necesidad de avanzar en una teoría de la subjetividad social en la que se esbozen las múltiples condiciones de posibilidad de los antagonismos y por ende, de los sujetos políticos.

Laclau sí ha avanzado en una teoría de la subjetividad política populista y en este intento, ha logrado desprender al populismo de elementos esencialistas y rasgos considerados inherentes a distintos fenómenos por diversas teorías sociales, como la de la modernidad, desarrollista y funcionalista, que lo asociaban con una determinada estructura social, políticas sociales específicas o una relación afectiva entre el líder y las masas. Al proponer al populismo como una forma de articulación

69 LACLAU, E (2003). *Op. cit.*, p. 202.

70 LACLAU, E (1993). *Op. cit.*

de demandas sociales que emerge como consecuencia de una frontera antagónica que dicotomiza al espacio social en dos esferas contrapuestas –pueblo y poder–, gran variedad de procesos políticos contemporáneos se pueden explicar desde la noción de populismo. Esta amplitud de la categoría constituye una virtud si la articulamos con una teoría de la hegemonía y del antagonismo desde el momento en que podemos explicar el surgimiento del “pueblo” como una articulación hegemónica de elementos a partir de la cual un significante –pueblo– logra asumir un papel representativo de la universalidad –lógica hegemónica–.

Como ya se bosquejó en el último apartado y siguiendo el sugestivo título de Arditi⁷¹, pareciera que la teoría del populismo laclauiano lleva implícita una teoría de la hegemonía al punto de asimilarse. Y si ambas se identifican, entonces la política también entra en dicha sinonimia, ya que la política contemporánea, según Laclau, es eminentemente hegemónica. En este sentido, tanto la constitución del orden social contemporáneo como su destitución a partir del conflicto social –antagonismo–, el surgimiento de sujetos sociales e identidades políticas a partir de lógicas específicas y la proliferación en América Latina de ciertos procesos cuyas lógicas podríamos denominar populistas, reclaman de forma urgente un estudio en profundidad de estas categorías ya que pueden contribuir a allanar el camino, o al menos, dejar planteado ciertos nudos teóricos-analíticos, en torno a los problemas de la política contemporánea.

71 ARDITI, B (2010). “¿Populismo es hegemonía es política? La teoría del populismo de Ernesto Laclau”. *Constellations*, Vol. 17, n°. 2.



ESTUDIOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 33 - 50

REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL

ISSN 1315-5216 ~ CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Teoría de la hegemonía y *bricolage*. Esbozo de un ejercicio de restitución del carácter social y político del lenguaje

The Theory of Hegemony and *Bricolage*. Sketch for a Restitution Exercise for the Social and Political Character of Language

M. Inés ALONSO BRÁ

Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Argentina.

RESUMEN

El trabajo pone-en-acto a la teoría de la hegemonía bajo categorías del análisis político del discurso (Ernesto Laclau/Chantal Mouffe). Para ello, recurre a la figura levi Straussiana del *bricoleur* como su forma o método de exposición y a la temática histórica del desarrollismo como su materia o contenido. Expone y discute el contraste teórico que se presenta con algunas filosofías positivas/intelectualistas del lenguaje/discurso que le sustraen a éste su carácter social y político. A modo final, en el marco de discusión de las relaciones entre discurso, sociopolítica y práctica de investigación, plantea algunas inquietudes ético-epistemológicas en torno a dicha divergencia teórica.

Palabras clave: Análisis político del discurso (APD), filosofías del lenguaje/discurso, prácticas de investigación social, desarrollismo.

ABSTRACT

This work puts into action the theory of hegemony using categories of political discourse analysis (Ernesto Laclau/Chantal Mouffe). To do this, it uses the Levi Strauss figure of the *bricoleur* as its form or method of exposition and the historical theme of developmentalism as its subject or content. The work expounds and discusses the theoretical contrast that occurs with some positive/intellectualist philosophies of language/discourse that extract its social and political character. Finally, within the context of discussing the relations between discourse, socio-politics and research practice, it raises some ethical and epistemological concerns about this theoretical divergence.

Keywords: Political discourse analysis (PDA), philosophies of language/discourse, social research practices, developmentalism

Si aceptamos que las relaciones de poder son constitutivas de lo social, entonces la pregunta principal que ha de atender la política democrática no es la de cómo eliminar el poder, sino la de cómo constituir formas de poder más compatibles con los valores democráticos.

Chantal Mouffe

1. INTRODUCCIÓN

El trabajo se propone poner en acto la relación de algunas categorías propias del análisis político del discurso (APD) con ciertos recortes de corpus empírico, relación que debería ser vista como inscripta en un proceso de construcción de un objeto de investigación. Supone así, efectuar cierta apropiación de las lógicas provistas por la teoría de la hegemonía (Mouffe/Laclau) entendiendo a este cuerpo teórico como una caja de herramientas¹; en palabras de Deleuze, sería preciso que la teoría sirva, que funcione, habría que servirse de ella. Por eso, acá no se trataría de comprender a la teoría como un sistema, sino como un instrumento que permite pensar la lógica propia de las relaciones de poder y de las luchas que se condensan en torno a ellas².

Haciendo paráfrasis de la distinción de Lévy-Strauss entre el 'pensamiento civilizado' (ciencias exactas naturales) y el 'pensamiento salvaje' (ciencia primera o primitiva, o ciencia de lo concreto) este bosquejo se entendería como un ejercicio de *bricolage*³ o bricolaje, como un diálogo entre materia y medios de ejecución. Aquel que trabaja y piensa en términos teleológicos, de un plan predefinido o de un plan de obra, se presentaría como un ingeniero: un científico que re interpreta o discute bajo los principios de un sistema de teoría, o bajo reglas metodológicas que son aplicadas en un orden preciso, claro, distintivo y pertinente. En contraste, un *bricoleur* pervierte este trayecto predeterminado al reutilizar y adaptar de un modo diferente el caudal de conceptos originalmente adscriptos a diversos sistemas de teoría para ponerlo al servicio de sus propias necesidades, sobre la marcha y trabajando de forma heteróclita.

Así, las categorías analíticas de las que se vale el *bricoleur* son operadores, herramientas que no se encuentran circunscriptas *a priori* a un empleo preciso y determinado, se hallan sólo limitadas a lo que de predeterminado contienen ellas mismas, a sus condiciones propias de posibilidad e imposibilidad. Esta particularización a medias de las categorías, ligada a su carácter eminentemente instrumental y no programático, permite recuperar para el proceso de investigación su condición de práctica social, su índole útil, efectiva, estratégica y catalizadora de serendipia.

- 1 Esta propuesta está sugerida por BUENFIL BURGOS, RN: (2010) "Usos de la teoría en la investigación educativa. El caso del análisis político del discurso" Conferencia en la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Entre Ríos. Disponible en red <http://fcepdagogiauniversitaria.blogspot.com.ar/2010/06/conferencia-en-la-facultad-de-ciencias.html>
- 2 FOUCAULT, M (1990). *Un diálogo sobre el poder*. Buenos Aires, Alianza, p.10 y p. 85.
- 3 LÉVI-STRAUSS, C (1997). *El pensamiento salvaje*. Bogotá, FCE, p. 35ss.

En suma, la propuesta consiste así en instrumentar la lógica del análisis político del discurso en identidad con esta analítica⁴; en ésta y a diferencia de la tradición epistemológica de las ciencias naturales y exactas, la teoría y el método son indiscernibles o se hacen no descomponibles. El procedimiento se encuentra así inscripto en las categorías, en su particularización a medias y en las posibles interrelaciones entre ellas que la teoría propone, actualiza y redefine a través de su propio ejercicio teórico-metodológico sobre el corpus empírico, presentándose como una teoría inacabada por las sucesivas adaptaciones que sufre debido a sus diferentes empleos⁵. En este caso, este esbozo tiene como referencia temática al 'Desarrollismo' y se encuentra orientado al estudio de los procesos de significación y de producción de sentido, al caudal simbólico vinculado al poder que se manifiesta en las prácticas discursivas en torno a las políticas de desarrollo.

Así, refiero la categoría de "discurso" como una pieza operando en discusión con el campo lingüístico y en su particular posición onto-epistémica antiesencialista (2.1); cuestión que es retomada en un sentido valorativo en una nota final sobre política y discurso (3). A la categoría de "estructura discursiva", la presento como herramienta que hace viable construir una totalidad discursiva como "práctica articuladora" (2.2) y, expongo la "ambigüización del significante", como instrumento que permite conjeturar una "formación discursiva" (2.3). De modo tal que, las categorías no son desplegadas ni en todas sus posibilidades ni de forma exhaustiva en su relación con la teoría desarrollada por Laclau/Mouffe.

2. HERRAMIENTAS Y MATERIALES

Retomando la imagen comparativa de Lévi-Strauss, las categorías se presentan como mecanismos conceptuales o herramientas y el corpus empírico se exhibe como retazos, restos o trozos de segunda mano. Mientras el ingeniero interroga al universo, el *bricoleur* interroga una colección de residuos de obras humanas; y si el primero opera 'más allá', el segundo lo hace 'más acá' bajo la regla de juego de 'arreglársela con lo que se tenga'. Por ello, la primera acción práctica del *bricoleur* es la de recopilación: debe volverse hacia un conjunto ya constituido de materiales y herramientas heterogéneas, hacer o rehacer un inventario y establecer un diálogo con él. Se aborda así como primera herramienta al "discurso", la que por su relevancia retrospectiva en relación a un "conjunto ya constituido", el del espacio de la disciplina lingüística desde el cual y contra el cual parece definirse, es puesta en discusión o diálogo con aquella perspectiva "intoralista", "intelectualista" o "contemplativa" del lenguaje que le sustrae su índole socio-política.

4 Identidad en un múltiple sentido, ya que Derrida sugiere que todo discurso es *bricoleur* o *bricolage* al ser comprendido como método crítico del lenguaje; para él la idea de un "ingeniero" que habría roto con todas las formas de *bricolage* es una idea teo-lógica; o de otro modo, un mito construido por el *bricoleur*. DERRIDA, J (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos, p. 392.

5 Así, por ejemplo, en ciencias sociales cada vez que "metodológicamente" establecemos una distinción entre "métodos cualitativos" y "métodos cuantitativos", estaríamos replicando dos veces (o duplicando) la escisión inaugural entre teoría "metafísica" y "método científico" instituida por la ciencia positiva/positivismo. Alternativamente, en el análisis político del discurso la distinción se plantea entre un corpus teórico metodológico (teoría) y un corpus empírico discursivo (empiría) en sus diversos soportes posibles de inscripción.

2.1. INVENTARIO Y DISCUSIÓN/DISCURSO

La tradición de la teoría lingüística, desde su constitución misma como disciplina positiva/positivista⁶ en la obra fundacional de Saussure, ha postulado la separación entre la lengua y el habla⁷, ubicando analíticamente en "la lengua" lo que se inscribe en las relaciones sociales y de poder en que dicha lengua funciona. Esta disociación inaugural, que autonomiza⁸ la lengua de sus condiciones de producción/reproducción/ uso, permite poner de relieve un contraste teórico grueso que se presenta al concebir al lenguaje como objeto de contemplación interno (lengua) o como acto/esquema de comunicación traducible o decodificable (habla)⁹, frente a su concepción como instrumento de acción y poder.

De este modo, es en la distinción precedente que "el inventario y la discusión" se ordena. Y, si la teoría de la hegemonía se interroga por las contribuciones que la teoría del lenguaje/discurso hace a la política, aquí, haciendo más amplia la discusión del "conjunto ya constituido" se intenta interrogar y poner en diálogo a algunas posiciones teóricas que a partir de la lingüística estructural fundacional la continúan, enriquecen, re-actualizan o, por el contrario, en la marca de su constitución disciplinaria misma de remoción del carácter social y político del lenguaje, la subvierten y trastocan.

En un primer acercamiento, puede afirmarse que el APD se ubica en esta segunda apuesta teórica al dar cuenta, concretamente, de las luchas discursivas de fuerzas políticas rivales sobre las formas de fijar el significado a un significante como "democracia", entendido a este como un "significante flotante" central para explicar la semántica política del mundo contemporáneo; y siendo justamente esta fijación parcial del significante y significado lo que el APD denomina "hegemonía", entendida como una fuerza parcialmente externa en la articulación discursiva de una voluntad colectiva¹⁰. El ejemplo refiere así a un proceso político o de articulación hegemónica contingente, arraigado en una relación antagónica con otras fuerzas¹¹.

6 Es interesante observar que en el prólogo local introductorio al Curso de Saussure, el lingüista y filólogo Amado Alonso, lo entiende como un gran logro positivista. A través de sus observaciones rezuman las disputas filosóficas entre la tradición racionalista francesa y la hermenéutica alemana en la tensión o contrapunto entre el "positivismo" (o, ciencia, claridad, simplicidad, método) en concordancia con 'la lengua' y el "espíritu" (o, sujeto, indeterminación, subjetividad) en concordancia con 'el habla'. De SAUSSURE, F (1945). *Curso de Lingüística General*. (Traducción, Prólogo y Notas de Amado Alonso), Buenos Aires, Losada, p.7, p.10, p. 14, pp.16-17; 21.

7 En la obra de De Saussure, "la lengua, distinta del habla, es un objeto que se puede estudiar separadamente" (*Ibid*, p.42) o, de otra forma: "la actividad del sujeto hablante debe estudiarse en un conjunto de disciplinas que no tienen cabida en la lingüística, más que por su relación con la lengua. El estudio del lenguaje comporta pues, dos partes: la una esencial tiene por objeto la lengua (...), la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación" (*Idem*, p. 45).

8 "En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu". O, dando por sentado su carácter constitutivo en una 'unidad interna': "tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo de diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al social, no se deja clasificar en ninguno de los hechos humanos, porque no se sabe como desembrollar su unidad". *Ibid*, p. 37[las cursivas son mías].

9 En esta variante puede incluirse un amplio espectro de perspectivas, desde la Teoría de la información (Shannon-Weaver) a la Teoría de los actos del habla (Austin).

10 LAXLA, E (2004). "Discurso", *Revista Estudios*, n° 68, ITAM-México, pp.7-18.

11 De modo indirecto, también se podría argumentar esta ubicación al señalar la impronta socio-política de las principales teorías de discurso de las que abrevia: el posestructuralismo en sentido amplio (que efectúa una crítica interna de la noción saussuriana de signo) y el trabajo de Michel Foucault y su escuela. Quizás, habría que sumar también a los estudios neogramscianos del que el APD mismo forma parte, si bien la única y marginal, aunque no menor, referencia específica sobre el discurso/lenguaje en Gramsci alude a la sedimentación y estratificación de la lengua en la historia, a la fuerza histórica con que el lenguaje pesa sobre el sujeto sin que él lo sepa. Gramsci también hace de la lengua un reflejo

A su vez, la primera perspectiva o apuesta teórica, “internalista”, “intelectualista” o “mentalista” (con énfasis en la lengua) puede ejemplificarse en los trabajos de Noam Chomsky. Estos, adscribiéndose estrictamente a la separación saussuriana de la lingüística “interna” de la “externa” en donde sólo la primera es considerada lingüística¹², limitan su comprensión a una disposición ‘formal, pura e interna’ de la lengua, ajena a toda consideración sobre su carácter social o de construcción y/o instrumentación del poder, transformando así a los agentes sociales en lingüistas y a la lengua en una nueva categoría trascendental: “la *gramática generativa que ha sido internalizada por alguien que adquirió una lengua*, define lo que en términos saussurianos podemos llamar *langue*”, o de otra forma: “es evidente que no hay que confundir la descripción de la *competencia intrínseca* que proporciona la gramática, con una explicación de la actuación real, como ya lo subrayó con tanta lucidez Saussure”¹³.

En contraste simétrico con esta perspectiva “internalista” o “intelectualista” chomskiana, se presentan la formulaciones teóricas de los intercambios lingüísticos de Bourdieu¹⁴, para quien los *habitus* lingüísticos adquiridos socialmente (pronunciación, léxico, estilos discursivos...) e incluso la *héxis* corporal, entran en un sistema de oposiciones lingüísticas que traducen el sistema de diferencias sociales. Así, los usos sociales de la lengua son expresión de las condiciones económicas y sociales a partir de las cuales se adquiere la competencia lingüística legítima (o devaluada), siendo estas mismas condiciones las que, al mismo tiempo, constituyen el mercado donde se establece e impone la definición de lo legítimo y lo ilegítimo¹⁵.

De modo expreso, en Chomsky la denegación de estos usos sociales y políticos, exóticos o extraños a la lengua, arrastra la denegación del *habitus*: “la caracterización corriente del lenguaje como ‘hábitos verbales’ o ‘como complejo de disposiciones’...es completamente inadecuada. El conocimiento de la propia lengua no se refleja directamente en los hábitos y disposiciones lingüísticas...”¹⁶. Consecuentemente, las diferencias sociales y de poder en torno a la competencia lingüística quedan recusadas. Como su imagen invertida, Bourdieu dirá que “hablar es apropiarse de uno de los estilos ya constituidos en y por el uso, y objetivamente marcados por su posición en una jerarquía de estilos, que expresa en su mismo orden, la jerarquía de los grupos correspondientes”¹⁷. Así, el objeto de una teoría del lenguaje no es una capacidad de hablar la que de por sí sería universal y menos aún una competencia interna, sino que se traduciría socio-lógicamente en el funcionamiento estructural de las diferencias lingüísticas capaces de funcionar como signos de distinción social en un

de la expresión mundial. GRAMSCI, A (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires, Nueva Visión, p. 9 [Nota III].

12 Ver Capítulo V de la “Introducción” del *Curso de Lingüística General*, “Elementos internos y elementos externos de la Lengua”. De SAUSSURE, F (1945). *Op. cit.*, pp. 48-50.

13 CHOMSKY, N (1981). *Problemas actuales en teoría lingüística. Temas teóricos de Gramática Generativa*. Madrid, Siglo XXI, p. 12 [las cursivas son mías].

14 La posición lingüística de Bourdieu puede entenderse como parte del programa de una sociología crítica de la razón teórica, este pone en evidencia la denegación de la ruptura social que la ‘objetivación’ científica o escolástica hace (como ruptura epistémica) al construir objetos autónomos y autosuficientes. Proceso que instituye a ‘logos’-en tanto puro *constructum*- como opuesto a la ‘praxis’. En esta dirección, Bourdieu presenta el trabajo de De Saussure como ejemplar. BOURDIEU, P (1993). *El sentido práctico*. Madrid, Taurus, pp. 55-59.

15 BOURDIEU, P (2002). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid, Editora Nacional, pp. 22; 36-37.

16 CHOMSKY, N (1981). *Op. cit.*, p. 12 [nota al pie].

17 BOURDIEU, P (2002). *Op. cit.*, p. 38.

mercado lingüístico, bajo una lógica de lo simbólico en la que para Bourdieu se expresan las relaciones de poder.

Una posición crítica muy temprana de la posición "internalista" o "intelectualista" puede ser asignada al Círculo Bajtiano, y en particular, a la obra de Valentín N. Volóshinov. Éste al trazar una filosofía marxista del lenguaje cuestiona radicalmente el teoricismo u objetivismo abstracto de Saussure: el lenguaje es por naturaleza social, actividad permanente e ideológica. Es así producción, operación, poder hacer (*enérgeia*) y no contenido, producto o resultado (*érgon*)¹⁸, por el contrario Saussure en su afán positivo postula "hechos del lenguaje"¹⁹.

Para Volóshinov todos los fenómenos ideológicos (y la "conciencia") se manifiestan en forma signica. Desde un encuadre filosófico bajtiano de la interacción del ser humano con el mundo, en donde la comunicación del ser humano implica la totalidad de su ser, del 'cuerpo a la palabra'²⁰, concibe su definición social e histórica del signo: "todo signo se estructura entre los hombres socialmente organizados en el proceso de su interacción, por ello las formas del signo están determinadas tanto por la organización social como por las condiciones más inmediatas de la interacción"²¹. Y, esta concepción habría sido enunciada sin cepillar radicalmente a contrapelo (como la crítica contemporánea de Bourdieu) a las concepciones "intelectualistas" canónicas neokantianas de su época, que desestimaban el cuerpo y las prácticas a favor de un raciocinio conceptual de formas puras²². Así, tempranamente, la teoría de Volóshinov hace imposible separar el signo (lingüístico-paralingüístico) de formas concretas de comunicación social, de un grupo social y del horizonte social de una época. Esta tradición crítica del Círculo Bajtiano será recuperada y retraducida en nuevos conceptos por la "nueva semiología" o semiótica (francesa), y su posterior y más contemporánea traducción (inglesa) permitirá una nueva reapropiación y puesta en juego, en un nuevo escenario de debates de la teoría crítica académica.

En lo que podría entenderse un desarrollo del proyecto sassuriano de una semiología²³, se inscriben así perspectivas como la de Roland Barthes, quien en la tradición del pensamiento crítico marxista, ejerce una crítica ideológica a la "norma burguesa" o a la "mistificación" que transforma la cultura pequeño burguesa en naturaleza universal. Para ello, en afinidad con Volóshinov, extiende el sistema sassuriano a diversos soportes y productos socioculturales: fotografía, cine, deportes, es-

18 Según Gadamer, para W. von Humboldt, "la energía de la fuerza lingüística [*enérgeia*] es superior a todas sus aplicaciones de contenido. Como formalismo del poder hacer, puede distinguirse de toda la determinatividad de contenido [*érgon*] propia de lo hablado". GADAMER, HG (1997). *Verdad y Método*. Tomo I. Salamanca, Ediciones Sígueme, p. 528.

19 De SAUSSURE, F (1945). *Op. cit.*, p. 42. La dicotomía lengua/habla de Saussure sería así diferente a la dicotomía *érgon*/*enérgeia* de W. von Humboldt con la que suele asociarse.

20 VOLÓSHINOV, VN (2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. (Prólogo y traducción Tatiana Bubnova), Buenos Aires, Ediciones Godot, pp. 9-10.

21 *Ibid.*, p. 44.

22 Según la apreciación de Brandist (escuela marxista inglesa de bajtinólogos), en las fuentes filosóficas del pensamiento bajtiano se hallaría una fuerte impronta filosófica neokantiana. "El 'eterno reino de los valores' es la clave que impide que la obra de Bajtin realice su potencial crítico" ya que presupone una distinción *a priori* entre interés y deber. Así el desarrollo de una filosofía ética independiente o autónoma basada en una *Geltungslogik* o lógica de la validez metafísica, en donde la objetivización, la validez y el método se encuentran en correlato con la lógica, distorsionaría el trabajo de Bajtin y limitaría su eficacia política. BRANDIST, C (1999). "Una revisión desde el marxismo. Bajtin: Ética, política y el potencial del dialoguismo", *Revista Herramienta*. Buenos Aires, Argentina, n° 10, pp. 185-204.

23 "Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social (...) nosotros la llamaremos semiología, ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las reglas que lo gobiernan (...) la lingüística no es más que una parte de esta ciencia general". De SAUSSURE, F (1945). *Op. cit.*, p. 43.

pectáculos, reportajes,... en tanto, en todos estos soportes significativos es posible vislumbrar el mecanismo del “mito como un habla despolitizada”. Barthes entiende así la teoría del signo saussuriana como la posible empresa de una semiología en desarrollo, desde la cual es posible describir toda la vida social: “hasta los objetos podrán transformarse en habla siempre que signifiquen algo”²⁴.

Si bien esta perspectiva puede considerarse “contemplativa” por el análisis interno y formal que efectúa el ‘mitólogo’, al mismo tiempo se asienta también en una posición que ha entendido al discurso –y en particular, me refiero al mito– como un instrumento de ejercicio de poder burgués o de clase. Y más ampliamente, y alejándonos de un planteo marxista, para Barthes toda crítica ideológica, es decir política o de poder, si es que quiere escapar a la pura reafirmación de su necesidad debe ser semiológica²⁵.

Pensando en una teoría de las investigaciones de la semiología²⁶, o bajo el gesto de una fundación teórica de las investigaciones semióticas, Julia Kristeva da cuenta de la inversión que se ha operado en el proyecto de la semiología saussuriana: sea cual sea el objeto-signo de la semiología (gesto, sonido, imagen...), este es sólo accesible a través de la lengua; por ello, la lingüística no es una parte de la ciencia general de los signos, tal como propone Saussure, sino que a la inversa, la semiología es una parte de la lingüística. Y, más precisamente, la parte que se encargaría de las grandes unidades significantes del discurso. El proyecto de elaboración de una semiología se orienta así a la elaboración de modelos (análogos en su estructura a los sistemas bajo estudio). El lugar de la semiología, en tanto que “lugar de elaboración de modelos”, es pensado como “un lugar de contestación y auto-contestación”, debe introducir una nueva terminología (conceptos) y subvertir la existente, “se piensa y se convierte gracias a su vuelta sobre sí, en la teoría de su propia ciencia: es una constante revaluación de su propio objeto y/o de sus modelos”; y más enfáticamente toda semiología es crítica de la semiología²⁷.

De modo tal que frente a la gramática generativa chomskiana, y de modo general frente a una visión “intelectualista”, su crítica será la fijación del lenguaje como objeto formal bajo el ejercicio de una política de la lingüística conservadora. Una política lingüística transformadora o revolucionaria, es el tiempo en el que la “medida común” (o, el lenguaje) se quiebra. En contraste, “¿qué es lo que, en lo que se dice, cae bajo el efecto de la medida?”, Kristeva afirma que la lingüística dice “todo”. La ciencia del lenguaje llevaría así adelante su visión de la “medida común” como un objeto mensurable, sin desgaste, que es recluido estructural o sistemáticamente en la mátesis (conocimiento científico). El lapsus, el juego de palabras, el estilo, son huellas de una heterogeneidad que el lingüista ge-

24 BARTHES, R (1985). *Mitologías*. México, Siglo XXI, pp. 199-253.

25 BARTHES, R (1993). *La aventura semiológica*. Barcelona, Paidós, p. 11.

26 Bajo el programa de una “nueva semiología” con una base creciente en la teoría marxista, en la búsqueda de confluencia entre Literatura y Política, se inscribe el movimiento cultural que atraviesa la década los 60’, el de la Revista y colectivo *Tel Quel*: en él el texto literario es puesto bajo la lupa del materialismo dialéctico, desplazando críticamente a las categorías de ‘obra’ y de ‘autor’ por su valoración metafísica o, “desmitificando aquello que la burguesía llama pomposamente ‘creación’”, para exponer las condiciones y modos de producción y elaboración social e histórica del texto. En estos estudios heterogéneos, las construcciones teóricas de Marx, Freud, Althusser y Lacan operan como palancas a la base de la “*nouvelle critique*”. M. Foucault, J. Derrida, R. Barthes y J. Kristeva se cuentan entre sus colaboradores directos. Ver en particular HENRIC, J (1971). “Escritura y revolución. Jacques Henric pregunta a Philippe Sollers”, in: AA. VV (1971). *Teoría de conjunto*. Barcelona, Seix Barral, pp. 81-95. Para observar las implicancias de *nouvelle critique* y su valor socio-político, ver en particular BARTHES R (2006). *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos*. México, Siglo XXI, pp. 26-34; también ver BARTHES, R (1985). *Crítica y Verdad*. México, Siglo XXI, pp. 9-44 [Parte I].

27 KRISTEVA, J (1971). “La semiología: Ciencia crítica y/o Crítica de la Ciencia”, in: AA. VV (1971). *Op. cit.*, pp. 97-112. Al respecto, se puede observar el mandato autocrítico de la semiología en una anécdota reseñada por Barthes. BARTHES R (1993). *Op. cit.*, p. 9.

nerativista debe rechazar porque no alcanzan al 'orden lógico del lenguaje' y que, a su vez, el estructuralista quiere esquematizar, en tanto se limita a 'figuras retóricas'. Frente a esta doble visión "intelectualista", lo semiótico funcionaría en el discurso como ritmo, no-sentido del sentido, prosodia, juego de palabras, ironía, risa. Su sentido no es mensurable, lo semiótico no tiene unidades discretas significables, localizables.

Entender al lenguaje como una práctica, significará entonces entender cómo el sentido se desplaza bajo la presión de lo semiótico. La práctica política está ubicada así, negativamente, en el límite estructurante del lenguaje. Un límite que debe hacerse jugar y cuestionar por el juego semiótico: no lo abandona, no lo destruye pero forcejea con él. Lo semiótico, a su vez, sólo funcionaría como un factor políticamente revolucionario de una práctica cuando enfrenta al sentido, a la estructura²⁸. Este posicionamiento asociado a la práctica de investigación social, presupone fielmente a un investigador situado socio políticamente en el proceso mismo que es objeto de su investigación. El énfasis en el funcionamiento de lo semiótico o del lenguaje como práctica implica enfatizar, por ejemplo, en qué puntos de tensión un interlocutor desplaza el sentido del entrevistador o viceversa, los gestos de resistencia en que ambos a través de la ironía o de ritmos prosódicos pueden oponerse a ciertas simbolizaciones, la funciones socio-semióticas de las omisiones, la apertura a los forcejeos en el diálogo. Se puede ver así el contraste y la tensión con la perspectiva sociológica contemporánea. En la práctica de investigación bourdieuana se mantiene el distanciamiento clásico con los interlocutores/entrevistados pero al no ser reclusa la objetivación científica en la externalidad social y política, de modo consecuente tampoco metodológicamente se ciñe la relación de comunicación con éstos a una aséptica indagación, a una 'curiosidad social' o a la ratificación impensada de las jerarquías sociales que legitima el "mercado lingüístico" instituido o dominante, según la misma representación economicista de distribución y organización social del poder de Bourdieu²⁹. A su vez, es el recentramiento socio-político del investigador científico el que permite formular para una etnografía 'posmoderna' un modelo discursivo de diálogo y polifonía, en sentido bajtiniano. En este paradigma discursivo, la intersubjetividad o reciprocidad de la interpretación etnográfica (donde la mitad de la palabra está en el 'otro') ocupa la escena principal³⁰.

Del programa diverso de una "nueva semiología", pueden atisbarse presupuestos generales que se capitalizan en el APD. Con relación al idealismo y objetivismo abstracto presente en una concepción "intelectualista" del lenguaje: (i) el postulado de la inexistencia de las ideas o de un pensamiento (político, social, histórico) separado del lenguaje, de modo tal que práctica política y práctica discursiva se corresponden internamente y, (ii) el proyecto de articulación de una política relacionada lógicamente a una dinámica no-representativa de la teoría y la elaboración, para ello, de nuevos conceptos (y métodos). Por otra parte, (iii) una continuidad re visionada de la estructura, en todo lo atinente al descentramiento del Sujeto (de la 'subjetividad' y 'la experiencia') y aún de modo más radical (iv) la crítica a todos los sedimentos metafísicos de las ciencias humanas³¹. Así, la ausencia de

28 KRISTEVA, J (1976). "Sujeto en el lenguaje y práctica política", in: VERDIGLIONE, A (Ed) (1976). *Locura y sociedad segregativa*. Barcelona, Anagrama, pp. 75-94. [Coloquio Psicoanálisis y Política, 1973].

29 Ver BOURDIEU, P (Director). (2010). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, FCE, en particular, pp. 527-543.

30 Ver CLIFFORD, J (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona, Gedisa, en particular p. 61 y ss.

31 Se puede observar con Fair, que la teoría de Ernesto Laclau ha recuperado parcialmente y más tardíamente la idea de un Sujeto en la redefinición teórica que ha hecho del populismo donde asignó un papel político privilegiado a la figura del sujeto popular o "populista" o a la construcción de nuevos sujetos colectivos. Pero, habría que acentuar que en esta representación más tardía de un Sujeto, la esenciación habría sido excluida: no estructuraría ni su entidad ni su unidad.

significado trascendental extendería el dominio y el juego de la significación *ad infinitum*. Bajo un movimiento crítico de la estructuralidad de la estructura o posestructuralista, Derrida observará el hecho de que aunque la estructura siempre haya estado funcionando, se habría encontrado siempre neutralizada y reducida al haberle dado un 'centro' o al ser referida a un 'origen' o un 'punto de presencia', en la marca del "ser como presencia" de la historia de la metafísica occidental³².

De modo tal que frente a toda trascendentalidad metafísica (esencia-existencia-substancia-objeto-conciencia...) el APD comprende al discurso como espacio social o, de otra forma, postula que toda configuración social es una configuración significativa³³, permite re posicionar a las prácticas sociales como discursivas, invistiendo a un mismo tiempo de dimensión simbólica a una totalidad que trasciende la distinción entre lo lingüístico y lo extra-lingüístico, en la línea de aportación barthesiana y de la "nueva semiología" o semiótica, superación que el análisis estructural clásico también habría posibilitado al costo de formalizaciones y descomposiciones atómicas. Así, este postulado hace posible un acercamiento al posicionamiento de Wittgenstein que habilita la doble dimensión o imbricación de aquello que la filosofía analítica del lenguaje ha categorizado como pragmática (acto) y semántica (sentido) en la versión del "análisis gramatical" o de las reglas de uso del lenguaje³⁴, pensamiento wittgensteiniano que por lo tanto, es también recuperado como procedimiento teórico político alternativo al marco universalista-racionalista.

Este posicionamiento antiesencialista obliga al analista del discurso a pensar su corpus empírico (y a su propia producción) renunciado a la idea del discurso como medio de expresión o representación de una realidad —que posea alguna naturaleza intrínseca o trascendente— y que se encuentre pasivamente "ahí afuera" para ser conocida por el investigador o representada discursivamente por los sujetos de la enunciación, porque literalmente no habría nada "ahí afuera" (o "ahí adentro" en la perspectiva "mentalista"), que tenga estatus significativo.

De hecho, frente a las posiciones lingüísticas "contemplativas" más cerriles que provocan el vaciamiento de la significación social y política de las prácticas, y postulan en coherencia, un observador neutro e imparcial que mantiene una relación externa/enfrentada con su objeto de observación, conocimiento o corpus empírico, se produce una inversión: si es el discurso el que constituye la posición del sujeto como agente social, y no, por el contrario, el agente social el que es origen del discurso³⁵ se hace imposible concebir una 'visión desde ninguna parte', 'neutral' o 'externa'.

Si literalmente no habría nada "ahí afuera" con estatus significativo, de modo correspondiente, no existiría tampoco algo así como una "identidad" social. De otra forma, hago referencia al supuesto de que la realidad socialmente compartida nunca sería directamente "ella misma", se presentaría sólo como una simbolización incompleta, fracasada, en el sentido lacaniano. Las apariciones

FAIR, H (2011). "Contribuciones teóricas a la praxis política desde el enfoque post-marxista de Ernesto Laclau", *Revista Agora*, Trujillo, Venezuela, n° 27, pp. 75-95. Disponible en web <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/34681/1/articulo4.pdf> [1] Ver BOURDIEU, P (Director). (2010). *Op. cit.*, pp. 527-543.

32 DERRIDA, J (1989). *Op. cit.*, pp. 383-401.

33 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1994). "Posmarxismo sin pedido de disculpas", in: LACLAU, E (1994). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión, p. 114.

34 El APD toma del 'segundo' Wittgenstein la idea de la dependencia de la significación de un término al contexto de su uso. El uso de un término es un acto (pragmática): "la expresión *juego del lenguaje* debe poner de relieve que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida". A su vez, esta dimensión pragmática es la que define la significación (semántica) "el significado de una palabra es su uso en el lenguaje". WITTGENSTEIN, L (1988). *Investigaciones Filosóficas*, México, Alianza IIF-UNAM, selección de páginas sobre el concepto de juego de lenguaje, pp. 39; 61.

35 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1994). *Op. cit.*, p. 115.

espectrales emergerían en esta brecha que separa para siempre la realidad de lo real y por la cual, la realidad tendría el carácter de una ficción simbólica³⁶. Así, la "realidad" como la "verdad", por definición, nunca estaría completa y sería inútil buscar en los procesos de significación un origen fijo, invariante o completo: para esta analítica estos procesos se constituirían a través de las inestabilidades, dislocaciones, pliegues, multiplicidades.

La práctica discursiva daría cuenta de un orden relativamente estable pero precario e incompleto de construcción de identidades³⁷. Identidades que sólo se constituyen en (a través de) y en contra de relaciones, presentando un relacionismo radical que se enfrenta a la idea de alguna transcendencia o totalidad clausurada, porque las diversas conexiones posibles entre elementos de una estructura son, en sus propios términos o a partir de ellos mismos, indecibles³⁸ y funcionan en el mismo fundamento de lo social. Por ello, la objetividad y el poder se hacen indistinguibles.

En este sentido, el (no) concepto derridiano de la *différance* provee su lógica. En el corazón de una supuesta homogeneidad ideal de la estructura o de su identidad, aparece la multiplicidad heterogénea: "no hay esencia de la *différance*, esta (es) lo que no solamente no podría dejarse apropiar en el *tal cual* de su nombre, sino también lo que amenaza la autoridad del *tal cual* en general, de la presencia, de la cosa misma en su esencia"³⁹. Así, este posicionamiento sensible e inteligible a la vez, posibilita el rescate de la contingencia, el acontecimiento y lo singular en el proceso de investigación social, los que habiendo sido repelidos por los mecanismos teo-teleo-lógicos de las teorías positivas, irrumpen en un nuevo entramado teórico que supone una discusión con los límites que imponen los universales y las reducciones totalizadoras y homogeneizantes.

Desde estos principios, también puede comprenderse la consecuente puesta en cuestión de las prácticas políticas con base en el orden de la Identidad (o de identidades previamente constituidas) y, el sustento de aquellas que construyen identidades en una arena precaria y frágil.

La noción derridiana de 'exterior constitutivo' da cuenta del hecho de que una identidad estaría basada en la exclusión de algo y, en una jerarquización de su efecto polar resultante (esencia-accidente, hombre-mujer, forma-contenido, heterosexual-homosexual...). De allí que, toda construcción de identidad social sería un acto de poder que revela las huellas de lo excluido que la ha hecho posible. El poder así entendido no es una relación que se establece de forma externa entre identidades, sino que es el que internamente las constituye como tales, reprimiendo algo que las niega: su exterior constitutivo⁴⁰.

36 ŽIZEK, S (2003). "El espectro de la ideología", in: *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, p. 31.

37 El discurso se presenta como "una configuración significativa de elementos lingüísticos y extra-lingüísticos, socialmente construida y condición de inteligibilidad de la vida social; posee un carácter relacional (diferencial, oposicional), abierto (con fisuras, incompleto) y precario (temporal y susceptible de ser trastocado)". BUENFIL BURGOS, RN (1998). "Análisis político de Discurso en la narrativa histórica. Reflexiones metodológicas de Investigación" presentado en: *Encuentro de Historiografía. Discursos, géneros y formatos*, celebrado en la Ciudad de México del 17 al 19 de septiembre de 1998, p. 5.

38 Más precisamente, la "indescibilidad" no debería comprenderse sólo bajo el sentido de la Lógica (Gödel), en tanto no es una 'debilidad' de algún sistema axiomático o de la estructura, no está connotada negativamente, por el contrario, es una condición general que habilita el valor de inteligibilidad de la paradoja, negando así toda determinación unívoca: "en un enunciado están ahí muchos códigos, muchas voces sin ninguna preeminencia". La cuestión central sería la pérdida de los 'orígenes', de los 'móviles', para pensar en términos de un volumen de indeterminaciones y sobredeterminaciones. BARTHES, R (1993). *Op. cit.*, p. 352.

39 DERRIDA, J (1971). "La *différance*", in: *Teoría de conjunto*, *Op. cit.*, pp. 49-79 [en particular, p.77].

40 MOUFFE, Ch (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, Paidós, p. 191

Esta es una forma de pensar la acción política, su condición de posibilidad misma, por los vacíos e intersticios de un poder que nunca es simbolizado de forma plena. La lucha política, entonces, antes que estar orientada por principios identitarios fijos (clase, género, étnicos, sexuales, raza)⁴¹ en un avance homogéneo y totalizador, se ordena en términos de prácticas articuladoras, es decir, por la construcción política de formas contendientes de identificación que pueden ser inestables, dispares o heterogéneas en su con-formación. Estas articulaciones no identitarias o carentes de rasgos genéricos, estratégicas o emergidas en la exterioridad del accidente del juego azaroso de las dominaciones en sentido nietzscheano, son las que permiten ir desplazando en ciertas direcciones la relación de fuerzas de los grupos o, el orden de sus posiciones antagónica o agonísticamente amenazado. No es la mera diferencia de competidores, sino precisamente este antagonismo el que expresaría la posibilidad misma de un juego político democrático, no su amenaza. Un 'nosotros' que requiere la oposición complementaria de un 'ellos' como adversario legítimo, con la consecuente dicotomización del espacio político, éste se constituiría así en la expresión efectiva de la disensión democrática o del ejercicio de ciudadanía. Este escenario que reconoce lo ineludible del conflicto, se presenta como la condición de base para la construcción (en una lógica de equivalencias) de nuevos sujetos o identidades políticas colectivas.

2.2. ESTRUCTURAS DISCURSIVAS/PRÁCTICA HEGEMÓNICA/INTERPELACIÓN

Por 'desarrollismo' me refiero a la concepción que acompaña los procesos de "modernización" de la economía latinoamericana (1950-65) profundamente relacionados con los procesos internacionales y las tendencias expansivas de las naciones industrializadas. Es decir, a la 'modernización' del capitalismo, o a la renovación de sus mecanismos simbólicos de reproducción. En tal sentido, hacia fines de la década del 50' del siglo pasado, se clausura lo que los economistas latinoamericanos denominaron "sustitución fácil de las importaciones", aludiendo a un crecimiento industrial; así se esperaba una nueva división del trabajo internacional, en la cual los países periféricos incorporarían "actividades industriales maduras", en tanto que los países industrializados continuarían profundizando sus capacidades científico-tecnológicas.

La confianza en el "progreso" y en la capacidad de las políticas públicas para lograr los cambios deseados, sumados a las mayores tasas de crecimiento en la periferia en relación "al mundo desarrollado" generaban la expectativa de "cerrar la brecha". Así, en Latinoamérica, como consecuencia de la industrialización (de base) y la sustitución de las importaciones se produciría un crecimiento autónomo. Con este crecimiento, terminarían las dificultades económicas, se resolverían los problemas sociales y se democratizarían la distribución del ingreso, el consumo y hasta la participación política.

Entonces, de modo general, unos de los presupuestos de este discurso latinoamericano transparentado en la metáfora organicista del "desarrollo" es que la opción única y excluyente es el modelo capitalista: la historia sigue un único camino que culmina en la evolución plena de las naciones desarrolladas y no cabe duda de que ese es un éxito⁴².

41 Más precisamente, es una concepción que no opone a los procesos de dominación social un cierre identitario total: de la esencia, de lo auténtico o de lo sacro.

42 MARGULIS, M (2009). *Sociología de la cultura. Conceptos y Problemas*. Buenos Aires, Biblos, p. 137.

Pero, si este “éxito” es el fin, el medio para lograrlo es la ciencia⁴³. Por primera vez el conocimiento científico de la sociedad deberá avalar su desarrollo. El proceso de modernización implica la aplicación de los conocimientos especializados y paralelamente a la promoción del desarrollo industrial se produce la irrupción de economistas, sociólogos e historiadores que se entregan al examen histórico y a la vez sistemático de los problemas de la “modernización en la sociedad” en sus diferentes dimensiones (económicas, políticas y sociales). La ‘teoría de la modernización’ se encargará así de elaborar un esquema formalizado de los prerrequisitos sociales, culturales e institucionales “favorables al cambio desde la tradición hacia la modernidad”. Incluirá en su programa la estructura social necesaria, la organización política deseable, llegando al paroxismo de la violencia simbólica al establecer los cambios de personalidad requeridos⁴⁴. Un saber científico que va a permitir reordenar de modo “más eficaz” las relaciones sociales.

Así en ciencias sociales la investigación supera (y se opone) a la especulación ensayística para concentrarse en estudios empíricos, regulados con exigencias metodológicas de corte positivista⁴⁵. Institucionalmente en el área de las ciencias sociales se produce la creación de la carrera de sociología (hacia 1957 fueron creados oficialmente el Departamento y la carrera de Sociología). En el ámbito público se crean los Institutos que, desde entonces, construyen el imaginario de usinas de producción de conocimiento para el desarrollo nacional:

La universidad pública vivió sus años de esplendor entre 1956 y 1966, año en el que sufrió un severo ataque por parte del régimen militar entrante. En dicho período realizó notables avances en los diversos campos científicos y se constituyó en un elemento valioso para una estrategia de desarrollo integral del país. A fines de los años '50, se creó un conjunto de instituciones centrales para impulsar el avance científico y tecnológico: El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), El Instituto nacional de Tecnología Industrial (INTI), la Comisión Nacional de Energía Atómica (CENEA) y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)⁴⁶.

En tal sentido puede mirarse a esta modalidad de producción de conocimientos como una “estructura discursiva”, entendiendo que esta no sería una modalidad meramente cognoscitiva (es su sentido lineal de representación legítima de la realidad para su transformación) sino, dimensión de una práctica articuladora que constituye y organiza las relaciones sociales en determinado momento histórico⁴⁷.

43 Junto con Castoriadis, estoy ubicando el significante “desarrollo” y la idea que recubre su utilización política, en la “fe” en la ciencia: “La inmensa mayoría de los hombres actuales, comprendidos los científicos, no tienen una actitud racional con respecto a la ciencia: creen en ella, se trata de modo efectivo de una especie de fe. Y es preciso sacudir esa creencia, acuñada en la idea de que los médicos, los ingenieros, los físicos, los economistas, poseen la respuesta a todos los problemas que se plantean a la humanidad”. ATTALI, J et al (1980). *El mito del desarrollo. El diálogo límite de Figueira-Valdarno*, Barcelona, Kairos, p. 222.

44 BLANCO, A (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 208-209

45 GARCÍA CANCLINI, N (1998). *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*. México: Siglo XXI, p. 105.

46 AROSKIND, R (2009). “El país del desarrollo posible”, in: ANSALDI, W et al. (2009). *Argentina. La construcción de un país*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 306-360.

47 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1987). “Más allá de la positividad de lo social”, in: *Hegemonía y Estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI, México, p. 109.

Esta organización de las relaciones sociales se produce bajo una significación social imaginaria. Me refiero a la idea central que inviste históricamente al “desarrollo”, la de que la finalidad central de la sociedad es el crecimiento ilimitado de la producción y de las fuerzas productivas⁴⁸. A esta significación social imaginaria le corresponderían actitudes, valores y normas que, a su vez, dotarían de sentido una determinada definición social de la realidad⁴⁹. Así, el modelo dualista tradición/modernidad (que opone sociedades rurales regidas por valores de subsistencia y normas tradicionales con sociedades modernas, urbanas de economía mercantil, animadas por la competencia) constituye una de las construcciones que inscriben la realidad social. De modo tal que el desarrollismo, como práctica hegemónica, presupone la interpelación (en sentido althusseriano) para la constitución de Sujetos bajo este imaginario.

Una de estas formas de interpelación fueron los “programas locales de desarrollo” dirigidos y financiados por organismos internacionales⁵⁰. Estos hacían efectiva la propuesta de un modelo de identificación a unos sujetos colectivos, que a diferencia de las burguesías modernas, eran constituidos en los sujetos de la modernización, proporcionando un estatuto positivo a esta diferencia que construía relaciones de subordinación.

Para 1950 siete países ponen en marcha programas nacionales de desarrollo comunal para campesinos. Toda esa labor se realizaba a partir de Centros: en Egipto, Centros de Bienestar Rural; en Jamaica, Comisiones de Bienestar Rural; en Ceilán, Sociedades de Fomento Rural. Centros semejantes se crearon en Irak, Siria y El Líbano (...) Hacia 1951, la UNESCO comienza a orientar y promover programas de Educación Fundamental; la OIT propone la promoción de pequeñas industrias rurales y fomenta cooperativas; en la FAO adquiere importancia la extensión agrícola y en la OMS los proyectos de saneamiento rural⁵¹

Así, el desarrollismo como hegemonía, no operaría como una relación externa que tiene lugar entre dos entidades previamente constituidas como clases sociales (burguesía, campesinado/indígena) sino como un elemento constituyente de las propias identidades, en determinado contexto socio-histórico⁵²: modernidad=burguesía, tradición=campesinado/indígenas.

La relación de subordinación señalada no implica necesariamente una relación antagónica sino sólo diferencial, para que esta pudiera ser reconocida como antagónica debería ser significada

48 Entendida como una significación central de una sociedad que cuenta con una organización de significantes y significados cruzados lo que permite su extensión, su multiplicación y modificación. Y esta significación, en tanto imaginaria, no es ni de algo percibido (real) ni de algo pensado (racional). Pero, así entendido, el imaginario social sería más “real” que lo real. CORNELIUS, C (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets, pp. 226-227.

49 Para los sujetos (socializados) la búsqueda de sentido se ve colmada por el sentido que su sociedad ofrece e impone a través de las significaciones sociales imaginarias. Esta saturación correría pareja con el cese de la interrogación; por ello la verdadera reflexión sería un cuestionamiento de la institución social y la crítica de las representaciones socialmente instituidas. CORNELIUS, C (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires, Eudeba, p. 324.

50 Una política que centralmente presenta por objeto la formación técnica: “conocimientos en materia de agricultura, ganadería, nutrición, educación de las masas, protección de la madre y el niño, saneamiento ambiental e industrias domésticas” y “conocimientos de trabajo en grupo y de métodos de organización de la comunidad”. Fuente: NNUU. 1955. *“El progreso social mediante el desarrollo de la comunidad E-CN.5-303”*, Rev.IST-SOA, 26. Nueva York, S/D.

51 ANDER-EGG, E (1970). *Problemática del Desarrollo de la comunidad a través de los documentos de NNUU*. Caracas, Fondo Editorial Común, p. 27.

52 MOUFFE, Ch (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona, Gedisa, p. 39.

—por un discurso externo— como ilegítima y por lo tanto ser inscrita como dominación⁵³. En este sentido, como antecedente histórico lindante al citado, puede reconocerse toda la penetración a través de acciones de “promoción comunitaria” en las poblaciones africanas por parte de los gobiernos de la metrópolis —particularmente Inglaterra y Francia— entre principios y hasta mediados del siglo XX, registradas en diversas publicaciones de Naciones Unidas⁵⁴. Estas intervenciones sí fueron reconocidas como ilegítimas y opresivas por el discurso del movimiento de decolonización; al respecto la obra de Frantz Fanon es paradigmática en tanto ubica en el campesinado el liderazgo del proyecto emancipador o, el núcleo último de la fuerza hegemónica:

Ahora sabemos que en la primera etapa de la lucha nacional, el colonialismo trata de descartar la reivindicación nacional haciendo economismo. Desde las primeras reivindicaciones, el colonialismo finge la comprensión reconociendo con una humildad ostentosa que el territorio sufre un grave subdesarrollo, que exige un esfuerzo económico y social importante. Y, en realidad, algunas medidas espectaculares retrasan en algunos años la cristalización de la conciencia nacional. Pero tarde o temprano, el colonialismo advierte que no le es posible realizar un proyecto de reformas económico-sociales que satisfaga las aspiraciones de las masas colonizadas⁵⁵

Desde una aproximación metódica, pensar esta estructura discursiva como tecno-científica, permitiría un análisis de ciertas características específicas “hacia el interior” y, al mismo tiempo, poder establecer diferencias con otras modalidades discursivas o soportes materiales (arquitectónicos, artísticos) donde se inscribe la significación. Modalidades a través de las que se constituiría el desarrollismo como red significativa socialmente compartida en tanto identidad diferencial⁵⁶.

Como señala Saur⁵⁷, siguiendo a Verón⁵⁸, el significado está siempre expresado en materias diversas o superficies donde el sentido deja huellas, por ejemplo, en el soporte arquitectónico la ciudad de Brasilia por su contradicción principal entre experimentación audaz y desconexión con las necesidades básicas es señalada como paradigmática de América Latina; o, en Argentina, las producciones del Instituto Di Tella (considerado el centro artístico de experimentación ligado a empresas industriales de mayor relevancia en el país durante ese período)⁵⁹. Las fuertes tensiones y conflictos entre ‘tradición’ y ‘modernización-experimentación’ se inscriben en Argentina no sólo en un

53 BUENFIL BURGOS RN (1994). *Cardenismo: Argumentación y Antagonismo en Educación*. México. Departamento de Investigaciones Educativas. Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN, p. 19.

54 DIEGUEZ, A et al (1998). *Promoción social comunitaria*. Buenos Aires, Espacio, pp. 16-19.

55 FANON, F (2000). “Sobre la cultura nacional. Capítulo IV de Los condenados de la tierra”, in: FERNÁNDEZ BRAVO, A (Comp.), (2000). *La invención de la nación*, Buenos Aires, Manantial, p. 78.

56 Me refiero al carácter puramente diferencial de todas las estructuras significativas. LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1994). *Op. cit.* p. 124.

57 SAUR, D (2006). “Reflexiones metodológicas: tres dimensiones recomendables para la investigación sobre discursos sociales”, in: *Los usos de la teoría en la investigación*. México, Plaza y Valdez, p. 194.

58 “Toda configuración de sentido tiene una manifestación material. Esta materialidad de sentido es la que define el punto de partida de todo estudio empírico de la producción de sentido (...) Partimos siempre de configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción, etc.) que son fragmentos de *semiosis*”. VERON, E (1998). *La semiosis social*. Barcelona, Gedisa, pp. 126-127.

59 Cfr. GARCÍA CANCLINI, N (1998). *Op. cit.*, p. 107.

amplio espectro intelectual político-cultural del período en general⁶⁰, configurando incluso posicionamientos de artistas y gestores culturales, sino que afectan la línea de demarcación y clasificación misma de lo que puede ser inscripto como “moderno” o “tradicional” por los discursos dominantes en el espacio artístico. Así, por ejemplo, una producción gráfica como el grabado que habría transitado un inédito y vertiginoso nivel de ‘modernización-experimentación’ en ese período (en relación con sus parámetros históricos) al no poder ser visualizado como forma artística que eclosiona de forma novedosa -como los happeninings, el cinetismo o las performances-, fue supeditado al régimen discursivo de una modalidad artística ‘tradicional’⁶¹.

2.3. AMBIGÜIZACIÓN DEL SIGNIFICANTE/FORMACIÓN DISCURSIVA

A consecuencia directa de la centralidad discursiva que en la época posee el significante “desarrollo” podría pensarse como un significante flotante. Se presenta como un significante que no consigue fijarse con cierta regularidad a un significado o a un conjunto delimitable como tal, participando de un proceso de ambigüización; pero, en este proceso, no logra llegar a retener significados contradictorios o antagónicos, es decir que no se produciría su vaciamiento total como para ser considerado un *significante vacío*⁶²:

El primer presidente del BID, Felipe Herrera, intentando fijar la idea de desarrollo con la de “democracia política” (liberal):

Diría que muchas personas defienden desgraciadamente esta concepción fundamental, diciendo que el respeto de los valores humanos es secundario frente al desafío que representa el desarrollo. En nuestra sociedad contemporánea es sorprendente el número de crímenes cometidos en nombre del desarrollo. Si se contempla el Tercer Mundo, así como los modelos políticos de tipo totalitarios, todos utilizan, sin excepción, la necesidad del desarrollo como explicación política y filosófica⁶³.

El significante desarrollo puede ser construido como equivalente a “democracia” al presuponer en el desarrollismo un modelo ético-político superador que excluye toda lógica interna de continuidad entre “desarrollo” capitalista de los países occidentales y el de los países del bloque socialista o comunista.

El planificador francés P. Massé, amarra la idea de “desarrollo” a la de una “economía basada en la justicia social”:

Las grandes esperanzas de principios de los años sesenta descansaban, de una manera más o menos consciente, en la existencia de ese excedente [de productividad]. El Papa calificaba al

60 TERÁN, O (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*. Buenos Aires, Punto Sur. p. 86.

61 DOLINKO, S (2012). *Arte plural. El grabado entre la tradición y la experimentación, 1955-1973*. Buenos Aires, Edhasa, p. 13.

62 En realidad, la ambigüización puede proceder de una multiplicidad de fuentes – no sólo de los intentos de fijación de los significantes a formas discursivas antagónicas. Un significante se vacía en la medida que se desprende de un significado específico y pasa a simbolizar una larga cadena de significados equivalentes. Es este desplazamiento y ampliación en la función significante la que constituye al símbolo. LACLAU, E (2004). “Política y los límites de la modernidad”, in: *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*. México, Plaza y Valdés, pp. 71-72.

63 ATTALI, J et al. (1980). *Op. cit.* p. 39.

desarrollo de nuevo nombre de la paz. En esa época, llegué a hablar de reparto como de un juego en el que todo el mundo podría ganar⁶⁴.

El significativo desarrollo puede ser construido en sentido equivalente al de "economía social" bajo la 'evidencia' de que al mismo tiempo de que el crecimiento industrial es el motor del desarrollo económico, éste sería el motor del 'desarrollo social y humano'. Así asegurar el crecimiento, es asegurar por encadenamiento significativo necesario, todas las formas de 'desarrollo'.

El economista venezolano Carlos Acedo Mendoza, relaciona el significativo "desarrollo" como "propuesta social progresista" en ruptura con los "sectores conservadores de tradición nacionalista" (agroexportadora):

América Latina vive hoy bajo una situación permanente de injusticia y desequilibrio. No existen mecanismos adecuados de distribución de riqueza y las diferencias entre una clase privilegiada y un sector populoso de masas desamparadas, se acentúa. Los sectores conservadores nacionales han rechazado siempre toda transformación substancial de las estructuras sociales, considerándolas como medidas doctrinales de carácter exógeno. Pero la solución al problema del desarrollo latinoamericano no es una cuestión doctrinal sino técnica⁶⁵.

Bajo el imaginario (paradigmático de la modernidad) de que el desarrollo socio-económico, sostenido por el desarrollo tecno-científico, asegura por sí mismo la expansión social y humana, reduciendo los antagonismos y las extremas desigualdades ('el mito de la sociedad industrial'), el significativo es construido en equivalencia con una transformación política latinoamericana.

Celso Furtado (CEPAL), en su texto *La Economía Brasileira* (1950) fusiona el significativo "desarrollo" con la institución de un "auténtico capitalismo":

Los beneficios elevados, el control parcial de las actividades agro-exportadoras por grupos financieros extranjeros, el elevado precio del dinero, son todos factores que conspiran para retardar la formación en el país de un auténtico espíritu de empresa, condición básica para el desarrollo de una economía capitalista⁶⁶.

Sólo bajo una reducción económica (técnica/economicista) el significativo es construido en correspondencia unívoca con el "capitalismo". Esta equivalencia emerge a través de la oposición a la significación "economía agraria latifundista orientada hacia el exterior".

En este último conjunto de recortes de corpus empírico, la ambigüedad del significativo desarrollo no se presentaría de modo radical. No tendría la capacidad para articular demandas diversas o de diferentes colectivos sociales. Entonces, encontrándose limitada la apertura del significativo 'desarrollo' a múltiples y contradictorios significados, existiría una condensación (no fijación) en el fluir de la significación en la demanda de modernización de los conjuntos de las burguesías locales vinculadas a los procesos de industrialización (punto nodal). Existiendo reenvíos simbólicos (desplaza-

64 *Ibid*, p. 52.

65 ANDER-EGG, E (1970). *Op. cit.*, p.7.

66 Furtado hace referencia a que desde que se encontraba estudiando economía en Europa su gran interrogante fue: ¿por qué Brasil permanecía atrasado? Cfr. MALLORQUÍN, C (1998). "El estructuralismo de Celso Furtado", *Revista de Política y Cultura*, n° 117, s/d.

mientos) con el significante “economía de desarrollo” en tanto ideología de época sustentada por los distintos organismos internacionales en una específica coyuntura política internacional.

De modo tal que, estas operaciones de condensación y desplazamiento⁶⁷ permitirían ubicar a los significantes “industrialización”, “desarrollo” y “economía del desarrollo” en una misma formación discursiva entendida como un conjunto de identidades diferenciales que se constituyen en (y sólo a través de) la relación con otras identidades⁶⁸.

3. NOTA FINAL SOBRE DISCURSO Y POLÍTICA

Desde la mirada valorativa de un *bricoleur*, que sin ser la de un vistazo de renuncia pragmático o relativista se presenta pensando a la ética en un “más acá”, imbricada a un contexto particular donde las responsabilidades se revalúan a cada instante según las situaciones concretas, ¿qué compromete el APD como estrategia teórica no esencialista de análisis del discurso? O, a la inversa ¿qué arriesgan las apuestas teóricas “intelectualistas” o “internalistas” del lenguaje/discurso?

En principio, y quizás sea un asunto demasiado obvio (e importante) como para ser mencionado, mientras que unas habilitan el juego social y político y con él la posibilidad transformación socio-política, las otras lo clausuran por ser esas dimensiones de la realidad del lenguaje/discurso teóricamente inexistentes. ¿Sólo diferencias teóricas? Sólo si presuponemos la neutralidad axiológica como el equivalente de la práctica científica: actividad ‘pura’ abstraída de todo contexto social, político o significativo. Es decir, ejerciendo una verdadera sociopolítica del lenguaje/discurso que se piense a sí misma como ajena a toda sociopolítica o, de otro modo, impugnando la puesta en cuestión de ‘derechos’ adquiridos por la naturalización objetivada de un esquema cognoscitivo de sujeción fundacional, donde la objetivación es asimilada a la neutralidad ético-política.

Pero, asimismo habría que agregar que *a priori* nada nos dice el análisis político del discurso acerca del rumbo de esa transformación socio-política; aunque ella estuviese regida por principios y prácticas de democratización, siempre puede caer en patrones no democráticos. De otro modo, no existiría una distinción de valores por sí (y para sí) entre perspectivas teóricas “intelectualistas” y las “sociales y políticas”, su discusión valorativa parece escurrirse del orden de una teoría crítica hacia la pugna de una práctica crítica, en términos de Mouffe desde ‘la política’ hacia ‘lo político’.

O, pensándolo aún de otra forma, el sentido y el rumbo de la política no es asunto excluyente de “expertos”, no hay una ciencia (*episteme* o *scientia*) de la política. Y, aunque se creyera que la hubiese, toda ciencia social compromete intereses socio-políticos y lo hace de modo aún más visible y directo que otras ciencias. Como se sabe, la científicización de la política, con su consecuente división entre profanos y especialistas, es una forma de despolitización; pero simétricamente, un activismo o práctica sin herramientas teóricas de auto comprensión (o, herramientas teóricas críticas) tiende a la reproducción o al agotamiento, es decir, a un segundo sentido de despolitización.

Si se retoma el primer acercamiento, parece que es posible sostener un posicionamiento valorativo, porque el APD resitúa la práctica del analista o investigador negándole todo resto de ilusión científicista como observador ‘neutral’, ‘externo’, que puede ‘representar’ la ‘totalidad de lo real’ bajo

67 BUENFIL BURGOS, RN (1994). *Op. cit.*, pp. 30; 32.

68 Si para Saussure el lenguaje es un juego de diferencias, para Derrida “el juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo”. DERRIDA, J (1977). “Semiología y Gramatología”, in: *Posiciones*. Valencia, Pre-Textos, p. 35.

su observación o análisis. Su producción discursiva (relacional, abierta y precaria) se ubicaría atravesada por los mismos condicionamientos que su objeto. Y, este atravesamiento no es postulado como una normativa metodológica trascendente sino que se desplegaría inmanentemente desde el entramado teórico mismo. Esta posición implica, también, una verdadera sociopolítica de la práctica de investigación social. Involucra, en correspondencia con su idea de "discurso", la contingencia, la apertura, la historicidad, lo permanentemente amenazado, lo incompleto, lo inacabado en el proceso de investigación mismo, este último ya no puede simbolizarse como la 'ejecución de un plan de obra': no podría pensarse como un proceso de avance en un sentido total o teleológico aunque se halle sujeto a un encuadre teórico metodológico consistente.

Finalmente, queda aún la discusión de los límites que se le impondrían en su comprensión (y transformación) de los procesos socio-políticos al ser un pensamiento de carácter impersonal, que ignora la causalidad (y el 'origen') en el devenir histórico y por lo tanto, estudia de un modo sincrónico y se mantiene ajeno al dominio del sujeto y la intersubjetividad (experiencia, influencia, propósito, hábito, sentido, deseo, libertad...). Es decir que, nuevamente, nos acercáramos a la incertidumbre propia de un *bricoleur* levi Straussiano: si las posibilidades de transformación, de disposición y re disposición para la asignación de sentido socio-político de esta analítica no es ilimitada ¿el análisis político del discurso serviría sólo a un tipo de uso? ¿Para la comprensión de diferentes órdenes, alcanzaría con desviar las relaciones entre categorías de su función primera como conjunto coherente o teoría de la hegemonía? ¿Puede integrarse, como residuo de construcciones y/o destrucciones anteriores, a otro conjunto de teoría que componga alguno de estos límites?



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA ~ AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 51 - 66

REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL

ISSN 1315-5216 ~ CESA - FACES - UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

La teoría de la hegemonía, una lectura desde el psicoanálisis y la deconstrucción

The Theory of Hegemony, a Reading from the Viewpoint of Psychoanalysis
and Deconstruction

Agustín MÉNDEZ

Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Argentina.

RESUMEN

El propósito del presente trabajo es desarrollar una lectura de la Teoría de la Hegemonía indagando el modo en que se conjugan en su interior los postulados de la deconstrucción y el psicoanálisis. Esta teoría considera toda formación social habitada por indecibles estructurales que permiten establecer el carácter contingente de cualquier ordenamiento. La necesidad de retotalizaciones hegemónicas en base a significantes vacíos portadores de goce permitirá comprender retroactivamente la noción de *différance* sostenida por Derrida en términos de falla o carencia, propio de los aportes psicoanalíticos lacanianos, que jalona a todo orden social al ser reconstituida permanentemente.

Palabras clave: Deconstrucción, hegemonía, psicoanálisis, vacío.

ABSTRACT

The purpose of this work is to develop a reading of the theory of hegemony inquiring as to how it combines in its interior the postulates of deconstruction and psychoanalysis. This theory considers any social formation inhabited by structural undecidables that permit establishing the contingent nature of any system. The need for hegemonic re-totalizations based on empty signifiers that carry enjoyment will make it possible to understand retroactively the notion of *différance* sustained by Derrida in terms of failure or lack, belonging to the Lacanian psychoanalytic contributions that pull all social orders toward permanent reconstruction.

Keywords: Deconstruction, hegemony, psychoanalysis, empty.

INTRODUCCIÓN

Ernesto Laclau, altamente crítico de los posicionamientos que conciben a la sociedad regida por una objetividad subyacente que la dota de una inteligibilidad racional total, reacciona tanto frente a la ortodoxia marxista así como también a los enfoques basados en la simple explosión de los movimientos multiculturales que, de acuerdo al enfoque posmoderno, no tendrían ningún sustrato común siendo mónadas incommensurables unas con otras. Laclau, cuyas reflexiones se inscriben dentro del llamado posmarxismo, realiza desde sus primeras elucubraciones una operatoria deconstruccionista de dicha tradición de pensamiento, especialmente a partir del concepto gramsciano de hegemonía para dar cuenta de las aporías internas en las que se basa. Dentro de una generalidad absoluta, se puede afirmar que la clave de lectura de este autor se apoya en la mutua contaminación entre lo particular y lo universal, concibiendo a la sociedad como una totalidad fallida, estructurada discursivamente, donde prima el accionar de la operatoria de articulación en la conformación de nuevos ordenamientos políticos.

El motivo de este trabajo es proponer una lectura del modo en que Laclau retoma ciertos aspectos de la deconstrucción derridiana y del psicoanálisis lacaniano. Lo que se pretende es observar e identificar el modo en que estas dos tradiciones operan en el almacén teórico de Laclau, dotándolo de una originalidad y profundidad encomiable.

De modo introductorio y tan sólo para plantear esta interrelación, se puede afirmar que la lógica deconstructiva, vía la *différance*, permite dar cuenta de la imposibilidad de toda identidad autorregulada, mientras que la operatoria psicoanalítica, mediante la noción de lo Real, permite dar cuenta de la formación de nuevos sujetos y procesos de subjetivación política.

1. TEORÍA DE LA HEGEMONÍA Y DECONSTRUCCIÓN. EL APOORTE DE LA INDECIBILIDAD

En *Hegemonía y Estrategia Socialista* Laclau y Mouffe proceden a realizar una deconstrucción de la categoría marxista de hegemonía. En el capítulo 3 de dicha obra se ofrece la noción de “discurso” que la remiten directamente a la empleada por Derrida en su crítica al estructuralismo. Siguiendo a éste último, los autores muestran que toda identidad es relacional, constituida por el juego de las diferencias generada principalmente por la ausencia de un centro estructural que provea una fijación de sentido y que determine las posibilidades de combinaciones y sustituciones al interior de todo orden discursivo. La noción que Derrida acuñará para desestabilizar la idea de una totalidad autorregulada es la *différance*.

La *différance* opera como ese no-concepto, que se halla en la base de toda operación deconstructiva, mostrando la aporía interna sobre la que se articula toda identidad. La “a” marca el juego de alteridad, espacialidad y temporalidad que hace imposible toda plenitud absoluta y autocontenida: “la *différance* es el origen no pleno, no simple, el origen estructurado y diferente de las diferencias [...] El movimiento según el cual la lengua o cualquier código o todo sistema que nos remita a algo en general se constituye históricamente como un tejido de diferencias”¹.

Esta *différance*, tanto en el sentido de aplazar y como ser diferente, se constituye en un doble movimiento: de temporalización, es decir un efecto de retardo de la presencia a sí misma, y de espaciamiento, la cual señala que, entre los distintos elementos de una cadena, se encuentra un intervalo, una distancia que los separa y singulariza a cada uno de ellos. De esta manera el espacio se hace

1 DERRIDA, J (1977). *Posiciones*. Pre-Textos, Valencia, España, pp. 75-76.

tiempo en un movimiento co-originario por el cual, a su vez, el tiempo deviene espacio. Con esta idea se quiere dar cuenta de la alteridad interna de cada elemento, cuestionando los postulados de una identidad plena y reductible al presente puntual de su inscripción. La noción de espaciamiento (devenir espacio del tiempo y tiempo del espacio), que sobrepuja la temporalidad, haciéndola diferir internamente en una actividad generadora de diferencias, de casos singulares e irreducibles unos a otros, se entrelaza con la iteración del signo (ítara, del sánscrito otro). En su proceso deconstructivo, resaltando la hiancia entre significativo y significado, Derrida demuestra que ningún contexto puede agotar por completo la utilización de un signo. Al contrario, éste, para ser tal, debe repetirse, re-inscribiéndose en una pluralidad de momentos y situaciones de significación y al hacerlo se modifica a sí mismo y al contexto en el que opera (constituyendo la repetición en la alteridad): el presente/sentido de toda identidad se encuentra dislocado/diferido de sí mismo.

Este análisis es recuperado por Laclau al afirmar que toda estructura se encuentra siempre ya dislocada, por lo que requiere de un exterior constitutivo que opera a la vez como su condición de posibilidad e imposibilidad. Toda estructura, al estar habitada por indecibles, muestra la imposibilidad de ser ella misma una unidad de sentido autorregulado. Como afirmará Laclau, la dislocación es la huella de la contingente en lo necesario, dando origen a la subversión permanente entre ambos ámbitos.

La labor deconstructivista muestra que este entrelazamiento constitutivo entre lo interior-exterior nunca se puede definir con precisión: el límite que separa lo interno de lo externo no puede diferenciarse plenamente. Los indecibles introducen una cuña al interior de las oposiciones metafísicas demostrando la multiplicidad de sentidos opuestos e inseparables de un mismo término: de ahí su función de *entre, ni-ni o bien o bien*, es decir que se posicionan simultáneamente más acá y allá de todo límite que determina la pertenencia y exclusión a un sistema, fracturando el carácter jerarquizante de todo binarismo: la huella no es ausencia ni presencia, el *pharmakon* ni es veneno ni remedio, o bien, ambos a la vez. Aquello que aparece como algo ajeno opera siempre ya desde lo más interior de toda identidad.

La deconstrucción de la “metafísica de la presencia” pone de manifiesto el hecho que

la ausencia de un significado trascendental hace que toda diferencia tienda hacia otra para significarse a sí misma: toda articulación de sentido suplementa este vacío estructural, produce un himen; pero este suplemento resulta siempre precario, dado que se encuentra el mismo, siempre ya marcado en su origen por la contingencia (la archihuella)².

La noción de suplemento, que es siempre suplemento de un suplemento, es propia del juego de las diferencias, es decir de un elemento que suple esa falta de centro regulador. El suplemento no sustituye nada que lo haya pre-existido: es una no-presencia que no deja pensarse en la dualidad presencia-ausencia. El suplemento hace referencia a esa falta que habita toda identidad requiriendo de una alteridad para erigirse como tal: el corolario de todo ello es que “la diseminación al producir una serie no finito de efectos semánticos no puede ser reconducido a un origen simple ni a una presencia escatológica, marca una multiplicidad irreducible y generativa”³.

La estrategia general de la deconstrucción, que no puede devenir en un método que brinde reglas a seguir, lleva adelante una operatoria de remarque de las oposiciones sobre las cuales se

2 PALTI, E (2005). *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política frente a su “crisis”*. FCE, Bs. As, Argentina, p. 96.

3 DERRIDA, J (1977). *Op. cit.*, p. 60.

constituye el edificio de la metafísica. Así, en primer lugar, realizará la inversión de dicha jerarquía, mostrando la contingencia de tal ordenamiento. Si bien esto es algo indispensable, no puede el trabajo deconstructivo quedarse en ello, ya que sería un simple reordenamiento de los términos. Lo buscado, por el contrario, es desplazar la estructura propia de todo binarismo. De esta labor se encarga la lógica de la *paleonimia* o estrategia de los viejos nombres, que permite una operatoria a la vez interior y exterior de toda díada conceptual. Esta consiste en mantener el término sometido en la oposición, y mediante una disimetría estratégica, se lo generaliza y reinscribe, permitiendo que se desdoble y funcione bífidamente: se toma prestado un término de la tradición logocéntrica para nombrar lo que es innombrable dentro de su clausura.

La operatoria derridiana se basa siempre en el juego de la textualidad e intertextualidad, “el texto es tejido de textos, un entramado de diferencias diseminado al infinito, indecidible, de modo que resulta difícil determinar dónde acaba un texto y dónde empieza otro: lo único que hay es texto “à perte de vue”, al infinito”⁴. De esta manera la deconstrucción es el juego de la diseminación de sentido, remisión incesante de huellas entre sí, en una alusión sin fondo ni fin, operatoria de doble pliegue o re-marca, donde el injerto textual se multiplica al infinito.

Si el discurso constituye las condiciones de posibilidad de todo objeto, inscribiéndolo en el campo el ser (y no la mera existencia), toda práctica de articulación busca fijar parcialmente las diferencias no articuladas, es decir pasar de ser elementos a momentos de un orden significativo. Sin embargo esto es algo que es imposible de concretar con éxito, “La ausencia de un significado trascendental extiende infinitamente el dominio y el juego de la significación”⁵.

La deconstrucción, de esta manera, se vuelve un operador teórico de gran importancia para la Teoría de la Hegemonía puesto que torna visible la contingencia de toda relación y el carácter profundamente relacional de toda identidad. La hegemonía por ello se nutre de la misma en tanto teoría de la decisión.

Si la lógica hegemónica reconoce su deuda primaria con el movimiento derridiano es porque este muestra la estructura indecidible de todo orden:

la archi(huella), la archi(escritura), *différance*, fármaco, suplemento pero también diseminación, himen marca/margen/marcha son indecidibles, esto es unidades de simulacro que no se dejan encerrar en ningún tipo de definición o de significado último ni ser incorporados de forma habitual en la cadena tradicional de oposiciones sino que, por el contrario, introducen una fisura mortal en el campo jerarquizado de estas al mostrar la posibilidad de establecer en todo concepto o noción una multiplicidad de sentidos inseparables, a menudo opuestos, resaltando de este modo la absurdo de la pretensión metafísica del querer-decir y minando las tendencias hacia un centramiento teórico, hacia una verdad⁶.

La deconstrucción, vehiculizada por la lógica seminal de la diseminación que posibilita la apertura de lo social y muestra la contingencia de todo orden, permite ampliar el ámbito de los indecidibles estructurales y, a su vez, sentar las bases para el desarrollo de una teoría de la decisión. Este enfoque teórico es altamente productivo para los postulados de la Teoría de la Hegemonía porque concibe a lo político como el momento de institución de lo social, aquello que permite “reactivar” las

4 PERETTI, C (1989). *Jacques Derrida. Texto y Deconstrucción*. Anthropos, Barcelona, España, p. 164.

5 DERRIDA, J (1989). *La escritura y la diferencia*. Anthropos, Barcelona, España, p. 385.

6 PERETTI, C (1989). *Op. cit.*, pp. 156-157.

sedimentaciones sociales existentes. Por más institucionalizada que esté una práctica/identidad social, la misma nunca puede ocultar absolutamente la huella de su contingencia. En segundo lugar, e íntimamente ligado a esta primera aportación, la deconstrucción permite demostrar el carácter siempre precario y parcial de toda institución política, es decir, la imposibilidad de una cristalización absoluta de sentido.

En correspondencia con esto último, Laclau sostiene que la lógica hegemónica puede enlazarse correctamente con la operatoria derridiana de la espectralidad. La relación de éste con un cuerpo es un lugar indecible en el que universalidad y particularidad se contaminan mutuamente:

por la que cierto contenido excede su propia particularidad y pasa a ser la encarnación de la comunidad, es lo que llamo una relación hegemónica. Como vemos, esta presupone la lógica espectral: la plenitud del espíritu, como no tiene contenido propio, sólo puede existir a través de su dependencia parasitaria respecto de un cuerpo particular; pero este cuerpo es subvertido y deformado en su propia particularidad en la medida que pasa a ser la encarnación de la plenitud⁷.

Sin embargo, esta lógica espectral no permite dar cuenta porque hay otros "cuerpos" que luchan por encarnar ese espíritu, por lo que este último se autonomiza relativamente: Laclau ejemplifica esto mostrando que en una situación de desorden radical, el Orden en tanto tal, el principio ontológico de representación de la plenitud ausente de la sociedad, cobra cierta autonomía respecto del contenido particular que lo encarna.

2. MOMENTO DERRIDIANO-MOMENTO-LACANIANO. RUPTURAS Y DESLIZAMIENTOS

Es desde este momento en que se empieza avizorar el modo en que la Teoría de la Hegemonía se desliga de la deconstrucción, cuyo énfasis se pone de manifiesto con más fuerza al abordar la cuestión de la decisión.

Si la deconstrucción muestra la indecidibilidad de todo orden reactivando su origen político y posibilitando la subversión del mismo, abre las condiciones para formular la noción de decisión. La indecidibilidad/decisión, como resalta Derrida y sigue Laclau, es primaria de todo orden social existente: sólo puede haber decisión (y no elección) si la misma pasa por el tamiz de los indecibles.

Sin embargo, la Teoría de la Hegemonía produce una disyunción en relación a las perspectivas deconstructivistas que intentan fundamentar la decisión en un postulado ético basado en la apertura a la alteridad radical de lo otro. Según Laclau, no se puede buscar un fundamento que sostenga la decisión como una exhortación ética debido a la indecidibilidad de la estructura: es a causa del carácter constitutivamente incompleto que las decisiones tienen que ser tomadas, pero dado que de lo que se trata es del carácter incompleto de las reglas y no de una ausencia total de las mismas, el problema de una fundamentación ética total nunca surge⁸.

La ruptura con el movimiento derridiano se puede observar a partir de una diversidad de puntos, aunque dos (que están inextricablemente entrelazados) se vuelven sumamente visibles, y permiten fundamentar el pasaje hacia la operatoria psicoanalítica-lacanian: 1) concebir al movimiento tropológico que subvierte el sentido como el lugar de la emergencia del sujeto, erigiendo a la decisión como un acto de identificación simbólica, y 2) demostrar que toda articulación política hegemónica

7 LACLAU, E (1996). *Emancipación y Diferencia*. Ariel, Bs. As., Argentina, pp. 131-132.

8 *Ibid.*, p. 143.

se halla sustentada en la existencia de significantes amos/vacíos que permiten fijar parcialmente el juego de las diferencias.

Lo que está a la base de todo esto es la noción de antagonismo como límite de toda objetividad.

En relación con esto último, Laclau encuentra que las diferencias por sí mismas no logran generar una formación hegemónica:

si permanecemos en el campo de las diferencias, permanecemos en el campo de una infinitud que hace imposible pensar ninguna frontera y, que en consecuencia, disuelve el concepto de formación. Es decir, que los límites sólo existen en la medida en que un conjunto sistemático de diferencias se recorta como totalidad respecto de algo más allá de ellas y es solamente a través de ese recortar que la totalidad se constituye como formulación⁹.

Asimismo, afirma que

la imposibilidad del cierre ha sido presentada hasta aquí como la precariedad de toda identidad, que se muestra como movimiento continuo de diferencias [...] ¿no hay ciertas “experiencias” ciertas formas discursivas, en que se muestra, no ya el continuo diferir del “significado trascendental”, sino la vanidad misma de este diferir, la imposibilidad final de toda diferencia estable y, por tanto, de toda “objetividad”? la respuesta es que sí [...] y ésta es el antagonismo. Este mismo marca el fracaso de las diferencias¹⁰.

Por último, sostiene que “el juego de las diferencias es al mismo tiempo la apertura y el congelamiento de ese juego [...] no creo que sea posible algo así como un juego irrestricto de las diferencias ni siquiera como un ideal activo. Sólo puedo abrir el terreno de algunas posibilidades históricas si cierro otros”¹¹.

La lógica del antagonismo y la necesidad de fijar un orden permiten pasar del juego irrestricto de las diferencias en una estructura descentrada a la noción lacaniana de “lo simbólico” estructurado en torno a un Real inaprensible.

El aporte lacaniano/psicoanalítico debe ser pensado a partir de la incorporación de la falta y su estructuración en torno de noción de goce (*jouissance*), perdido por definición. Como afirma el pensador argentino, la noción de afecto, en tanto catexia diferencial en un objeto, supone la existencia de desniveles en lo social y a su vez incorpora la posibilidad de pensar la fuerza que adquiere toda fijación hegemónica.

Sin embargo, es necesario recalcar que este momento de fuerza que permite pensar el momento de la re-totalización hegemónica no significa que de ahora en más se torne obsoleta la operatoria deconstructivista, ya que como resalta Laclau, todo objeto es concebible mediante sus condiciones de posibilidad que lo trascienden, siendo este horizonte constituido por infraestructuras indecidibles.

Una última aclaración preliminar consiste en remarcar que este pasaje de “Derrida a Lacan”, del juego de las diferencias al campo de la afectividad/goce no es ilegítimo, ya que como demuestra

9 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una democracia radicalizada*. Siglo XXI, México D.F. México, p. 165.

10 *Ibíd.*, pp. 145-145.

11 LACLAU, E (2008). “Los usos de la igualdad”, in: CRITCHLEY, S & MARCHART, O (2008). *Laclau, Aproximaciones Críticas a su obra*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 411.

Laclau la afectividad no es un elemento agregado a la significación sino que, por el contrario, es co-constitutivo de él: toda significación existe en relación a una investidura afectiva diferencial.

Retomando la cuestión del “momento lacaniano”, este se torna claramente identificable cuando Laclau afirma que, a pesar de la imposibilidad de fijación última de sentido, “un discurso en el que ningún sentido pudiera ser fijado no es otra cosa que el discurso del psicótico [...] lo social no es tan sólo el juego infinito de las diferencias. Es también el intento de limita este juego de las diferencias, de abarcarla dentro de la finitud de un orden”¹².

3. EL PSICOANÁLISIS: LO REAL, EL SUJETO Y EL OBJETO A

La Teoría de la Hegemonía debita su deuda con el psicoanálisis a partir de la noción de falta que éste incorpora dentro de toda estructura. La falta psicoanalítica en este caso (y a diferencia de la postulada por la deconstrucción) incorpora la dimensión de la afectividad. Hay un cambio en el registro de la implicancia de la falta con respecto a la deconstrucción: en el psicoanálisis ésta hace referencia a la pérdida de *jouissance* (tanto en el sujeto como en el objeto, como se verá más adelante) debido al hecho de que el sujeto es efecto del significante: éste lo constituye a la vez que lo aliena a sí.

Siguiendo a Braunstein¹³, se puede afirmar que la “barra” del sujeto en el orden simbólico lleva como consecuencia la evacuación del goce/real del cuerpo del viviente produciéndose una modificación en la satisfacción corporal. Goce y significante son opuestos e inamisibles. La principal consecuencia de la pérdida de goce es la no complementariedad de los sexos (*no existe la relación sexual*): el mismo es desde siempre parcial, pudiéndose obtener una ganancia o pérdida de aquel. Hay que resaltar que esto es así inexorablemente: sin el obrar del significante no hay goce, pero la producción del mismo por el orden simbólico lo constituye siempre ya en una dimensión de pérdida en la satisfacción sexual corporal.

Lo Real/goce en la teoría lacaniana hace referencia a este excedente que es inaprensible por aquello mismo que lo genera, es decir, lo simbólico. Lo Real es el límite interno que muestra la falta en la que se encuentra el Gran Otro simbólico para constituir al sujeto como tal: no hay Otro del Otro, éste no tiene garantías, sino que está también barrado, deseante,

el sujeto solo puede ser un sujeto tachado desde el momento en que el Otro completo que podía garantizar la constitución plena del sujeto está ausente. El sujeto barrado, no obstante, no deja de desear su completitud ausente: es el hecho de que está tachado lo que postula la completitud como perdida (prohibida) pero posible en principio, es decir posible de ser deseada¹⁴.

Lacan explica el hecho de la subversión del signo mostrando que hay una barra constitutiva e inherente a la relación entre significado/significante, estableciendo una relación de primacía del segundo por sobre el primero. Siendo el punto de *capitonage* un corte metafórico de un desplazamiento metonímico, su función será detener el deslizamiento de una cadena significativa generando retroactivamente el efecto de significación. La conclusión de ello es que el significado está perdido para siempre, formando parte de lo Real.

12 LACLAU, E (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestros tiempos*. Nueva Visión, Bs. As., Argentina, pp. 104-105.

13 BRAUNSTEIN, N (2005). *El Goce. Un concepto lacaniano*. Siglo XXI, Bs. As., Argentina.

14 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Lacan y lo político*. Prometeo, Bs. As., Argentina, pp. 79-80.

El “objeto a”, pérdida necesaria para que surja el sujeto, no sólo es el objeto causa de deseo, posicionándose “detrás” de aquel y generando su búsqueda/desplazamiento incesante/metonímica, sino que a la vez, y dada la imposibilidad de la “unión mítica” con el objeto primordial del deseo que representa la Madre, se genera un espacio que busca ser llenado de algún modo, y es precisamente el denominado “objeto a” el que permitirá “obturar” esa falta/pérdida, constituyéndose en objeto de satisfacción pulsional. Goce será el nombre que Lacan le da precisamente a la cancelación de dicho estímulo: “las ahora pulsiones se contentan con estas pequeñas nada, estos objetos que la satisfacen. Lacan los llama objetos a; y son por así decirlo simulacros del objeto materno perdido o das Ding”¹⁵.

La problemática del objeto a como plus de goce debe ser entendido a partir de la relectura que Lacan hace del Complejo del *Nebenmensch* freudiano. De acuerdo a su interpretación, éste se encuentra dividido en *das Ding* y *vorstellungen*, es decir entre dos componentes, uno ligado como algo constante que permanece unido como una cosa (*das Ding*) y otro que puede ser comprendido por la actividad de la memoria, siendo este el sistema de representaciones que forman parte del mundo cotidiano y que permiten ser capturados por *vorstellungen*.

Sin embargo, el problema es que hay algo de la “Madre” que no es comunicable al orden del *vorstellungen* por lo que se abre un agujero en este espacio regulado por los significantes. No es que no se puede reencontrar esa plenitud mítica; su ausencia no es una imposibilidad del pensamiento mismo, sino un vacío en el ser. El meollo de la cuestión no es que la Madre escapa a esa representación/*vorstellungen* sino que el goce que la vincula al sujeto se perdió y esa pérdida “agota” la totalidad del ser. El concepto de *laminilla*, permite esbozar una salida de esta paradoja. Lacan la conceptualiza como el órgano de la libido sustraído al ser por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual. Pero

aunque la vida inmortal indestructible nos ha sido sustraída, aún permanecen algunos representantes (no representaciones) en forma de pequeños objetos libidinizados [...] ese órgano la libido que no tiene necesidad de órganos, dado que es en sí mismo pura y total autosuficiencia, no existe ni jamás ha existido (o no hay plenitud original), y no obstante, algo de ese tiempo mítico y esa autosuficiencia inexistentes permanece. Partes y fragmentos de ese órgano original y puramente mítico han quedado atrás en forma de objetos parciales¹⁶.

La pulsión emerge a partir de la incorporación de un tercer componente, además de *das Ding* y *vorstellungen*: la noción de *vorstellungrepräsentanz* o representante ideacional, siendo aquella que permite “aprehender” lo bueno de *das Ding*. Huelga aclarar que esta “aprehensión” no se refiera a algo que era de la Cosa Materna, sino algo en lugar de ella, permitiendo obtener parte de ese goce perdido. La pulsión permite comprender al goce como algo que se inscribe dentro de una economía política donde se juega una instancia de pérdida y ganancia (plus de goce): “*vorstellungrepräsentanz* no es una representación ordinaria [...] sino una clase peculiar de representación que nos permite apropiarnos de algo de no-ser, de algo de goce o satisfacción”¹⁷.

La relación entre la pulsión y el objeto a, si bien es contingente, ya que la catexia diferencial en aquél no está predeterminada por el objeto de la investidura, muestra una discontinuidad radical entre un objeto y otro. La sublimación de la pulsión es un elemento indispensable para pensar esto ya

15 COPJEC, J (2006). *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y Sublimación*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 60.

16 *Ibid.*, p. 63.

17 *Ibid.*, p. 83.

que la misma significa investir un objeto con la dignidad de la Cosa: la sublimación no es un cambio de un objeto a otro de mayor valor cultural, sino que por el contrario, implica un cambio en el objeto mismo, ya que éste representará la plenitud de *das Ding*. Este goce se halla en los objetos a u objeto plus de goce: el objeto parcial, el valor del pecho materno, rompe la díada madre/hijo, dejando de ser un objeto que evoca esa totalidad mítica, para encarna la totalidad misma: el pecho materno no es una del parte del todo sino una parte que es el todo.

Estos elementos permiten ver la relación entre psicoanálisis y Teoría de la Hegemonía. Si la última se apoya en la expansión de las relaciones de representación, el psicoanálisis se incorpora a la teoría lacaniana a partir de la lógica del significante tal como es sostenida por Lacan a través de la primacía de éste último en todo proceso de significación. Esta caracterización permite adensar la caracterización del significante amo/vacio como aquel que permite totalizar/hegemonizar una formación social/orden significativo.

Dado que “la falta es introducida en la intersección de lo real con lo simbólico, lo simbólico supone una falta. La falta emerge en y través de la simbolización de lo real [...] lo real está emparentado con la falta porque en el proceso de simbolización, el significante produce el significado de la ilusión imaginaria de alcanzar lo real perdido”¹⁸, esto lleva a indagar la conceptualización lacaniana del antagonismo/dislocación como lo Real lacaniano.

En este punto necesario resaltar que el dispositivo lacaniano aparece en la obra de Laclau a partir de las críticas que realiza tempranamente Žizek, donde éste liga la noción de antagonismo a la de lo Real, como un núcleo traumático no simbolizable, diferenciándolo del antagonismo histórico: toda identidad librada a sí misma ya se encuentra barrada/imposibilitada (esto es lo Real del antagonismo), mientras que la producción discursiva del otro como enemigo que impide y amenaza la existencia propia es producto de la proyección de esa imposibilidad inherente.

En relación a esto, Laclau responde modificando parte de su aparato conceptual. La dislocación es la falla/falta de toda estructura y el antagonismo una de las inscripciones discursivas de la misma, significándolo como enemigo/amenaza. Lo Real del antagonismo opera como motor y límite: es un obstáculo para la presencia plena de toda identidad, puesto que la misma está siempre ya dislocada, siendo por ello mismo, la noción que opera como su condición de posibilidad, puesto que la propia imposibilidad de simbolizar lo Real, *aquello que no cesa de no escribirse*, impulsa su intento de simbolización. Lo Real del antagonismo o la dislocación estructural de toda identidad, se presenta en la forma de interrupción de la objetividad social, mostrando su límite en tanto imposibilidad de constituirse como tal por sus propios medios. El momento de confrontación antagónica es en sí mismo irrepresentable, por eso Laclau la asimila al *dictum* lacaniano de “*no existe la relación sexual*”, es decir que no hay una complementariedad entre los sexos. Éste es un núcleo verdadero/imposible que sólo puede entrar en el campo de la representación a través de desplazamientos contingentes topológicos. El antagonismo en este caso es un núcleo Real que evita el cierre del orden simbólico. Que la diferencia sexual sea Real significa que no hay una forma preconcebida de relación entre los sexos. De idéntica manera, el antagonismo, al estar atravesado por un elemento irrepresentable, impide que los intentos de significación de aquel estén ligados a algún contenido particular determinado a priori, abriendo el camino a la constitución de diversas rearticulaciones hegemónicas.

De esta manera “un intercambio fructífero entre la teoría lacaniana y el enfoque hegemónico de la política es que en ambos casos cualquier forma de no fijación, el desplazamiento topológico y

18 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Op. cit.*, p.75.

similares está organizado alrededor de una falta original que a la vez que impone una tarea extra a todos los procesos de representación también abre el camino a una serie indefinida de sustituciones [...] Si la repetición se torna posible/imposible por una falta primordial, ningún contenido óntico puede monopolizar el principio de representabilidad como tal¹⁹.

En su última obra, *La Razón populista*, Laclau asimila la heterogeneidad social a lo Real, desdoblándola en tres aspectos. 1) Como aquello que carece de lugar definible dentro del orden simbólico existente. Esta heterogeneidad puede ser vista como la existente entre las fuerzas antagónicas, ya que no hay una recuperación dialéctica entre ambas, sino que son inconmensurables las unas con las otras: la resistencia de la fuerza antagonizada no es derivable lógicamente de la fuerza antagonista, “los puntos de resistencia a la fuerza antagonizante siempre van a ser externos a ella [...] no hay puntos privilegiados de ruptura y disputa a priori”²⁰; 2) también hace referencia al hecho de la imposibilidad de las cadenas equivalenciales de eliminar la dimensión particular de las demandas, y 3) la vincula a aquellas demandas que no pueden ser incorporadas a ninguna de las cadenas equivalenciales en confrontación; dado su contenido particular estas demandas son dejadas aparte (heterogeneidad en este caso no es diferencialidad).

La heterogeneidad, en su triple determinación, pone de manifiesto la crítica al espacio de representación como algo suturado, ya que éste se halla constituido por lo Real (un elemento *extimato*) que lo subvierte permanentemente:

la relación entre lo interior y exterior debe ser reemplazado por un juego mucho más complejo en el cual nada es completamente interno o completamente externo; toda internalidad va estar siempre amenazada por una heterogeneidad que nunca es una externalidad pura porque habita en la propia lógica de la constitución interna²¹.

En relación a esta heterogeneidad cobra primacía la función del significante vacío. Éste, que representa la plenitud ausente de la sociedad, tiene una función homogeneizadora de lo social, por lo tanto no sólo representa sino que genera esas mismas cadenas. El nombre del significante vacío se encuentra investido afectivamente, por lo que constituye no sólo la unidad de un grupo sino también su fundamento: la identidad y unidad del objeto son producto de la operación de nominación, siendo el nombre el fundamento de la Cosa, y por tanto la unidad de las cadenas equivalenciales depende de su productividad social.

La conclusión que se desprende es la afirmación de la primacía de lo heterogéneo, ya que la homogeneidad es siempre lograda por este significante amo. Sin embargo, lo heterogéneo, en tanto expresión de la unidad fallida/ser deficiente, no sólo está ausente, sino que *se hace presente* como aquello que está ausente. Este significante vacío permite realizar una articulación hegemónica introduciendo orden donde allí no lo había; sin su existencia/accionar no sería posible un proceso de significación. Si lo Real del antagonismo es asimilado a la diferencia sexual, el significante vacío se asimila a su cifra complementaria: “hay algo del Uno”. La *suppléance* es una situación de catacrexis que no sutura el vacío simbólico sino que representa su falla, es el nombre que se le da a lo innombrable.

19 LACLAU, E (2003). “Identidad y hegemonía. El rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, in: BUTLER, J; LACLAU, E & ZIZEK, S (2003). *Contingencia, universalidad y hegemonía. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 77.

20 LACLAU, E (2005). *La Razón Populista*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 190.

21 *Ibid.*, p. 195.

En sintonía con este derrotero, el sujeto, previo a la subjetivización, es definido por Laclau como la distancia entre la estructura y la decisión: habita la falla que disloca a aquella, buscando cerrar sus brechas. El sujeto no es externo a la estructura sino un producto de la imposibilidad de su constitución. Este se encuentra parcialmente autodeterminado, siendo esta autodeterminación no la expresión de lo que el sujeto ya es, sino el resultado de su *falta en ser*. Si no hay identidad, sólo puede haber procesos de identificación. Lo cual no hace más que suscribir a la concepción lacaniana del Gran Otro barrado, es decir concebir a la estructura del lenguaje como *no-todo*. La operación de separación del sujeto y el Gran Otro acontece cuando el sujeto percibe a aquel como también imposibilitado, en falta, pudiendo en consecuencia introducir rearticulaciones en el campo sociosimbólico.

Se pone de manifiesto que la lógica hegemónica, *en tanto decisión*, busca suturar esa falla, cerrar su brecha. Se desprende que será la noción de falta la que posibilita y desencadena todo proceso de identificación simbólica. Sin embargo, la lógica de Laclau no cae en el decisionismo: para este autor la plenitud de la sociedad, ese momento vacío, está en la raíz de lo ético. La justicia, por ejemplo, es un término vacío sin contenido conceptual y vivido como el reverso negativo de una situación experimentada como injusta. Lo ético está en la experiencia de una falta, es la distancia entre lo que es y lo que debería ser. Si el momento ético es vacío, no se puede desprender de él un contenido normativo *a priori*. La decisión constituye ese investimento radical de un contenido normativo que pretende representar la sustancia ética de la comunidad. Así la decisión está internamente dividida, por un lado representa el principio de la plenitud ética y por otro lado un contenido óntico /normativo particular que lo encarna.

Al estar todo sujeto constituido en una estructura dislocada, su decisión estará condicionada por las prácticas sedimentadas/normativas de la misma, ya que ninguna dislocación disuelve la totalidad de lo existente: su función será la de una reconstitución de ese orden alterado. La decisión nunca es la *creación ex nihilo* de una nueva formación social, sino que es un desplazamiento de ese objeto imposible de la inversión ética. La decisión, por consiguiente, no es arbitraria sino que se torna legible a partir del contexto en el cual es tomada.

Por último, Laclau establece un isomorfismo entre la lógica del "objeto a" (tal como se desarrolló en la primera parte de este acápite) y el vínculo hegemónico:

la totalidad mítica, la díada madre/hijo, corresponde a la plenitud no alcanzada, evocada —como su opuesto— por las dislocaciones ocasionadas por las demandas insatisfechas. La aspiración a esa plenitud o totalidad, sin embargo no desaparece simplemente, sino que es transferida a objetos parciales que son los objetos de las pulsiones. En términos políticos esto es exactamente lo que hemos denominado una relación hegemónica: una cierta particularidad que asume el rol de una universalidad imposible²².

El objeto a, fuente de goce, al darle un nombre a esa ausencia, es idéntico a la operatoria de los significantes que vacían su particularidad hegemonizando el campo social.

La condición de posibilidad de la política/populismo es que una parte de la comunidad, la *plebs*, no se conciba a sí misma como una fracción del *populus*, sino como una parte que reclama ser el legítimo representante de la totalidad. La inversión de la relación parte/todo resalta que la puja *populus/plebs* se convierte en el lugar de una

tensión inerradicable en la que cada término absorbe, y al mismo tiempo, expulsa al otro. Esta tensión *sine die* es la que asegura el carácter político de la sociedad, la pluralidad de encarnaciones del *populus* que no conducen a ninguna reconciliación final de los dos polos. Es por ello que no existe parcialidad que no muestre en su interior las huellas de lo universal²³.

4. DEL JUEGO DE LAS DIFERENCIAS A LA REARTICULACIÓN HEGEMÓNICA: LA NOCIÓN DE FALTA

Luego de este derrotero por los distintos momentos de la Teoría de la Hegemonía es necesario ensayar aunque sea de modo provisorio una conclusión sobre la interrelación dentro de los postulados de Laclau de las lógicas psicoanalíticas y deconstructivas.

Siguiendo a Rinesi²⁴ se puede percibir en Laclau una preocupación mayor sobre los procesos de constitución de nuevos órdenes sociales, un énfasis mayor en los procesos de re-totalización hegemónica, antes que el modo en que los mismos se debilitan: el acento está puesto en observar cómo lograr que la sociedad “exista” a partir de nuevas articulaciones políticas.

Se ha esbozado que el “momento deconstructivista” de la Teoría de la Hegemonía se basa en mostrar la indecibilidad de toda estructura, situación que se manifiesta en la distancia existente entre la pluralidad de ordenamientos que eran posibles a partir de ella y el que finalmente prevaleció.

Derrida afirma que no existe sentido por fuera de las diferencias. De la mano de esto sostiene la caducidad del concepto de totalización, ya que el campo de lo social es efecto del juego infinito de las diferencias. Sin embargo, la preocupación teórica de Laclau abandona la postura meramente deconstructivista de afirma la imposibilidad última de fijación de sentido: la indagación acerca de nuevos procesos de subjetivación política, que generen nuevos órdenes hegemónicos, lo acercan a la lógica de la falta, brindada por el psicoanálisis.

Esta situación lo deja muy en claro cuando afirma que:

en el discurso destotalizante de De Man lo que es importante es mostrar la heterogeneidad a partir de la cual el movimiento topológico opera. Esto es también vital para un análisis hegemónico. Pero lo que es decisivo para este último es la determinación de las re-totalizaciones parciales que el movimiento topológico hace posible²⁵.

Estas re-totalizaciones deben ser demandas por el vacío inherente de toda estructura, por lo que ese vacío debe tener una especificidad que permita establecer los modos en que se desprenden de él cierta fijación de sentido. Es la manera en que tiene el psicoanálisis de concebir esta ausencia la que permite a la Teoría de la Hegemonía explicar la formación de nuevas identidades políticas.

La operatoria lacaniana del punto de *capitonage* que permite fijar un sentido hegemonizándolo mediante la instauración de un nuevo orden, opera en un segundo movimiento (lógico, no cronológico)²⁶, permitiendo resignificar retroactivamente, a partir de esta necesidad de domesticar la infinitud de lo social, es decir de constituir un *centro precario y provisorio*, la noción de *différance* derridia-

23 *Ibid.*, p. 279.

24 RINESI, E (2003). *Política y Tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*, Colihue, Bs. As., Argentina.

25 LACLAU, E (2002). *Misticismo, Retórica y Política*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 69-70.

26 Cfr. LACLAU, E (1993). *Op.cit.*, pp. 104-105.

na como lo Real lacaniano. Se incorpora, en este acto, la dimensión de afecto/goce que permite explicar cómo se generan estas nuevas formaciones sociales mediante catexias diferenciales en un objeto parcial/significante vacío. Este cambio en el status del vacío/ausencia estructural en el pasaje de Derrida a Lacan es sostenida en base a que la deconstrucción opone a ese pensamiento de la falta o carencia, el pensamiento afirmativo de la diseminación: "La diseminación está ligada a la afirmación nietzscheana, la afirmación gozosa del juego del mundo y de la inocencia del devenir, la afirmación de un mundo de signos sin falta, sin verdad, sin origen, que se ofrece a una interpretación activa. Esta afirmación determina entonces el no-centro de otra manera que como pérdida del centro"²⁷ o para decirlo con Derrida en expresa relación al psicoanálisis lacaniano, "la falta no tiene su lugar en la diseminación"²⁸.

Como se sostuvo en diversos pasajes de este trabajo, la noción de antagonismo hace referencia a la experiencia en la que se muestra el límite y no solo el *diferir* del significado trascendental de toda objetividad social: lo Real del antagonismo de esta manera es ese núcleo traumático no-simbolizable. El esfuerzo por positivizar este vacío se produce mediante la generación de significantes de vacuidad tendencial cuyos contenidos ónticos, por definición, nunca lograrán colmar la función ontológica de nombrar la plenitud de lo social.

Lo Real del antagonismo no es externo a lo social sino que se constituye como el límite inherente/interno de lo simbólico: la causa de lo Real es precisamente la imposibilidad del lenguaje de decirlo todo, de ser una totalidad cerrada. Este límite opera como negatividad: la subversión de lo simbólico por lo Real se realiza con las materias primas existentes que son los distintos contenidos particulares/diferenciales de lo social. La sociedad va a buscar esa plenitud que le es negada representándola por significantes vacíos que le den un nombre, el cual, por consiguiente, no está fijado a ningún contenido determinado *a priori*. Precisamente, este vacío irrepresentable, sobre el que se articula toda estructura social y sobre el que nada se puede afirmar o comunicar, se *muestra* como la falla de lo simbólico de ser él mismo una unidad cerrada. El corolario es que este núcleo Real en tanto tal no puede ser deconstruido puesto que no está ligado al significante, sino que es su exceso: "el antagonismo escapa a la posibilidad de ser aprehendido por el lenguaje, en la medida en que el lenguaje sólo existe como intento de fijar aquello que el antagonismo subvierte"²⁹.

Lo Real/falla si bien no tiene una existencia positiva en la realidad se muestra través de efectos disruptivos y desorganizantes que efectúa en lo simbólico. Lo Real es producto del significante pero se le "escapa" al mismo, por lo que es caracterizado como algo imposible, ya que el propio sistema que lo concibe no lo puede reabsorber. Así se sostiene que lo Real por antonomasia es la *jouissance*, siendo el objeto plus de goce las huellas de ese goce que es producto de la constitución del sujeto por el significante: la pulsión, de esta manera, nunca puede librarse de esa mancha/excedente de goce, dando origen a la compulsión de la repetición de su búsqueda.

Esta última descripción está en el corazón mismo del modo en que operan la deconstrucción y el psicoanálisis dentro de la operatoria lacaniana. Si es decisiva para la Teoría de la Hegemonía las re-totalizaciones parciales, el sujeto es precisamente aquel que intenta cerrar esas brechas de lo simbólico mediante desplazamientos tropológicos. Para que haya decisión/identificación esa falta debe ser elaborada como pérdida: la plenitud ausente de la sociedad es el reverso imaginario de una

27 DERRIDA, J (1989). *Op. cit.*, p. 400.

28 DERRIDA, J (2001). *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Siglo XXI, México D. F., México, p. 415.

29 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Op. cit.*, p. 145.

situación vivida como deficiente. Por eso está compelido en su búsqueda en forma permanente pero siempre elusiva. Se repite, tal como Freud enseñó, porque no se puede recordar. Y lo que no se puede recordar es aquello que nunca se experimentó, “el objeto perdido es un objeto que no está perdido en cuanto tal sino que es postulado como perdido *après coup*, [...] es la falta la que introduce la idea de completud y no viceversa”³⁰, por lo que “ese estado de felicidad, que encarna la *jouissance* perdida/imposible, tiene que ser postulado como perdido (y por lo tanto como preexistiendo a nuestro estado actual) para que nuestra vida en el mundo sociosimbólico tenga sentido, sin él, no afloraría ningún deseo de identificación simbólica”³¹.

En virtud de lo antedicho es importante señalar de este modo que *différance* no es lo mismo que falta, ni tampoco tiene las mismas consecuencias en tanto operadores teóricos. Si escribir es realizar una marca, un trazo, el mismo permanece en el tiempo, sobrepajando el contexto puntual de su notación: se encuentra necesariamente *diferido* de sí. Esta *restancia* del trazo escrito permite su desdoblamiento, desestabilizando la pretensión logocéntrica de la presencia plena a sí misma. Los postulados que Laclau sintetiza como un pasaje no admisible en el pensamiento de Derrida, su mandato de apertura hacia lo otro, están el corazón mismo de la deconstrucción: la reflexión del lenguaje como un sistema de diseminación de huellas abre el horizonte al pensamiento de la justicia porvenir³². Si el otro es una huella, no es ni puede dar lugar a una reinscripción de la metafísica de la presencia, ya que no es un significado trascendental, sino tan sólo su rastro. Este nunca se presenta como tal, sino que siempre queda por-venir. El otro, si es huella, es la de otra otredad. Esta diseminación de la huellas genera el respeto absoluto por su singularidad. Si hubiera un sólo Otro, todo lo que acontece sería una modificación de aquel; por el contrario, es la remisión de huellas lo que asegura la singularidad de cada una de ellas. El postulado de apertura a lo otro es deudor de la idea de una ética de la hospitalidad incondicional para con el rastro del otro, con sus espectros, “la hospitalidad es primera. Decir que es primera significa que incluso antes de ser yo mismo y quien soy, *ipse*, es preciso que la irrupción del otro haya instaurado esa relación conmigo mismo. Dicho de otro modo, no puedo tener relación conmigo mismo, con mi «estar en casa», más que en la medida en que la irrupción del otro ha precedido a mi propia ipseidad”³³. Lo que es necesario subrayar es que la dislocación inherente de todo signo, que permite su iteración, no exige ser suturado, es decir no requiere de retotalizaciones hegemónicas, sino que, precisamente, exige mantener abierto ese *diferir* constante, ya que en la apertura posibilitada por el trabajo de la *différance* se apoya la condición de posibilidad de lo *por-venir*.

Por su parte, desde la perspectiva psicoanalítica, la noción de falta es constitutiva del sujeto; sin embargo esta noción no remite a la extracción de algo propio que fue separado del sujeto. El sujeto es efecto del significante; por lo tanto éste en el mismo movimiento que lo origina, lo constituye en falta (*manque à être*). Esta idea, así planteada, no correspondería a un abismo teórico con la idea de *différance*, que también cuestiona la noción de identidad como una unidad autorregulada. Sin embargo, Lacan, siguiendo a Freud, sostendrá que esa falta debe ser elaborada como pérdida. Esto es así puesto que si la noción de falta sepulta la idea de la identidad plena, posibilita a su vez la constitución de identificaciones simbólicas que constituyen el proceso de subjetivación. Continuando con esta lógica argumentativa, esta pérdida está inextricablemente unida a la idea de una prohibición.

30 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Op. cit.*, p. 74.

31 *Ibid.*, p. 87.

32 Cfr. PERETTI, C (2005). “Herencias de Derrida”. *Isegoría*, n° 32, p. 128.

33 DERRIDA, J (1997). *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*. Trotta, Madrid, España, p. 35.

Como se ha señalado con anterioridad, no se debe perder de vista que es la noción de falta la que introduce la idea de una completud. La paradoja de ello es transformar la búsqueda o reencuentro con algo imposible, la Cosa materna (imposible puesto que nunca formó parte de lo propio), en algo prohibido. Esta operatoria es fundamental puesto que si algo está postulado como prohibido, esa falta o hueco que deja su ausencia puede ser vivida como perdida y posible de ser recapturada. Es este argumento el que Laclau repite a la hora de describir el funcionamiento de la construcción de todo pueblo. De este modo, dicho autor sostendrá que:

Una primera dimensión de la fractura es que, en su raíz, se da la experiencia de una *falta*, una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. Esto es decisivo: la construcción de “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente.

De esta manera, Laclau deja en claro la relación necesaria entre la experiencia de la falta y la construcción de un pueblo, es decir de re-articulaciones hegemónicas. Continuando con esta lógica, argumentará: “Sin embargo, esta experiencia inicial no es solo una experiencia de falta. La falta, como hemos visto está vinculada a una demanda no satisfecha”. Esta cita es acompañada de una importantísima aclaración que reproduce la lógica psicoanalítica de la falta-perdida, “seamos claros: solo estamos hablando de una *positivación* de la falta, que es posible porque está basada en una falta más primaria, que precede cualquier tipo de subjetivación”. Luego, y en consonancia con los sostenido anteriormente, cerrará su exposición subrayando que esa experiencia primera de la falta/ dislocación, asimilado a lo Real lacaniano, es experimentada como pérdida. Esta última tiene la función de ser una “domesticación” o simbolización de ese núcleo no-simbolizable, introduciendo en escena la instancia que “prohíbe” la plenitud de lo social. Esta “narración” que explica y permite que la falta se materialice en tanto pérdida, es la que da sustento a toda construcción de una frontera antagonica: “esto implica introducir en el cuadro la instancia que no ha satisfecho la demanda. Una demanda siempre está dirigida a alguien. Por lo cual nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquí comenzamos a comprender porque la *plebs* se percibe a sí misma como el *populus*, la parte como el todo: como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como *ser deficiente*, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable”³⁴.

El pasaje de la imposibilidad de todo orden, producto de una indecibilidad radical, se resignifica en la idea de la falta constitutiva de lo social que debe ser elaborada como perdida-prohibición para poderse generar una identidad política. El pasaje de Derrida, a Lacan se consume en este mismo acto.

El isomorfismo entre la lógica hegemónica y el objeto a (plus de goce) permite dar cuenta del porqué y del cómo se generan nuevos ordenes hegemónico³⁵. Como se subrayó anteriormente, la

34 Todas las citas anteriores corresponden a LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, pp. 112-113.

35 En coincidencia con lo postulado acerca de la relación Derrida-Lacan, Frida Saal, subraya lo siguiente: “Quisiera pues, para terminar, dejar planteada la hipótesis que, la principal diferencia que queda en pie en este campo cultivado por Lacan y Derrida, es la elaboración lacaniana del objeto a, perdida necesaria para que haya sujeto. Por ello el campo de la psicosis es el lugar de las diferencias, y de la *diferencia*” SAAL, F (1996). “Lacan-Derrida”, in: *El psicoanálisis y la escritura*. Coloquios de la fundación. Siglo XXI, México. Este señalamiento es sumamente pertinente para la argumentación realizada, puesto que la autora pone del lado del discurso psicótico el juego de las diferencias “derridianas”, siendo éste el que Laclau deja de lado, ya que hegemonizar es precisamente la disputa por fijar nuevos sentidos. Si hubiera puro juego de las diferencias, esto sería imposible (Cfr. LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, pp. 104-105).

plenitud de lo social, al igual que la Cosa materna, tiene una función retrospectiva. Como nunca formó parte de lo propio, ningún objeto está predeterminado a ocupar su lugar. Esta situación es la que permite mantener abierta la lucha hegemónica, la propia posibilidad de lo político, en pos de investir un objeto parcial/significante vacío con la dignidad de la Cosa. El significante vacío, al representar el principio ontológico de la plenitud ausente de la sociedad, está altamente investido afectivamente. Es una parcialidad que se convierte en el nombre de una totalidad imposible.

Si la imposibilidad de todo elemento en devenir momento, le da su carácter flotante, la deconstrucción brinda los elementos para pensar el campo general de la discursividad. Este concepto hay que distinguirlo analíticamente del de “discurso” que se constituye como el intento por dominar a éste último, “por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro. Los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial los denominaremos puntos nodales”³⁶.

Se puede ver el modo en que Laclau a su manera intenta integrar los aportes derridianos con los lacanianos:

la sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que la desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad³⁷.

Lo que se ha querido subrayar es precisamente que, para pensar modos de fijación de sentido, derivados de una estructura indecidible, el vacío que la habita debe jalonar su reconstrucción de algún modo. Para que la fijación de sentido se desprenda como una exigencia de ese vacío que habita toda estructura, este último debe tener cierta especificidad a través de la cual se plasme una concordancia necesaria entre su caracterización y el modo en que se lleven adelante tales re-totalizaciones. La lógica del objeto a, antes bien que el dispositivo derridiano, brinda las coordenadas que permiten pensar tal funcionamiento.

En relación a las condiciones históricas existentes, dado que Laclau postula la primacía de lo heterogéneo como parte constituyente del capitalismo globalizado, toda articulación política depende del efecto homogeneizador de los significantes vacíos. La hipótesis basada en la mayor preocupación de Laclau en los procesos de surgimiento de formaciones hegemónicas muestra porque la lectura lacaniana acerca de la búsqueda incesante, de la que no se tiene escapatoria, de ese objeto imposible y a la vez necesario, fuente de satisfacción/goce, permite releer la noción de *différance* utilizada para demostrar la infraestructura indecidible/dislocada de toda estructura como habitada por una falta/Real: la dislocación de la estructura, que posibilita el juego a la lucha hegemónica, no sienta las bases de una apertura al otro, sino que abre la puja por nombrar la plenitud ausente de la sociedad.

36 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Op. cit.*, p. 129.

37 *Ibid.*, p. 130.



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 67 - 82

REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL

ISSN 1315-5216 ~ CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau

Antagonism without Classes and Classes without Antagonism in Laclau

Marcelo GÓMEZ

Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

RESUMEN

Uno de los nervios teóricos del trabajo de Ernesto Laclau es repensar la cuestión de la política sin los lastres de la tradición marxista entre los que se encuentra el concepto de clase. Sus preocupaciones por el populismo, los nuevos movimientos sociales, las políticas de identidad, etc., se inscriben en la búsqueda de los cimientos de una nueva conceptualización de la relación entre lo social y lo político no basada en las clases. Para ello libera todo el potencial del concepto de hegemonía, hasta ese momento atado por un cordón umbilical al dispositivo estructuras-clases, permitiendo rehabilitar la productividad social de lo político como sede de identidades y antagonismos. Este artículo pretende revisar la cuestión del desclasamiento en Laclau, señalar las dificultades de su enfoque centrado exclusivamente en el discurso, traer a colación algunos cambios que se operaron en la teoría de las clases que quedan fuera de su reflexión e interrogarse si hay que declarar extinguida la fuerza teórica del concepto "clase" a la luz de los aportes más recientes de la sociología.

Palabras clave: Laclau, hegemonía, antagonismos, clases sociales.

ABSTRACT

One theoretical nerve in the work of Ernesto Laclau is to rethink the question of the politics without the ballast of the Marxist tradition, among which the concept of class is found. His concerns about populism, new social movements, the politics of identity, etc. are related to the quest for the foundations of a new conceptualization of the relation between what is social and political, not based on classes. To do this, Laclau releases all the potential of the concept of hegemony, hitherto attached by an umbilical cord to the structure-class device, making it possible to rehabilitate the social productivity of politics as a seat of identities and antagonisms. This article aims to review the issue of de-classing in Laclau, to point out the difficulties of his focus centered exclusively on discourse, to bring up some changes that operated in the theory of classes that remain outside his reflection and to inquire if the theoretical strength of the concept "class" should be declared extinct in the light of the most recent contributions of sociology.

Keywords: Laclau, hegemony, antagonisms, social classes

INTRODUCCIÓN

Quizás la pérdida más “dolorosa” de la tradición marxista en el contexto del pensamiento crítico contemporáneo es el abandono de la noción de clase. Incluso uno podría abrir el interrogante si no es justamente esta cuestión la que permite separar —lo cual siempre es arbitrario— al ancho y diverso mundo del posmarxismo del aún más ancho y diverso mundo del neomarxismo¹.

Laclau nos ofrece uno de los planteamientos más claros y contundentes de la ruptura con el concepto de clase en tanto categoría central de la comprensión de lo social. El desarrollo de la categoría clase en el pensamiento marxista se inscribe por completo en un dispositivo explicativo que objetiviza estructuras (relaciones de producción, leyes de la acumulación, etc.) tomadas como previas y condición de posibilidad de las relaciones sociales y convierte a los agentes sociales y sus luchas en puras mediaciones de una realidad más profunda que es su “secreto”. No hay en el marxismo lugar para que las clases sean teorizadas de otra forma que no sea como portadoras de una verdad más allá de sí mismas, “emisarias” de las estructuras. La noción de clase debe ser desechada simplemente porque se plantea como estéril: la historia siempre ocurre en última instancia a sus espaldas. En la pócima de este dispositivo se combinan dos venenos: un pseudo objetivismo positivista disfrazado de ciencia que Marx hereda de la economía clásica inglesa y una teleología disfrazada de dialéctica histórica que Marx hereda del idealismo hegeliano.

La clase como categoría “estructural” sometida a instancias que gozan de un privilegio ontológico ofrecía soluciones fáciles para pensar la política en términos de “lugares” en un espacio ya estructurado por la lucha de clases. La misma lógica que se usaba para pensar las clases como momentos puestos por las estructuras, o como lugares creados a sus propias espaldas, se usaba para pensar la política como un escenario preparado por la lucha de clases cuyos protagonistas no pasan de ser personificaciones de elementos prepolíticos (las clases). En definitiva, la inteligibilidad cartográfica de la política como problemática del “lugar” en un espacio ya estructurado, arroja una cruda devaluación teórica de la política y la consiguiente imposibilidad de pensar la especificidad de lo político.

La piedra angular que muestra la trayectoria teórica de Laclau es, creo, justamente repensar la cuestión de la política sin los lastres de la tradición marxista entre los que se encuentra el concepto de clase. El punto de apoyo de la palanca de su proyecto intelectual es el concepto de hegemonía de raíz gramsciana al que intenta radicalizar justamente depurándolo del contenido clasista que aún conservaba en Gramsci. Sus tempranas preocupaciones por el populismo, los nuevos movimientos sociales, las políticas de identidad, etc., pueden tomarse como intentos de usar los escombros de la demolición de las tradiciones del marxismo como los cimientos de una nueva conceptualización de la relación entre lo social y lo político no basada en las clases.

Sin dudas, el enorme mérito de Laclau es haber desatado una hecatombe teórica al liberar todo el potencial oculto tras el concepto de hegemonía, hasta ese momento fijado por un cordón umbilical al dispositivo estructuras-clases, permitiendo rehabilitar la productividad social de lo político como sede de identidades y antagonismos. Pero la fuerza cinética de esta hecatombe es de filiación posestructuralista: la demolición tiene por ariete exclusivo “el discurso”. Lo social se produce como discursividad y la política es tomada como lucha hegemónica, como plano articulador de la discursi-

1 La comparación entre R. Williams y E. Laclau permite ver esta frontera. Mientras el primero critica enfáticamente el análisis “trascendental” del marxismo ortodoxo justamente porque no hace justicia al concepto de clase, en Laclau el concepto de clase queda excluido explícitamente del dispositivo teórico fundamental.

vidad que constituye los antagonismos e identidades y mantiene la sociedad como un imposible necesario, es decir, como contingencia abierta a la lucha y al antagonismo. La preservación de esta "apertura" de lo social es lo que permite teorizar todavía sobre la "revolución" de nuestro tiempo, interpeándonos con desafíos inmensos, si queremos hacer un uso sociológico de las teorizaciones de Laclau.

Este artículo pretende hacerse cargo de algunos de ellos, proponiéndose revisar la cuestión del desclasamiento del discurso posmarxista en Laclau, preguntándose cuáles son los verdaderos límites del pensamiento clásico marxiano, traer a colación algunos cambios que se operaron en la teoría de las clases que quedan fuera de su reflexión, y cuestionarse si hay que declarar extinguida la fuerza teórica del concepto al examinar los aportes de la sociología.

LAS MUERTES DE LAS CLASES

La misma historia del concepto "clase" tiene un cierto tono trágico: quien fuera su primer y genial promotor ¡falleció sin terminar el capítulo específico de *El Capital* que por primera vez iba a desarrollar sistemáticamente el tema! Un concepto muy atado a la potente tradición marxiana ha sufrido como ningún otro las contingencias históricas y políticas, haciendo que su destino parezca haber sido agonizar y resucitar una y otra vez. Categoría analítica destinada a vivir moribunda o morir salvable disfrutando de un eterno suplicio.

Es fácil encontrar en la "historia clínica" del concepto de clase tres etiologías fatales superpuestas... ¡sin que nadie se atreva a firmar el certificado de defunción!

A) Una muerte epistemológica. La objeción nominalista advierte desde siempre que el predicar el carácter real u objetivo de un atributo colectivo es sólo una manera de hablar. Partiendo de aquí el concepto de clase aborta o no llega a respirar nunca. La sociología empírica y profesional no obstante lo hace resucitar como "categoría" clasificatoria, vulgar herramienta heurística o forma de organizar estadísticas en escalas de estratificación, "manera de hablar sociológica", un mero recurso para hacer inteligible alguna otra cosa².

B) Una muerte filosófica o ideológica. El concepto de clase ya había sido impugnado fuertemente por el anarquismo. El famoso anatema de Bakunin sobre la trilogía "Estado, Clase y Partido" como tres figuras intercambiables convertía a la clase en una categoría autoritaria y liberticida detrás de la cual se esconde la mutilación del individuo, de la libertad y del pensamiento³. La eficacia histórica de la clase se mantenía pero con su significado invertido: lejos de ser un apoyo para la emancipación humana era una nueva forma de reclusión del espíritu de rebelión⁴.

C) Una muerte social e histórica que abarca varios fenómenos que conviene repasar con cierto detalle. Si hacemos un breve repaso de los sucesivos golpes que pusieron a la clase en *Knock Out*, podemos mencionar: -la despolarización y el surgimiento de las clases medias dando por tierra

2 Es muy interesante el planteo de corte nominalista de PORTES, A (2003): "La persistente importancia de las clases: una interpretación nominalista", *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. XXI n°. 61, México. Las clases no existen como colectivos reales pero son imprescindibles para entender casi todo y no son suficientes para entender casi nada.

3 GÓMEZ, M (2008): "Foucault y el pensamiento revolucionario. Observaciones acerca de los significados de la guerra". *Revista Bajo el Volcán*, Año 7, n° 13, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 81-102.

4 En cierto punto, la noción de "multitud" acuñada por los autonomistas italianos como P. Virno y A. Negri, renuevan la necesidad de superar filosóficamente el concepto de clase. En el mismo sentido también LACLAU, E (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. México, Siglo XXI, p.168), analizaba el "encierro clasista" como el gran pecado histórico del movimiento obrero.

con las predicciones clásicas de pauperización y polarización habida cuenta de la elevación de los niveles de bienestar ya a fines del Siglo XIX; -el incremento del peso relativo de los empleos asalariados con tareas administrativas, técnicas y de supervisión (*white collars*) aún dentro mismo de las empresas industriales; -la llamada revolución managerial a mediados del Siglo XX, que tiende a separar la propiedad del control y a marcar la importancia de los niveles profesionales en la gestión de las empresas; y -la extensión de la propiedad financiera sobre las empresas, en las últimas décadas del Siglo XX, a través de fondos de pensión, seguros, inversores institucionales, por las que los ahorros o los aportes a la seguridad social de los trabajadores son convertidos en derechos sobre las propias empresas. Los mismos trabajadores serían simultáneamente dueños de la empresa, beneficiarios actuales o futuros de su excedente, y fuerza de trabajo que es explotada para obtener dicho excedente. Estos golpes fueron demoledores toda vez que fueron supuestos procesos estructurales los que causan el “desclasamiento”.

Pero además, se observa claramente en las últimas décadas una pérdida de peso explicativo de las posiciones de clase que van de la mano de cuatro fenómenos: 1) la ciudadanía y la integración política de carácter universal asociada al “desclasamiento” del voto, de las preferencias y orientaciones ideológicas y de la acción colectiva contestataria (nuevos movimientos sociales); 2) la expansión de la economía de servicios y el conocimiento o “posindustrialismo”; 3) las nuevas formas de organización del trabajo y la producción flexible o “posfordismo”; y 4) el cambio cultural hacia la individualización y la preeminencia de identidades sociales más ligadas al mundo del consumo que al de la producción o “posmodernismo”.

En definitiva, la despolarización y la heterogeneidad llevan a la muerte del esquema dicotómico, rompiendo el dispositivo del papel fundamental del concepto de clase en la historia, a saber: la lucha o el conflicto en torno a los fundamentos del orden social, en torno a las distribuciones fundamentales y a las reglas que ordenan la posición de los agentes. La aparición estelar de las clases medias potencia las letales inclinaciones nominalistas, sociologistas y neoanarquistas. El devenir del capitalismo posindustrial y global, la sociedad del conocimiento y los servicios, condena a la irrelevancia a las posiciones estructurales por demás mutables e inestables en las biografías de los sujetos.

Pero ¿qué es en verdad lo que muere? Aunque hay pocas dudas de que Marx ha sido el responsable de introducir la noción de clase con todo su esplendor explicativo (“la historia es la historia de la lucha de clases”), es el proyecto mismo de una comprensión “clásica” de lo social lo que entra en una decadencia que abarca mucho más que el marxismo.

La decadencia teórica de la clase hay que hallarla no tanto en la versión marxista sino a nivel de las propiedades formales que atribuimos al concepto. Es decir, no tanto empezar por el qué designa efectivamente, sino por el qué queremos designar con “clase”. Las formulaciones “clásicas” del concepto de clase social aluden a la forma del nexo entre los individuos/grupos y la totalidad social (economía, política, cultura) a través de su inserción posicional en la vida material. Estas propiedades formales fueron establecidas por las tradiciones intelectuales y académicas que erigieron a Marx y a Weber como sus padres fundadores. En Marx es el *locus* del trabajo y la producción la determinante de este nexo con la totalidad, y en Weber es el mercado o el ámbito del intercambio. En ambos casos, esta determinación es “anónima”, “impersonal”, “coerción estructural” de relaciones sociales forzadas por la “objetividad” de distribuciones diferenciales de determinados recursos y, con diversos alcances, explica la acción, la conciencia, las oportunidades de vida, el conflicto y finalmente el cambio social. Así el proyecto “clásico” de inteligibilidad de lo social oscilará entre la lectura weberiana de Marx y la marxiana de Weber que están unidas por un núcleo común que conforma la única intencionalidad analítica “legítima” de la categoría “clase”, es decir somete al concepto a una definición no de lo que designa sino de lo que debe designar: ciertos colectivos (“agregados”, “gru-

pos”) de gran escala (nacionales o supranacionales), y cuya fisonomía o morfología homogéneas viene determinada de manera principal por “relaciones impersonales” o anónimas de carácter coercitivo, donde los atributos y comportamientos de los agentes responden a uno o varios criterios “sistémicos”. En este sentido la tradición sociológica elemental evolucionaría hacia una utilización de la noción de clase como “efectos de estructura”, es decir, efectos “distributivos” sobre individuos y grupos de patrones perdurables, sistemáticos y regulares que no son productos de acciones intencionales o deliberadas, sino de “circunstancias independientes de la voluntad” (mercados, acumulación). Las distribuciones de agentes, sus prácticas (su “hacer”), sus creencias, obedecen a unas reglas que operan a sus espaldas.

Este proyecto ha ido envejeciendo al compás de cambios de ejes y contenidos, enfermando y agonizando una y otra vez. Sin embargo, hay que advertir que ni en Weber ni en Marx, aparece consumado este proyecto teórico, que luego sería investido con la dignidad de “pensamiento social clásico”. Sus verdaderas limitaciones no pasan estrictamente por la modelización que insinúan sino por las soluciones defectuosas que dan a las fronteras que ellos tuvieron el enorme mérito de descubrir.

Lejos del dogmatismo posterior, Marx realizó de manera dispersa importantes indicaciones acerca de la cuestión “ontológica” de la clase, es decir, acerca de qué tipo de objeto social es la clase, fuera de los esquemas objetivistas y deterministas del canon doctrinal posterior. A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos aparecen largamente analizados procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma bastante alejado del “proyecto clásico” de teorización de lo social: “Las clases se constituyen en la lucha”. Pero aún antes de estos trabajos y del mismo *Manifiesto Comunista*, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida.

Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...] la clase se sustantiva frente a los individuos que la forman [...] se ven absorbidos por ella [...] Ya hemos indicado que la absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse al mismo tiempo en una absorción por diversas ideas, etc⁵.

Los usos de una dialéctica hegeliana revisten un carácter por completo distinto al de una presidigitación teleológica y transhistórica de mediaciones que tan bien han denunciado Laclau y el posmarxismo. Es elocuente el hiato que separa “determinación estructural” y “lucha”. La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Sólo la segunda permite la “sustancialización” de la clase. El colectivo clase puede advenir solamente del verse obligados a sostener una lucha común. En este caso el “verse” obligados no debe ser interpretado como una acentuación de la determinación por una exterioridad que sobrepasa su voluntad, sino por el apremio de otro colectivo que los afecta. La competencia alimenta el individualismo de los intereses sólo hasta que debe enfrentar el límite

5 MARX, C & ENGELS, F (1971). *La Ideología Alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, pp. 60-61.

impuesto por otras clases. La coerción estructural es refractaria a toda colectivización. Es el enfrentamiento contra otro colectivo, es decir las relaciones interclases, las que son claves para entender el proceso de constitución de clases que en el lenguaje de esta cita aparece como “sustancialización” de la clase frente a los individuos. En este punto, es muy clara la centralidad de la lucha de clases en la formación de clases y la afirmación fuerte que la consistencia de clase sólo aparece cuando la vida individual se encuentra atravesada por un conflicto colectivo frente a otras clases.

Weber no era menos consciente de esto que Marx: la “situación de mercado compartida” que coloca como criterio delimitador de clase inmediatamente termina con la posibilidad de asignarle algún tipo de consistencia interna y un papel socialmente activo. Las situaciones de mercado no son una base firme de “acción comunitaria” con eficacia histórica, sino solo una condición contingente.

Pero la solución que da a esto Weber difiere de la de Marx: la idea weberiana de “clase” recupera cierta importancia luego de haber sido estamentalizada (modos de vida comunes, estilos, cultura, etc.), y partidizada (organizada para ejercer poder) lo que la dota de continuidad intergeneracional en el tiempo, oportunidades y estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses, etc. En definitiva la centralidad de la coerción estructural, de las fuerzas anónimas que someten a los individuos, es reducida por Weber primero a una “situación” compartida de valorización de mercado de ciertas posesiones, y luego moldeada por atributos contingentes como la cultura o los modos de vida como condición previa para atribuirle peso determinante en la historia o la política. Es curioso pero quien mejor plasma el viejo esquema “clase en sí-clase para sí”, es Weber. En vez de la estupidez de pensar el para sí como un simple adoctrinamiento a la manera de una epifanía a cargo de vanguardias trasmisoras de una “verdad” a la conciencia de las masas, Weber lo ve como proceso histórico complejo. Este esquema da lugar a toda una serie larga de sociologías “constructivistas”: las clases son conceptualmente fabricadas como actores que se van constituyendo a través de campos de inteligibilidad secuenciados (mercado/acumulación, comunidad, estilos de vida, tradiciones, cultura, ideología, política, etc.).⁶ Simplemente se produce una multiplicación refinada de efectos de enclausados cuyo término final era la lucha, el conflicto y el cambio social. La misma lógica que se aplicaba al campo económico, se replica en otros campos. El esquema clásico no estaba mal sino que pecaba de insuficiencia⁷. De manera algo ingenua no había un secreto sino muchos, y cuál era el más importante era una cuestión de gustos o de sesgo metodológico.

En todos los casos la multidimensionalización y la complejización oscurece lo más importante: la lucha, el conflicto, el antagonismo. Lo constitutivo aparece no como lo que explica, sino que es definido como “resultado”, como lo que hay que explicar. Nada clarifica más esta cuestión que el dicho de Foucault: en el marxismo se entiende muy bien lo que quiere decir clases pero “[...] nunca ha explicado satisfactoriamente [...] deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases”⁸. Aquí resalta claramente que “lucha” aparece como término subordinado a clases. Las cla-

6 La clase es genéticamente analizada como “desarrollo” partiendo de la estructura de clases, sigue un proceso de formación de clase, luego la conciencia de clase y por último la lucha de clases.

7 Bourdieu, Poulantzas, Dahrendorf, Goldthorpe, todos caen en esta misma serie. El caso más obscuro es el eclecticismo abominable de GIDDENS, A & HELD, D (1982). *Classes, Power and Conflict. Classical and Contemporary Debates*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, quien simplemente se limita a superponer “factores estructurantes” (propiedad, control técnico, autoridad, demografía, conciencia, etc.) como si fuesen filtros cuyo residuo final serían las “verdaderas” clases.

8 FOUCAULT, M (1994): *Dits et écrits*. Tomo 3. París, Gallimard, p. 310. (Trad., cast. nuestra). Sobre las críticas y reservas de Foucault a la idea de lucha de clases en el marxismo ver GÓMEZ, M (2008). *Op. cit.*

ses le darían a la lucha todo su contenido, presuponiendo como obviedad que las clases designan una “objetividad” social grávida de sentido y las luchas aparecen como su resultado necesario.

Extrañamente el posmarxismo, que tiene el singular mérito de romper con la *episteme* “clásica” y sus inercias, tiende a tomar como objeto de crítica al “Marx weberiano”, es decir al Marx que busca entender lo social desde “órdenes” presociales, y no al Marx cronista de su tiempo, sensible a las luchas en las que él mismo participaba. Tienden a desconocer las reflexiones del marxismo en términos de lucha como constitución de clases. Así, Laclau ataca al concepto marxista “estructural” de clase por esencialista y declara la destitución de la lucha de clases como fuente de inteligibilidad histórica privilegiada, y Žizek lo refuta defendiendo la vigencia de la lucha de clases aun compartiendo el mismo supuesto de que las clases son categorías esencialistas⁹.

El posmarxismo tiende a centrarse en “lucha” desarrollando la categoría de antagonismo pero para ello parece estar obligado a renunciar a las “clases” como un concepto que necesariamente subvierte o reduce el antagonismo a las estructuras.

RECONCEPTUALIZANDO EL ANTAGONISMO

Si el proyecto es librar a la sociedad de las soberanías extrasociales de las estructuras, una inversión de la problemática del antagonismo¹⁰ funge como operación teórica clave: el razonamiento posmarxista magníficamente desarrollado por Laclau es que si las estructuras se presentan como sedes primarias del antagonismo, es simplemente porque fueron inculcadas subrepticia e ilegítimamente de “contradicción” por la contaminación hegeliana. Las estructuras que deberían ser estáticas y monótonas positivamente científicas descriptivas apenas arrastrándose sin vuelo por las menudas empirias, logran un dinamismo mesiánico merced a que son inyectadas antojadizamente del antagonismo teleologizado de la necesidad histórica, herencia hegeliana que necesita de una reconciliación totalizadora de lo social, un orden que garantice un final de intelegibilidad.

Haciéndose eco del perspicaz análisis de L. Colletti¹¹ que contrapone oposición lógica y oposición real por sus propiedades formales, Laclau denuncia la impropia atribución de características “lógicas” a oposiciones reales.

Colletti¹² parte de la distinción kantiana entre oposición real y contradicción lógica. En la primera cada uno de sus términos (A-B) tiene una positividad propia, independiente de su relación con el otro (v.g., el choque de dos vehículos). En la segunda, la relación de cada término con el otro agota la realidad de ambos (A- No A). Según el sano análisis kantiano la contradicción tiene lugar sólo a un nivel lógico-conceptual. Las contradicciones se dan entre términos que se excluyen necesariamen-

9 BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Ed. FCE., p. 106ss; 204ss; 321ss.

10 Problema omnipresente en todas las obras mayores de LACLAU (1987). *Op. cit.*, a la que le dedicó un capítulo entero, casi un anexo LACLAU, E (1985): “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política” y Anexo “Ruptura populista y discurso”, in: LABASTIDAS, J et al (1985) (Coord.). *Hegemonía y Alternativas políticas en A. Latina, Siglo XXI*, México, y muchas páginas y referencias en otras obras, p. ej., LACLAU, E (2007). *La razón populista*, Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica.

11 COLLETTI, L (1976). *El marxismo y Hegel*, Grijalbo, 1976.

12 Demás está decir que COLLETTI, L (1975). *Op. cit.*, trabaja sobre un texto del propio Marx, el “excurso sobre la dialéctica” (MARX, C (1978). “La crítica de la filosofía del Estado en Hegel”, in: *Obras de Marx y Engels*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, pp. 110-111) que ya reconocía ampliamente este problema de la trasposición indebida de oposiciones reales como lógicas. En ese texto Marx pugnaba por abandonar el enfoque de las “cosas de la lógica” por el de la “lógica de las cosas”. Extrañamente Laclau es poco afecto a visitar este tipo de referencias de Marx.

te entre ellos para afirmarse (Ej.: polo Norte y polo Sur) en el que la identidad de uno es solo la negación del otro. El primer tipo de oposición, en cambio, tiene lugar en el campo de los objetos reales, ya que ningún objeto real agota su identidad en su oposición a otro objeto, sino que tiene una realidad propia, independientemente de aquélla.

De ahí Colletti concluye que si Hegel, en tanto filósofo idealista que reducía la realidad al concepto, podía introducir la contradicción en el seno de lo real, esto es incompatible con una filosofía materialista como el marxismo, que parte del carácter extramental de lo real. Los marxistas pues, habrían incurrido en una lamentable confusión al considerar los antagonismos como contradicciones¹³.

Los conceptos de relaciones de producción, y en última instancia de los opuestos reales designados tras las categorías de "Trabajo" y "Capital"¹⁴, están investidos indebidamente de "contradicciones" lógicas y, por tanto, imbuídos de una negatividad antagónica que no les corresponde. Por ello, puede afirmar que "las relaciones de producción son contradicción sin antagonismo y la lucha de clases es antagonismo sin contradicción"¹⁵.

Nada hay en la contradicción entre relaciones de producción/fuerzas productivas que lleve al enfrentamiento entre grupos y nada hay en la lucha de clases que remita a una contradicción necesaria que la fundamente. El primero exige un salto lógico no teorizado por el marxismo entre explotación y rebelión, el segundo supone una sobreteorización indebida de categorías abstractas.

Tomando las "clases" como personificaciones reales de fuerzas con necesidad lógica es que tanto Laclau como Colletti rechazan el esquema marxiano que sigue prisionero de las "cosas de la lógica", aunque ahora la sustancialización reciba el nombre de la "Ley del Valor" en vez de la Idea Absoluta. Pero mientras Colletti se refugia en un conformarse con las "clases realmente existentes" y sus oposiciones "reales" que lo llevan a cómodas posiciones "reformistas" que padecen la carencia de toda expectativa radical de emancipación, Laclau busca otro hogar "adecuado" para la negatividad: el discurso. La cuestión es, entonces, dónde y cómo reponer el antagonismo, no tirarlo por la borda junto con los esperpentos utopistas redentores disfrazados de dialéctica.

Así, si lo social se produce discursivamente, entonces hay lugar para el antagonismo, es decir, para oposiciones reales entre identidades en donde se preserve la lógica polarizadora de la contradicción.

En la medida en que consideremos las relaciones sociales desde el punto de vista de un paradigma naturalista, la contradicción está excluida. Pero en la medida en que las relaciones sociales se construyen discursivamente, la contradicción pasa a ser posible. Si la clásica noción de «objeto real» excluye la posibilidad de la contradicción, el carácter discursivo de lo social pasa a hacerla posible, ya que puede existir una relación de contradicción entre dos objetos de discurso. Sinonimia, metonimia, metáfora, no son formas de pensamiento que aporten un sen-

13 LACLAU (1987). *Op. cit.*, p. 209.

14 Aunque Laclau no lo formula nunca con estas dos categorías "sagradas" del marxismo, como si temiese blasfemar.

15 LACLAU, E (1993). "Poder y representación", in: POSTER, M (Ed). (1993). *Politics, Theory and Contemporary Culture*, Nueva York, Columbia University Press. (traducido por gentileza de Leandro Wolfson), p. 23.

tido segundo a una literalidad primaria a través de la cual las relaciones sociales se constituirían, sino que son parte del terreno primario mismo de constitución de lo social¹⁶.

Los enunciados son también parte de lo real y, en la medida en que existen empíricamente proposiciones contradictorias en el flujo de la vida social, las relaciones sociales con las que se corresponden también están atravesadas por la contradicción.

El ejemplo reiterado una y otra vez por Laclau¹⁷ es muy claro al respecto: entre la situación de explotación de la clase obrera o la miseria material del campesinado y la resistencia o la rebelión existe un vacío sin solución de continuidad conceptual. Solo un exterior discursivo puede constituir una situación “objetiva” como “castigo divino” u “ofensa a Dios”, como “orden natural” o “padecimiento injusto” motor del enfrentamiento y la lucha. El antagonismo solo puede provenir de la articulación discursiva de la negatividad.

Pero la negatividad, los atributos de la contradicción que se conservan en el antagonismo, deben ser contruidos discursivamente como articulación contingente y no como derivaciones o transiciones puestas de momentos dialectizables. Aquí es donde talla la extraordinaria contribución de Laclau referida a la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La negatividad es articulada discursivamente como amenaza a la identidad: el otro en su identidad es significado como un obstáculo a la consumación de la propia identidad, el otro pasa a ser antagonista cuando es significado como la negación de la propia identidad. La cadena de equivalencias se produce como una saturación de negaciones a través de las cuales se constituyen los sujetos colectivos. Cuando esa cadena logra convertirse en una articulación estable en torno a nodos de significación con sus propias fronteras, entonces entramos de lleno en la lucha hegemónica.

[...] es la lógica de la equivalencia la que introduce la negatividad en el campo de lo social. Esto implica que una formación sólo logra significarse a sí misma —es decir, constituirse como tal— transformando los límites en fronteras, constituyendo una cadena de equivalencias que construye a lo que está más allá sólo a través de la negatividad, de la división y del antagonismo¹⁸.

Esta lucha será polarizada y popular en tanto que las equivalencias tracen fronteras entre campos que se excluyen y definen recíprocamente, y será diferenciada y democrática en cuanto la negatividad quede inscrita en códigos que las hacen compatibles entre sí como diferencias, apelando a un campo homogéneo. Es por eso que la teoría del antagonismo es central en la concepción de Laclau y el populismo, los movimientos sociales y la hegemonía son temas típicamente desclasantes que están en el centro mismo de una ontología de lo social y lo político.

LOS DESCUIDOS TEÓRICOS Y EL RETORNO DE LO REPRIMIDO (LA CLASE)

Sin dudas los aportes de Laclau son inmensos y sugestivos, toma temas nodales, va a la raíz de las cuestiones teóricas y no se detiene en minucias. En este sentido su posmarxismo podría decirse es intempestivo y radical. Nuestro aporte crítico va a tratar de no ir a la zaga.

16 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 185ss.

17 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 172s; LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, p. 25.

18 LACLAU, E (1987). *Op. cit.*, p. 239.

LA “DISCURSIVIZACIÓN” DEL ANTAGONISMO. COSTOS Y BENEFICIOS

El postulado metodológico del que parte Laclau es categórico:

Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas¹⁹.

Sobre esto se pueden hacer numerosas consideraciones. La preeminencia ontológica del discurso sobre la práctica y “la objetividad” que es creada por el antagonismo, abre la puerta a algunas incongruencias.

A) Hay una objeción teórica de consistencia: si la subordinación se convierte en opresión sólo inscrita en un exterior discursivo constitutivo, entonces hay algo que se presupone previo o separado del discurso, planteando al menos una falta difusa de congruencia con el postulado metodológico de partida. ¿Qué sería de una “subordinación” prediscursiva?: ¿una materialidad informe, una nomenclaturización que instaaura dualismos trascendentales e incognoscibilidades kantianas? La idea de que lo discursivo es exterior a “algo” corre el riesgo de convertir a ese algo en un “fantasma” pugnant por retornar, abusando de términos psicoanalíticos.

El problema se acentúa en “Las Nuevas Reflexiones” donde se lee de manera sorprendente “...antagonismo no significa que la relación en sí misma sea contradictoria”²⁰. La alusión a “relación en sí misma” es desafortunadamente dualista y huele a objetividad presocial²¹. Para sacarnos las dudas unos párrafos después advierte que “no hay antagonismo como vendedor de la fuerza de trabajo” hasta que no haya resistencia. En otros puntos del texto aclara que tal resistencia “del vendedor de la fuerza de trabajo” se puede originar únicamente como fruto del discurso del bienestar y las aspiraciones al consumo que fungen como “exterior discursivo”. Cabe preguntarse entonces ¿la figura del “asalariado” sería algo misteriosamente prediscursivo y por tanto “no constituido”? y ¿la clase obrera sería constituida por el discurso del estado de bienestar? De ser así, el exterior discursivo constituyente remeda el exogenismo de la conciencia típicamente leninista, con la única diferencia que en vez de ser una mera trasposición pedagógica de una visión científica de la verdad, es una articulación contingente de significaciones sociales en pugna (lucha hegemónica). La forma externa del sentido respecto a la “cosa” remite a un nuevo trascendentalismo. El discursivismo posestructuralista invierte la tradicional figura marxista del hombre arrojado a un mundo “independiente de su voluntad” y lo convierte en un mundo arrojado al hombre semiotizante que no cesa de darle sentido siempre contingente²².

19 *Ibid.*, pp. 184-185.

20 LACLAU, E (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 24.

21 Sin contar la chanza hegeliana que puede hacerse: rigurosamente hablando de una cosa “en sí misma” no se puede predicar ni saber nada. Si el en sí es incognoscible ¿cómo se podría afirmar que es incognoscible? refutaba a Kant.

22 La materialidad se convierte en una función discursiva. (Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 102ss) le reclama a Laclau algo así como un “retorno a la inmediatez”, al reconocimiento de que no todos los significantes tienen la misma gravitación y que algunos son parte de la serie pero al mismo tiempo son los que ordenan la serie.

B) Por otro lado, ¿hasta qué punto el postulado metodológico discursivista no cae en autocontradicción? Si un discurso no puede estructurarse sino a partir de lo que expulsa, ¿qué pasa con un discurso que —por principio teórico— no expulsa nada? ¿no está acaso expulsando la expulsión misma? ¿no se convierte en un discurso que no logra constituirse respecto de lo real justamente porque lo retiene para sí, tratando que lo único real sea el discurso? Aceptando que es un enorme avance la formulación del antagonismo como algo que no puede ser prediscursivo, también hay que aceptar que ni siquiera “lo prediscursivo” puede ser prediscursivo. Entonces la formulación más justa sería que en Laclau el antagonismo está sujeto a un discurso que lo coloca fuera de algo que establece como anterior al discurso. Pero entonces, ¿todo discurso tiene que constituirse frente a una exterioridad excluida del mismo o como una exterioridad de otra cosa (lo real previo y por tanto “indeterminado”)?, ¿lo discursivo se constituye como no práctico, no real, etc. o, al revés, lo práctico-real se constituye como no discursivo?, ¿no es el discurso lo otro expulsado de lo real, sino lo real lo otro expulsado del discurso?

O el límite entre lo real (la subordinación, la explotación material, etc.) y el discurso que le da sentido (la rebelión) y lo hace posible como flujo de antagonismo social, pertenece al real y entonces el discurso es exterior, o pertenece al discurso y entonces el real es lo que se constituye como exterior. Laclau define como premisa metodológica lo segundo, pero luego al abordar el tema del antagonismo, lo desarrolla como lo primero, mostrando quizás un sedicente servilismo de la tiranía de lo real-material en tanto cosa “reprimida” que retorna fantasmal y distorsionada al discurso. En definitiva el planteo de Laclau parece no expulsar lo real-práctico-material sino que constituye al discurso como exterior a ello, que no es lo mismo²³.

c) Una objeción histórica. Aunque los elevados niveles de abstracción filosófica a veces dificultan establecer condiciones de aplicabilidad concretas de estas categorías, es posible invocar una considerable cantidad de estudios históricos que ofrecen resultados algo alejados de lo que podría esperarse del planteo del antagonismo como exterioridad constitutiva. ¿Cómo explicar la rebelión cuando los antagonismos se constituyen por los mismos discursos que antes legitimaban y naturalizaban la opresión? Como demuestran los célebres estudios de Scott²⁴ sobre el arte de la resistencia, los dominados tienen un eximio uso de la discursividad que los domina y pueden invocarla para justificar la rebelión. Del mismo modo, Gramsci decía que las clases subalternas se caracterizan por la radicalidad de sus acciones y por el tradicionalismo y la moderación de sus ideas²⁵. Todo indica que desde el punto de vista histórico y empírico es difícil explicar porqué solo algunos pocos “exteriores discursivos” logran convertir la opresión en rebelión y, aún más, porqué el antagonismo puede estar revestido por el mismo exterior discursivo que antes naturalizaba la subordinación.

LAS INSUFICIENCIAS EN LA CARACTERIZACIÓN DEL ANTAGONISMO

El nivel de abstracción y el tipo de reflexión filosófica también tienen algunos costos en términos de simplificación y de esquematismo cuándo se trata de operarlas como categorías de análisis sociológico. En general cualquier fenómeno particular de lucha tiene matices y particularidades difi-

23 Como dice muy hegelianamente para otro propósito el mismo Laclau: la negación es al mismo tiempo reconocimiento de existencia de lo negado. La expulsión de lo real material obligaría también a reconocer su existencia y no sólo como pura preexistencia incognoscible en sí.

24 SCOTT, J (1990). *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*, N. Haven, Yale University.

25 En términos bourdieanos podríamos decir que el enfoque discursivista puede recaer en una hipertrofia explicativa o abuso conceptual del “capital simbólico”.

cilmente reductibles a un concepto estrecho de antagonismo. Así el antagonismo descrito al nivel de una ontología de lo social presenta cierta pobreza cuando se trata de caracterizar fenómenos sociohistóricos más concretos. La “negatividad” se representa como exclusiones recíprocas por cadenas de equivalencias que se repelen tendiendo a estabilizar una frontera nítida entre dos campos y con ello se cristalizaría discursivamente aquella propiedad lógica de la contradicción: las identidades tienden a definirse exclusivamente por su exclusión. Esto tiene la indudable ventaja de la simplicidad, y la indudable desventaja de la simplicidad: el único rasgo relevante sería la polarización. Curiosamente, hay aquí un rasgo hegelianizador que centra el análisis en cómo los polos se alimentan de la propia tensión. Solo pueden autoafirmarse negando al antagonista, pero la negación no podría caer en la supresión del antagonista sin riesgo de disolver la propia identidad.

En el antagonismo de una relación social se pueden encontrar más atributos descriptivos que entran en relaciones variables respecto a la negatividad vista como identidades que tienden a repelerse y realimentarse por la negación recíproca. El marxismo analítico ha teorizado la cuestión de la explotación: la polarización que proviene de la apropiación asimétrica de los frutos del trabajo tiene un límite fijo ya que, a diferencia de las relaciones de opresión, el explotador depende necesariamente del trabajo y por tanto de algunas de las condiciones de existencia del explotado. Esto permite aplicarle algunos de los supuestos de la teoría de los juegos estratégicos ya que el explotado puede incorporar a “su juego” esta dependencia última del explotador e intentar luchar por reducir o anular las asimetrías. El explotado tiene a su alcance acciones que pueden afectar al explotador y, por tanto, existe un espacio de reciprocidad entre ambos polos además de la polaridad²⁶.

En el marxismo en general aparece una ambigüedad en el tratamiento del antagonismo: por un lado cuando se abordan las leyes de la acumulación, el trabajo se reproduce como capital desdoblado (variable y constante) en una relación de oposición polarizada entre trabajo vivo y trabajo muerto, es decir como polos que se niegan y repelen en su unidad lógica. Por otro lado, muchos marxistas han incursionado en las formas en que las luchas de clases alteran o incluso definen las relaciones de dependencia, reciprocidad y asimetría entre explotadores y explotados, es decir, tomándola como una oposición real y no solamente lógica. Para ellos, la acumulación de capital no es un mecanismo cerrado, suturado en sí mismo, autosuficiente, y no puede ser tratado como simple contradicción lógica porque está abierto a la lucha. Desde este último punto de vista, es erróneo entonces pensar que las relaciones reales entre modo de producción y fuerzas productivas ofrecen contradicción “prediscursiva” sin antagonismo. El antagonismo es constitutivo también de las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Es la separación, la previa escisión prediscursiva que hace Laclau entre modo de producción y lucha de clases la que hace posible presentar el antagonismo como oposición lógica, es decir como contradicción solo en el discurso.

Por otra parte, la negación identitaria no es la única forma de concebir el antagonismo y el antagonismo quizás tampoco sea la única fuente de lucha: la explotación puede incluir reciprocidades, la opresión indiferencia o ánimo de emulación, la subordinación admiración, el “narcisismo de las pequeñas diferencias” conducir al odio irreconciliable entre pares, etc.

En definitiva, lo que paradójicamente estaría ocurriendo es que el dispositivo de Laclau extrae el antagonismo de las “estructuras” prediscursivas con sus propiedades lógicas polarizadoras y lo traslada al mundo de las luchas discursivas que sería su verdadero hogar. En vez de haber un privile-

26 Por eso es curioso que Žižek pretenda defender la perspectiva de clase como única forma de no renunciar al anticapitalismo (Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 102). En esto Laclau tiene razón, la lucha de clases es anticapitalista solo en las concepciones teleológicas hegelianizadas.

gio predeterminado estructuralmente para afincar el antagonismo, ahora este puede invadir la totalidad del campo discursivo y por tanto cualquier articulación discursiva potencialmente puede desarrollar el antagonismo. Las propiedades lógicas de lo que antes era la lucha de clases ahora pueden predicarse potencialmente de cualquier tipo de lucha y, canónicamente, el populismo sería la fórmula hiperbólica, de esta tesis. La liberación del antagonismo de las ataduras de las estructuras prediscursivas hace que la lucha de clases no sea tan importante, simplemente porque todo puede convertirse en luchas que desarrollen el mismo tipo de antagonismo con las mismas propiedades que tenía la vieja lucha de clases. La sombra de una posible sustitución clase obrera/pueblo o clase obrera/movimientos sociales se convierte en una perspectiva real.

Así, Laclau²⁷ plantea la clase como una “política de identidad más” pero las políticas de identidad fueron previamente investidas de los mismos atributos que la vieja política clasista: portadores de radicalización de los antagonismos. El lugar paradigmático del populismo como “verdadero” antagonismo—en tanto auténticamente contingente y no forzado por la mediaciones dialécticas—generado a partir de la lógica equivalencial le permite salvar el lugar sagrado de la tradición marxista como “identidad subversiva radical”.

RESUCITANDO EL CONCEPTO DE CLASE

La sociedad constituida por antagonismos y éstos por discursos e identidades trucas en pugna, solo pueden contraponerse al concepto “clásico” de clase: la materialidad vista como realidades estructurales con efectos distributivos, políticos e ideológicos. ¿Qué pasaría si las clases fueran otra cosa, si la materialidad fuese vista de forma distinta?, ¿si el antagonismo no fuese solo efecto discursivo?:

a) El recurso a “estructuras” y factores presociales con efectos distributivos, propios del paradigma clásico de comprensión de lo social, en realidad nos desvía respecto de la especificidad del concepto de clase y lo que promete conceptualmente como ruptura en la intelección de lo social. Según este esquema, las clases serían castas o estamentos “disimulados”: sistemas de diferencias rígidas pero en vez de sancionadas por una autoridad, emanadas manifestamente de una creencia religiosa o de una tradición que garantizarían su armonía final, serían producto de “fuerzas terrenales ocultas” desatadas (los mercados, la acumulación) cuyo sentido final sólo sería accesible para algunas inteligencias privilegiadas. Lo primero que hay que entender al hablar de clase es que su campo específico de alcance es el de las coerciones a las que están sometidos los individuos y que esta coerción tiene la propiedad analítica de no adscribir a las personas o cualesquiera que sean sus rasgos personales. La coerción es “estructural” justamente porque es completamente indiferente a las características personales del individuo. Sólo en tanto es posible un desdoblamiento de este tipo—por la abolición de las prescripciones y adscripciones de las sociedades precapitalistas—es que puede predicarse la eficacia causal de la clase²⁸. Únicamente en la medida en que se suprime toda forma de atribución de posiciones normativa o prescriptiva es que existe la perspectiva de clase como organizador de la vida social: lo que los hombres tienen (tanto en términos materiales como no

27 Cfr. BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Op. cit.*, p. 205.

28 La disociación entre persona y clase plantea una especificidad histórica que la separa de las formas estamentales de diferenciación social: “En el estamento (y más todavía en la tribu) esto se mantiene aún velado. En el capitalismo no es que dejen de ser personas sino que su personalidad se halla muy condicionada por relaciones de clase muy concretas y la diferencia se pone de manifiesto en contraposición con otra clase y con respecto a esta...”. (MARX, C & ENGELS F (1971). *Op. cit.*, p. 89).

materiales) depende no de reglas distributivas fijas sostenidas ex ante, sino del resultado del obrar propio sobre los demás y de los demás sobre el propio. En sociedades donde no hay prescripción de diferenciaciones adscriptivas que atan a la persona a la posición, ni tampoco puramente lucrativas, ya que no responde al mero “tener” sino a lo que se hace con lo que se tiene²⁹, los hombres tienden a pensarse y organizar su vida en función de lo que “tienen” que hacer con lo que tienen y eso es un tipo de “comprensión” necesariamente “clasista” de la vida social. La clase aparece cada vez que un sujeto tiene que calcular las consecuencias de su hacer frente al hacer de otros, tomando en cuenta su tener frente al tener de los otros. En las sociedades no clasistas el tener viene atado necesariamente al ser³⁰, en las sociedades clasistas el poder coercitivo sobre otros no proviene de cualidades intrínsecas de las posesiones, del mero “tener” como remedo totémico de fuerzas supramundanas, sino que lo que se tiene solo asume un valor en relación a las acciones que se llevan adelante con ello, y estas acciones solo asumen un valor frente a otras acciones que se le oponen. Las acciones clasistas tienen como campo de aplicación las propiedades de las relaciones que ligán a los agentes en pugna: la asimetría, la dependencia, la reciprocidad, la subordinación³¹. En la perspectiva clasista de comprensión de lo social, los hombres dirimen el lazo social operando sobre las propiedades de dicho lazo. Sería por completo empobrecedor reducir este “hacer” al discurso o al sentido articulado por el discurso, ya que todo discurso se constituye también en relación a los actos o acciones no discursivas que lo validan³².

Lo importante del concepto de clase no era lo que lo unía a las formas arcaicas de diferenciación social (estamentos, castas) sino lo que lo separaba de ellas. Si la problemática de las clases pasa a ser vista no cómo herencia de estamentos y castas, no como un nuevo contenido para la misma forma que ellas expresan —una exterioridad presocial que ordena y jerarquiza— sino cómo una “respuesta” totalmente distinta al problema del orden, entonces se puede entender que “lucha” y “movilidad” sean los rasgos centrales del concepto, en tanto son formas de usufructo de la cualidad de “apertura” no adscriptiva de las fronteras que diferencian, oponen y dividen. Entonces el concepto

- 29 Es fundamental aquí el aporte de Bourdieu con su categoría de “conversión” entre tipos distintos de capitales y sus sub-especies. La posibilidad de que el tener no se remita a una monótona perpetuación de distribuciones iniciales de lo mismo introduce un dinamismo esencial al concepto.
- 30 Obsérvese que las teorías clásicas weberianas o marxistas simplemente reemplazan al ser por el estar (en una posición estructural) pero no modifica la relación lógica entre los términos.
- 31 También pueden encontrarse importantes sugerencias acerca de las propiedades relacionales que son objeto de la lucha de clases en SAVAGE, M; WARDE, A. & DEVINE, F (2005). “Capitals, assets, and resources, some critical issues”, in: *The British Journal of Sociology*, Volume nº 56, Issue 1; HALL, J (1997). “The reworking of class analysis”, in: HALL, J (Comp.) (1997). *Reworking Class*, Cornell University, pp. 1-39; LEE, D & TURNER, B (Comp.) (1996). *Conflicts about Class*, New York, Longman, y en el conocido trabajo de ROEMER, J (1989). *Teoría general de la explotación y de las clases*, Madrid, Siglo XXI. Si las propiedades relacionales son el objeto privilegiado de la lucha, entonces toda estabilidad es relativa: si la disponibilidad de mano de obra es infinita y los costos para sustituirla son menores a mantenerla, la explotación capitalista deriva en lisa y llana opresión como lo demuestran mil veces las empresas trasnacionales en todo el mundo. Si los oprimidos se organizan y encuentran formas eficientes de combatirlos es probable que la opresión se convierta en explotación y si además son capaces de aprovechar dependencias y reciprocidades, se puede convertir en negociación de mutuos beneficios, a veces a expensas de un tercero. Si además son capaces de desarrollar identidad y logran hegemonizar el campo simbólico legitimando formas propias de organización social incompatibles con esas empresas es posible que logren expulsarlas, etc. Es decir, el antagonismo mismo en sus múltiples formas (explotación, opresión, subordinación) es inestable, no solo las relaciones sociales institucionalizadas.
- 32 Un módulo discursivo típico de la retórica de la lucha social es ubicar fuera del discurso su “verdad”: “una acción vale más que mil palabras” (M. L. King); “mejor que decir es hacer...” (J. Peron); “una verdadera crítica es una acción al revés” (Mao). El primero en reclamar prioridad para la “praxis” alejada de lo discursivo es el discurso movilizador. La validación por una realidad exterior es un imperativo del “exterior discursivo” constituyente mismo.

mismo de clase es inseparable del antagonismo sin tener que esperar que aquel venga derivado necesariamente ni de estructuras preestablecidas ni de efectos discursivos contingentes³³.

El concepto de antagonismo es esencialmente solidario al de clase, en tanto la clase remite a agentes que desarrollan prácticas de movilidad y lucha. Tanto la lucha como la movilidad pueden ser encaradas como acciones estratégicas sobre las constricciones y acciones de otros grupos o clases. Para un análisis clasista las distribuciones no pueden ser otra cosa que resultados inestables de conflictos individuales o colectivos por cambiar o suprimir las reglas legitimadas o condiciones naturalizadas de esa distribución. El principio nuevo que traen las clases es justamente la restitución de lo agonístico: la movilidad y la lucha, la no aceptación de ningún emplazamiento dado. La clase no son grupos, ni condiciones nominales de inteligibilidad de algo, no son posiciones, ni son agregados, tampoco son identidades, son el horizonte real donde el hombre contemporáneo dirime sus relaciones de antagonismo. Pero el antagonismo que los agentes desarrollan en las sociedades de clases justamente consiste en intentar soliviantar todas las formas estables de encasillamientos y, por tanto, la acción clasista es fundamentalmente aporética: se emplaza en un lugar solamente para salir de él. Si la clase es movilidad y lucha, la clase nunca puede dejar de ser fugitiva de sí misma: nadie sometido a explotación u opresión lucha para mantenerse en esa situación y los opresores y explotadores no pueden asumir ese lugar de enunciación clasista sino que tratan por todos los medios de disfrazarse de víctimas. La colectivización en torno a identidades clasistas es sumamente complicada. El feminismo, el movimiento por los derechos civiles, el ecologismo, por ej., tienen todo tipo de determinaciones y efectos clasistas³⁴—antagonismos en torno a asimetrías, dependencias, subordinación—sin por eso convertirse en movimientos clasistas. Así, las identidades clasistas fijas suelen ser bastante estériles políticamente y es por ello que el concepto de hegemonía es tan importante³⁵.

b) Pero además de los antagonismos que pueden estudiarse a partir de la apertura del concepto de clase y el respeto a su especificidad, también es posible y necesario analizar aunque sea brevemente la importancia del discurso clasista (cuya principal versión es el marxismo doctrinal) en

33 Curiosamente el primero en acercarse a una comprensión de este tipo, concibiendo las clases como prácticas antagonistas, como realidades puramente relacionales, fue un estructuralista fundamentalista, N. Poulantzas, quien extrajo por primera vez a las clases de la problemática de las estructuras y las inscribió teóricamente en el campo de las relaciones sociales.

34 El intento de convertir las luchas de derechos civiles como pugnas por reconocimientos a la “dignidad” de la raza negra, cancelando barreras discriminatorias, fue desde siempre combatido por Martin Luther King quien en su última etapa de lucha se mudó al gueto negro de Chicago, gesto que intentaba “materializar” la lucha. De la misma forma, el cuidado del medioambiente no es una demanda de altruismo sobrehumano o expresión de cariño a los animales y plantas, sino de resistencia a la transferencia de la externalización de costos materiales intergeneracionales de la gran sociedad de consumo. Las rebeliones antiautoritarias estudiantiles, no son expresiones de molestia por los rigores de las instituciones y estilos de mando, sino que producen renuncias en las Universidades, cambios en los estatutos, nuevos derechos para los estudiantes, ampliaciones en la distribución de capital educativo y cultural, etc. Las luchas contraculturales han abierto nuevos mercados inmensos de consumo de bienes simbólicos (rock, cultura juvenil, arte moderno, etc.) y no tan simbólicos (anticonceptivos, psicofármacos, drogas ilegales, comida naturista, negocios inmobiliarios congruentes con nuevos estilos de vida, etc.). Todo ello reorganiza el campo de poderes materiales y no materiales. Hoy sabemos que las luchas pacifistas y por los DDHH han impactado, modificado decisiones políticas, tácticas militares y, sobre todo, las formas mediáticas de mostrar la guerra o de buscar consenso para la represión. Ambos movimientos constituyen intentos de intervención y veto sobre el núcleo del poder de las clases dominantes: la violencia física. Con ello han producido un cambio generalizado del contexto para el conjunto de las luchas sociales e incluso también han logrado algunos efectos en el campo geopolítico.

35 ¿Quién dijo que las clases quieren ser clases? Analíticamente es perfectamente posible que las clases se constituyan a través de identidades y “exteriores discursivos” no clasistas. El análisis clasista no da por resultado identidades colectivas clasistas, sino generalmente todo lo contrario: a las clases les resulta generalmente inconveniente presentarse como “clases” a los efectos de la lucha hegemónica. La clase no significa política clasista o identidades clasistas en forma alguna.

tanto "exterior constitutivo" de identidad. ¿Qué clase de efectos de sentido produce un discurso que fija la explicación de las diferencias en sesgos estructuralmente determinados? Laclau mostraba brillantemente que este tipo de discurso rompía la cadena de equivalencias facilitaba su inscripción en la lógica diferencial de la institucionalización de reclamos parciales, causando el posible aislamiento y la falta de proyección política de la movilización obrera.

Acá solamente hay que subrayar algo previo e igualmente importante: el discurso clasista, el marco de comprensión clasista donde las diferencias y los antagonismos se explican por sesgos sistemáticos en las reglas, por coerciones impersonales de efectos asimétricos, permite legitimar la lucha y la movilidad sin atarla a otras coerciones fijas (morales, religiosas, tradicionales, sexistas, etc.). Las coerciones impersonales al formar parte del dispositivo clasista y no de otros dispositivos de subordinación, se convierten en abiertos a la lucha, la movilidad y la discusión de su legitimidad. La clase abre la perspectiva de la no aceptación, del hacer frente a la coerción estructural objetiva. Es decir, la clase podría verse como "un exterior discursivo" por definición anticonformista e igualitarista de modo análogo a que lo es la democracia. La perspectiva clasista abre en la práctica la discusión de la legitimidad del orden social y sus reglas distributivas, mucho más que su naturalización y fijación. Estamos muy lejos de la antinomia planteada por Laclau clase/estructura vs. democracia/discurso/multicultura.

CONCLUSIÓN

La clase no es la aceptación sino la liberación de las codificaciones extrasociales (incluidas las supuestamente económicas) de las relaciones de posesión. Diferenciación clasista y estado democrático van de la mano ya que las diferenciaciones clasistas como las democráticas no se basan en nada (presocial) que no sea lo que los hombres entre sí luchan por lograr. Si estamentos y castas fijan diferencias y fronteras deslegitimando cualquier hacer que las amenace, las diferencias clasistas se producen en la lucha por eliminarlas. Muy lejos de legitimar las diferencias de clase, la sociedad de clases legitima la lucha y la movilidad como única forma de establecer diferencias o equivalencias legítimas de manera provisoria y contingente. El orden democrático convierte a la política en un campo de colectivizaciones en lucha por modificar las propiedades relacionales (asimetrías, reciprocidades, dependencias) que unen a individuos y grupos entre sí. Es por eso que para aquellos que carecen o están en inferioridad de condiciones en la disponibilidad de otros recursos de intervención (capital económico, social, cultural) sobre estas propiedades abiertas del lazo social, la política pueda constituir *a fortiori* su apuesta colectiva y toma de posición principal, y que solo en la democracia en tanto campo político que "homogeneiza" a los agentes a través del voto y las garantías universales, las clases subalternas impiden la sutura (estamentalización, encastamiento, naturalización) del orden social. Democracia y clases son afines en tanto liberación de la producción de la sociedad como antagonismos.

En definitiva, los desarrollos de Laclau nos dejan preguntas de un orden superior: si la materialidad objetiva ya no puede constituir el antagonismo, ¿es posible un rechazo no discursivista del marxismo objetivista-estructuralista?; ¿el dominio del discurso sobre las prácticas y la "noumenización" de las condiciones materiales de existencia, dejan como única alternativa una subjetividad desclasada y un desclasamiento del sujeto?; ¿al descartar al concepto de clase junto con la antigua alianza marxista no estará tirando el bebé con el agua sucia?



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. N° 64 (ENERO-MARZO, 2014) PP. 83 - 98

REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL

ISSN 1315-5216 ~ CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

Derecho y hegemonía: una mirada post-estructuralista acerca del Derecho, la judicialización de la política y la politización de la justicia*

Law and Hegemony: A Post-Structuralist Look at Law, the Judicialization
of Politics and the Politicization of Justice

Igor SUZANO MACHADO

Instituto de Estudos Sociais e Políticos da Universidade do Estado do Rio de Janeiro Brasil.

RESUMEN

Haciendo uso de la versión de Laclau y Mouffe de la categoría gramsciana "hegemonía", el objetivo del presente artículo es destacar la posibilidad de un análisis post estructuralista del derecho en el que la arena judicial se convierte en escenario de una disputa hegemónica. Según Laclau y Mouffe, esta disputa sería el movimiento político por excelencia, que se manifiesta tanto en la política hecha por movimientos sociales en las calles, como en la política hecha en los poderes Ejecutivo, Legislativo y, de acuerdo con lo que se defiende en este artículo, en el poder Judicial.

Palabras clave: Derecho, hegemonía, postestructuralismo, Laclau-Mouffe.

ABSTRACT

Using the Laclau and Mouffe version for the Gramscian category "hegemony," the aim of this article is to highlight the possibility of a post-structuralist analysis of law in which the judicial arena becomes the background for a hegemonic dispute. According to Laclau and Mouffe, this dispute would be the main feature of the political movement, manifested in politics made by social movements in the street and politics made in the executive and legislative branches; and according to what is defended in this article, also in the judiciary.

Keywords: Law, hegemony, post-structuralist, Laclau-Mouffe.

* Beca CAPES (Proc.: BEX 2181/10-0). Doy gracias a Menara Lube Guizardi, quién ha colaborado en la revisión del texto.

INTRODUCCIÓN: NUEVAS FIGURAS DEL LENGUAJE PARA UNA NOVELA MUY CONOCIDA

Mi punto de partida en este artículo es la crisis de la catacrexis de Montesquieu¹, en la que se enuncia que el juez es la "boca que pronuncia las palabras de la ley"². Esa catacrexis depende, a su vez, de una prosopopeya³: "la ley habla" y sólo necesita una boca para ser oída. Sin embargo, si la ley no habla, ¿qué se queda en su boca? Si seguimos, por ejemplo, Antoine Garapon⁴, y aceptamos que la ley no es más suficiente para guiar a los jueces en su tomada de decisión, ¿cómo podemos mantener la catacrexis de Montesquieu? Sin la prosopopeya que la fundamenta, la catacrexis de Montesquieu no sobrevive. Por lo tanto, en un contexto en el que los jueces interfieren cada vez más en la política y asumen cada vez más posiciones políticas, debiendo dar significado concreto a valores constitucionales como la libertad y la igualdad, no podemos mantener la catacrexis de Montesquieu —que es, como veremos más adelante, la base del formalismo jurídico, constituyéndose a la vez como un rasgo fundamental para la comprensión del denominado positivismo jurídico y de las demás escuelas del derecho influenciadas por él⁵.

En lugar de esta catacrexis, creo que otras figuras del lenguaje son mejores fuentes para la caracterización de la actividad judicial contemporánea. Me refiero a la metonimia y la sinécdoque⁶, que tomo prestadas de la teoría del discurso de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Estos dos tropos, metonimia y sinécdoque, permiten comprender cómo en el discurso de los partidos políticos y de los movimientos sociales, y en las actuales decisiones judiciales, un grupo social específico representa la universalidad, unificando de esta manera una cadena de significados en torno a un significante vacío⁷ como *la justicia*, *la igualdad*, o *la libertad*⁸. Consecuentemente, en un contexto de judicialización de la política y politización de la justicia⁹, creo que una teoría social como la teoría del discurso de La-

- 1 Catacrexis es una figura del lenguaje que utiliza una metáfora desgastada para la caracterización de algo que determinado idioma no designa con una palabra específica, como en los casos de la "pata de la silla" o la "asa de la taza".
- 2 MONTESQUIEU, Baron de (2001). *The spirit of laws* [electronic resource]. Kitchener: Fantoche, p. 180.
- 3 La prosopopeya es una figura del lenguaje utilizada cuando es dado a animales o seres inanimados características de seres humanos o seres vivos, como en las expresiones "el gallo canta" o "la guitarra llora".
- 4 GARAPON, A (2001). *Juiz e a Democracia: O Guardião das Promessas*. 2ª ed. Rio de Janeiro, Revan, PP. 40-41.
- 5 Garapon destaca la inexactitud de este tipo de enfoque acerca del derecho para el conocimiento de algunos acontecimientos jurídicos contemporáneos. Sin embargo, esta falta de precisión siempre ha sido destacada por puntos de vista alternativos al positivismo jurídico, tales como el enfoque del Derecho Natural y de los Estudios Jurídicos Críticos (que no son objeto de análisis en este artículo). Luego, referida falta de precisión podría ser considerada una falla conceptual o sistémica, y no una crisis de carácter histórico. Aun así, es posible entender esta cuestión como un problema conceptual que ha sido puesto de relieve por transformaciones sociales y políticas ocurridas durante los últimos años, lo que nos permite entenderlo como parte de una crisis actual. Para un ejemplo de estudio que comprende los fallos de los enfoques formalistas en el derecho como un problema conceptual, pero radicalizado por cambios sociales y políticos relativamente recientes —y de esta manera, afectados por una crisis contemporánea, como lo estoy considerando en este artículo—, véase: CAPPELLETTI, M (1993). *Juizes legisladores?*. Porto Alegre, Sergio Antonio Fabris Editor.
- 6 Metonimia es la figura del lenguaje utilizada en la sustitución de una palabra por otra que se relaciona con la palabra sustituida de forma contigua, cambiando el recipiente por el contenido (y viceversa), el autor por su obra (y viceversa), el efecto por su causa (y viceversa). La sinécdoque es un tipo específico de metonimia en la que el conjunto es sustituido por una de sus partes componentes, o viceversa.
- 7 La noción de significante vacío y otras categorías Laclauianas quedarán más claras a continuación.
- 8 Aquí se encuentra el carácter de sinécdoque de la política en el pensamiento de Laclau y Mouffe, y en el desarrollo de mi argumentación espero dejar claro la relación entre este carácter y el Derecho actual.
- 9 El contexto de "judicialización de la política" se caracteriza por una disminución de las fronteras y las diferencias entre las funciones del gobierno, en este caso representadas por las funciones legislativas y judiciales. Sobre el fenómeno

clau y Mouffe puede ser una excelente referencia teórica para reflexiones sobre el Derecho actual¹⁰. El objetivo del presente artículo es vincular este enfoque teórico y este objeto empírico.

De todos modos, como los trabajos teóricos de Laclau y Mouffe se quedan concentrados en el nivel ontológico, necesito conectar sus reflexiones ontológicas a manifestaciones del Derecho en el nivel óntico¹¹, desarrollando teorías discursivas de medio alcance para tres dimensiones del Derecho: 1) Las instituciones judiciales y su relación con el entorno socio-político; 2) Las prácticas de la jurisdicción y de la adjudicación y; 3) La decisión jurídica en sí misma. Para la primera dimensión yo me apoyaré en el proficuo estudio sociológico del Derecho desarrollado por Philippe Nonet y Philip Selznick¹² en la obra *Law and Society in Transition: toward responsive Law*. Para la segunda, usaré la teoría jurídica post-positivista de Ronald Dworkin y su reconstrucción discursiva del Derecho como una “novela en cadena”¹³. Finalmente, para la tercera, haré referencia a algunas importantes decisiones políticas del Judiciario brasileño como objetos para análisis empíricos basados en las referencias teóricas anteriores.

UNA MIRADA POST-ESTRUCTURALISTA PARA UN DERECHO MÁS ALLÁ DEL POSITIVISMO

La principal característica del positivismo jurídico es la afirmación de la separación e independencia entre el Derecho y la moral. De ahí que el enfoque positivista del Derecho se centre en las características formales y no en las características sustantivas de las normas jurídicas. Eso permite a los analistas positivistas reconocer el carácter jurídico de una norma con base en su creación bajo la dirección de ciertos parámetros formales – es decir, las fórmulas legislativas. Pese a todo lo anterior, el positivismo jurídico, con sus límites rígidos entre el Derecho y la moral, se encuentra actualmente minado por dos frentes críticos. Por un lado, la legislación post-holocausto y del Estado de bienestar social han asimilado una serie de leyes prospectivas y derechos fundamentales con un fuerte carácter moral y formulación abstracta, que han generado una paradoja en el mantenimiento de una aplicación de la ley que sea independiente de fundamentos morales. Por otro lado, en el plano teórico, autores como Robert Alexy y Jürgen Habermas han denunciado incongruencias intelectuales en la separación positivista entre el Derecho y la moral, ya que el Derecho debería necesariamente formular una “pretensión de corrección”¹⁴ o una “relación entre hechos y normas”¹⁵, ambas con un conteni-

contemporáneo de la “judicialización de la política”, véase: TATE, CN & VALINDER, T (Eds.). 1995. *The Global expansion of Judicial Power*. Nueva York / Londres, New York University Press.

- 10 Cuando uso la palabra Derecho con mayúscula, aunque no en el principio de la frase, estoy refiriéndome al campo de conocimientos y prácticas que se caracterizan por la referencia a esta palabra. La palabra derecho sin la mayúscula la utilizo cuando me refiero a determinados sistemas judiciales o prerrogativas jurídicas específicas.
- 11 Aquí, utilizo la distinción heideggeriana, asimilada por Laclau y Mouffe, en la que lo “óntico” hace referencia a las manifestaciones concretas de ciertos seres, mientras que lo “ontológico” hace referencia a un origen más abstracto y fundamental de estos seres. Para hacerlo más claro, por ejemplo, podemos decir que las reflexiones de las teorías políticas y sociales conciernen a la dimensión ontológica de la política y la sociedad, mientras que las investigaciones de la sociología y de la ciencia política se refieren a las manifestaciones ónticas de dichos fenómenos.
- 12 NONET, Ph & SELZNICK, Ph (2010). *Direito e Sociedade: a transição ao sistema jurídico responsivo*. Rio de Janeiro, Revan. 176 p.
- 13 Esta referencia dworkiniana es lo que me permite hablar de “una novela muy conocida” en el título del presente epígrafe.
- 14 ALEXY, R (2009). *Conceito e validade do Direito*. São Paulo, Martins Fontes.
- 15 HABERMAS, J (1999). *Direito e Moral*. Lisboa, Instituto Piaget. 122p.

do moral inevitable. Por estas razones, aunque algunos autores como Luigi Ferrajoli¹⁶ insistan en un “positivismo jurídico inclusivo”¹⁷ como una manera de hacer frente a la presencia de los principios morales en los sistemas jurídicos, otros pensadores, como Ronald Dworkin¹⁸, exigen una visión “post-positivista” para el Derecho¹⁹.

De hecho, los autores más importantes del positivismo jurídico, Hans Kelsen y Herbert Lionel Adolphus Hart, han reconocido la interferencia de la moral y la política en las prácticas jurídicas. No obstante, ellos han entendido este fenómeno como una interferencia de factores extra-jurídicos en el ámbito del Derecho y no como una característica intrínseca de los sistemas jurídicos, lo que les permitió definir el Derecho como esencialmente libre de juicios morales o políticos. Así siendo, su teoría jurídica asume que es posible comprender el Derecho bajo un prisma esencialmente formal, argumento que ha respaldado una noción corriente de la actividad jurídica que la define, básicamente, como una actividad de aplicación silogística de la legislación producida por el Estado.

En este sentido, el vínculo entre el positivismo jurídico y la aplicación silogística de reglas no es estrictamente necesario, ya que es posible diferenciar la comprensión positivista del Derecho como moral y políticamente libre y su aplicación práctica como moral y políticamente cargada. Sin embargo, como este tipo de interferencia en la aplicación del derecho es considerada—desde el punto de vista positivista—una interferencia extra-jurídica en el campo del Derecho, la comprensión positivista del Derecho—que reclama la independencia entre el Derecho y la moral—y la aplicación formalista de las leyes—que entiende que la aplicación mecánica de la legislación es suficiente para determinar una sentencia judicial—por lo general van juntas, reforzándose mutuamente.

Pero la crisis actual del positivismo jurídico y de la vinculación entre el Derecho y la estricta aplicación silogística de las reglas como el horizonte de una fundamentación trascendental del Derecho mismo, puede significar más que un reemplazo del nombre de este horizonte. Esta crisis puede representar la transparencia misma de la contingencia de las articulaciones posibles para nombrar a ese horizonte. Creo que podemos, como Laclau y Mouffe hicieron acerca de la democracia contemporánea²⁰, reconocer el derecho contemporáneo como un sistema judicial que hace explícita la contingencia de sus propios fundamentos, siendo, por lo tanto, radicalmente abierto a la confrontación de diferentes esfuerzos para representar la unidad del sistema. Es decir, podemos entender el derecho actual sobre la base de otra ontología: no de la ontología de las identidades objetivas y positivas que pueden determinar las direcciones del desarrollo jurídico bajo el signo de la *necesidad*, sino que basándonos en la ontología que reconoce la imposibilidad de una fundamentación trascendental de

16 FERRAJOLI, L (2009). *Garantismo: una discusión sobre derecho y democracia*. Madrid, Editorial Trotta.

17 Lo que llamo aquí un “positivismo jurídico inclusivo”—siguiendo DWORKIN, R (2006). *Justice in robes*. Cambridge, London, The Belknap Press of Harvard University Press—es el intento de algunos autores como Luigi Ferrajoli—una referencia muy habitual en los estudios brasileños de derecho penal—, de adaptar el positivismo jurídico a una matriz menos formal, aceptando como una guía para el reconocimiento de la naturaleza jurídica de una norma su adecuación a los principios morales que se hagan explícitos en los textos constitucionales. En el caso de Ferrajoli, estas exigencias morales son las garantías constitucionales que hacen que su teoría sea conocida como “Garantismo”.

18 DWORKIN, R (2003). *O Império do Direito*. São Paulo, Martins Fontes.

19 Es posible que Dworkin rechazara esta caracterización. Le estoy llamando post-positivista basándome en BARROSO, LR (2009). *Curso de Direito Constitucional contemporâneo: os conceitos fundamentais e a construção do novo modelo*. São Paulo, Saraiva, p. 247, y su comprensión de post-positivismo como un enfoque para el Derecho que tiene en cuenta los principios morales como características fundamentales del ordenamiento jurídico, incluso si éstos no fueran explícitos en las Constituciones—como en el positivismo inclusivo—y si no fueran considerados como derechos naturales—como en la doctrina del Derecho natural. Entendiendo el concepto de esta forma, Barroso considera que autores como Alexy y Dworkin podrían ser considerados pensadores post-positivistas.

20 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006) *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. 2ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

las formaciones discursivas, por consiguiente entendiendo la evolución jurídica bajo el signo de *articulaciones contingentes*.

Eso es lo que me gustaría proponer en este artículo: entender la actual crisis del positivismo jurídico como una oportunidad para comprender el derecho contemporáneo como una estructura descentralizada que, como tal, puede ser analizada por un enfoque post-estructuralista. Este enfoque post-estructuralista es la teoría del discurso desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, sobre todo en su trabajo conjunto en *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*.

Laclau y Mouffe tienen por supuesto el axioma estructuralista de que todas las identidades son relacionales y construidas negativamente. Por ejemplo, la palabra padre sólo tiene sentido en contraste con las palabras hijo, hija y madre. Y no sólo la palabra, sino también el papel del padre sólo tiene sentido en contraste con los papeles de la madre, de la hija y del hijo²¹. Sin embargo, los autores niegan que a partir de este conjunto de relaciones diferenciales pudiera resultar una estructura cerrada con un centro que la trasciende: capaz de determinar su estructuración sin ser él mismo determinado por la estructura. El centro se supone al mismo tiempo adentro y afuera de la estructura y esa paradoja no puede ser representada por una presencia plena. Por lo tanto, tenemos que empezar a pensar en la ausencia del centro, el centro no como un lugar fijo, sino como un no-lugar en el que un número infinito de sustituciones pueden ocurrir. Y “en la ausencia de un centro u origen, todo se convierte en discurso” (Derrida *apud* Torfing)²².

En este contexto, debemos entender la sociedad no como *siendo condicionada estructuralmente*, sino como *discursivamente informada*. Es por eso que Laclau y Mouffe entienden la sociedad como una construcción discursiva: una estructura irremediabilmente abierta y descentralizada, que se caracteriza por su “regularidad en la dispersión”²³; un conjunto de diferencias que, en contextos de exterioridad, pueden llegar a ser significativas como una totalidad²⁴. Por lo tanto, la sociedad no puede ser ni una objetividad presupuesta, ni un tipo de estructura determinada por su centro. Si abandonamos a Dios, al hombre, a la razón o a la economía, como posibles centros de la estructura de la sociedad, tenemos que entender la sociedad como una construcción discursiva, como lo hacen Laclau y Mouffe. Y, volviendo al tema de este artículo, si abandonamos a Dios, a la naturaleza, a la razón y a la aplicación silogística de la legislación estatal como el centro de la estructura del Derecho, tenemos que entender el Derecho también como una construcción discursiva, basándonos para esto en la ontología social que es propuesta en las obras de estos dos autores. Así, como he dicho antes, un Derecho que va más allá del positivismo y del formalismo, que ha perdido su centro fundacional –la referencia positivista a sus características formales como si éstas fueran sus características esenciales y la referencia, por consecuencia, a las reglas prescritas por el Poder Legislativo para su aplicación silogística– es una formación discursiva y, por ende, un objeto capaz de ser analizado bajo un marco post-estructuralista.

21 LACLAU, E (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. 2ª ed. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, p. 123.

22 TORFING, J (1999). *New theories of discourse: Laclau, Mouffe and Žižek*. Oxford, Blackwell Publishers, p. 40.

23 FOUCAULT, M (2007). *A arqueología do saber*. 7ª ed. Rio de Janeiro, Forense Universitária.

24 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006). *Op. cit.*, pp. 143-144.

UTILIZANDO LA TEORÍA DEL DISCURSO DE LACLAU Y MOUFFE PARA COMPRENDER EL DERECHO I: LA ARTICULACIÓN DISCURSIVA DE LA SOCIEDAD

Como afirma Laclau, el mayor progreso alcanzado por el estructuralismo fue el reconocimiento del carácter relacional de toda identidad social, pero su límite fue transformar esas relaciones en un sistema, con existencia e inteligibilidad objetivas y con una esencia. Es esta aceptación del axioma estructuralista de la dimensión relacional de toda identidad, junto con la negativa de una organización sistémica de estas identidades en torno a un centro fijo que son las características del pensamiento de Laclau y Mouffe, lo que permite que ellos sean considerados pensadores post-estructuralistas. Empero, si se mantiene el carácter relacional de todas las identidades y, al mismo tiempo, se renuncia a la fijación de esas identidades en un sistema, la sociedad se convierte en el juego infinito de las diferencias, es decir, lo que en el más estricto sentido del término podríamos llamar discurso –abandonando, por supuesto, la comprensión del discurso como algo estrictamente vinculado sólo a la habla y la escritura²⁵.

De todos modos, una formación discursiva no se caracteriza sólo por la imposibilidad de una fijación definitiva de los significados y por el flujo infinito de las diferencias. A la falta de fijación definitiva de significados, un discurso es siempre un esfuerzo para producir una *sutura* que interrumpe el flujo de las diferencias creando una totalidad significativa e inteligible, aunque provisional y precaria. La imposibilidad de fijación final de los significados implica que debe haber fijaciones parciales. De lo contrario, el flujo de las diferencias mismo sería imposible: incluso para diferir, para subvertir un significado, debe haber un significado. Si *lo social* no puede ser fijado en una realidad objetiva y apriorística como *la sociedad*, él aún existe como un esfuerzo para producir tal objeto imposible²⁶. Todo discurso es un intento de dominar *el campo de la discursividad* deteniendo el flujo de las diferencias e instituyendo un centro²⁷. Consecuentemente, si una totalidad, como la sociedad, no puede ser una suposición apriorística, aun así, debe ser considerada como un horizonte²⁸.

Por lo tanto, un discurso debe *articular* los elementos del campo de la discursividad, transformándolos en *momentos* de una cadena discursiva dotada de sentido que establece algunos *puntos nodales*. Son esos puntos nodales, que reúnen y dan unidad al conjunto de momentos asimilados, que también acaban por limitar la presencia de nuevos elementos en la cadena discursiva. Por fin, cabe destacar también que esta organización del discurso tampoco será una *mediación* que tiene como objetivo la reconstrucción de una totalidad inicial que se perdió (como Dios, la naturaleza o la razón). En realidad, ella es una actividad constructiva radical de *articulación* que cambia el significado original que los elementos tenían antes de su asimilación discursiva²⁹.

Por ejemplo, el positivismo jurídico articula una gran cantidad de elementos tales como la previsibilidad, la racionalidad y la equidad reuniéndolos en torno al punto nodal de la aplicación de la ley. Estos elementos, después de su asimilación, tienen significados específicos que no son los mismos que serían si puestos afuera de este discurso –por ejemplo, la previsibilidad en la estadística, o la equidad en un discurso político socialista podrían significar algo completamente diferente– habiéndolo

25 LACLAU, E (2000). *Op. cit.*, p. 104.

26 Es por eso que Laclau no focaliza la "sociedad", pero lo "social" que son las relaciones que tratan de dar a la sociedad un sentido provisional estable, como un todo inteligible. La dimensión de lo "social" y sus diferencias con respecto a la dimensión de lo "político" serán mejor explicadas en la próxima sección del artículo.

27 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006). *Op. cit.*, p. 152.

28 LACLAU, E (2007). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 95.

29 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006). *Op. cit.*, pp. 142-153.

dose convertido, por consiguiente, en momentos del discurso. Uno de estos momentos es la aplicación silogística de las leyes del Estado, y ese momento –un punto nodal– se pone por encima de los demás unificando sus equivalencias– es decir, sólo se podría tener previsibilidad, racionalidad y equidad derivadas del Derecho si se entiende el Derecho mismo como la aplicación de las leyes del Estado. Y este punto nodal es también lo que bloquea la presencia de otros elementos en el discurso y detiene la expansión infinita de la cadena discursiva, es decir, si el Derecho es la aplicación de un sistema cerrado de reglas objetivas, no puede admitir ser la concreción, por ejemplo, de los enunciados morales o preferencias políticas de jueces particulares.

Sin embargo, el campo de la discursividad contiene una gran cantidad de elementos, no todos ellos asimilados por los discursos en momentos específicos, algunos de ellos flotando entre los diferentes discursos, y, como toda identidad es relacional, muchos de ellos funcionando como *exteriores constitutivos* de los demás. Y si un exterior constitutivo es en cierto sentido “exterior”, también es igualmente “constitutivo”. La consecuencia de esto es una dimensión inextricable de *contingencia* inherente a todas las identidades sociales. Como la fuente de la posibilidad de todas las identidades sociales es también la fuente de la obstrucción de la constitución de sus identidades como plenitudes objetivas, toda identidad es también una fuente interminable de *antagonismos* posibles³⁰. Esto significa que la articulación discursiva del exterior constitutivo no puede ser vista sólo como el origen de la identidad, sino también como su bloqueadora, como un enemigo que debe ser desafiado. Y si no hay un centro para determinar la mediación discursiva bajo la lógica de la *necesidad*, lo que queda es la posibilidad infinita de la subversión y rearticulación discursiva de las relaciones antagonistas bajo la (no)lógica de la contingencia.

Volvamos al ejemplo del Derecho y su posible análisis según las categorías desarrolladas por Laclau y Mouffe. En el positivismo jurídico, el “justo” se articula con una idea estrictamente formal, y por esto universal, de la justicia. La forma de aplicación de la ley es su verdadera dimensión judicial y su contenido moral o político es un asunto extrajudicial. Eso excluye la discusión sobre una justicia sustantiva en el cumplimiento de la ley: el contenido sustantivo de las leyes debe ser definido solamente por el legislador. En este contexto, la justicia formal se opone a la justicia sustantiva y esa oposición respalda a la primera como el parámetro de lo “justo” en el positivismo jurídico. Sin embargo, es posible articular lo “justo” necesariamente con una noción de “justicia sustantiva”, como varios discursos antiliberales lo hacen. De ahí que, tomada como el bloqueo de la afirmación de la justicia sustantiva, la justicia formal puede ser vista como su fuerza antagonista que debe ser enfrentada y, en consecuencia, un nuevo discurso de caracterización del Derecho precisa ser articulado. Esta renovación discursiva no estaría de modo alguno predeterminada: ella podría, por ejemplo, re-articular los momentos internos del positivismo jurídico en un “positivismo jurídico inclusivo” (como lo hace Luigi Ferrajoli)³¹, o podría asimilar elementos de un discurso económico en un “pragmatismo jurídico económicamente basado” (como lo hace Richard Posner)³². Podría incluso negar estas dos opciones alternativas a favor de un “post-positivismo de base moral” (como lo hace Ronald Dworkin)³³.

30 LACLAU, E (2000). *Op. cit.*, p. 49.

31 FERRAJOLI, L (2009). *Op. cit.*

32 Richard Posner es un destacado pragmático jurídico norteamericano que destaca las insuficiencias del positivismo jurídico y del relativismo de los valores morales para apoyar el uso de criterios económicos como la orientación principal para decisiones judiciales. Véase: POSNER, R (2007). *Problemas de Filosofía do direito*. São Paulo, Martins Fontes.

33 Véase nota 13. DWORKIN, R (2006). *Op. cit.*

UTILIZANDO LA TEORÍA DEL DISCURSO DE LACLAU Y MOUFFE PARA COMPRENDER EL DERECHO II: EL MOVIMIENTO DE SINECDOQUE DE LA HEGEMONÍA POLÍTICA

De lo que hemos visto hasta aquí podemos inferir que la institución del discurso, el establecimiento de sus puntos nodales, la exclusión de sus exteriores constitutivos, la articulación de sus elementos como momentos diferenciales, constituyen operaciones que se basan en el ejercicio del poder, excluyendo y reprimiendo las alternativas que son mantenidas afuera de la cadena discursiva. Eso hace que la construcción del cerramiento precario y temporal de la sociedad sea una *actividad política*, una actividad que utiliza el poder y la represión como los únicos medios para hacer frente a la dimensión antagónica ontológica de la vida social. Aun así, algunas de estas exclusiones y represiones están tan profundamente asimiladas que su carácter político se olvida y ellas se convierten en momentos no controvertidos de ciertos discursos, permitiendo algunas referencias de gran estabilidad para la acción. En la obra de Laclau y Mouffe, esos momentos “naturalizados” del discurso corresponden a la dimensión de lo “social”. Así, una diferencia entre *lo político* y *lo social* se establece y lo político obtiene primacía sobre lo social, convirtiéndose en su dimensión de definición³⁴.

Pero Laclau y Mouffe también dedican atención a la lógica específica de la determinación política de lo social: el momento en que una nueva formación discursiva emerge para realizar una nueva sutura en una fractura social, dándole una totalidad significativa provisoria. Mientras lo social es un proceso de *sedimentación*, la política es un proceso de *reactivación*. Este proceso tiene lugar en un momento de *dislocación*, en que los discursos disponibles no consiguen dar sentido a nuevos acontecimientos o aspectos sociales. En este momento se crea una situación de inestabilidad en que el carácter contingente de las formaciones discursivas se hace explícito y sus elementos precisan ser re-articulados para formar una nueva cadena significativa³⁵. En el ejemplo de las transformaciones recientes del derecho, se puede considerar como un momento de dislocación la dificultad del positivismo jurídico de asimilar dentro de sus cadenas discursivas significativas las pretensiones morales de las legislaciones post-holocausto y Estado de bienestar social, y, conseqüentemente, la apertura de esas cadenas discursivas para re-articulaciones alternativas que puedan asimilar esta nueva realidad.

En gran medida, la articulación política que se producirá en un momento de dislocación será una articulación *hegemónica*, es decir, una articulación en la que una particularidad asume el lugar de lo universal. Sin una referencia trascendental para ser mediada por las prácticas discursivas, esa referencia será necesariamente una particularidad, pero una particularidad que puede asumir el lugar de la universalidad en una especie de relación similar a la relación de *hegemonía* de Gramsci, en la que una clase social trasciende sus propios intereses corporativos para representar a un grupo social más amplio³⁶. Utilizando categorías de la retórica, podemos decir que la metonimia puede ser utilizada para ampliar la cadena discursiva de equivalencias, articulando nuevas relaciones de contigüidad, y un tipo específico de la *metonimia*, la *sinécdoque*, es especialmente representativa del movimiento de la hegemonía. Como la *sinécdoque* constituye una metonimia en la que la relación de contigüidad representada es una entre la totalidad y una de sus partes, la *sinécdoque* es exactamente la representación retórica de las relaciones de hegemonía.

34 LACLAU, E (2000). *Op. cit.*, pp. 50-51.

35 *Ibid.*, p. 60.

36 En Gramsci, sin embargo, esta particularidad que puede representar la universalidad sólo puede ser el proletariado, ya que para él, la economía es el fundamento último de la sociedad, siendo las clases sociales los únicos sujetos que podrían verdaderamente transformarla. Pero esta centralidad de la economía, diferentemente de lo que encontramos en Gramsci, es negada por Laclau y Mouffe. Cfr. LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006). *Op. cit.*, pp.13-14.

El funcionamiento de la sinécdoque de las relaciones hegemónicas es posible porque la totalidad, aunque no pueda ser representada por una identidad objetiva y positiva, puede ser simbolizada por algunos signos de una plenitud ausente. Estos signos son *significantes vacíos*, significantes cuyo excedente de significados les pone más allá del alcance de contenidos específicos³⁷. Por ejemplo, en un contexto de total desorden, el significante "orden" se convierte en el signo de la plenitud ausente. Pero el "orden" sólo existe como órdenes específicos. Así, aunque represente una dimensión universal de la sociedad —la falta causada por el desorden— un orden social será siempre un orden específico, es decir, una particularidad —como un orden liberal, o un orden conservador³⁸. Esta es la sinécdoque de la hegemonía: una particularidad que, aunque sin renunciar a su particularidad, representa una totalidad trascendente, obviamente contaminada por su origen particular. Y cuando la determinación del contenido del significante vacío se encuentra bajo la presión de dos o más cadenas discursivas diferenciales —en nuestro ejemplo, discursos liberales y conservadores sobre el "orden"— nosotros tenemos un *significante flotante*, un significante que flota entre los discursos antagónicos que buscan a la hegemonía política³⁹.

Hablando del Derecho una vez más, podemos considerar por ejemplo, los modelos del "positivismo jurídico inclusivo", del "post-positivismo jurídico de basamento moral" y del "pragmatismo jurídico de orientación económica", referidos anteriormente⁴⁰, como formaciones discursivas que compiten por la hegemonía en el campo jurídico. Todos ellos podrían hablar de "justicia", un significante vacío que flotaría entre todos los tres discursos y haría referencia a la ausencia de justicia como el problema de un positivismo jurídico exclusivamente formal. Un positivista inclusivo podría afirmar que la justicia es contigua a la imparcialidad, y la imparcialidad sólo sería posible mediante la restricción de las normas jurídicas a la legislación promulgada por el Estado. De lo contrario, un post-positivista podría afirmar que la justicia es contigua a la rectitud moral, ampliando el conjunto de normas jurídicas hacia principios morales, aun cuando estos principios no estén explicitados en la legislación. Por último, un pragmatista económico podría afirmar que la justicia es contigua al aumento de la riqueza y que esto debería ser la única referencia para cualquier decisión judicial. La justicia no se limita a estas metonimias, pero sólo puede ser efectiva como un tipo particular de justicia, como es el caso para estos ejemplos. Por lo tanto, la "hegemonización" del discurso sobre el Derecho sólo será posible por la operación de sinécdoque de llamar la justicia de "imparcialidad", o de "corrección moral", o de "aumento de la riqueza".

Creo que la explicación y los ejemplos proporcionados anteriormente pueden demostrar la apropiación y la utilidad de un enfoque para el Derecho que esté basado en una teoría del discurso, como la proporcionada por Laclau y Mouffe. Es por esto que creo que un Derecho descentrado, derivado de la crisis de los fundamentos del positivismo jurídico, podría hacer uso de nuevas figuras del lenguaje, especialmente la sinécdoque —la representación retórica de la lógica de la hegemonía— en sustitución a la catacresis de Montesquieu. Pero en este punto es necesario hacer una observación.

En las obras de Laclau, la catacresis es considerada el movimiento retórico en sí, es decir, el acto de nombrar algo con un término figurativo que no puede ser reemplazado por un literal, como en

37 Aquí utilizo la distinción de la semiótica entre los significantes —los símbolos— y el significado —el contenido posiblemente diferenciado, de contexto para contexto, que pueden tener esos símbolos.

38 LACLAU, E (1996). *Emancipation(s)*. Londres, Verso, p. 44.

39 LACLAU, E (2004). "Construyendo la universalidad". In: BUTLER, J; LACLAU, E & ŽIZEK, S (2004). *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina. pp. 302-305.

40 Consultar el final de la sección anterior.

la “pata de una silla”⁴¹. Ya que esa función se lleva a cabo por cualquier figura retórica, prefiero considerar la catacresis como una metáfora desgastada. Considero así que, en sus primeras utilidades, “pata de una silla” era una metáfora, pero, después del desgaste causado por su uso repetido, se ha convertido en una metáfora ya desgastada, o sea, una catacresis. Por lo tanto, la catacresis es una figura del lenguaje más cercana a lo social que sus hermanas metáfora, metonimia y sinécdoque, más explícitamente vinculadas a lo político⁴². Cuando propongo reemplazar la catacresis de Montesquieu por la metáfora, la metonimia y la sinécdoque, lo que propongo es la reactivación del carácter político y contingente de la construcción discursiva del Derecho en todos sus niveles.

VINCULANDO LOS NIVELES ONTOLÓGICO, ÓNTICO Y EMPÍRICO

Como mencioné anteriormente, Laclau y Mouffe realizan sus reflexiones intelectuales en el nivel ontológico. Por esto, Jacob Torfing, concluyendo su libro sobre la teoría del discurso de Laclau y Mouffe, dice que:

Although the concepts and arguments of the new theories of discourse are developed in specific analytical contexts, they are pitched at a highly abstract level. That is to say, because discourse theory has a metatheoretical character, it is often difficult to apply it in an unmediated way in concrete empirical studies. Discourse theory provides us with a basic understanding of the key aspects of discursive world formation, but has no ambition of furnishing a detailed and fully operationalized framework for the study of all kinds of social, cultural and political relations. I would thus warn against attempts to apply discourse theory directly and instrumentally in empirical studies⁴³.

Esta es la razón por la que David Howarth afirma que la noción de articulación desarrollada por Laclau se podría ampliar a un nivel descriptivo y explicativo, siendo un excelente punto de partida para la conexión entre los niveles óntico y ontológico: sin subsumir lo concreto en lo abstracto, y sin regresar a un empirismo vacío de fundamentos teóricos. Sin embargo, continúa Howarth, esto requeriría la elaboración de una serie de conceptos y teorías de “medio alcance” sobre las instituciones políticas y organizaciones económicas situadas en contextos históricos específicos⁴⁴. Por consiguiente, para cumplir mi tarea de hacer posible vincular la teoría del discurso y los estudios empíricos sobre el derecho contemporáneo, yo debo desarrollar, o traer a discusión, algunos “conceptos y teorías de medio alcance” que podrían hacer esto posible. Sin embargo, antes de empezar, me gustaría dejar claro en qué niveles del Derecho esta vinculación puede tener lugar y dónde es necesario desarrollar algunas observaciones sobre el puente ontológico-óntico.

El primer nivel equivale al nivel teórico. Como la teoría del discurso es de alguna manera meta-teórica, centrada en el nivel ontológico, podemos utilizar sus conceptos para analizar las varias

41 LACLAU, E (2007). *Op. cit.*, p. 96.

42 Véase la distinción hecha en el comienzo de esta sección entre lo “social” y lo “político” en el pensamiento de Laclau y Mouffe, y su relación con las dimensiones de “sedimentación” y “reactivación” de los discursos.

43 TORFING, J (1999). *Op. cit.*, p. 291. Traducción castellana: “Aunque los conceptos y argumentos de las nuevas teorías del discurso hayan sido producidos en contextos específicos de análisis, ellos fueron lanzados a un nivel muy abstracto. Es decir, debido a que la teoría del discurso tiene un carácter metateórico, a menudo es difícil aplicarla de una forma no mediada en estudios empíricos concretos. La teoría del discurso nos ofrece una comprensión básica de los aspectos claves de la formación discursiva del mundo, pero no tiene la ambición de proporcionar un marco detallado y plenamente operacionalizado para el estudio de todo tipo de relaciones sociales, culturales y políticas. Me gustaría, pues, advertir contra los intentos de aplicar la teoría del discurso directa e instrumentalmente en los estudios empíricos”.

44 HOWARTH, D (2004). “Hegemony, political subjectivity, and radical democracy”, in: CRITCHLEY, S & MARCHANT, O (2004). *Laclau: a critical reader*. New York, Routledge, p. 267.

nuevas teorías jurídicas que intentan reemplazar o reformar el enfoque del positivismo jurídico estrictamente formal. Por ejemplo: podemos analizar, como construcciones discursivas específicas, la teoría jurídica de autores como Luigi Ferrajoli⁴⁵ y su positivismo jurídico inclusivo, basado en el concepto de garantías, o Richard Posner⁴⁶ y su pragmatismo jurídico económicamente fundado. Mis ejemplos anteriores de aplicación de la teoría del discurso al Derecho se concentraron en este nivel.

No obstante, me gustaría distinguir otros tres niveles propiamente empíricos donde creo que sería posible efectuar una aproximación entre la teoría del discurso y el Derecho a través de otras teorías más específicas. Para tanto, seguiré la intuición de la escuela de Birmingham, de Norman Fairclough y de Teun Adrianus van Dijk en sus estudios de los medios de comunicación de masas basados en una teoría del discurso y citados por Jacob Torfing⁴⁷. De acuerdo con Torfing, la escuela de Birmingham, Norman Fairclough y Teun Adrianus van Dijk no analizan *el discurso sobre los medios de comunicación de masas* o *el discurso de los medios de comunicación de masas*, pero, en realidad, los medios de comunicación de masas como discurso, distinguiendo para esto tres niveles de análisis empírico: el *nivel micro*, el *nivel meso* y el *nivel macro*.

En el nivel micro, los estudios discursivos sobre los medios de comunicación de masas deben concentrarse en el propio texto, comprendiendo el texto en un sentido amplio, incluyendo señales habladas, escritas y audiovisuales. En el nivel meso, la atención debe centrarse en las formas institucionales de producción, distribución y consumo de los mensajes de los medios de comunicación y las intertextualidades producidas por estas “reglas” de producción, distribución y consumo. Por último, en el nivel macro, lo que se debe analizar son las prácticas socio-culturales que organizan el campo de los medios de comunicación de masas como un todo, como las normas políticas y económicas sobre la propiedad y el control de estos medios⁴⁸.

Podemos hacer un paralelo entre este enfoque de tres niveles discursivos para los medios de comunicación de masas y un enfoque similar de tres niveles discursivos para el Derecho. En el nivel micro, el nivel del “texto en sí”, podríamos situar las decisiones de los tribunales, las sentencias de los jueces o las peticiones de los abogados. En el nivel meso, el nivel de “las formas institucionales de producción, distribución y consumo”, podríamos situar las reglas y lógicas de la jurisdicción y la adjudicación. Por último, en el nivel macro, el nivel de “las prácticas socio-culturales que organizan el campo”, podríamos situar las relaciones entre las instituciones judiciales y su entorno social y político. Retroactivamente, podemos hablar de las instituciones judiciales (nivel macro), la jurisdicción y la adjudicación (nivel meso) y la decisión o petición judicial en sí mismas (nivel micro).

Con esa distinción y el reconocimiento de estos tres niveles, podemos encontrar algunas reflexiones sobre el nivel óptico del Derecho que tienen afinidades con la teoría del discurso de Laclau y Mouffe y nos permiten llevar a cabo investigaciones empíricas basadas en la orientación ontológica y meta-teórica de estos autores. Con respecto al nivel macro, el nivel de las instituciones judiciales, creo que una buena referencia es la obra de Philippe Nonet y Phillip Selznick. Haciendo referencia al nivel meso, de la jurisdicción y la adjudicación, esta reflexión podría ser encontrada en la teoría jurídica de Ronald Dworkin. Por último, sobre el nivel micro del texto de la decisión o de la petición judicial, un análisis del texto basado en las reflexiones teóricas anteriores surgiría como la vía ideal para su análisis empírico.

45 FERRAJOLI, L (2009). *Op. cit.*

46 POSNER, R (2007).

47 TORFING, J (1999). *Op. cit.*, pp. 212-213.

48 *Ibid.*, pp.213-215.

DERECHO Y SOCIEDAD EN TRANSICIÓN EN EL NIVEL MACRO: REFLEXIONES SOBRE LAS INSTITUCIONES JUDICIALES

En 1978, Philippe Nonet y Philip Selznick escribieron un proficuo libro llamado *Law and society in transition: toward responsive law*⁴⁹. En el libro, los autores desarrollan una interesante reflexión sociológica sobre la situación del derecho y de las instituciones judiciales de los Estados Unidos en aquel momento. Como los Estados Unidos han diseminado su influencia política por todo el mundo, las cuestiones del libro se convirtieron en referentes importantes para una gran cantidad de países que han organizado sus instituciones políticas y jurídicas influenciadas de alguna manera por el sistema estadounidense. Fundamentalmente, Nonet y Selznick argumentan en su libro que podemos clasificar las instituciones judiciales como las instituciones de un *derecho represivo, autónomo o responsivo*.

Estas definiciones del derecho corresponderían a tres tipos ideales que podrían ser utilizados para clasificar los sistemas judiciales específicos, en la medida que se identifiquen en ellos características más represivas, autónomas o responsivas⁵⁰. Estas características serían reacciones al medio ambiente socio-político donde las instituciones judiciales estarían inseridas. En el caso del derecho represivo, las instituciones judiciales se insertarían en un contexto de consolidación de una instancia política. Por lo tanto, estas instituciones tendrían por objeto imponer y mantener un orden político deseado por las élites políticas y no por toda la comunidad⁵¹.

Como la coerción y el mantenimiento del orden son características de cualquier sistema judicial, el derecho represivo tiene similitudes con todos los ordenamientos jurídicos. Pese a esto, habría que considerar que el Derecho no se reduce a la utilización de la coerción, sino que combina referida utilización con una reivindicación de legitimidad del poder político. Y en lo que dice respecto a la dimensión de ser una instancia de legitimación del poder político, el derecho represivo es en gran parte débil. Es por eso que Nonet y Selznick presentan, como una evolución del derecho represivo, el derecho autónomo, que tiene como objetivo proporcionar una base más sólida para la legitimidad del poder político en una sociedad más compleja y diversificada⁵².

El objetivo del derecho autónomo, como una evolución del modelo represivo, sería establecer un gobierno de leyes, más que un gobierno de hombres. En el modelo autónomo, todos, gobernantes y gobernados, están sujetos al mismo orden jurídico y al sistema judicial. Este carácter universal de su "modelo de reglas" proporciona al derecho autónomo las herramientas para el mantenimiento de la legitimidad política en una sociedad compleja. Aun así, su justicia estrictamente formal y procedimental se ha mostrado incapaz de hacer frente a algunas injusticias sustantivas ya fuertemente establecidas.

Centrándose en sus procedimientos y atado a la estricta obediencia a las reglas prescritas por la legislatura, un sistema judicial autónomo se vuelve insensible a las demandas sociales por justicia sustantiva y su autonomía degenera en aislamiento. Si, por un lado, el derecho represivo en su deseo de mantener el orden ha sido insensible a la dimensión necesaria al Derecho de promoción de la legiti-

49 NONET, Ph & SELZNICK, Ph (2010). *Op. cit.*

50 Los tipos ideales son construcciones intelectuales en las que algunas de las características especialmente importantes de un objeto específico —una institución social, una relación social, o una acción social— se radicalizan para permitir que el analista entienda su manifestación concreta mediante la comparación entre los fenómenos observados y la construcción conceptual que él ha desarrollado idealmente. La metodología de los tipos ideales fue creada por Max Weber, a quien Nonet y Selznick utilizan como referencia metodológica.

51 NONET, Ph & SELZNICK, Ph (2010). *Op. cit.*, p. 75.

52 *Ibid.*, p. 100.

dad, por otro lado, el derecho autónomo, con el objetivo de superar los problemas del derecho represivo, ha terminado por dejar de lado otra dimensión esencial al Derecho: la promoción de la justicia.

Dentro de este contexto, surge la demanda por un nuevo tipo de derecho. Nonet y Selznick llaman a este nuevo tipo de derecho el derecho responsivo. Por lo tanto, la transición del derecho autónomo al derecho responsivo implica una apertura de las instituciones judiciales a su medio ambiente, entendido éste como una fuente de auto-corrección. El modelo de reglas se debilita, la equidad ya no es ciega a las desigualdades sociales y la desobediencia no es siempre considerada una ofensa al orden jurídico. Sea como fuera, esto hace del derecho autónomo un modelo de derecho maleable, pero puesto a la vez en constante peligro⁵³.

La transformación y la evolución sociológica del Derecho, descrita por Nonet y Selznick como la transición del derecho represivo para el derecho autónomo y del derecho autónomo para el derecho responsivo –recordando que los tres modelos son tipos ideales que no reflejan las realidades empíricas exactamente– tiene consecuencias en las reflexiones de la teoría jurídica. Por ejemplo, la transición entre el derecho autónomo y el derecho responsivo tiene como consecuencia el paso de una teoría jurídica positivista a una teoría jurídica que intenta ir más allá del positivismo. Del mismo modo que he sostenido que esta transformación de la teoría jurídica puede ser entendida bajo un marco de la teoría del discurso, sostengo que las transformaciones de las instituciones jurídicas también pueden hacerlo. El trabajo de Nonet y Selznick se presenta como una interesante reflexión en la que podemos percibir eso.

En realidad, las transiciones entre el derecho represivo, el derecho autónomo y el derecho responsivo implican una rearticulación de elementos discursivos bajo nuevas cadenas de sentido. Esto se ve muy claramente en la cadena discursiva unificada bajo el significante vacío “orden” (en el derecho represivo), que es subvertida por una cadena discursiva unificada bajo el significante vacío “legitimidad” (en el derecho autónomo). Es menos claro, no obstante, en la transición entre el derecho autónomo y el derecho responsivo. Tal vez porque el sistema judicial responsivo es más que el sistema judicial contemporáneo, siendo como una promesa aun a ser alcanzada. Pese a todo lo anterior, considero que esto se debe más a la apertura típica del derecho responsivo que en lugar de dar al Derecho un nuevo principio de cierre, pone de relieve la contingencia de ese principio. Al igual que la política democrática, el derecho responsivo haría más visible el carácter hegemónico –y contingente– de la articulación de su contenido.

HEGEMONÍA E INTEGRIDAD EN EL NIVEL MESO: REFLEXIONES SOBRE LA JURISDICCIÓN Y LA ADJUDICACIÓN

La transición de un derecho autónomo a un derecho responsivo se refleja en la transición de una teoría jurídica positivista a una teoría jurídica que intenta ir más allá del positivismo. De hecho, podemos entender las reflexiones teóricas contemporáneas sobre el Derecho como un intento de dar a los agentes judiciales un marco para llevar a cabo sus tareas en las instituciones judiciales de un derecho responsivo. Estos marcos pueden variar desde mantener la fe en el modelo positivista de reglas, hasta la aceptación de la apertura del sistema jurídico como un llamado a la transformación social radical operada por jueces. Como creo que las actividades de los agentes judiciales, si comprendidas bajo los lineamientos de la teoría del discurso, deben ser entendidas de manera ni tan restringida, ni tan libre –en realidad, el sujeto en la teoría del discurso actúa sobre una estructura sólo

53 *Ibid.*, p. 127.

parcialmente dislocada⁵⁴— considero que estas dos visiones extremas sobre la actividad judicial deben ser rechazadas.

En lugar de una insistencia en el modelo positivista de reglas, como reivindicado por autores como Ferrajoli, o una visión totalmente económicamente instrumental de las normas jurídicas reclamada por autores como Posner, creo que una visión más precisa sobre la actividad judicial es proporcionada por Dworkin y su modelo del *Derecho como integridad*. La propuesta de Dworkin es que la jurisdicción—la actividad de los jueces y tribunales—y la adjudicación—la actividad de los abogados y los procuradores—deben ser entendidas como tareas interpretativas que intentan materializar los valores de una comunidad política fraternalmente unida por principios morales. La sustancia utilizada para realizar esta tarea es la cultura institucional de la comunidad, es decir, sus decisiones políticas pretéritas. Al tratar con un caso judicial concreto, los agentes implicados en el juicio deben ver en las decisiones políticas del pasado no sólo las reglas aplicables, sino también los principios que deben hacer efectivos. Y estos principios pueden exigir la revisión de algunas reglas que podrían socavarlos y la aceptación de otras reglas que, mismo no estando explícitas en la legislación, serían necesarias para que estos principios se pudieran concretizar⁵⁵.

Dentro de este contexto, la actividad judicial sería exactamente la de proporcionar un significado concreto a los principios derivados de los meta-principios de la igualdad y de la libertad. Y la fuente de construcción de las cadenas significativas que deberían llenar los significantes igualdad y libertad con significados específicos, sería la cultura institucional de la comunidad, es decir, sus decisiones políticas pasadas—como las leyes o los precedentes judiciales. Es esto lo que hace que las actividades judiciales, según las comprende Dworkin, puedan ser entendidas como prácticas de articulación de elementos discursivos para la construcción de una nueva totalidad coherente, a la que referido autor llamaría exactamente de una novela: la novela en cadena que él argumenta que los jueces escriben cada uno un capítulo, a través de sus decisiones⁵⁶.

Acerca de la política entendida bajo un marco de la teoría del discurso, Jacob Torfing señala que:

The structural context of meaning and action contains numerous rules. These are neither rigid nor aprioristic, but flexible, and in the last instance simply an instance of their usage. Nevertheless, they cannot be changed arbitrarily, but have to hegemonize, to a certain extent, the previous instances of usage. As such, we can change the rules of the game in collective wage negotiations in many different ways, but we have to take the pre-existing rules into account and show how they are either compatible or incompatible with the new rules⁵⁷.

54 LACLAU, E (1998). "Desconstrucción, pragmatismo, hegemonía", in: MOUFFE, Ch (1998). *Desconstrucción y pragmatismo*. Buenos Aires, Paidós, pp. 119-120.

55 DWORKIN, R (2003). *Op. cit.*

56 Aunque Dworkin tenga el foco en las actividades de los jueces, él reconoce que los legisladores también son autores de la novela en cadena. De hecho, dentro de la actividad legislativa, son ellos quienes escriben los primeros capítulos de la novela que los jueces continuarán en los tribunales. De ahí que su pensamiento pueda ser aplicado a las dos grandes tradiciones jurídicas del Occidente: la tradición de la *Common Law*—en la que la jurisdicción se basa principalmente en las decisiones judiciales anteriores—y la tradición de la *Civil Law*—en la que la jurisdicción se basa principalmente en los códigos de leyes hechos por los legisladores—.

57 TORFING, J (1999). *Op. cit.*, p. 64. Traducción castellana: "El contexto estructural del significado y de la acción incluye numerosas reglas. Estas no son ni rígidas, ni apriorísticas, pero flexibles y, en última instancia, simplemente un ejemplo de su uso. Sin embargo, no es posible cambiarlas arbitrariamente, sino que ellas debieran hegemonizar, en cierta medida, los casos anteriores de su uso. Como tal, podemos cambiar las reglas del juego en las negociaciones salariales colectivas de muchas maneras diferentes, pero tenemos que tener en cuenta las reglas preexistentes y mostrar la forma en que ellas son compatibles o incompatibles con las nuevas reglas".

Eso es básicamente lo que los abogados y jueces comprometidos con lo llamado “Derecho como integridad” hacen en el ámbito de la adjudicación y jurisdicción. Así, aunque Dworkin sea ambiguo sobre si esta búsqueda de la integridad debiera resultar necesariamente en una novela políticamente liberal o no, creo que si nosotros respondemos a esa pregunta de forma negativa y entendemos la integridad del Derecho como un proceso de articulación hegemónica y no de mediación liberal, la noción de Derecho como integridad de Dworkin es la mejor comprensión de la jurisdicción y adjudicación para una vinculación entre la teoría del discurso y el Derecho en el nivel meso.

HACIA UN ANÁLISIS DE CASOS EMPÍRICOS EN EL NIVEL MICRO: REFLEXIONES SOBRE DECISIONES JUDICIALES EN UN CONTEXTO DE JUDICIALIZACIÓN Y DE POLITIZACIÓN DE LA JUSTICIA

Teniendo en cuenta las observaciones teóricas anteriores, ¿qué tipo de investigaciones en el nivel micro se podría realizar? Aunque no sea posible desarrollar el punto aquí, me gustaría dar sólo algunos ejemplos de “textos en sí mismos”, retirado de las decisiones judiciales y que podrían ser provechosamente analizados bajo un marco de la teoría del discurso. Considerando la realidad brasileña, me gustaría poner de relieve las decisiones del Supremo Tribunal Federal –Corte Suprema de Brasil– sobre:

1. El derecho de huelga de los funcionarios públicos (MI ⁵⁸ 670, 708 y 712);
2. La posibilidad de investigaciones científicas con células madre (ADI ⁵⁹ 3510); y
3. La fidelidad de los candidatos a sus partidos políticos (ADI 3999 y 4086).

En el primer caso, existe lo que se ha denominado “activismo judicial”, ya que en esta decisión los jueces han fijado los términos del derecho de huelga de los funcionarios públicos establecido por la Constitución brasileña, pero sin regulación infra-constitucional. En el segundo, hay la asunción judicial de la actividad de un “papado laico”, en la que se decide un polémico dilema moral, tradicionalmente decidido por otras instancias políticas y religiosas. En el tercero, hay la intervención judicial en la competición política, ejemplo clásico de “judicialización de la política”. Estas decisiones son ejemplos de tres de las más controvertidas interferencias judiciales en el mundo político⁶⁰. Y, como decisiones propiamente políticas, creo que debieran ser analizadas con respecto a las prácticas hegemónicas realizadas en su interior, es decir, con respecto a la metonimia y la sinécdoque que se realizan en su texto, a pesar del peso que aún pueda tener el espectro de la catacresis de Montesquieu.

En este contexto, el ámbito judicial aparece como un nuevo espacio para las disputas políticas. Por ejemplo, incapaces de regular su derecho a la huelga bajo los tradicionales procedimientos legislativos, algunos servidores públicos brasileños buscaron a los jueces constitucionales como autores políticos capaces de reforzar derechos constitucionales abstractos que podrían representar los intereses particulares de estos funcionarios, es decir, significantes vacíos que ellos podrían intentar hegemonizar. Así, es posible cuestionar: ¿qué tipos de reivindicaciones políticas los parlamentos son actualmente incapaces de articular? ¿Qué tipos de reivindicaciones políticas están siendo mejor articuladas en las instituciones judiciales? ¿Qué tipos de decisiones políticas tomadas por

58 M.I. = “Mandado de injunção”. Es una especie de proceso constitucional brasileño en que se solicita una respuesta jurídica a un vacío legislativo.

59 ADI = “Ação Direta de inconstitucionalidade”. Es uno de los medios de revisión judicial en Brasil, un proceso en el que se solicita una declaración judicial sobre la inconstitucionalidad de ciertas leyes aprobadas por el Legislativo.

60 BADINTER, R & BREYER, S (Orgs) (2004). *Judges in Contemporary Democracy*. New York/London, New York University Press.

los jueces podrían socavar un régimen democrático? ¿Qué tipos de hegemonías discursivas en búsqueda de la integridad del derecho se han formado en los tribunales? Aunque no sea posible abordar estas cuestiones aquí, ellas son algunos ejemplos de preguntas que creo que investigaciones empíricas sobre el Derecho y las decisiones judiciales, guiadas por las referencias teóricas propuestas en este artículo, podrían responder de una manera innovadora y fecunda.

CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo principal de este artículo ha sido establecer un vínculo entre la teoría del discurso de Laclau y Mouffe y el estudio del Derecho en el contexto contemporáneo. Sin embargo, como un estudio exploratorio, el presente texto no llega a conclusiones finales. Aún así, creo que la argumentación aquí detallada es suficientemente fundamentada para mostrar cómo el enfoque propuesto puede ser útil para una nueva comprensión del Derecho en un contexto de crisis. Y no sólo en un contexto de crisis del Derecho y sus fundaciones positivistas y formalistas, puesta en relieve en la crisis de la catáclisis de Montesquieu, sino también en un contexto de crisis de la representación política y de la democracia mismas, ya que la "judicialización de la política", característica de la relación actual entre los campos del derecho y de la política, se refuerza en momentos en que la representación legislativa tradicional enfrenta problemas.

Creo que una mirada post-estructuralista como la teoría del discurso de Laclau y Mouffe puede lanzar nuevas e importantes luces sobre esta crisis. Nociones como las de hegemonía, significantes vacíos y dislocación podrían ayudar a comprender las nuevas articulaciones políticas y jurídicas contemporáneas. Esto sería cierto tanto en lo que se refiere a la dimensión de una relación más abierta entre las instituciones jurídicas y su entorno político y social (en el contexto de un derecho responsivo), como en los intentos de los juristas de hacer del ordenamiento jurídico un todo íntegro bajo principios comunes (como se destaca en el Derecho como integridad de Dworkin). Este sería el caso incluso para el análisis del texto de las decisiones judiciales en sí mismas, cubriendo también, por supuesto, las relaciones entre todas esas dimensiones macro, meso e micro, como influenciadas unas por las otras.

En definitiva, adecuada y útil a una sociología de las prácticas judiciales, la teoría desarrollada por Laclau y Mouffe puede abrir espacio para nuevos y fructíferos estudios del derecho contemporáneo, fundamentando análisis de discurso capaces de aclarar los juegos de poder implicados en los antagonismos que encuentran su expresión en el debate jurídico. Como señalan los propios Laclau y Mouffe, uno necesita saber por lo que está luchando y qué clase de sociedad quiere establecer. Esto requiere "una adecuada comprensión de la naturaleza de las relaciones de poder y de la dinámica de la política", ya que "lo que está en juego es la construcción de una nueva hegemonía"⁶¹. Al fin y al cabo, este artículo ha intentando, sobre todo, transponer esta orientación también para el análisis de la política hecha en el Poder Judicial y demás instituciones jurídicas.

61 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (2006). *Op. cit.*, p. 20.



Lo político y la política en Claude Lefort: aportes teóricos para una reflexión sobre la Democracia

What is Political and Politics in Claude Lefort: Theoretical Contributions for a Reflection on Democracy

Renata S. SCHEVISBISKI

Universidade Estadual de Londrina, Brasil.

RESUMEN

Se analiza en este artículo la distinción que hace Lefort entre “lo político” y “la política”. Se distancia de la tradición científica y positivista de la teoría política que considera lo político como “objeto” de estudio. Precisamente, propone que lo político es mucho más que un espacio determinado por el orden de poder del Estado o la sociedad, puesto que es una experiencia ciudadana para pensar la sociedad a partir de diversas circunstancias y contenidos. Es una praxis de autoconstitución de la política desde interacciones que democratizan la participación. Lo político, por lo tanto, se constituye como un tipo de análisis metasociológico, metapolítico que abarca una interrogación sobre el ser de lo social, preocupándose por el fenómeno de su institución.

Palabras clave: Lefort, política, político, democracia.

ABSTRACT

In this article, the distinction that Lefort makes between what is “political” and “politics” is analyzed. It distances itself from the scientific, positivist position of political theory that considers what is political as an “object” for study. Precisely, it proposes that what is political is much more than a space determined by the power order of state or society, since it is a citizen experience for thinking about society based on diverse circumstances and contents. It is a praxis for the self-constitution of politics out of interactions that democratize participation. What is political, therefore, is constituted as a type of metasociological, metapolitical analysis that includes an interrogation about the being of what is social, concerned about the phenomenon of its institution.

Keywords: Lefort, politics, what is political, democracy.

LO POLÍTICO EN LA TRAYECTORIA DE LEFORT

La obra de Claude Lefort se compone de innumerables artículos, escritos a lo largo de sesenta años, abarcando el período entre 1945 y 2005. Con excepción de los libros *Le Travail de l'oeuvre Machiavel* (1972), *Un Homme en Trop* (1976) y *La Complication: retour sur le communisme* (1999), toda su reflexión consiste en textos publicados en diversas revistas como *Les Temps Modernes*, *Socialisme ou Barbarie*, *Cahiers Internationaux de sociologie*, *Textures*, *Esprit*, *Libre*, *Libération*, *Pas-sé-Présent*, entre otras. Muchos de estos artículos fueron reunidos posteriormente en libros como las obras *Éléments d'une critique de la bureaucratie* (1971), *Les formes de l'histoire. Essais d'anthropologie politique* (1978), *Sur une colonne absente. Écrits autour de Merleau-Ponty* (1978), *L'Invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire* (1981), *Essais sur le politique. XIX-XX siècles* (1986) *Desafíos de la Escrita política* (1999) y *Le Temps Présent. Écrits 1945-2005* (2007).

Sus interrogaciones siempre estuvieron articuladas a una comprensión de los sucesos políticos, haciendo reflexiones en torno a hechos sociales y políticos ocurridos en el marco francés, como el advenimiento del *gaullismo*, Mayo de 1968, la creación de la Unión de la Izquierda por los partidos Socialista y Comunista franceses en los años 1970, o, aún, en el cuadro europeo, los cambios en el Este, la Revolución Húngara, la desestalinización comandada por Kruchchev. Al mismo tiempo, Lefort produjo diversos trabajos en torno a la obra de pensadores como Maquiavelo, Marx, Tocqueville, La Boétie, Michelet, Quinet, de tal forma que su filosofía no disocia el trabajo que sería desarrollado en el universo de las obras de una reflexión acerca de la "realidad sociohistórica"¹. Su obra, por lo tanto, está marcada por las cuestiones y por los debates políticos de su época. Una exploración continua, los artículos de Lefort representan un constante reinicio, cada cual revelando un recorrido de su pensar que se hace y se rehace con relación a determinados autores, a determinados hechos y circunstancias políticas, a los sucesos de su época, entrelazándolos como hilos de una argumentación más extensa.

De esta manera, a pesar de la diversidad de artículos y de cuestiones abordadas, hay una dirección muy evidente: el proyecto de pensar y de repensar lo político, con la finalidad de comprender el significado de la Democracia y del Totalitarismo. Tal proyecto nace poco a poco, constituyéndose desde el final de los años 1940, en el centro de un escenario intelectual dominado por un debate filosófico y político basado en el marxismo. Lefort actuó como militante trotskista por un tiempo, entre 1945 y 1948, donde pudo realizar la lectura de las obras de Marx y Engels, así como las de Lenin y de Trotsky. De manera general, aunque sus primeros análisis se hayan desarrollado en el plano de una interpretación marxista, solamente a partir del momento en que Lefort se retira del grupo *Socialisme ou Barbarie*², en 1958, del cual participó como fundador junto a Cornelius Castoriadis, es que tendrá

1 LEFORT, C (1999). "Filósofo?", in: *Desafíos de la Escrita Política*. São Paulo, Discurso Editorial, p. 35.

2 Según ABENSOUR, M (1993). "Réflexions sur les deux interprétations du totalitarisme chez Claude Lefort", in: HABIB, C & MOUCHARD, C (1993). *La démocratie à l'oeuvre: autour de Claude Lefort*. Turniers, Ed. Esprit, pp. 86-87, el grupo *Socialisme ou Barbarie* elaboró una crítica a las tesis de Trotsky enunciadas en su trabajo "La Revolución traicionada", relacionadas a la naturaleza social de la URSS, las cuales sirvieron como plataforma de oposición por parte de la izquierda y ulteriormente de la IV Internacional. La réplica por parte de Lefort y Castoriadis sucede en cuatro frentes: 1) en relación a la tesis de las bases socialistas de la URSS, afirmándose que se trataba a la verdad de un capitalismo burocrático que engendraba una nueva división social entre dirigentes y ejecutores; 2) la constitución de esta nueva sociedad —capitalismo de Estado para Lefort— está asociada con la formación de la burocracia como nueva clase social dominante; 3) la Revolución social debe dirigirse a destruir esta nueva clase dominante y abolir la nueva división entre dirigentes y ejecutores; y 4) totalitarismo el nombre que se le da a esta nueva forma de sociedad. De esta manera, Claude Lefort hace una reinterpretación del proyecto revolucionario con relación a la naturaleza de la producción moderna, volcándose, por lo tanto, para una reflexión sobre el Totalitarismo.

condiciones para desarrollar su proyecto de reflexión sobre *lo político*. En aquel período, lo movió la idea de que solamente la inteligibilidad de lo político engendraría una vía alternativa al positivismo perpetrado por el marxismo y por la ciencia y la sociología política, cuyo foco se atiene a la política, en vez de a lo político. Desde muy temprano, aún en su militancia trotskista, Lefort afirma que jamás desposó a la concepción cientificista y economicista, la cual conllevó a que Marx descubriese las leyes que rigen el funcionamiento de la sociedad y de la evolución de la humanidad³. De esta manera, identificó aún muy joven, al inicio de su trayectoria intelectual, que la problemática marxista contenía un vacío, el vacío de lo *político* que lo aproximó a los estudios etnológicos⁴. En estos estudios, él buscó una reflexión sobre los mecanismos que posibilitan la institución de la vida colectiva, o sea, lo que hace que un conjunto de individuos pueda imaginarse como participantes de una comunidad colectiva. Algo que será ampliamente elaborado por Lefort después de realizar su estudio sobre la obra de Maquiavelo, en el momento en que adquiere la comprensión de lo que es el poder político, que le da forma a la sociedad, de modo que él no es nada más que una precondition de la vida social.

LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA

El problema de lo político en Lefort se localiza alrededor de una distinción conceptual entre *lo político* y *la política*. En la lengua francesa, el vocablo *politique* prescinde de los artículos masculino o femenino (*le, la* en francés y, *lo, la*, en español), responsables por determinar si el referencial es la política (*la politique*) o lo político (*le politique*). En ese sentido, la ambigüedad latente del término exige una determinación que adquiere contornos propios en el pensamiento de Lefort. Cada vez que emplea cada uno de los términos, tiene en cuenta una clara diferenciación entre la ciencia y la sociología política por un lado, abarcando la política, y, del otro, a la filosofía política volcada en lo político.

El científico político busca comprender *la política*, trabajando con hechos cuya inteligibilidad busca aprehender a través de datos e ideas, atribuyéndoles una sistematización, articulación y organización, ejerciéndose según un ideal de objetividad. El científico conduce sus investigaciones según los imperativos de la exactitud y de la definición, estableciendo una distinción entre sujeto y objeto, basada en el ideal de un sujeto de conocimiento neutro. Para él, la política se constituye un objeto de investigación y de reflexión, delineado como un dominio separado de otros y considerado como un hecho particular, manteniendo una relación con otros hechos de la esfera de lo económico, de lo jurídico, de lo religioso o de lo estético y ordenándose según un determinado rasgo teórico-institucionalista, neoinstitutionalista, culturalista, normativista, por ejemplo. De esta forma, al modo de las ciencias naturales, la ciencia política realiza un conocimiento de lo particular. Lefort registra que, para ella, la sociedad es un objeto de deducción, de tal modo que las relaciones sociales están aisladas, combinadas, obteniéndose al final de esas operaciones a la sociedad.

La concepción de política que tenemos hoy la comprende Lefort como un dominio a parte, distante de otros como el económico, el social, el jurídico, el estético, el religioso, puesto que “el criterio de lo que es *politique* se constituye el criterio de lo que es *non-politique*”⁵. En esa operación de conocimiento, derivada del conocimiento exacto, la política se torna un objeto particular, implicado en arti-

3 LEFORT, C (2007). “Repenser le politique: entretien avec E. A. El Maleh”, in: *Le Temps Présent: écrits 1945-2005*. Paris, Éditions Belin, p. 359.

4 Los artículos que engloban una lectura de Claude-Lévi Strauss, Marcel Mauss y Abram Kardiner están en LEFORT, C (1978) *Les formes de l'histoire. Essais d'anthropologie politique*, Paris, Gallimard.

5 LEFORT, C (1981). “Permanência do Teológico-Político?”, in: *Pensando o político: ensaios sobre democracia, revolução e liberdade*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1991, p. 253.

culaciones con otros sectores de otra realidad como el económico, el religioso, el estético. De esa forma, el científico político busca inquirir cómo las relaciones de fuerza se combinan con las relaciones jurídicas, por ejemplo.

El pensamiento que se forma de *lo político* es de otra categoría. Según Lefort, él exige una ruptura con el punto de vista de la ciencia en general y con el punto de vista de la ciencia y de la sociología política⁶, lo que significa renunciar a la idea de la política concebida como ciencia regional⁷ y, por lo tanto, de la lógica que busca aprehenderla como *objeto* de conocimiento separado de un *sujeto* conocedor.

El término restaura lazos con la inspiración más antigua y más constante de la filosofía política que se dedicó a los principios generadores de la sociedad, pensando la diferencia entre las diversas formas de sociedad, abarcando la diferenciación de esencia entre democracia, tiranía y despotismo. De ese modo, la investigación sobre las formas de sociedad, presupuesta por el pensamiento de lo político, impide que se designe a la política como a un sector particular de la vida social, a distancia de otros sectores como el económico, el estético, el religioso, por ejemplo. En esa perspectiva, el pensamiento que se tiene de lo político guarda una relación con estudios que nos dieron a conocer otras formas de sociedad y, en cuyo modo de reflexión no hay una división entre dominios, tales como el económico, el estético, el religioso, etc.

La expresión *Antiguo Régimen* nos da una dimensión de aquello que designa lo político para Lefort. La idea de un tipo de constitución, como forma de gobierno, y la idea de un estilo de existencia o de un modo de vida están combinadas en esa expresión, concebida en términos de costumbres y creencias, probando un conjunto de normas implícitas para cumplir con las nociones de justo, injusto, bien y de mal, deseable y indeseable, noble y vil⁸. *La República* de Platón también es ilustrativa de este pensar *lo político*, justamente porque en esta obra no hay un dominio propio a la política, conforme explicita Lefort, pero sí una interrogación sobre el origen del poder, las condiciones de su legitimidad, las relaciones de mando y obediencia, sobre la religión, sobre la relación de la Ciudad con su exterior, en fin, abarcando toda la extensión de la *polis*.

Lo político, diferentemente de la noción de política, no se circunscribe a las relaciones de poder o no que se nombra como actividad política, ni aún en las fronteras de lo social, no pudiendo ser localizado *en la* sociedad. Para Lefort, la propia noción de sociedad ya contiene la referencia a una definición política, o sea, hablar en sociedad ya implica pensarla como sociedad política. Eso significa que la coexistencia humana, las relaciones sociales —entre clases, grupos e individuos—, así como las prácticas, creencias y representaciones se encuentran en dependencia de ciertos referenciales que no se localizan en las relaciones de producción, como en la teoría marxista que asume el primado de la esfera económica, respecto de aquello que Lefort denomina como la “dimensionalidad originaria de lo social”, el “esquema director”, el “modo de institución de lo social”, los principios generadores”, el “modo singular de institución”. Todos estos términos son sinónimos en su pensamiento y orientan un modo específico de diferenciación y de relacionamiento de las clases, de los grupos sociales y, al mismo tiempo, de los referenciales que ordenan la experiencia de la coexistencia, tales como los referenciales económicos, jurídicos, estéticos, religiosos.

6 LEFORT, C (1983). “A questão da democracia”, in: LEFORT, C (1981). p. 25.

7 LEFORT, C (1980). “Pensando a Revolução na Revolução Francesa”, in: LEFORT, C (1981). p. 115.

8 LEFORT, C (1986). *Essais sur le politique. XIX-XX siècles*. Paris, Éditions du Seuil, p. 10.

Lo político, por lo tanto, se constituye como un tipo de análisis metasociológico⁹, metapolítico¹⁰ que abarca una interrogación sobre el ser de lo social, preocupándose por el fenómeno de su *institución*. Este término abarca el sentido en sí del verbo *instituir*, comprendiendo “la manera según la cual una humanidad se diferencia o, más fuertemente, se divide para existir como tal, de la manera por la cual disponga de referencias simbólicas para figurar lo que se le escapa: su origen, la naturaleza, el tempo, el ser en sí”¹¹.

El punto de partida reside en la comprensión de que toda sociedad es, en su esencia, una sociedad política y que un tipo de sociedad se distingue de otra en razón de su *régimen*, o, como considera Lefort, por una cierta forma (*mise en forme*), un cierto sentido (*mise en sens*) y una cierta representación (*mise en scène*) que adquiere la coexistencia humana. En esa perspectiva, es lo político quien le da la forma a la sociedad.

De esta manera, pensar lo político significa considerar que todos los elementos que circunscribimos en el plano de la política –entidades (clases o segmentos de clase), relaciones sociales, determinaciones económicas o técnicas– no pueden ser plenamente comprendidos si no partimos de aquello que le preexiste: la *mise en forme*, la *mise en sens* y la *mise en scène* del espacio social¹².

Los diferentes regímenes o formas de sociedad contienen en sí un principio de internalización que puede dar cuenta de un modo específico de diferenciación y de articulación entre clases, grupos y categorías sociales. La forma (*mise en forme*) por la cual una sociedad se instituye a sí misma es sinónimo de institución política, en la acepción del verbo *instituir*, la cual no puede ser vista, ni considerada como real como tal, no pudiendo, por lo tanto, ser reducida a los límites de lo social. Por *mise en forme*, Lefort comprende a la institución política de la sociedad. Es a través de ella que se fijan la naturaleza y la representación del poder, la naturaleza y la representación de la división social (división entre clases y grupos) y, simultáneamente, se agencian las dimensiones de una experiencia del mundo.

La *mise en forme* abarca el engendramiento de un sentido (*mise en sens* –expresión que el autor afirma tomar como préstamo de Piera Aulagnier), pues aunque la sociedad no sea transparente para sí misma, ella es, sin embargo, un sistema de interrelación de significados, donde las prácticas sociales son reconocibles y significan algo. Además de eso, hay una escenificación (*mise en scène*) de las relaciones sociales, a través de la cual la sociedad se da a sí una “casi representación” de sí misma en su constitución aristocrática, monárquica o despótica, democrática o totalitaria.

De esa forma, el Antiguo Régimen y la Democracia, así como el Totalitarismo, serían *formas de sociedad*, de acuerdo con Lefort, las cuales se tornan comprensibles apenas por caracteres empíricos que informar cómo ocurren las relaciones sociales, cómo se caracterizan las instituciones políticas, y apuntan a cuáles son las causas determinantes del pasaje de una a otra, pero en virtud del *lugar del poder*. Para Lefort, esas formas de sociedad se diferencian, ante todo, porque mantienen una distinción primordial en la dimensión simbólica del poder. El poder es importante no debido a su conquista y conservación, sino porque su posición y su representación, la figuración de su lugar son, para Lefort, constitutivas del espacio social, de su forma y de su escena. En otras palabras, él reconoce en el poder, más allá de sus funciones reales y de las modalidades efectivas de su ejercicio, un

9 LEFORT, C (1980). *Op. cit.*, p. 118.

10 LEFORT, C (1972). *Le Travail de l'oeuvre Maquiavel*. Paris, Gallimard, p. 556.

11 LEFORT, C (1979). “Prefácio”, in: *As formas da história: ensaios de Antropologia Política*. São Paulo, Brasiliense, p. 15.

12 LEFORT, C (1983). *Op. cit.*, p. 26.

estatuto simbólico. Así, el pasaje de la sociedad monárquica a la democrática a través de la Revolución Francesa, requiere un entendimiento del cambio ocurrido en el estatuto simbólico del poder o, como él dice, el “desplazamiento del lugar del poder”¹³.

En esa perspectiva, para Lefort el poder es un polo simbólico, a partir del cual se enuncian los principios generadores de la sociedad, los principios que ordenan la experiencia de la coexistencia. Para él, el poder representa una naturaleza simbólica lo que implica comprenderlo bajo otro registro que no es aquel que comúnmente realiza la ciencia política¹⁴. Se trata de una reflexión que se vuelca para el *esquema director* de institución de la sociedad, su modo de institucionalidad, de engendramiento. Se parte del presupuesto de que es del poder que la sociedad deriva una comprensión acerca de sí misma, de su significado, de su división interna. El poder torna a la sociedad visible para ella misma.

Para que se pueda colocar en evidencia los principios generadores de una sociedad es necesario realizar una comparación entre diferentes dispositivos simbólicos de varias sociedades. Para Lefort, cada sociedad consiste en una creación, en una respuesta que se da por parte de los hombres al problema de la coexistencia. Comprender la modernidad, por ejemplo, significa retornar a la historia política, no a la de los hechos que buscan recubrir las acciones políticas, sino la que coloca en el centro al poder como polo simbólico. Su principal preocupación será, entonces, interpretar las transformaciones que afectaron a la *determinación-figuración* del poder, considerando la forma de sociedad primitiva, el Antiguo Régimen, la Democracia y el Totalitarismo, a fin de comprender mejor el establecimiento de la sociedad democrática. Se trata de recuperar la historia de los últimos siglos que se da bajo la forma de una “Revolución Democrática”.

EL ANÁLISIS DE LO POLÍTICO EN EL ENTENDIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

La democracia marca una transformación importante, tanto en el lugar del poder –no siendo posible que se ocupe, a no ser temporalmente– como en la configuración de la sociedad, disuelta, desincorporada. En lo relativo al primero, el lugar vacío indica que aquellos que lo ejercen no lo detienen, o mejor, no lo encarnan. Eso exige una competencia para que se renueve periódicamente, constituyendo una autoridad que se hace y se rehace en virtud de la manifestación de la voluntad popular.

El poder adquiere una dinámica diferente en la democracia, la cual se deriva de la imposibilidad de su incorporación, una condición, a su vez, distinta de aquella presente en el régimen monárquico y en el régimen totalitario. En la democracia, se instaure un movimiento continuo de “reajuste”, el “d'une remise en jeu périodique”, es decir, el ejercicio de recolocar periódicamente el juego político¹⁵. El poder como lugar vacío adquiere un carácter del cual no puede nadie apropiarse, deviene la institucionalización del conflicto y aquellos que ocupan el poder figuran como hombres, simples mortales por la pérdida de un referencial externo, imputable a los dioses. El pueblo dicho soberano y su voluntad es responsable por el acto de construir y de reconstruir la autoridad política.

13 LEFORT, C (1980). *Op. cit.*, p. 115.

14 De acuerdo con esa visión, la ciencia política busca circunscribir al poder, presentándolo como algo que posee características propias y obedece a reglas de funcionamiento específicas. En contraposición, en la perspectiva simbólica de Lefort, no se trata más de considerar las estrategias de los candidatos en una elección o realizar un estudio sobre la disputa en torno al poder por parte de las clases sociales, por ejemplo.

15 LEFORT, C (1986). *Op. cit.*, p.27.

Con la democracia, una nueva experiencia entra en curso, motivada como vimos por la nueva figuración del poder, capaz de definir al pueblo como referencial fundamental, como polo de identidad simbólica. En él, se instaura una paradoja: la imagen de una masa detentora de un último juicio con respecto a lo que es verdadero o falso, bien y mal, normal y anormal, es decir, la imagen de la opinión soberana; al mismo tiempo, se da la indeterminación de la imagen del pueblo, en constante cuestionamiento sobre su identidad.

Donde la sociedad no se puede representar por medio de la figura del cuerpo del príncipe, como en el régimen monárquico, el pueblo, el Estado y la nación adquieren un nuevo sentido, una nueva fuerza, tornándose polos donde la identidad y la comunidad social adquiere su significado. La sociedad democrática, por lo tanto, inaugura la experiencia de un nuevo tiempo, un tiempo histórico por excelencia, a través de la búsqueda por su identidad, algo que para Lefort no se separa de la experiencia de la división social¹⁶.

La búsqueda constante por una identidad marca una dinámica importante en la sociedad democrática que viene a ser un cuestionamiento interminable, cuya comprobación se da a través del debate ininterrumpido de las ideologías. En ese sentido, esa sociedad suscita un discurso político múltiple y una elaboración sociológica e histórica siempre ligada al debate ideológico, que intenta aprehenderla y, al mismo tiempo, efectuar una particular representación del Estado, del pueblo y de la nación. Lefort menciona que no fue por azar que la ideología burguesa actuó como un discurso en los primeros tiempos de la democracia, para poder resistir a la amenaza de descomposición de la sociedad como tal.

Debemos enfatizar que la búsqueda por la identidad no puede estar separada del entendimiento acerca de la “desincorporación” de los individuos, la cual ya mencionamos. La desincorporación marca la búsqueda continua por parte de la sociedad en su redefinición a través del proceso de competencia política. Así, se trata de una sociedad que acoge a la división social –puesto que los miembros no forman más parte de un cuerpo– y donde el conflicto político se proyecta en una especie de escenificación (*mise en scène*).

En el primer caso, la nueva institución de lo social se fundamenta en la pérdida de la idea y de la imagen de la unidad, de tal forma que la división social pasa a ser reconocida como tal, lo que contribuye a que ella acoja la idea de conflicto. Este, a su vez, se institucionaliza en el plano jurídico y tiene como efecto instituir “una escena en la cual el conflicto se representa ante todos como algo necesario, irreductible, legítimo”¹⁷.

En la “escenificación”, o para usar el término de Lefort, *mise en scène*, una sociedad constituye su propia identidad en una **cuasi-representación** de sí misma. La representación política constituiría esta escena, donde se expresan los conflictos cuyos intereses afectan a la sociedad en su conjunto. Se trata de la exhibición de todos los conflictos ante todos, permitiendo que la sociedad adquiera el sentido de unidad y de diferencia. La representación política inaugura una verdadera escena política. Ella provoca el efecto de producir la imagen de la unidad y de la pluralidad al mismo tiempo. La *mise en scène*, por lo tanto, torna visible todo el esquema que dirige a la sociedad, tornando ininteligibles todos los principios que la rigen, que rigen a la *mise en forme* de lo social.

16 LEFORT, C (1983). “A Imagem do corpo e o totalitarismo”, in: *A Invenção democrática: os limites da dominação totalitária*. São Paulo, Brasiliense, PP. 119-120.

17 LEFORT, C (1981). “Permanência do Teológico-Político?”, in: LEFORT, C (1981). p. 264.

De esta manera, está implícito para el autor que la democracia trae consigo una tensión constante, marcada por la posibilidad latente de incorporación/desincorporación del poder. Eso porque, en la argumentación del autor, la democracia, diferentemente de la monarquía y de regímenes totalitarios, contempla el poder como a un lugar vacío.

Este breve esbozo sobre el análisis lefortiano de lo político sobre la Democracia nos permite comprender que tanto el establecimiento de la Democracia como del Totalitarismo solamente pueden ser inteligibles si consideramos la *mutación simbólica* operada en la transición del Antiguo Régimen a la Democracia y, de la misma forma, de la Democracia al Totalitarismo –sociedad post-democrática o antidemocrática, en la definición de Abensour¹⁸. En ese sentido, comprendemos que las teorizaciones de Lefort operan en el sentido de comprender la democracia como un registro de lo simbólico, buscando en las formas de representación del poder, un paradigma explicativo.

En la perspectiva de Lefort, por lo tanto, la democracia no se reduce a un conjunto de instituciones. Para él, cometemos un error cuando confundimos la democracia con un régimen, un conjunto de instituciones históricamente determinadas. Sea el Antiguo Régimen, la Democracia o el Totalitarismo, se trata de *formas de sociedad*, en la acepción de Lefort, las cuales se tornan comprensibles apenas por sus caracteres empíricos que informan cómo ocurren las relaciones sociales, cómo se caracterizan las instituciones políticas. Para Lefort, ellas se diferencian porque mantienen una distinción primordial en la dimensión simbólica del poder.

Lo que torna las reflexiones de Claude Lefort relevantes es justamente su perspectiva de lo simbólico acerca de los fenómenos políticos, la cual está en el centro de su análisis de lo político. Así, en sus análisis sobre la transición de la sociedad monárquica a la democrática y de ésta a la totalitaria, no se trata de considerar las transformaciones en el modo de producción, sino de comprender cómo el poder se reviste de una nueva significación simbólica, capaz de reunir a la sociedad en un todo orgánico y homogéneo. Lo más importante, sin lugar a dudas, está en el modo como Lefort lo hace, revelando aspectos que un análisis institucional no vería.

18 ABENSOUR, M (1993). *Op. cit.*



¿Analogía o identidad, ontología o ética entre la teoría del significante de J. Lacan y la teoría de la hegemonía de E. Laclau?

Analogy or Identity, Ontology or Ethics between the Theory of the Signifier by J. Lacan and the Theory of Hegemony by E. Laclau?

Sebastián BARBOSA

Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Lanús, Argentina.

RESUMEN

El trabajo presenta para su discusión ciertos desarrollos de la teoría lacaniana en función de explicar las formas en que la “teoría de la hegemonía” de Ernesto Laclau ha tendido a recuperar nociones centrales de ésta para el campo del análisis político y social. En ese marco, se desagregan una serie de nociones del “sistema de pensamiento lacaniano” para poder discutir la hipótesis “isomorfa” desarrollada por la teoría política del discurso, según la cual, no se trataría de aplicar simplemente conceptos psicoanalíticos sobre el campo social y político, sino que, existiría un isomorfismo entre el psicoanálisis y el campo social-político que permitiría plantear la relación entre psicoanálisis y Ciencias Sociales en un nivel de identidad y no simplemente de analogía. La centralidad de esta conjetura de partida reside en que la misma invita a pensar las tensiones y las vetas que constituyen su horizonte de sentido. Esa línea de análisis sitúa al conjunto de argumentaciones posibles y a las radiaciones de este supuesto hacia una serie de desarrollos teóricos en el seno mismo de la teoría social y política que problematizan y nutren la teoría produciendo un corrimiento conceptual de la relación entre Psicoanálisis y Ciencias Sociales desde relaciones analógicas, relaciones ontológicas, hasta llegar a una relación ética.

Palabras clave: Estructura del lenguaje, goce, hegemonía, política.

ABSTRACT

This paper introduces the discussion of certain developments of Lacanian theory in order to explain the ways in which Ernesto Laclau's theory of hegemony has tended to restore central notions of it in the field of social and political analysis. In this context, a number of ideas from the “Lacanian thought system” are broken down to discuss the “isomorphist” hypothesis developed by the political theory of discourse, according to which, it would be not about simply applying psychoanalytic concepts to social and political fields, but accepting that an isomorphism exists between psychoanalysis and the social-political fields that would make it possible to outline the relationship between psychoanalysis and social sciences on a level of identity, not merely analogy. The centrality of this hypothesis is that it invites one to think about the tensions and lines of convergence that constitute the horizon of meaning. This analysis places the set of possible arguments and the radiations of this supposition toward a series of theoretical developments in the very heart of social and political theory that problematizes and nourishes the theory, producing a conceptual shift in the relationship between psychoanalysis and the social sciences, through analogical and ontological relations until reaching an ethical relationship.

Keywords: language structure, enjoyment, hegemony, politics.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se aproximan y desagregan elementos centrales provenientes de la “teoría lacaniana” como, estructura, Imaginario, Simbólico, Real, Goce, Objeto a y ética, en función de explicitar las formas en que la “teoría de la hegemonía” de Ernesto Laclau ha tendido a recuperar, homologar y establecer una lógica de identidad entre el corpus lacaniano y el campo del análisis político y social.

En ese marco, se revista esa serie de nociones nodales del “sistema de pensamiento lacaniano” para poder profundizar la hipótesis “isomorfista” desarrollada por la “teoría política del discurso laclauiana”, según la cual, en la relación entre Psicoanálisis y Ciencias Sociales no se trataría de aplicar simplemente conceptos psicoanalíticos sobre el campo social y político sino que, existiría un isomorfismo entre el psicoanálisis y el campo social-político que permitiría plantear la relación entre Psicoanálisis y Ciencias Sociales en un nivel de identidad (bajo una misma lógica) y no simplemente de analogía.

La centralidad de esta conjetura de partida reside en que la hipótesis previamente mencionada invita a pensar las tensiones y las vetas que constituyen el horizonte de sentido del abordaje transdisciplinar entre Psicoanálisis y Ciencias Sociales. Esa línea de análisis sitúa al conjunto de argumentaciones posibles y a las irradiaciones de este supuesto hacia una serie de desarrollos teóricos en el seno mismo de la “teoría social y política” que producirían un viraje en la forma residual en que históricamente el psicoanálisis fue incorporado por la “teoría social”.

En segundo lugar, se sostendrá que al profundizar en las transmisiones de Lacan sobre el orden de lo Real, la lógica de identidad o isomorfismo, que pueden expresarse en un mismo plano entre (objeto a) y “teoría de la hegemonía”, más que ser situada en un nivel ontológico debería ser enmarcada en un nivel ético. Si esta operación fuese posible, la misma contribuiría a despejar dudas acerca de la existencia o no de un nivel ético en el seno mismo de la “teoría de la hegemonía” desarrollada por Laclau.

PSICOANÁLISIS Y ESTRUCTURA. UN PUNTO DE PARTIDA

La perspectiva teórica de Lacan es subversiva respecto de los propios conceptos del psicoanálisis freudiano y de la “teoría del lenguaje”. Su mirada implica en este sentido un “retorno a Freud”¹ pero también un salto cualitativo en varios aspectos, a saber, su elaboración de la “teoría del deseo”, del sujeto, su formulación y formalización antiesencialista de la “teoría de la “sexuación” (Seminario *Aún*), su noción de objeto (objeto a) y su formalización del Edipo, entre otras.

En su elaboración teórica Lacan va a pasar de la visión de la “teoría del mito freudiana”, en particular del mito de la horda primitiva y de Edipo, a una formalización y “logicización” del psicoanálisis a través de su topología² en donde se plantea pensar la constitución del sujeto conformado por los Otros que le transmiten su inserción en el orden simbólico.

1 ASSOUN, PL (2004). *Lacan*. Amorrortu Editores, Madrid.

2 La topología de Lacan se basa en una rama de las matemáticas que tiende a descartar las referencias de distancia, forma, área, ángulo y es utilizada en función de evitar que la percepción eclipse la estructura. No es sólo una forma metafórica de expresar el concepto de estructura sino que es la estructura en sí misma. La topología de Lacan es la de del toro, de la banda de moebius, de la botella de Klein. La exterioridad periférica y central conforman una zona única que representa una extimidad, un adentro y un afuera.

Ahora bien, toda caracterización que se intente hacer del pensamiento de Lacan tiene que partir inevitablemente del esclarecimiento conceptual de su noción de estructura³, en tanto, se trata de una perspectiva teórica situada en el campo posestructuralista⁴ y porque se trata de un concepto central que remite a la comprensión de una de sus más importantes incorporaciones teóricas como son los registros de lo Imaginario, Simbólico y Real (R,S,I). Cabe consignar entonces, en primer lugar, que la noción de estructura de Lacan no es la misma que la del clásico estructuralismo. La estructura para Lacan “es un conjunto de elementos covariables”. Esta definición, hace referencia a que es un conjunto “no todo” en el que si se modifica una parte se modifica todo. Implica además que en ella está presente la ausencia, la falta, el agujero, el vacío, es decir, que está descompletada y por ello mismo permite cambios⁵.

En ese mismo marco, la estructura no es equivalente a la noción de “estructura psíquica” de Freud, porque esa última noción remite a la idea de una esencia o un alma, y en ese sentido, al igual que el resto de los posestructuralistas, Lacan se presenta como un pensador antiesencialista. Es decir, que va a rechazar toda idea de una esencia de la humanidad o filosófica. A la pregunta por la creación humana le corresponderá el supuesto, según el cual, primero nos crea la estructura y luego por efecto del símbolo creamos.

Para Lacan será la estructura articulada con la contingencia la que nos ordene. Es la estructura la que maneja y no la humanidad a la estructura. Así, a la figura del creador Lacan le va a otorgar el mismo valor que Freud a la religión en *El porvenir de una ilusión*⁶ y en *El Malestar en la cultura*⁷. Es decir, que (la fe, la religión, la creencia) puede ser tranquilizante o sedante pero, en todo caso, lo que tenemos que observar es qué hacen los sujetos y lo social con esa determinación. Algo que será tomado por Lacan como único. La estructura del lenguaje para Lacan está organizada por lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real⁸ anudados y cada uno de estos registros tendrá su falta, su vacío.

LOS ÓRDENES DE LA ESTRUCTURA DEL LENGUAJE: IMAGINARIO, SIMBÓLICO Y REAL

Los tres órdenes de la estructura organizan la realidad humana y su teorización adquiere primacía en distintas épocas del pensamiento de Lacan.

En el orden Imaginario⁹ los individuos son capturados por la imagen del cuerpo y la importancia que se le asigna. La hipótesis de partida de Lacan es que la anticipación de la coordinación visual

3 Hacia el fin de su obra Lacan propondrá que los tres órdenes de la estructura pueden ser considerados cada uno como un redondel de cuerda que se anudan gracias a un cuarto redondel. Las patologías dependerán del anudamiento de estos tres. A lo largo de su producción Lacan enfatizará a cada uno de estos órdenes. Pero estos énfasis deben ser tomados como un acento pero nunca como causa. De hecho Lacan llegará a plantear que se puede ordenarlos de cualquier forma, dejando de lado la supremacía de uno sobre otro. Habrá que ver la combinatoria de estos según el caso.

4 El posestructuralismo se perfila como un campo privilegiado dentro de las Ciencias Sociales tendiente a repensar los principios de la acción social, la condición ética y política, epistémica y ontológica de la condición humana.

5 El clásico “juego de la silla” representa lúdicamente la lógica de la estructura lacaniana en la medida que la silla que falta es la que organiza la lógica del juego.

6 FREUD, S (1998). *El porvenir de una ilusión*, Amorrortu, Argentina.

7 FREUD, S (198). *El malestar en la cultura*, Amorrortu, Argentina.

8 Son tres términos que Lacan no inventa pero sí, al teorizar sobre ellos, va a darles una inflexión particular y de este modo los articulará de una forma original.

9 El orden imaginario está desarrollado en tres artículos de los Escritos, “La agresividad en Psicoanálisis”, “El estadio del espejo en la función del yo”, y en “Acercas de la causalidad psíquica”, como así también en el llamado Discurso de Roma “Función y campo de la palabra y el lenguaje en el psicoanálisis”.

es previa a la coordinación motriz¹⁰. Es la idea de la prematuración en el caminar y en el hablar en donde el infante ve que se camina y ve lo que va a venir. Es decir, que existe una imagen privilegiada que anticipa algo que falta que es la propia unidad motriz. En Freud esta idea está asociada a la noción de desamparo desarrollada en el "Proyecto de Psicología"¹¹ y en "Inhibición, Síntoma y Angustia"¹². Se trata de que esa imagen sea un seguro ante el desamparo y la invalidez. Es una muleta ortopédica a la que Lacan agregará la noción de maduración precoz de la visión y la importancia del semejante para la constitución de la subjetividad¹³. Dicha noción da cuenta de que existe captura por vía del semejante, del otro, que es aquel que hace lo que el infante no puede y el que tiene lo que le falta. Al ver la motricidad en el otro el niño puede experimentar la incoordinación, que es lo mismo que decir que, la incoordinación no es previa, que no existe significación primera. Esta incoordinación se dará para Lacan bajo la forma de una anticipación y retroacción, de allí que, caracterizará a los seres humanos como individuos que están demasiado temprano o demasiado tarde, nunca en su punto justo. Esta es la idea de la imagen en el espejo en donde a diferencia de la etiología, según la cual el animal o sigue de largo o va a ver que hay atrás de ese espejo, el niño queda fascinado. Esta imagen constituye el yo (*moi*), el Imaginario en donde el "yo es el otro". Esa imagen es algo raro, surrealista, onírico. Es una imagen que tiene una dimensión simbólica que son los códigos del lenguaje, la cultura.

Lo simbólico comienza a ser desarrollado desde la idea de terciarizar esa estructura imaginaria y el narcisismo¹⁴. Donde hay lenguaje aparece el orden simbólico. Lacan dirá que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Donde el "como" lleva a plantear que no se trata del lenguaje ordinario. Es decir, que lo central es que la estructura del lenguaje es un lenguaje que es el inconsciente. Esta noción del lenguaje diferencia a Lacan de los análisis lingüísticos clásicos. Para Lacan el fonema no es necesariamente la unidad mínima del lenguaje sino que puede ser una frase, un refrán, una palabra, etc. Es la idea del significante, que es la noción de que el significante retroactivamente genera la significación. Es decir, que la significación es efecto del significante mediante sus dos ope-

10 Las dos referencias que tomará son muy originales y provienen de dos campos distintos. Por un lado de la tesis embriológica de Bolk quien sostiene que las especies más longevas tienen una infancia que se alarga, la maduración es más lenta y son menos aptos para sobrevivir por su cuenta. Lacan articula esta idea con el *Hilflosigkeit* (desamparo freudiano). Por otro lado, la referencia viene de la mano de Wallon y sus descubrimientos sobre la imagen en el espejo en donde un chimpancé o sigue de largo o va a ver que hay detrás del espejo y el infante queda fascinado ante esa imagen. Sin embargo, la visión de Lacan de esa imagen se parece más a un cuadro surrealista de imágenes fragmentadas y superpuestas (una Gioconda con bigotes) que a una estatua perfecta. Es una imagen onírica. La obra de Aby Warburg es otra referencia importante. Los estudios de Panofsky sobre el Renacimiento muestran cómo las imágenes se repiten porque forman parte del ordenamiento simbólico de una época. Son imágenes que pueden formar parte del orden simbólico. A Lacan le interesa esa intersección entre lo imaginario y lo simbólico en tanto la imagen no es mera percepción sino más bien historizable.

11 FREUD, S (1976). "Proyecto de Psicología", in: *Obras Completas*, Tomo I, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

12 FREUD, S (1976). "Inhibición, Síntoma y Angustia". in: *Obras Completas*, Ed. cit.

13 Freud advierte fundamentalmente en su *Psicología de las masas y análisis del yo* la inescisión entre psicología individual y social, en donde la presencia del otro como objeto opera desde un principio bajo la modalidad de enemigo, auxiliar, ideal.

14 Lacan está fuertemente influenciado por el pensamiento estructuralista de Levy Strauss (leyes del parentesco y eficacia simbólica), por el pensamiento de Jakobson, los neo kantianos como Cassirer, Ferdinand de Saussure y por la Escuela de Aby Warburg (Lacan toma la idea de que las imágenes también constituyen un código, un lenguaje dando fundamento a al valor simbólico de las palabras).

raciones de condensación y desplazamiento¹⁵. El lenguaje no es sólo una serie de signos que designan lo real, el referente, sino que el lenguaje crea y designa el mundo. Lacan no cuestionará la existencia de lo real concreto sino que tratará de pensar cómo un sujeto se conecta con la cosa, el vacío, la falta, vía el lenguaje, es decir, el significante.

En el Seminario XX (*Aún*) Lacan hace referencia a "lalengua" (linguistería) como concepto que designa lo central de lo simbólico, en donde cada "lalengua" es única y no universalizable. Cada inconsciente de cada sujeto tomado uno por uno tendrá una estructura de "lalengua" intraducible al otro. Cuestión que obligará a los analistas a entender "lalengua" en juego de cada paciente¹⁶.

Lo Real será el otro registro de la estructura del lenguaje. Será lo que insiste, lo que vuelve siempre al mismo lugar. Lacan da como ejemplo a los astros, en tanto estos están siempre presentes y nada del símbolo los afecta¹⁷. Se produce en la estructura que escapa a lo simbólico e imaginario y es imposible, no en sentido metafórico. Lo Real no es la realidad sino la fijación¹⁸ en términos freudianos. Ese Real, inamovible que siempre está fijo y no se mueve, no sólo está fijo sino que, tiene cierta temporalidad cíclica determinada por un azar en donde se vuelve siempre a un mismo lugar¹⁹. Es un obstáculo para el psicoanálisis, es algo demoníaco en el sentido griego, en el sentido de que es esa parte del ser de alguien que lo gobierna²⁰. Se lo puede articular²¹ y para ello hay que ver qué lenguaje lo gobierna. Cuando Lacan pasa a articular lo Real como lo imposible hay que señalar que ese punto imposible será el de la "naturalidad de los sexos", el de la no complementariedad de los sexos. El inconsciente ahora es "lalengua" de cada sujeto, pero el hecho de que exista lo Real, no hace que deje de ser simbólico. La significación debe ser entendida en Lacan desde el anudamiento de R,S,I que delimitan al sujeto de lo inconsciente. Dirá Lacan hacia el fin de su obra que sus tres no son el sobre yo, yo y el ello de Freud sino el Simbólico, Imaginario y Real.

LA DIMENSIÓN DEL GOCE Y EL DESEO

El Goce es definido por Lacan en la *Ética del Psicoanálisis* (1988) como la satisfacción de una pulsión. Allí, la tríada necesidad, demanda, deseo, será sustituida por la tríada Goce, Demanda, Deseo. La necesidad biológica es reemplazada por un Real producto del significante, punto en el que Lacan se separa de la noción de un real biológico exterior para insertar un Real humano interior al campo analítico²². El significante produce un Goce que se escapa y se vuelve incontrolable.

15 En la condensación se agrupan significantes y en el desplazamiento el significante desplaza un término por otro. Esta noción está tomada de Freud de su "Interpretación de los sueños". Lo cierto es que el psicoanálisis no traduce la significación sino que ve los modos en que se construye para llegar a los significantes que la generaron.

16 Aquí en esta definición, el inconciente debe ser entendido como una "lalengua" particular. Esta cuestión pone en discusión la idea de en qué medida esa "lalengua" no está en relación con la lengua materna. Es decir, si se puede llegar a "lalengua" sin la mediación del lenguaje repartido.

17 En Freud la idea de lo Real está desarrollada en *Más allá del principio del placer* como principio de repetición.

18 La fijación es uno de los mayores obstáculos para el psicoanálisis, para los humanos y sus sociedades podríamos agregar.

19 Se pueden hacer giros y recorridos exorbitantes pero eso volverá a aparecer a donde quiera que vayamos.

20 El psicoanálisis aporta bastante a una teoría de la posesión generalizada en la medida en que estamos poseídos por ese Otro que ni siquiera sabe que posee.

21 Una articulación que se debe tener en cuenta es que esa contingencia de que lo que vuelve puede ser resignificada de distinta forma.

22 Será una nueva dimensión de la satisfacción que se apoyará en la necesidad.

La ética del psicoanálisis será la de lo Real y de allí que el estatuto del inconsciente será para Lacan ético y no ontológico. El goce es entonces para Lacan una producción de “economía política” en donde habrá pérdidas y ganancias. Ambas serán producto del sistema significante cuando este apresa el cuerpo. El Goce existe porque no hay Goce sexual todo. Es decir, no existe complementariedad de los sexos, no es posible hacer del dos uno, no hay armonía de los sexos.

El goce se introduce primero en el sistema significante bajo la forma de una pérdida de Goce. Entonces, la “economía política” del Goce producirá una pérdida al irrumpir el significante sobre el cuerpo humano. Es por ello que para Lacan no hay sexo sino sexualidad, en tanto que ésta, marca la inexistencia del sexo como complementario y armónico²³.

La ganancia de Goce vendrá por el lado de la existencia de goces suplementarios²⁴. Este suplemento es una recuperación precisamente suplementaria y no complementaria, ya que esta última, entrañaría la idea de dos mitades que se complementan, en tanto, nunca hay recuperación completa de la pérdida.

El deseo se inserta en ese punto y puede ser entendido en Lacan como algo que tiene dos caras. Una que mira hacia el goce y la otra hacia el placer. Puede ir más allá del principio del placer (Goce) o más acá. El deseo es cómo una ley fundamental que puede ser equiparada a la ley del incesto²⁵ en la medida que ésta prohíbe un objeto pero permite otros. Ese objeto será para Lacan, la madre y todos deseamos ese objeto perdido. El Das Ding o la Cosa freudiana dará cuenta del sujeto tratando de encontrar ese objeto perdido articulado en los (objetos a) como causa del deseo.

ANALOGÍAS Y TERMINOLOGÍAS CRUZADAS O HACIA UN PENSAMIENTO “LACANIANO”

Jason Glynos y Yannis Stavrakakis²⁶ desarrollan el interrogante hasta qué punto Laclau está dispuesto a apropiarse de las categorías lacanianas para ponerlas al servicio de su enfoque hegemónico del análisis político del discurso. Con esa pregunta de fondo los autores se acercan gradualmente al cruce terminológico²⁷, siguiendo la referencia de Glynos, de “laclaniano”. Sutura, identidad, identificación, sujeto como falta, punto nodal, significante vacío, exclusión radical, la imposibilidad de la sociedad, exterior constitutivo de un interior, nociones que se corresponden en Lacan con términos como *point de capiton*, significante amo, *objet petit a*, imposibilidad de la relación sexual y extimidad.

El punto nodal es central como categoría de la teoría de Laclau en tanto son los puntos que intentan construir un centro, detener las diferencias y dominar un campo de la discursividad. Los autores (Glynos y Stavrakakis) desarrollan la idea fuerza de que en la medida que avanza la obra de La-

23 La noción de pérdida hace referencia a la pérdida de naturalidad. Es decir a la pérdida del goce sexual todo, y como consecuencia de ello tendremos el goce pulsional.

24 El goce de la pulsión parcial “recupera” el goce perdido de la unión sexual imposible.

25 Esta tesis es desarrollada por Claude Levy Strauss en su desarrollo de las estructuras elementales del parentesco.

26 Cfr. GLYNOS, J & STAVRAKAKIS, Y (2008). “Encuentros del tipo Real, Indagando los límites de la adopción de Lacan por parte de Laclau”, in: CRITLCHEY, S & MARCHART, O (Comp.) (2008). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. FCE, Buenos Aires, 2008. Glynos hace referencia a una palabra que une a Lacan y Laclau: “Laclan”. La misma revista de interés para el análisis que se realiza aquí si se tiene en cuenta que el interrogante central es acerca de las posibilidades de un pensamiento “Laclaniano”.

27 El cruce terminológico o las referencias cruzadas constituyen una primera vía para pensar la relación entre Laclau y Lacan. Sin embargo, cómo sostenemos en este ensayo esa relación tiene que ser necesariamente problematizada y profundizada hacia el campo de la ontología y finalmente la ética.

clau se profundiza el interés por el psicoanálisis y sobre todo por lo Real. Los diálogos iniciales con el filósofo lacaniano Slavoj Žizek parecen constituir un impulso en esta dirección²⁸.

Sin embargo, la pregunta inicial acerca de las convergencias bascula hacia las divergencias preguntando por qué no está del todo explicitado en Laclau, en términos de su apropiación, nociones como Goce y fantasía. Según los autores mencionados se hace necesario desarrollar estas categorías para nutrir la noción laclauiana de lo Real. Esto habilitaría un mejor diálogo con los autores que trabajan en esta línea y permitiría diferenciar la lectura de Laclau de la Žizek:

1. En ese marco se analiza la categoría de lo Real en los términos de una ontología negativa que compartirían "Laclan" (Lacan y Lacau) concibiendo a lo Real como un límite de la significación, de la sociedad, de la política.
2. Pero un segundo punto reside en mostrar la divergencia entre los medios que utiliza el sujeto para positivizar lo real y los medios a partir de los que lo Real ofrece una especie de satisfacción positiva o disfrute social.
3. Teniendo en cuenta el plano de las convergencias los autores hacen referencia a la idea común según la cual la realidad humana se articula en el discurso. Cabría ver cómo en Lacan ese discurso es el del inconciente mientras que el de Laclau es el de lo político. Ese punto (que es constructivista) se profundiza con una visión compartida, según la cual, la construcción humana es imposible como orden cerrado, autónomo. La imposibilidad de la sociedad (Laclau) y la falta en el otro (Lacan). Lo Real en estos términos es un límite, un borde del discurso mismo y esto rompe con todo idealismo. La distinción entre discurso y sus límites en Laclau es análoga a la distinción de Lacan entre realidad y Real. Un punto importante señalado por los autores reside en mostrar cómo Laclau evoluciona hacia lo lacaniano al pasar de una noción como antagonismo (simbólico, imaginario) a la noción de dislocación (Real). Las críticas de Žizek a Laclau en *Nuevas Reflexiones...*²⁹ produjeron estos efectos, entre otros. En cuanto a las dimensiones positivas de lo Real los autores hacen referencia a que en realidad, lo Real en Lacan, está vinculado a la falta de Goce en el Otro. La idea de límite es para mostrar la imposibilidad de lo simbólico para representar lo Real. Pero lo Real en sí es la falta de goce perdido y sacrificado cuando entramos a lo simbólico y regulado entre necesidad, demanda y deseo. El *petit a* no es el deseo sino objeto causa de deseo. "Laclan" (Laclau y Lacan) compartirían la positividad de lo Real, en los términos de significantes vacíos en Laclau y en los términos de simbólico como significantes amos, en el nivel imaginario como (objetos *petit a*) en el planteo de Lacan. Ambos reconocen el papel constructivo de los límites en la economía psíquica y en la identidad discursiva del sujeto social.
4. Pero no está claro según los autores la relación entre significante vacío, significante amo y objeto *petit a*. Teniendo en cuenta que Lacan sostiene que el sujeto está dividido entre S1 (Significante amo) y el objeto *petit a*. Tiene que estar referenciado en el Objeto *petit a* para representarse en S1. Según estos autores esto se debe a que Laclau no trabaja la noción de Goce porque en Lacan este está soportado por el cuerpo. Y esto le daría un escencialismo que Laclau no estaría dispuesto a aceptar. Sin embargo, esta es una suposición de los autores. Punto seguido, se señala que tomar en cuenta el Goce sería muy fructífero para Laclau

28 Cfr. ŽIZEK, S (1992). *El Sublime Objeto de la Ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires; ŽIZEK, S (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires.

29 ŽIZEK, S (1993). *Op. cit.*

porque lo Real sigue siendo un límite a la substancia y porque el goce es importante para comprender lo que se juega en las identidades sociales al sugerir que las fantasías sociales se enraízan en el goce del cuerpo y cuerpo social que explica porque persisten ciertos síntomas sociales o porque son a veces tan difícil de desarticular o desplazar. Porque están encarnados por el Goce. Los autores citan ejemplos de la publicidad como fantasía y Goce puestos en juego en eslóganes publicitarios como “disfrute coca cola”, etc. Cabría agregar que ejemplos del campo político tendrían mejor pertinencia teniendo en cuenta que también en este campo se apela a la fantasía. El ejemplo del racismo como intolerancia al goce del otro parece más razonable en el desarrollo. El Otro roba mi goce. El odio hacia el otro es el odio hacia nuestro propio exceso de Goce.

OBJETO Y TEORÍA DE LA HEGEMONÍA

Llegados a este punto es preciso presentar de forma diferenciada del punto anterior cómo la producción de la “teoría política del discurso” pasa de presentar relaciones analógicas entre psicoanálisis y ciencias sociales, como observamos previamente, a presentar relaciones de identidad. Si esto es así, no estaríamos sólo en un campo de aplicación sino en un terreno ontológico común, a partir del cual, el ingreso del psicoanálisis en la “teoría social” y el relacionismo posible se daría por la “puerta de adelante”. En este sentido, en el transcurso de la “teoría de la hegemonía” de Laclau puede observarse que es en *La Razón populista*³⁰ donde más se va a explicitar la relación entre (*objeto a*) y hegemonía, como dos lógicas idénticas de ejercer la representación posible-imposible.

El análisis que hace Laclau al respecto toma su referencia de la perspectiva de Copjec³¹, quien va a afirmar que para Freud hay una pulsión fundamental que es la pulsión de muerte, que significa en principio, la vuelta a una situación perfecta en la cual no habría división del campo de la experiencia de esa plenitud pura. El argumento que va a introducir Copjec allí residirá en referirse al mito de Timeo o a la “teoría de Timeo”, según la cual, la tierra como globo comprende todo, no necesita nada externo y no tiene afuera y esto es interpretado por el psicoanálisis en términos de la relación madre-hijo donde como producto de esa dualidad la propia relación contenía todas las cosas, toda la felicidad y a la cual el sujeto se refuerza por regresar a lo largo de su vida. Se trataría de una plenitud mítica, pero su búsqueda real sólo puede conducir a la destrucción excepto por dos hechos: que no existe una pulsión única completa sino sólo pulsiones parciales y que la pulsión inhibe como parte de su actividad la realización de su objetivo.

Por lo tanto, señala Laclau retomando la lectura de Copjec, hay un obstáculo inherente a la pulsión que simultáneamente frena la pulsión, su objetivo, y la deshace, la restringe impidiéndole así alcanzar su objetivo y la divide en pulsiones parciales. Estas pulsiones que se satisfacen así mismas con objetos parciales son los (*objetos a*).

De allí que la pulsión corta el componente del complejo en dos partes: El *Das Ding* o la “cosa freudiana” como objeto imposible de unidad total con la madre que es una ilusión retrospectiva. Como es una ilusión retrospectiva sólo puede existir a través de los “*vorstellungrepresentanz*”, es decir, a través de los (*objetos a*), esos objetos parciales representativos de una totalidad que es imposible (*Das Ding*) como ilusión retrospectiva. Si es una ilusión retrospectiva no tiene forma de repre-

30 LACLAU, E (2005). *La Razón Populista*, FCE, Buenos Aires.

31 COPJEC, J (2006). *El Sexo y la eutanasia de la Razón; ensayos sobre el amor y la diferencia*. Paidós, Buenos Aires; COPJEC, J (2006). *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y Sublimación*. FCE, Buenos Aires, 2006.

sentación directa y estamos, en un plano lógico, en pleno terreno de la mediación discursiva. Es decir que el argumento de Laclau será explicar que existe un cierto objeto parcial que asume la totalidad y se trata de una parcialidad que representa una totalidad imposible, lo político.

El otro argumento que introduce Copjec³² siguiendo a Vera Wallace y Deleuze es la introducción de los “close up”. Estos no implican simplemente centrarse en un detalle de la totalidad, sino que más bien, a través de ese detalle la escena completa se redimensiona. Deleuze reivindica que el “close up” no es una mirada más detenida en una parte de una escena, no revela en este sentido, un objeto que puede ser incluido como un elemento de esa escena, un detalle arrancado del todo y luego ampliado con el fin de llamar nuestra atención, sino que más bien, revela la totalidad de la escena misma, su “total expresado” al igual que el objeto parcial de la pulsión que ejemplifica la misma lógica.

En ese punto, Copjec destaca que Lacan rompe con la visión de la díada madre-hijo al agregar un tercer componente separado de la madre que es el objeto de la pulsión y dirá que “ese objeto de falta” no puede entenderse fuera del mito timeiano-lamelliano del cual se deriva. En ese marco, el objeto parcial u objeto de falta es el que surge a partir del vacío originado por la pérdida del *plenum* o *Das ding original* (vacío del ser) cuyo estatuto es ontológico. En lugar de la satisfacción mítica derivada del ser uno con la cosa maternal, el sujeto va a experimentar ahora una satisfacción en este objeto parcial.

Para hacer jugar en un plano de identidad, respecto de la lógica de los (objetos a) y la lógica política de la hegemonía sobre la base de los argumentos antes descritos, Laclau explicará que no existe una representación del todo que unifique a la significación en cuanto totalidad. Es decir, que la lógica que se va a dar es que una cierta parcialidad (objeto a – el objeto hegemónico) va a asumir la representación del todo. El momento equivalencial es representado por una de las demandas que cumple la función hegemónica. El elemento hegemónico no está representando un rasgo positivo común de esos objetos, porque si existiera, en ese caso la función del elemento hegemónico sería representar directamente el elemento. La lógica del (*objeto a*) y la lógica de la hegemonía no son simplemente análogas sino idénticas y a lo que está apuntando esta identidad es a la estructura misma de la objetividad en cuanto tal. El argumento se completa con Copjec cuando señala que el estatuto del psicoanálisis es ontológico en tanto la teoría de Freud ocupa el lugar de la ontología clásica.

OBSERVACIONES FINALES

Observamos a lo largo del trabajo como existe un vínculo teórico profundo en la forma de trabajar por parte de Laclau con categorías del campo lacaniano. En ese marco pudimos describir como esa epistemología de trabajo de Laclau va pasando de un nivel de analogía hacia uno de identidad. Y más profunda es esa fusión cuando lo Real adquiere primacía en el análisis en tanto estamos en pleno terreno ético. Recordemos que la ética del psicoanálisis es la de lo Real.

Observamos también que la distinción entre Real y Simbólico resulta fundamental en la forma en que Laclau destaca el límite de la representación, límite que a su vez requiere ser representado a través de la distorsión de los medios de la representación. Los límites de la representación y los límites de la estructuración de lo social son constitutivos de la objetividad. La noción de dislocación le ha permitido a Laclau reemplazarla por la noción de antagonismo ya que esta última es vista como una estrategia de control discursivo, como una forma de lo simbólico de domesticar a lo social. Laclau

destaca que construir a alguien como enemigo implica en cierta medida simbolizarlo. Y en ese sentido, la dislocación sería más pertinente al señalar un límite Real a la representación.

Es decir que claramente se ve bien en este punto un corrimiento más profundo en la forma en que se piensan categorías lacanianas hacia una lógica de identidad. Si esto es así, es pertinente tener en cuenta las enseñanzas de Lacan en toda su dimensión cuando éste destaca que la ética del psicoanálisis será la de lo Real y de allí que el estatuto del inconsciente será ético y no ontológico. La ética en ese marco puede constituir un tercer camino para pensar lo social y político más allá de las analogías que los derroteros de Laclau han sabido analizar (Glynos y Stabarakakis) y la propia dimensión de ontología que el propio Laclau en colaboración con Joan Copjec destaca en sus últimos trabajos.



Lo político y la política en Claude Lefort: aportes teóricos para una reflexión sobre la Democracia

What is Political and Politics in Claude Lefort: Theoretical Contributions for a Reflection on Democracy

Renata S. SCHEVISBISKI

Universidade Estadual de Londrina, Brasil.

RESUMEN

Se analiza en este artículo la distinción que hace Lefort entre “lo político” y “la política”. Se distancia de la tradición científica y positivista de la teoría política que considera lo político como “objeto” de estudio. Precisamente, propone que lo político es mucho más que un espacio determinado por el orden de poder del Estado o la sociedad, puesto que es una experiencia ciudadana para pensar la sociedad a partir de diversas circunstancias y contenidos. Es una praxis de autoconstitución de la política desde interacciones que democratizan la participación. Lo político, por lo tanto, se constituye como un tipo de análisis metasociológico, metapolítico que abarca una interrogación sobre el ser de lo social, preocupándose por el fenómeno de su institución.

Palabras clave: Lefort, política, político, democracia.

ABSTRACT

In this article, the distinction that Lefort makes between what is “political” and “politics” is analyzed. It distances itself from the scientific, positivist position of political theory that considers what is political as an “object” for study. Precisely, it proposes that what is political is much more than a space determined by the power order of state or society, since it is a citizen experience for thinking about society based on diverse circumstances and contents. It is a praxis for the self-constitution of politics out of interactions that democratize participation. What is political, therefore, is constituted as a type of metasociological, metapolitical analysis that includes an interrogation about the being of what is social, concerned about the phenomenon of its institution.

Keywords: Lefort, politics, what is political, democracy.

LO POLÍTICO EN LA TRAYECTORIA DE LEFORT

La obra de Claude Lefort se compone de innumerables artículos, escritos a lo largo de sesenta años, abarcando el período entre 1945 y 2005. Con excepción de los libros *Le Travail de l'oeuvre Machiavel* (1972), *Un Homme en Trop* (1976) y *La Complication: retour sur le communisme* (1999), toda su reflexión consiste en textos publicados en diversas revistas como *Les Temps Modernes*, *Socialisme ou Barbarie*, *Cahiers Internationaux de sociologie*, *Textures*, *Esprit*, *Libre*, *Libération*, *Pas-sé-Présent*, entre otras. Muchos de estos artículos fueron reunidos posteriormente en libros como las obras *Éléments d'une critique de la bureaucratie* (1971), *Les formes de l'histoire. Essais d'anthropologie politique* (1978), *Sur une colonne absente. Écrits autour de Merleau-Ponty* (1978), *L'Invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire* (1981), *Essais sur le politique. XIX-XX siècles* (1986) *Desafíos de la Escrita política* (1999) y *Le Temps Présent. Écrits 1945-2005* (2007).

Sus interrogaciones siempre estuvieron articuladas a una comprensión de los sucesos políticos, haciendo reflexiones en torno a hechos sociales y políticos ocurridos en el marco francés, como el advenimiento del *gaullismo*, Mayo de 1968, la creación de la Unión de la Izquierda por los partidos Socialista y Comunista franceses en los años 1970, o, aún, en el cuadro europeo, los cambios en el Este, la Revolución Húngara, la desestalinización comandada por Kruchchev. Al mismo tiempo, Lefort produjo diversos trabajos en torno a la obra de pensadores como Maquiavelo, Marx, Tocqueville, La Boétie, Michelet, Quinet, de tal forma que su filosofía no disocia el trabajo que sería desarrollado en el universo de las obras de una reflexión acerca de la "realidad sociohistórica"¹. Su obra, por lo tanto, está marcada por las cuestiones y por los debates políticos de su época. Una exploración continua, los artículos de Lefort representan un constante reinicio, cada cual revelando un recorrido de su pensar que se hace y se rehace con relación a determinados autores, a determinados hechos y circunstancias políticas, a los sucesos de su época, entrelazándolos como hilos de una argumentación más extensa.

De esta manera, a pesar de la diversidad de artículos y de cuestiones abordadas, hay una dirección muy evidente: el proyecto de pensar y de repensar lo político, con la finalidad de comprender el significado de la Democracia y del Totalitarismo. Tal proyecto nace poco a poco, constituyéndose desde el final de los años 1940, en el centro de un escenario intelectual dominado por un debate filosófico y político basado en el marxismo. Lefort actuó como militante trotskista por un tiempo, entre 1945 y 1948, donde pudo realizar la lectura de las obras de Marx y Engels, así como las de Lenin y de Trotski. De manera general, aunque sus primeros análisis se hayan desarrollado en el plano de una interpretación marxista, solamente a partir del momento en que Lefort se retira del grupo *Socialisme ou Barbarie*², en 1958, del cual participó como fundador junto a Cornelius Castoriadis, es que tendrá

1 LEFORT, C (1999). "Filósofo?", in: *Desafíos de la Escrita Política*. São Paulo, Discurso Editorial, p. 35.

2 Según ABENSOUR, M (1993). "Réflexions sur les deux interprétations du totalitarisme chez Claude Lefort", in: HABIB, C & MOUCHARD, C (1993). *La démocratie à l'oeuvre: autour de Claude Lefort*. Turniers, Ed. Esprit, pp. 86-87, el grupo *Socialisme ou Barbarie* elaboró una crítica a las tesis de Trotski enunciadas en su trabajo "La Revolución traicionada", relacionadas a la naturaleza social de la URSS, las cuales sirvieron como plataforma de oposición por parte de la izquierda y ulteriormente de la IV Internacional. La réplica por parte de Lefort y Castoriadis sucede en cuatro frentes: 1) en relación a la tesis de las bases socialistas de la URSS, afirmándose que se trataba a la verdad de un capitalismo burocrático que engendraba una nueva división social entre dirigentes y ejecutores; 2) la constitución de esta nueva sociedad —capitalismo de Estado para Lefort— está asociada con la formación de la burocracia como nueva clase social dominante; 3) la Revolución social debe dirigirse a destruir esta nueva clase dominante y abolir la nueva división entre dirigentes y ejecutores; y 4) totalitarismo el nombre que se le da a esta nueva forma de sociedad. De esta manera, Claude Lefort hace una reinterpretación del proyecto revolucionario con relación a la naturaleza de la producción moderna, volcándose, por lo tanto, para una reflexión sobre el Totalitarismo.

condiciones para desarrollar su proyecto de reflexión sobre *lo político*. En aquel período, lo movió la idea de que solamente la inteligibilidad de lo político engendraría una vía alternativa al positivismo perpetrado por el marxismo y por la ciencia y la sociología política, cuyo foco se atiene a la política, en vez de a lo político. Desde muy temprano, aún en su militancia trotskista, Lefort afirma que jamás desposó a la concepción cientificista y economicista, la cual conllevó a que Marx descubriese las leyes que rigen el funcionamiento de la sociedad y de la evolución de la humanidad³. De esta manera, identificó aún muy joven, al inicio de su trayectoria intelectual, que la problemática marxista contenía un vacío, el vacío de lo *político* que lo aproximó a los estudios etnológicos⁴. En estos estudios, él buscó una reflexión sobre los mecanismos que posibilitan la institución de la vida colectiva, o sea, lo que hace que un conjunto de individuos pueda imaginarse como participantes de una comunidad colectiva. Algo que será ampliamente elaborado por Lefort después de realizar su estudio sobre la obra de Maquiavelo, en el momento en que adquiere la comprensión de lo que es el poder político, que le da forma a la sociedad, de modo que él no es nada más que una precondition de la vida social.

LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA

El problema de lo político en Lefort se localiza alrededor de una distinción conceptual entre *lo político* y *la política*. En la lengua francesa, el vocablo *politique* prescinde de los artículos masculino o femenino (*le, la* en francés y, *lo, la*, en español), responsables por determinar si el referencial es la política (*la politique*) o lo político (*le politique*). En ese sentido, la ambigüedad latente del término exige una determinación que adquiere contornos propios en el pensamiento de Lefort. Cada vez que emplea cada uno de los términos, tiene en cuenta una clara diferenciación entre la ciencia y la sociología política por un lado, abarcando la política, y, del otro, a la filosofía política volcada en lo político.

El científico político busca comprender *la política*, trabajando con hechos cuya inteligibilidad busca aprehender a través de datos e ideas, atribuyéndoles una sistematización, articulación y organización, ejerciéndose según un ideal de objetividad. El científico conduce sus investigaciones según los imperativos de la exactitud y de la definición, estableciendo una distinción entre sujeto y objeto, basada en el ideal de un sujeto de conocimiento neutro. Para él, la política se constituye un objeto de investigación y de reflexión, delineado como un dominio separado de otros y considerado como un hecho particular, manteniendo una relación con otros hechos de la esfera de lo económico, de lo jurídico, de lo religioso o de lo estético y ordenándose según un determinado rasgo teórico-institucionalista, neo-institucionalista, culturalista, normativista, por ejemplo. De esta forma, al modo de las ciencias naturales, la ciencia política realiza un conocimiento de lo particular. Lefort registra que, para ella, la sociedad es un objeto de deducción, de tal modo que las relaciones sociales están aisladas, combinadas, obteniéndose al final de esas operaciones a la sociedad.

La concepción de política que tenemos hoy la comprende Lefort como un dominio a parte, distante de otros como el económico, el social, el jurídico, el estético, el religioso, puesto que “el criterio de lo que es *politique* se constituye el criterio de lo que es *non-politique*”⁵. En esa operación de conocimiento, derivada del conocimiento exacto, la política se torna un objeto particular, implicado en arti-

3 LEFORT, C (2007). “Repenser le politique: entretien avec E. A. El Maleh”, in: *Le Temps Présent: écrits 1945-2005*. Paris, Éditions Belin, p. 359.

4 Los artículos que engloban una lectura de Claude-Lévi Strauss, Marcel Mauss y Abram Kardiner están en LEFORT, C (1978) *Les formes de l'histoire. Essais d'anthropologie politique*, Paris, Gallimard.

5 LEFORT, C (1981). “Permanência do Teológico-Político?”, in: *Pensando o político: ensaios sobre democracia, revolução e liberdade*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1991, p. 253.

culaciones con otros sectores de otra realidad como el económico, el religioso, el estético. De esa forma, el científico político busca inquirir cómo las relaciones de fuerza se combinan con las relaciones jurídicas, por ejemplo.

El pensamiento que se forma de *lo político* es de otra categoría. Según Lefort, él exige una ruptura con el punto de vista de la ciencia en general y con el punto de vista de la ciencia y de la sociología política⁶, lo que significa renunciar a la idea de la política concebida como ciencia regional⁷ y, por lo tanto, de la lógica que busca aprehenderla como *objeto* de conocimiento separado de un *sujeto* conocedor.

El término restaura lazos con la inspiración más antigua y más constante de la filosofía política que se dedicó a los principios generadores de la sociedad, pensando la diferencia entre las diversas formas de sociedad, abarcando la diferenciación de esencia entre democracia, tiranía y despotismo. De ese modo, la investigación sobre las formas de sociedad, presupuesta por el pensamiento de lo político, impide que se designe a la política como a un sector particular de la vida social, a distancia de otros sectores como el económico, el estético, el religioso, por ejemplo. En esa perspectiva, el pensamiento que se tiene de lo político guarda una relación con estudios que nos dieron a conocer otras formas de sociedad y, en cuyo modo de reflexión no hay una división entre dominios, tales como el económico, el estético, el religioso, etc.

La expresión *Antiguo Régimen* nos da una dimensión de aquello que designa lo político para Lefort. La idea de un tipo de constitución, como forma de gobierno, y la idea de un estilo de existencia o de un modo de vida están combinadas en esa expresión, concebida en términos de costumbres y creencias, probando un conjunto de normas implícitas para cumplir con las nociones de justo, injusto, bien y de mal, deseable y indeseable, noble y vil⁸. *La República* de Platón también es ilustrativa de este pensar *lo político*, justamente porque en esta obra no hay un dominio propio a la política, conforme explicita Lefort, pero sí una interrogación sobre el origen del poder, las condiciones de su legitimidad, las relaciones de mando y obediencia, sobre la religión, sobre la relación de la Ciudad con su exterior, en fin, abarcando toda la extensión de la *polis*.

Lo político, diferentemente de la noción de política, no se circunscribe a las relaciones de poder o no que se nombra como actividad política, ni aún en las fronteras de lo social, no pudiendo ser localizado *en la* sociedad. Para Lefort, la propia noción de sociedad ya contiene la referencia a una definición política, o sea, hablar en sociedad ya implica pensarla como sociedad política. Eso significa que la coexistencia humana, las relaciones sociales —entre clases, grupos e individuos—, así como las prácticas, creencias y representaciones se encuentran en dependencia de ciertos referenciales que no se localizan en las relaciones de producción, como en la teoría marxista que asume el primado de la esfera económica, respecto de aquello que Lefort denomina como la “dimensionalidad originaria de lo social”, el “esquema director”, el “modo de institución de lo social”, los principios generadores”, el “modo singular de institución”. Todos estos términos son sinónimos en su pensamiento y orientan un modo específico de diferenciación y de relacionamiento de las clases, de los grupos sociales y, al mismo tiempo, de los referenciales que ordenan la experiencia de la coexistencia, tales como los referenciales económicos, jurídicos, estéticos, religiosos.

6 LEFORT, C (1983). “A questão da democracia”, in: LEFORT, C (1981). p. 25.

7 LEFORT, C (1980). “Pensando a Revolução na Revolução Francesa, in: LEFORT, C (1981). p. 115.

8 LEFORT, C (1986). *Essais sur le politique. XIX-XX siècles*. Paris, Éditions du Seuil, p. 10.

Lo político, por lo tanto, se constituye como un tipo de análisis metasociológico⁹, metapolítico¹⁰ que abarca una interrogación sobre el ser de lo social, preocupándose por el fenómeno de su *institución*. Este término abarca el sentido en sí del verbo *instituir*, comprendiendo “la manera según la cual una humanidad se diferencia o, más fuertemente, se divide para existir como tal, de la manera por la cual disponga de referencias simbólicas para figurar lo que se le escapa: su origen, la naturaleza, el tempo, el ser en sí”¹¹.

El punto de partida reside en la comprensión de que toda sociedad es, en su esencia, una sociedad política y que un tipo de sociedad se distingue de otra en razón de su *régimen*, o, como considera Lefort, por una cierta forma (*mise en forme*), un cierto sentido (*mise en sens*) y una cierta representación (*mise en scène*) que adquiere la coexistencia humana. En esa perspectiva, es lo político quien le da la forma a la sociedad.

De esta manera, pensar lo político significa considerar que todos los elementos que circunscribimos en el plano de la *política*—entidades (clases o segmentos de clase), relaciones sociales, determinaciones económicas o técnicas—no pueden ser plenamente comprendidos si no partimos de aquello que le preexiste: la *mise en forme*, la *mise en sens* y la *mise en scène* del espacio social¹².

Los diferentes regímenes o formas de sociedad contienen en sí un principio de internalización que puede dar cuenta de un modo específico de diferenciación y de articulación entre clases, grupos y categorías sociales. La forma (*mise en forme*) por la cual una sociedad se instituye a sí misma es sinónimo de institución política, en la acepción del verbo *instituir*, la cual no puede ser vista, ni considerada como real como tal, no pudiendo, por lo tanto, ser reducida a los límites de lo social. Por *mise en forme*, Lefort comprende a la institución política de la sociedad. Es a través de ella que se fijan la naturaleza y la representación del poder, la naturaleza y la representación de la división social (división entre clases y grupos) y, simultáneamente, se agencian las dimensiones de una experiencia del mundo.

La *mise en forme* abarca el engendramiento de un sentido (*mise en sens*—expresión que el autor afirma tomar como préstamo de Piera Aulagnier), pues aunque la sociedad no sea transparente para sí misma, ella es, sin embargo, un sistema de interrelación de significados, donde las prácticas sociales son reconocibles y significan algo. Además de eso, hay una escenificación (*mise en scène*) de las relaciones sociales, a través de la cual la sociedad se da a sí una “casi representación” de sí misma en su constitución aristocrática, monárquica o despótica, democrática o totalitaria.

De esa forma, el Antiguo Régimen y la Democracia, así como el Totalitarismo, serían *formas de sociedad*, de acuerdo con Lefort, las cuales se tornan comprensibles apenas por caracteres empíricos que informar cómo ocurren las relaciones sociales, cómo se caracterizan las instituciones políticas, y apuntan a cuáles son las causas determinantes del pasaje de una a otra, pero en virtud del *lugar del poder*. Para Lefort, esas formas de sociedad se diferencian, ante todo, porque mantienen una distinción primordial en la dimensión simbólica del poder. El poder es importante no debido a su conquista y conservación, sino porque su posición y su representación, la figuración de su lugar son, para Lefort, constitutivas del espacio social, de su forma y de su escena. En otras palabras, él reconoce en el poder, más allá de sus funciones reales y de las modalidades efectivas de su ejercicio, un

9 LEFORT, C (1980). *Op. cit.*, p. 118.

10 LEFORT, C (1972). *Le Travail de l'oeuvre Maquível*. Paris, Gallimard, p. 556.

11 LEFORT, C (1979). “Prefácio”, in: *As formas da história: ensaios de Antropologia Política*. São Paulo, Brasiliense, p. 15.

12 LEFORT, C (1983). *Op. cit.*, p. 26.

estatuto simbólico. Así, el pasaje de la sociedad monárquica a la democrática a través de la Revolución Francesa, requiere un entendimiento del cambio ocurrido en el estatuto simbólico del poder o, como él dice, el “desplazamiento del lugar del poder”¹³.

En esa perspectiva, para Lefort el poder es un polo simbólico, a partir del cual se enuncian los principios generadores de la sociedad, los principios que ordenan la experiencia de la coexistencia. Para él, el poder representa una naturaleza simbólica lo que implica comprenderlo bajo otro registro que no es aquel que comúnmente realiza la ciencia política¹⁴. Se trata de una reflexión que se vuelca para el *esquema director* de institución de la sociedad, su modo de institucionalidad, de engendramiento. Se parte del presupuesto de que es del poder que la sociedad deriva una comprensión acerca de sí misma, de su significado, de su división interna. El poder torna a la sociedad visible para ella misma.

Para que se pueda colocar en evidencia los principios generadores de una sociedad es necesario realizar una comparación entre diferentes dispositivos simbólicos de varias sociedades. Para Lefort, cada sociedad consiste en una creación, en una respuesta que se da por parte de los hombres al problema de la coexistencia. Comprender la modernidad, por ejemplo, significa retornar a la historia política, no a la de los hechos que buscan recubrir las acciones políticas, sino la que coloca en el centro al poder como polo simbólico. Su principal preocupación será, entonces, interpretar las transformaciones que afectaron a la *determinación-figuración* del poder, considerando la forma de sociedad primitiva, el Antiguo Régimen, la Democracia y el Totalitarismo, a fin de comprender mejor el establecimiento de la sociedad democrática. Se trata de recuperar la historia de los últimos siglos que se da bajo la forma de una “Revolución Democrática”.

EL ANÁLISIS DE LO POLÍTICO EN EL ENTENDIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

La democracia marca una transformación importante, tanto en el lugar del poder –no siendo posible que se ocupe, a no ser temporalmente– como en la configuración de la sociedad, disuelta, desincorporada. En lo relativo al primero, el lugar vacío indica que aquellos que lo ejercen no lo detienen, o mejor, no lo encarnan. Eso exige una competencia para que se renueve periódicamente, constituyendo una autoridad que se hace y se rehace en virtud de la manifestación de la voluntad popular.

El poder adquiere una dinámica diferente en la democracia, la cual se deriva de la imposibilidad de su incorporación, una condición, a su vez, distinta de aquella presente en el régimen monárquico y en el régimen totalitario. En la democracia, se instaure un movimiento continuo de “reajuste”, el “d'une remise en jeu périodique”, es decir, el ejercicio de recolocar periódicamente el juego político¹⁵. El poder como lugar vacío adquiere un carácter del cual no puede nadie apropiarse, deviene la institucionalización del conflicto y aquellos que ocupan el poder figuran como hombres, simples mortales por la pérdida de un referencial externo, imputable a los dioses. El pueblo dicho soberano y su voluntad es responsable por el acto de construir y de reconstruir la autoridad política.

13 LEFORT, C (1980). *Op. cit.*, p. 115.

14 De acuerdo con esa visión, la ciencia política busca circunscribir al poder, presentándolo como algo que posee características propias y obedece a reglas de funcionamiento específicas. En contraposición, en la perspectiva simbólica de Lefort, no se trata más de considerar las estrategias de los candidatos en una elección o realizar un estudio sobre la disputa en torno al poder por parte de las clases sociales, por ejemplo.

15 LEFORT, C (1986). *Op. cit.*, p.27.

Con la democracia, una nueva experiencia entra en curso, motivada como vimos por la nueva figuración del poder, capaz de definir al pueblo como referencial fundamental, como polo de identidad simbólica. En él, se instaura una paradoja: la imagen de una masa detentora de un último juicio con respecto a lo que es verdadero o falso, bien y mal, normal y anormal, es decir, la imagen de la opinión soberana; al mismo tiempo, se da la indeterminación de la imagen del pueblo, en constante cuestionamiento sobre su identidad.

Donde la sociedad no se puede representar por medio de la figura del cuerpo del príncipe, como en el régimen monárquico, el pueblo, el Estado y la nación adquieren un nuevo sentido, una nueva fuerza, tornándose polos donde la identidad y la comunidad social adquiere su significado. La sociedad democrática, por lo tanto, inaugura la experiencia de un nuevo tiempo, un tiempo histórico por excelencia, a través de la búsqueda por su identidad, algo que para Lefort no se separa de la experiencia de la división social¹⁶.

La búsqueda constante por una identidad marca una dinámica importante en la sociedad democrática que viene a ser un cuestionamiento interminable, cuya comprobación se da a través del debate ininterrumpido de las ideologías. En ese sentido, esa sociedad suscita un discurso político múltiple y una elaboración sociológica e histórica siempre ligada al debate ideológico, que intenta aprehenderla y, al mismo tiempo, efectuar una particular representación del Estado, del pueblo y de la nación. Lefort menciona que no fue por azar que la ideología burguesa actuó como un discurso en los primeros tiempos de la democracia, para poder resistir a la amenaza de descomposición de la sociedad como tal.

Debemos enfatizar que la búsqueda por la identidad no puede estar separada del entendimiento acerca de la “desincorporación” de los individuos, la cual ya mencionamos. La desincorporación marca la búsqueda continua por parte de la sociedad en su redefinición a través del proceso de competencia política. Así, se trata de una sociedad que acoge a la división social –puesto que los miembros no forman más parte de un cuerpo– y donde el conflicto político se proyecta en una especie de escenificación (*mise en scène*).

En el primer caso, la nueva institución de lo social se fundamenta en la pérdida de la idea y de la imagen de la unidad, de tal forma que la división social pasa a ser reconocida como tal, lo que contribuye a que ella acoja la idea de conflicto. Este, a su vez, se institucionaliza en el plano jurídico y tiene como efecto instituir “una escena en la cual el conflicto se representa ante todos como algo necesario, irreductible, legítimo”¹⁷.

En la “escenificación”, o para usar el término de Lefort, *mise en scène*, una sociedad constituye su propia identidad en una **cuasi-representación** de sí misma. La representación política constituiría esta escena, donde se expresan los conflictos cuyos intereses afectan a la sociedad en su conjunto. Se trata de la exhibición de todos los conflictos ante todos, permitiendo que la sociedad adquiera el sentido de unidad y de diferencia. La representación política inaugura una verdadera escena política. Ella provoca el efecto de producir la imagen de la unidad y de la pluralidad al mismo tiempo. La *mise en scène*, por lo tanto, torna visible todo el esquema que dirige a la sociedad, tornando ininteligibles todos los principios que la rigen, que rigen a la *mise en forme* de lo social.

16 LEFORT, C (1983). “A Imagem do corpo e o totalitarismo”, in: *A Invenção democrática: os limites da dominação totalitária*. São Paulo, Brasiliense, PP. 119-120.

17 LEFORT, C (1981). “Permanência do Teológico-Político?”, in: LEFORT, C (1981). p. 264.

De esta manera, está implícito para el autor que la democracia trae consigo una tensión constante, marcada por la posibilidad latente de incorporación/desincorporación del poder. Eso porque, en la argumentación del autor, la democracia, diferentemente de la monarquía y de regímenes totalitarios, contempla el poder como a un lugar vacío.

Este breve esbozo sobre el análisis lefortiano de lo político sobre la Democracia nos permite comprender que tanto el establecimiento de la Democracia como del Totalitarismo solamente pueden ser inteligibles si consideramos la *mutación simbólica* operada en la transición del Antiguo Régimen a la Democracia y, de la misma forma, de la Democracia al Totalitarismo –sociedad post-democrática o antidemocrática, en la definición de Abensour¹⁸. En ese sentido, comprendemos que las teorizaciones de Lefort operan en el sentido de comprender la democracia como un registro de lo simbólico, buscando en las formas de representación del poder, un paradigma explicativo.

En la perspectiva de Lefort, por lo tanto, la democracia no se reduce a un conjunto de instituciones. Para él, cometemos un error cuando confundimos la democracia con un régimen, un conjunto de instituciones históricamente determinadas. Sea el Antiguo Régimen, la Democracia o el Totalitarismo, se trata de *formas de sociedad*, en la acepción de Lefort, las cuales se tornan comprensibles apenas por sus caracteres empíricos que informan cómo ocurren las relaciones sociales, cómo se caracterizan las instituciones políticas. Para Lefort, ellas se diferencian porque mantienen una distinción primordial en la dimensión simbólica del poder.

Lo que torna las reflexiones de Claude Lefort relevantes es justamente su perspectiva de lo simbólico acerca de los fenómenos políticos, la cual está en el centro de su análisis de lo político. Así, en sus análisis sobre la transición de la sociedad monárquica a la democrática y de ésta a la totalitaria, no se trata de considerar las transformaciones en el modo de producción, sino de comprender cómo el poder se reviste de una nueva significación simbólica, capaz de reunir a la sociedad en un todo orgánico y homogéneo. Lo más importante, sin lugar a dudas, está en el modo como Lefort lo hace, revelando aspectos que un análisis institucional no vería.

18 ABENSOUR, M (1993). *Op. cit.*



S. PEREYRA; G. VOMMARO & G. PÉREZ (Eds) (2013). *La grieta. (Política, economía y cultura después del 2001)*, Ed. Biblos, Bs. Aires, 246 pp.

Roberto FOLLARI. Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Un libro capital, que se propone establecer una diáspora de puntos de vista acerca de las causas, despliegue, cierre y consecuencias de las movilizaciones que en el año 2001 llevaron en la Argentina a la abrupta caída del gobierno de la Alianza, hegemonizado por la Unión Cívica Radical. Convoca a una amplia gama ideológico/teórica de autores (Aroskind, Grimson, María Pía López, Ollier, Rinesi, Svampa, Schuster entre ellos), lo que permite establecer puntos de vista mutuamente diferenciados—cuando no directamente enfrentados—que operan en cinco secciones diferentes: 1. Variaciones sobre el acontecimiento y su legado; 2. Populismo y republicanismo: narrativas de la crisis y de la reconstrucción; 3. Movilización social y crisis política; 4. ¿El fin del neoliberalismo? Transformaciones del Estado y el modelo de acumulación; 5. Estética y política en el horizonte de la crisis.

El libro recoge—corregidas y perfeccionadas—las intervenciones de la mayoría de sus múltiples autores en unas jornadas realizadas a los 10 años del 2001 para discutir su legado, que implicaron a instancias de posgrado de las universidades de San Martín, de Gral. Sarmiento y a la Univ. de Buenos Aires.

Libro complejo y múltiple, que reúne nada menos que 19 colaboraciones, se hace imposible de reseñar de una manera que sea fiel analíticamente al conjunto de sus componentes. Siendo así, asumiré una estrategia entre otras posibles: haré breve referencia a algunos puntos destacables dentro del conjunto de contribuciones, y me centraré luego en la cuestión de republicanismo y populismo, especialmente en la posición esgrimida por Gerardo Aboy-Carlés, dado cómo repercute ella dentro de la polémica teórica existente hoy en la Argentina en torno a esa cuestión. En tanto un gobierno como el kirchnerista—surgido en 2003 y aún presente en tercer período de mandato—vino a operar de alguna manera como sutura de los hechos de 2001 o—en todo caso—pudo ocupar su lugar gracias a la irrup-

ción de masas de aquel mes de diciembre, es que caracterizar teóricamente a ese gobierno es una condensación de polémicas no sólo sobre populismo y republicanismo, sino también sobre teoría política *tout court*.

Nos disculpamos, entonces, por no seguir a cada autor, lo que llevaría a una cuasi-reproducción del tamaño del libro comentado (algo así como aquel mapa de Borges que tenía la escala misma del mundo a representar). Algunos hallazgos que queremos destacar: 1. En el texto de Vommaro, la advertencia de que en el año 2001 comenzó lo que la campaña de los medios hegemónicos ha dividido en, por un lado “la gente” (sectores medios, ilustrados, prolijos) y por el otro los “cabecitas negras” (quienes irían a las movilizaciones “acarreados” por otros). Esta versión virtuosa acerca de las clases medias “autónomas” en sus movilizaciones—caracterizables mayoritariamente como de derecha—continúa hasta hoy, para denigrar y minimizar las manifestaciones de sectores populares y de sectores políticos organizados; 2. El “horror a la represión” que se desató desde entonces en la Argentina (hubo 39 muertos por represión policial en los hechos de 2001, por los cuales no hay un solo preso, y continúa un juicio de realización aún pendiente) es destacado por Grimson, quien advierte cómo por esa razón cayó el gobierno de Duhalde (reemplazado en 2003), y cómo por tanto el kirchnerismo se negó a reprimir aún en situaciones de legitimidad para hacerlo; mostrando además el autor, que las muertes en provincias (que ha habido más de 10 durante los gobiernos kirchneristas) no son advertidas como de igual importancia a las sucedidas en la Capital Federal (el muy conocido caso de Mariano Ferreyra); 3. Según Pereyra la denuncia anti-corrupción, que sirvió para erosionar al menemismo, derivó luego en una defensa moralista del individualismo, que operó en 2001 como anti-política (“que se vayan todos”), y que aún hoy funciona así en la discusión política nacional, anclándose en un discurso claramente de derecha; 4. En 2001 no se quería acabar con el sistema (como las interpretaciones tipo Negri sugieren), sino integrarse a él; es lo que aporta Gordillo, y ello resulta incontestable, dado que de haber habido una opción revolucionaria aceptada mayoritariamente, era la ocasión perfecta para concretarla; por el contrario, tras la revuelta se

volvió al orden y a la exigencia de una voz que ordenara el país desde el Estado.

Podrían multiplicarse referencias, pero basten las realizadas para que se capte algunos de los incontables nudos de discusión que el libro posibilita. La multiplicidad de puntos de vista implica que hayan voces muy cercanas al apoyo al gobierno (María Pia López, Rinesi), muchas que tienen simpatía por él pero hacen críticas en que toman parcial distancia (Vommaro, Pérez, Schuster), y también abiertos opositores (Gargarella y Svampa, los más evidentes).

Sobre estos dos últimos, dejo sólo una breve reflexión: su visión transparentista de los procesos sociales, los lleva a la idea (implícita, en textos tan breves) de una reasunción social de las funciones del Estado, sin etapas ni mediaciones. Esta negación imaginaria y abstracta de la mediación estatal en lo político, conlleva que cualquier política realizada en torno de la lucha por el poder estatal no sea suficientemente representativa de una sociedad que no requeriría representación externa, pues sería, en tanto sociedad, lo político de por sí. De tal modo, la reducción de lo político a lo social –desde esta posición– implica de hecho el rechazo de lo político en tanto forma/Estado, considerado como un mal a exorcizar. Siendo así, resulta esperable la incompreensión de las diferentes políticas (neoliberales o populares) que desde el Estado se realicen; para opciones como las de estos autores, todas son igualmente rechazables.

Y vayamos ahora a la cuestión populismo/republicanismo, que ocupa una parte importante del libro. Germán Pérez y Rinesi señalan argumentadamente que el kirchnerismo es populismo, pero también republicanismo (por ej., en la defensa de la libertad de prensa, en la transparencia de los procesos electorales, en la defensa de derechos humanos, se muestra lo republicano). Ello parece compartible, si es que no implica que se trata de dos “ingredientes” doctrinario-organizativos de igual peso recíproco. Si así no fuera (es decir, si lo populista tiene más peso que lo republicano, estando lo republicano presente), quizá no se siga de la posición de estos autores que el kirchnerismo no pueda ser definido a secas como *populista*. Es evidente que ninguna categoría, en sus aplicaciones concretas, repite a un “tipo/ideal”; por

tanto, llamar *populista* a un gobierno no significa que se trate de populismo sin mezcla de ningún otro aspecto, sino más bien que el aspecto populista es hegemónico en la combinación de factores y tradiciones implicados en ese caso.

Nos resta una alusión al trabajo de Aboy-Carlés, dentro de la discusión populismo/republicanismo. Considero importante subrayar ese texto, pues su autor es un distinguido politólogo, que tiene peso sustantivo en la discusión sobre esta temática. Aboy se formó en su momento con Laclau, del cual ha tomado distancia últimamente; y si bien sigue refiriendo al tema populismo, pareciera también que se estuviera implicando un alejamiento de su versión originalmente más favorable sobre el fenómeno político aludido en esa categoría.

Aboy también señala que hay componentes republicanistas en el kirchnerismo (como el de la reparación del daño, que otros autores como Aibar Gaete han ligado definitivamente al populismo)¹; y avanza luego en la descripción del *hegemonismo* como reducción de la comunidad a un solo punto de vista, que sería propio del populismo, el cual no estaría presente en la Argentina actual. Sí, habría, en cambio un *fundacionalismo* que pretendería que –de alguna manera– todo lo anterior fue homogéneamente antipopular, y lo popular (excepto en cuanto al peronismo histórico) surgió con el kirchnerismo exclusivamente. Es decir: el kirchnerismo se legitima fundacionalistamente, y esto se encuentra lejos de las tradiciones republicanas, ligadas al pluralismo como una de sus condiciones.

Aboy reconoce, además, que el kirchnerismo ha logrado cambios sociales en pro de lo popular sin acudir a la violencia. Pero advierte que no es un populismo pleno, por no ser suficientemente hegemónico, y menos aún un republicanismo pleno, dado que el pluralismo queda recortado por la pretensión fundacionalista exclusivista.

Sin dudas que es una versión simplificada la que expongo de los argumentos de Aboy, presentes en su artículo (“Después del derrumbe”, pp. 81 a 90). Trabajo lleno de sugerencias sutiles –al respecto las nuevas reflexiones sobre *plebs* y *populus* son ejemplares–, pero que no deja de presentar brecha para preguntas relevantes. ¿Es un déficit frente al pero-

1 AIBAR GAETE, J (2013). “La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño”, in: AIBAR GAETE, J (Coord.) (2013). *Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica*, Bs. Aires, FLACSO-Univ. Nac. de Gral. Sarmiento-Univ. Nacional de Avellaneda, pp. 31-62.

nismo histórico, que el kirchnerismo sea una especie de "populismo atenuado", o es una ventaja? Si es una ventaja, ¿por qué parece el texto asumir la tesis de cierta falta de "suficiente republicanismo" en el kirchnerismo? Y si se aceptara esta última opción: ¿cómo piensa Aboy que se daría la amalgama de amplio pluralismo y posibilidad de producir reformas sociales, que el kirchnerismo ha producido? ¿Se puede reformar sin cierta acumulación *populista* de poder político, sin que se implique algún margen de concentración de poder político en el gobierno?

Al respecto, es notorio en Aboy (así como sucede con muchas figuras actuales del republicanismo en Argentina, posición a la cual él no parece adscribir, al menos de modo "puro") que no se habla de las campañas mediáticas y políticas opositoras, cuya fuerza y amalgama es permanente, y lo viene siendo desde la rebelión de los propietarios agrarios en el año 2008. Según su análisis las decisiones del gobierno parecieran ser autónomas, ajenas a una dialéctica donde existen adversarios enconados y fuertes, instalados en un poder económico de larga y consolidada data. La política argentina actual no parece así un juego de diversos actores mutuamente implicados y referenciados sino un camino solitario de parte del kirchnerismo, donde éste sería —en consecuencia— idéntico a lo que pretende ser.

Preguntas que deja planteadas el trabajo de Aboy-Carlés, quien tiene una deriva singular dentro de aquellos que han abrevado alguna vez en el populismo. Deriva que se viene expresando en otras intervenciones suyas, y queda en buena medida plasmada en su artículo dentro del libro *La grieta*.

Grieta que hace a la relación entre representantes y representados, cuya ruptura antes gradual se hizo patente de manera abrupta en el año 2001. Y que el kirchnerismo, a su manera, vino a suturar, dando lugar a la multiplicidad de diferentes puntos de vista a su respecto que hoy se expresan en la política argentina, y que este libro muestra en amplia gama, tanto ideológica como conceptual.

Julio BORROMÉ (2013). *Hacia una filosofía del mestizo y el desencuentro de los géneros literarios en la obra de José Manuel Briceño Guerrero*. Prólogo: Nelson Guzmán. Fundación Centro de Estudios Latinoamericano Rómulo Gallegos, Caracas, 185pp.

Douglas BOHÓRQUEZ, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

Julio Borromé es poeta, narrador y ensayista. Estudiante de la literatura y la filosofía clásica y

contemporánea, Borromé ha incursionado también en la investigación de textos y autores de la filosofía y literatura venezolana moderna. Su más reciente libro titulado *Hacia una filosofía del mestizo y el desencuentro de los géneros literarios en la obra de José Manuel Briceño Guerrero* es un estudio penetrante en torno a una parte esencial de la producción intelectual de este filósofo y ensayista venezolano.

En efecto, José Manuel Briceño Guerrero es uno de los escritores venezolanos contemporáneos imprescindible. Su producción diversa y compleja va, en muchas de sus obras, a contracorriente de las formulaciones genéricas establecidas. Filósofo, filólogo, ensayista pero también narrador y poeta, libros suyos como *Dóulos Oukóon* (1965) ó *Triandáfila* (1967) escapan a una clasificación genérica.

En este reciente libro Borromé se ocupa fundamentalmente de la obra filosófica y ensayística de Briceño Guerrero, proponiendo una interpretación y valoración de la misma a partir de sus plurales relaciones entre literatura, cultura y pensamiento. Y será precisamente el diálogo de géneros, lo que Borromé denomina "desencuentro de los géneros" en la obra de este filósofo, uno de los aspectos centrales sobre lo que reflexiona este libro.

Es este estado de mezcla, la heterogeneidad del discurso de Briceño Guerrero, lo que según Borromé, le confiere la particular extrañeza a sus textos. De esta manera, la escritura de éste es una escritura de la mezcla que transgrede los géneros establecidos y busca a partir de esa transgresión interrogar las formas para generar nuevas posibilidades de sentido y por lo tanto suscitar lecturas alternativas. Considera Borromé que hay mucho de rebeldía y de provocación en el pensamiento y en la escritura de este filósofo y ensayista que no acepta ni las convenciones de la literatura ni las convenciones de la filosofía académica ó institucional, lo que lo convierten en un escritor extraterritorial (Steiner), dada su actitud heterodoxa y la fuerza renovadora de su lenguaje.

El "desencuentro de géneros" que señala Borromé en los textos de Briceño Guerrero alude por lo tanto a procesos de interrelación de formas (cuento y poesía, la filosofía penetrando en el relato o viceversa) que se traducen en re-figuraciones y re-semantizaciones que permiten explorar nuevas significaciones y por lo tanto vías de conocimiento alternas.

Hay pues en Briceño Guerrero, según Borromé, una suerte de práctica textual del mestizaje que está estrechamente ligada a su concepción

mestiza de la cultura latinoamericana. Por un lado Briceño Guerrero apuesta a la experimentación en su escritura a través de la confrontación de formas y géneros literarios y por otro lado, esta búsqueda ex-traterritorial está sustentada en una profunda reflexión filosófica de Briceño Guerrero sobre la naturaleza mestiza de la cultura latinoamericana, con todas las consecuencias que esto implica en relación a la consideración de las costumbres, tradiciones, psicología, modos religiosos, concepción del mundo y de la vida propias del latinoamericano.

En este sentido, señala Borromé, interpretando el pensamiento de Briceño Guerrero:

Nosotros somos un pueblo mestizo con una forma cultural sincrética, compuesta "por tres tradiciones: la occidental, la india y la negra". Esta extraña viscosidad de nuestro ser se nos advierte que no se trata de una mera influencia intracultural, sino que nuestra abigarrada constitución álmica como venezolanos y latinoamericanos debe reconocer y aceptar esa realidad histórica del mestizaje como producto de las mezclas, con la particularidad que está estructurada por fragmentos de culturas no europeas... (p.38-39).

Aun cuando Borromé muestra parte de la discusión planteada en torno al concepto de mestizaje, en su acepción cultural y antropológica, observa que lejos de formular una ideología de la homogenización, hay en Briceño Guerrero la idea del mestizaje como un concepto dialéctico referido a la alteridad constitutiva del ser latinoamericano.

Una de las tareas principales de la crítica es acercar al lector a los textos y autores considerados fundamentales. Este libro de Julio Borromé cumple cabalmente este cometido pues es un aporte significativo en relación a una mejor comprensión de la obra de Briceño Guerrero, sin duda uno de los escritores contemporáneos más relevantes de América Latina.

Gabriella BIANCO (2013). *Tiempos de cambio, tiempos de revolución – para un humanismo revolucionario*. Ed. Martin, Argentina, 356pp.

Dina V. PICOTTI C. UNGS, Argentina.

ca de las posibilidades que hoy se ofrecen, a la luz de las protestas y revoluciones que se están verificando en el mundo occidental, en los países árabes y por doquier. En este contexto se pregunta, en nutrido diálogo con autores representativos y con los mismos hechos, qué significa la democracia y la revolución, cuál es el rol de los intelectuales ante una crisis sin precedentes en los diversos aspectos de las sociedades contemporáneas, cuáles son las posibilidades de gobernabilidad global en un mundo en búsqueda no sólo de la solución de sus problemas sino de un destino humano de esperanza, verdad, bien y paz.

En una primera parte titulada "Ética, política, utopía y revolución" la autora, tras consideraciones introductorias que intentan pensar filosóficamente nuestra época como requerida de fuertes redefiniciones, desde una política y una ética que se orienten hacia la búsqueda del bien común, se refiere en un primer capítulo a "Cómo pensar la revolución en nuestro tiempo de capitalismo mundializado", en que tornándose insostenible la presión social y económica se exige una posición política que desde una real toma de conciencia implique una transformación radical de las estructuras dominantes, sean económicas, políticas o culturales. Se pregunta qué legitimidad moral poseen los procesos revolucionarios; piensa con H. Arendt (*Sobre la revolución*, 1988) que dada su imprevisibilidad se justifican por la irrupción de la idea de comienzo, que en sentido político histórico aporta un nuevo orden en las relaciones humanas, significando también irreversibilidad con respecto al pasado; voluntad y libertad corresponden a los conceptos de responsabilidad y actitud ética, siendo la promesa lo que sostiene la credibilidad de los hombres de acción como categoría comunitaria en una dimensión ético-política, dispuesta a un nuevo comienzo. Se pregunta asimismo cuáles son las consecuencias éticas de una revolución: menciona la alternativa que plantea Marcuse (*Contra-revolución y revuelta*, años 70), ante la imposibilidad de la idea clásica de revolución, de ocupar espacios en el interior de la sociedad actual, en las grietas del sistema de dominio, que habiliten la liberación de la sociedad de mercancías y la creación de nuevos valores, implementando múltiples instrumentos de resistencia. Percibe en la promesa arendtiana y en la apuesta revolucionaria benjaminiana la posibilidad de una lucha emancipadora, el punto de partida de una acción revolucionaria, que implica una honda rebelión moral, dada la intrínseca conexión entre ética y revolución en tanto esta última conlleva una función liberadora que no excluye

Tal como el título lo indica, esta nueva obra de Gabriela Bianco reflexiona detalladamente acer-

la violencia pero abre camino a una comunidad humana más auténtica y más justa. W. Benjamin (*La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, 1936; *Tesis de filosofía de la historia*) apuesta al potencial utópico, al elemento residual y emergente que contiene lo hegemónico y apunta no sólo a la revolución capaz de transformar las condiciones de existencia de las masas, sino a su realización mesiánica, poniendo énfasis en la historia como lugar de redención. Otra historia es posible; los movimientos políticos sociales, las protestas y reacciones de todo tipo que se han estado dando, son momentos de libertad, interrupciones, discontinuidades, intentos de auto-emancipación de los oprimidos.

Un segundo capítulo, titulado "La utopía de la igualdad" alude a la crisis actual de legitimidad de la democracia, que obliga a volver a interrogarla. La crisis financiera y económica ha evidenciado las falencias del neoliberalismo, sobre todo en sus peores expresiones como son la pérdida del estado social de los ciudadanos y el libre flujo de los capitales; las condiciones fundamentales que definen la ciudadanía hacen abstracción de las condiciones reales de existencia, poniendo en tela de juicio los términos libertad e igualdad que terminan por reducirse al plano formal, no traduciéndose en la vida diaria de los pueblos y en las relaciones sociales. Rebeliones y movimientos populares luchan por alcanzar mecanismos representativos en todos los aspectos de la vida individual y colectiva hacia un mundo mejor; la crisis ecológica, por su parte, impone inmensos desafíos. Como expresa P. Rosanvallon (*La sociedad de iguales*, 2012), la única definición e interpretación universal posible de la democracia es la radicalización de sus exigencias. La democracia, más allá del acto electoral es también y sobre todo actividad ciudadana; de este modo la revolución ciudadana en Ecuador y la revolución del pueblo en Venezuela claman por un protagonismo, una democracia positiva; es así como a diferencia de la democracia representativa liberal que se ha impuesto en la mayoría de los países occidentales, la autora considera importante analizar los procesos de democracia participativa en Venezuela y la del estado plurinacional de Bolivia. Ante el dominio capitalista, que ha generado una capacidad destructiva nunca antes vista, el desafío es la construcción de una nueva civilización, el pasaje del bienestar individual al buen vivir, al *sumak kausay* de las culturas originarias americanas. Las revoluciones sociales del siglo XXI en el continente han surgido de las resistencias y de las luchas de los pueblos, desde abajo, de

donde ha de surgir la edificación del poder propio, orientado a la transformación social.

Un tercer capítulo se refiere a la acción cultural para la libertad, autonomía y responsabilidad, una educación para la libertad, una verdad nunca acabada, en relación entre la emancipación humana y política, una ética de la responsabilidad y de la liberación que las abarque.

Un cuarto capítulo evoca la responsabilidad del intelectual en la configuración de significaciones sociales conforme a mecanismos y estrategias en el contexto social, histórico, político, invocando diversos planteos críticos de autores como A. Gramsci (*Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, en *Opere di A. Gramsci*, 1970) y la idea de hegemonía, C. Castoriadis y la noción del imaginario social, G. Lukács y la responsabilidad social del filósofo, Karl Popper (*La sociedad abierta y sus enemigos*) señalando el más alto valor de la democracia en la posibilidad de una libre y racional discusión y su capacidad de incidir en la realidad; J. Rawls refiriéndose desde la *Teoría de la Justicia* al *Liberalismo político* a una articulada fundamentación del orden y la gobernabilidad y una perspectiva novedosa de la teoría del contrato social, en una diluida identificación entre liberalismo y democracia; aunque la realidad nos muestra que hay un progresivo divorcio entre ésta y la legitimación liberal, no sólo porque el liberalismo no puede postularse como la única democracia posible, sino porque tiene que ver con la cuestión del consenso; Ch. E. Larmore (*The Morals of Modernity*, 1996) sosteniendo de manera semejante que tarea del liberalismo es encontrar esos principios racionales de equidad a través del diálogo y la asociación política que aseguren la gobernabilidad; sin embargo, en los países más avanzados y dominantes de la sociedad global ésta se define por la capacidad de gobernar desde un consenso rutinario, siendo todo intento de contra discurso descalificado como subversivo o anacrónico, necesita para mantenerse del control sobre las áreas de exclusión social, política y económica, revelando la distancia cada vez más dramática entre las instituciones y los ciudadanos; los medios de comunicación son utilizados desde una estrategia monopólica para diseminar mensajes que impiden de hecho la reflexión y el pensamiento crítico, el imaginario obra como sostén de la universalización del consumismo y como prueba de la existencia de una democracia supuestamente plena. R. Nozick, uno de los teóricos del neoliberalismo, plantea en *Anarquía, Estado y Utopía* la existencia de un estado mínimo, destinado a la protección del individuo y sus

propiedades; la propiedad privada entra en los derechos naturales del hombre, pero es contraria a la redistribución de los bienes, las desigualdades son consideradas naturales e inevitables, lo mismo que los derechos humanos; puesto que los marcos jurídicos son sólo formales, la relación entre estado y derecho sirve a los intereses de pocos, y la violencia se legitima como defensa de los mismos, profundizando así la desigualdad, legitimada por el principio de diferencia; los temas de la justicia, la equidad y de cualquier propuesta ética que aluda a los límites entre la libertad individual y la social quedan abolidos. Si para Rawls el libertarismo utiliza en forma importante la noción de acuerdo, no se trata de una teoría del contrato social, mientras por el contrario para N. Bobbio (*Derecha e izquierda*, 1995) la teoría liberal no puede subsistir sin el contrato y Hegel lo había propugnado desde la argumentación de la voluntad libre. La eliminación de la ética pública en el cuerpo doctrinario del liberalismo denota la incapacidad de comprender la ineludible necesidad de un poder público, el Estado, que actúe por encima de los intereses de las corporaciones privadas para el funcionamiento ordenado de la sociedad, más aún frente a las desigualdades que caracterizan a la sociedad global. Es así como en un mundo que está determinado por la vigencia de un modelo económico neoliberal ya fuertemente en crisis, sustentado filosóficamente por el pensamiento posmoderno, éste y cualquier discurso se ha roto y se impone entonces llegar a habilitar discursos transformadores y superadores, recuperando la idea-valor de la democracia, un discurso y un tipo de acción socio-política que favorezca la construcción de una ética política de la libertad y la igualdad, contra la marginalidad, la pobreza crítica y la degradación económico-social, abriendo nuevos espacios democráticos. Los intelectuales serían según H. González (Revista *Topía* 2012) quienes se disponen a reflexionar acerca de estos problemas, articulando los elementos contradictorios presentes en la realidad, a intervenir en los asuntos públicos con un sentido de justicia e incluso escribir sobre la misma condición intelectual como Gramsci, siendo a la vez efecto y causa de la crisis imperante. P. Rosanvallon, reconociéndose un intelectual de izquierda, se refiere al rol del intelectual en Europa de producir lucidez, poner a disposición una caja de herramientas para comprender la sociedad, de tal manera que se pueda también controlarla. En el caso de las protestas de los indignados es central, para la autora, alcanzar un mundo más inteligible y maleable, la construcción de nuevas formas de igualdad, deteniendo el

retroceso de las clases frente a los grandes intereses del capital mundializado. Si en el mundo occidental las clásicas políticas redistributivas están en franco retroceso, en tanto los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, hay otros modos de combatir la injusticia social, basados en el reclamo por las peculiaridades culturales —género, etnia, lengua, culto—, demanda de derecho a la visibilidad individual que se enlaza con las identidades colectivas, que aun careciendo de enrolamiento y compromiso político partidista se perfilan como antiautoritarias y socialmente movilizadoras. La noción de multiculturalismo que parece haberse convertido en ideología del nuevo espíritu del capitalismo, como expresa Zizek es una falsa respuesta al problema, en tanto por una parte es una suerte de racismo denegado y por otra respeta al otro pero cerrándolo en su particularismo. Como el mismo presidente Obama reconoce, lo paradójico de una crisis, aún no superada, provocada por la mayoría de los banqueros es la de ser legal, puesto que las corporaciones no infringen sino hacen la ley, los grupos de poder influyen en legisladores que quieren ser reelectos. En un mundo esencialmente injusto, como las corrientes socialistas del s. XIX y XX que recolectaron la ira colectiva, la buena ira según Aristóteles como sentimiento que acompaña al deseo de justicia, nuestro momento histórico parece estar signado por la ira y la indignación, una protesta que recorre el mundo e impone pensar una nueva izquierda, que pueda según la autora recoger e interpretar los anhelos de libertad, justicia e igualdad. Con respecto al rol de los intelectuales, P. Rosanvallon critica al intelectual generalista, que opina sobre todos los temas, también al rol de consejero del príncipe que fabrica conceptos y discursos a su favor; M. Svampa (Revista *Topía*, 2012) ante las diversas crisis de la última década y la demanda de profesionalización y especialización del saber concede centralidad a la figura del intelectual experto, aunque como señala Z. Bauman éste ha sido paulatinamente reemplazado por figuras más modestas, como la del intelectual intérprete que se define más como traductor y comunicador de saberes sin pretensión legislativa alguna, o según la misma M. Svampa la del intelectual ironista, quien a partir de la crisis de los lenguajes emancipatorios y de los paradigmas totalizantes plantea la distancia irónica y provocativa con respecto a la realidad, o bien surge la figura del intelectual anfibio, que se define por su pertenencia a varios mundos, su capacidad de desarrollar una mayor comprensión de las diferentes realidades sociales, vinculado a la repolitización de

la academia, a la emergencia de una nueva generación de intelectuales ligados a la militancia social y a las tensiones que se generan entre pensamiento militante y discurso del experto; la autointerpretación o indagación sobre las propias condiciones de producción atraviesa a las nuevas figuras del intelectual crítico vinculado a organizaciones y movimientos sociales. La batalla cultural se enmarca en la necesidad de dar cuenta de luchas invisibilizadas por el poder político, económico o mediático, interpelando el sentido común hegemónico para colocar otros temas en el debate público. Algunos colectivos nuclea intelectuales según cierta orientación ideológica, como por ej. en Argentina "Carta abierta", que desde 2008 pretende consolidar una nueva figura del intelectual político, no ya la del 'consejero del príncipe' sino al menos parcialmente la del 'intelectual funcionario', asociado a la política como conciencia crítica del curso político. En enero de 2012 surgió "Plataforma" como voz independiente de los diferentes poderes –políticos, económicos, mediáticos–, un espacio que nuclea a intelectuales y trabajadores de la cultura preocupados por las diferentes formas de desigualdad que atraviesa la sociedad argentina, recogiendo las urgencias de un pensamiento popular y crítico, trascendiendo la hegemonía cultural del partido al poder. E. Grüner piensa en la recuperación de lo común, identificando los verdaderos conflictos de la humanidad, su verdadero malestar, en la explotación, el hambre, la alienación económica y social; la crisis del capitalismo ofrece la oportunidad de pensar lo más radicalmente posible y con la libertad de decir 'esto no va más'; piensa, frente a la noción gramsciana de intelectual orgánico, en la condición insanablemente solitaria de quien tiene preguntas para las cuales no hay respuestas; aunque no es incompatible con el trabajo colectivo, pregunta contra los límites de la propia cultura y de los propios límites, más allá de los que se libran entre las facciones del poder, evitando quedar atrapado en los juegos de los medios y sus simplificaciones el mayor realismo. Daniel Blanchard, miembro de la revista "Socialismo y barbarie" escribe que a nivel intelectual ser revolucionario significa intentar entender el sistema de dominación como un todo a fin de combatir todas sus formas y no sólo bajo uno u otro aspecto, porque se trata no tanto de combatir el sistema vigente sino de hacer el esfuerzo positivo de reconstrucción de la sociedad, avanzar, como expresa Castoriadis, hacia el proyecto de una autotransformación autónoma de la sociedad. A fines de abril 2013, mientras Italia está sumergida en una profunda crisis económica y polí-

tica, que es también moral y espiritual, el político y técnico Fabrizio Barca escribe un manifiesto desde la izquierda proponiendo una forma de 'experimentación democrática', vislumbrando una acción pública que enfrente el decisivo problema de la exclusión del trabajo y del desempleo estructural.

En un quinto cap. la autora alude al cambio de un derecho internacional clásico a un nuevo orden cosmopolita, a valores cívicos y humanos para una justicia global, la paz como promesa y responsabilidad.

En un sexto cap. Se refiere a la identidad cultural y el diálogo global para una filosofía del presente.

Una segunda parte de la obra, que se titula "Para un humanismo revolucionario", plantea los diferentes movimientos de protesta desde los años 60 hasta el movimiento altermundista. Es así como en el cap. VII rescata los antecedentes y la lucha obrera y estudiantil: desde 1965 fueron años cruciales para la demanda de libertad y de cambios sociales, la revolución cubana de 1959 y la revolución cultural china, la protesta en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam, la revuelta de Praga de 1968, se extendieron a todo el mundo occidental y desembocaron en el pedido de modernización con respecto a las viejas formas de pensamiento y a las reglas autoritarias vigentes en las sociedades. Se dan en ese momento hechos graves como el asesinato de Ernesto Guevara, quien se convierte rápidamente en un mito de coherencia y eticidad inspirador de la juventud, de Martin Luther King y del Ministro de justicia Robert Kennedy en 1968, sin olvidar la celebración del Concilio Vaticano II en 1962, impulsado por Juan XXIII y seguido por Paulo VI promoviendo aperturas y cambios en una Iglesia cerrada y conservadora.

Menciona los planteos de pensadores críticos que señalan diversos aspectos a ser tenidos en cuenta. como C. Castoriadis, J. Habermas, H. Marcuse, M. Augé, A. Touraine y movimientos políticos de emancipación, el mayo francés de 1968. Ernesto Guevara sostenía que era necesario tener una gran dosis de humanidad, de sentido de justicia y de verdad para no caer en extremos dogmáticos, escolasticismos, alejamiento de las masas, ser capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia contra cualquiera como la mejor cualidad del revolucionario: testimonio de independencia crítica y de búsqueda de un camino radical de acción. La autora observa que desde 1999 las manifestaciones contra el capital financiero, de Seattle a Génova y las rebeliones contra las políticas de injusticia expresaron la

voluntad de cuestionar un orden social cada vez más injusto, con la conciencia de estar tomando parte de una lucha de alcance mundial, de adhesión a un ideal de fraternidad universal entre los oprimidos y los indignados contra la injusticia, a pesar de tratarse de movimientos incipientes, llenos de indefiniciones. Entre ellos, el movimiento alter-mundista tendría el mérito histórico de haber iniciado una vasta labor de desvelamiento y deconstrucción de la ideología neoliberal, consecuencia de múltiples elecciones y decisiones y de una estrategia de disciplinamiento de los asalariados occidentales mediante el trabajo precario y la desocupación y de las poblaciones de los países pobres mediante la deuda y la expoliación de sus riquezas, que la mundialización sanciona como un sistema del Norte sobre el Sur, de los ricos sobre los pobres.

En un octavo capítulo la autora se refiere a los diversos movimientos de protesta:

Mientras las soluciones a los grandes problemas globales como la especulación financiera, hambruna, pobreza extrema, calentamiento climático, migraciones masivas, crimen organizado, proliferación armamentística, guerras locales y regionales, siguen esperando respuesta, el mundo se encuentra en plena crisis de transición; no se trata de una crisis cualquiera sino sistémica del capitalismo de libre mercado hegemónico en las últimas décadas, que se refleja en la disminución acelerada de la importancia de los países centrales, el ascenso de nuevas potencias, que produce un reequilibrio del mundo en lo económico, político y cultural. En esta situación la protesta social no deja de manifestarse, y los movimientos sociales se multiplicarán cuando los ciudadanos se den cuenta de que los ajustes no son de crisis sino estructurales y destinados a quedarse definitivamente, a la vez que hace falta una transformación ético-política de la sociedad como un todo para lograr la autodeterminación de un pueblo, la recuperación de la propia racionalidad crítica individual y colectiva frente a una racionalidad impuesta desde instituciones no democráticas, cuyos miembros no son elegidos por el pueblo y por lo tanto no lo representan, como el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, hacia un cambio revolucionario cuyo itinerario no conocemos pero que puede preparar, con avances y retrocesos un mundo mejor.

Es así como pasa pormenorizada revista a los diversos movimientos de protesta, como el 15-M, la manifestación de los indignados en España, que puso en duda las bases del accionar político

del bloque europeo y por extensión internacional; el movimiento estudiantil en Chile por el derecho a una educación pública gratuita y de calidad, frente a la idea sostenida por la derecha chilena de la educación como un bien de consumo sometido a las leyes del mercado; las protestas estudiantiles en Québec en 2011 pidiendo un descuento del 8% en los derechos de escolaridad, Montréal en 2012, reprimidas con violencia por el gobierno de S. Harper, pusieron sin embargo al descubierto sus medidas conservadoras y obligaron a llamar a elecciones, con la victoria del partido Québécois, que eliminó por decreto el Bill-78; el movimiento estudiantil en México pone al descubierto los problemas del país; "Yo soy 132" surge en mayo de 2012, se define como un movimiento estudiantil, ciudadano, político apertista pacifista, anti EPN y anti PRI, anti neoliberal, que lucha por sus demandas basado en los derechos de libertad de expresión y soberanía, horizontal, sin liderazgos, sin distinción entre universidades públicas y privadas, incorporando también ciudadanos que comparten los motivos de la lucha, proponiéndose una práctica de civilidad y ética en sus acciones, bien informado, planteándose los objetivos de evitar la imposición de un candidato presidencial por los poderes fácticos y más allá de la coyuntura electoral, la transformación del país impulsando las medidas necesarias para acabar con un sistema excluyente y democratizar los medios de comunicación; en EE.UU. el movimiento "Occupy Wall Street", de efímera existencia, supo sin embargo dar forma a una cultura de protesta, estableció vínculos con los sindicatos y revitalizó la idea de solidaridad, aunque la izquierda, sobre todo universitaria va de derrota en derrota por no saber hacer causa común con el pueblo, mientras sería esencial construir un estado regulador competente, politizar el reclamo a una vida vivible y llenarlo de contenido y acción, en lo que cabe la pregunta sobre el papel de los intelectuales, que no pueden dejar de confrontarse con la desigualdad, explotación, injusticia social, alienación, como sí lo hizo por ej. K. Popper.

La autora considera a las revoluciones árabes ejemplo de revoluciones periféricas se afirmando cual baluartes de la opresión nacional, regional e internacional, irrumpiendo como una ola que representa la protesta de los pueblos insurgentes. Occidente ha intentado resistir al reconocimiento de un cambio de estructuras de poder en los países árabes, habiendo sostenido por claras razones geopolíticas sistemas autoritarios de poder desafiados por sus pueblos. En un contexto de ausencia de mediaciones políticas, de dirección política y de parti-

dos políticos, ya que las dictaduras árabes han desmenuzado toda forma de oposición, incluso las islamistas, las revueltas consiguieron de hecho derrocar a varios dictadores locales, aunque las elecciones libres permitieron también que partidos islamistas de corte reaccionario se adueñaran del poder –los hermanos musulmanes– e intentaran como lo están haciendo en Egipto conservarlo a toda costa. Las revoluciones árabes tienen o pueden tener influencia sobre el conflicto palestino-israelí, que seguirá siendo un factor de inestabilidad, aunque la adhesión de Palestina en 2012 a la ONU como estado no-miembro le permite superar su derrota histórica proyectándose hacia un destino de libertad al que tiene derecho. Es urgente la creación de un mundo común más abierto y más justo, en el respeto a la especificidad histórica y cultural de cada pueblo y de los derechos humanos universales, asumiendo como afirma Milton Santos que el derecho a la diferencia se articule con el derecho a la igualdad a través de la redistribución de la riqueza y la diversidad cultural como una componente esencial del desarrollo. La ola revolucionaria árabe, no obstante los fracasos y las inevitables regresiones, se va a extender, pues se trata de algo profundo, que tiene que ver con la identidad histórica de los pueblos árabes y con su propio destino, ya que con su riqueza e inteligencia no pueden quedar al margen de la historia y del mundo moderno.

En marzo de 2013 tuvo lugar el último Foro social mundial en Túnez, nido de la primavera árabe y origen de una nueva era de movilizaciones sociales, que ha inspirado a diversos movimientos en un mundo en plena ebullición. Que haya tenido lugar en Túnez es altamente significativo, ya que la Revolución del Jazmín de enero 2011, esencialmente no violenta, joven y popular generó grandes expectativas no sólo entre los tunecinos sino en los pueblos del Magreb y del mundo; fue un Foro esencialmente joven y fresco, marcando la vuelta al espíritu dinámico e innovador de los primeros foros sociales en Brasil, con los temas de la justicia social, la distribución equitativa de los recursos, los derechos de las minorías, el imperialismo, y en particular el derecho de las mujeres; permitió el encuentro de miles de asociaciones y grupos del país; otro aspecto notable fue la presencia de una nueva generación de militantes, muchos de ellos procedentes de nuevos movimientos europeos que fueron a encontrarse con otros más tradicionales; fueron particularmente criticadas las negociaciones que tienen lugar entre Egipto y Túnez con el Fondo Monetario Internacional por millones de dólares de préstamos, conside-

rando que gobiernos posrevolucionarios no pueden seguir adoptando ese tipo de medidas económicas. Crece el movimiento de oposición contra los nuevos gobiernos en los países árabes.

En Egipto la ira crece contra los Hermanos Musulmanes. Desde que éstos tomaron el poder en junio de 2012 con las elecciones presidenciales de Mohamed Morsi, derribaron las expectativas de millones de personas de que el nuevo gobierno siguiera luchando por las consignas de la revolución de paz, justicia y libertad. Por el momento los Hermanos mantienen el control y la lealtad de la policía y del ejército, en acuerdo evidente con EE. UU., que siempre fue aliado de Mubarak, quien aseguró sus intereses en el área, el uso del Canal de Suez para beneficiar corporaciones multinacionales, así como la protección al Estado de Israel; asimismo los Hermanos han mediado entre Israel y Turquía y mantienen una buena relación con Qatar, que es uno de los mejores aliados de EE.UU. en el Golfo; tienen una agenda de derecha, a favor de los negocios y contra los trabajadores, que no adhieren ni al programa liberal ni al islamista. Se impone una larga lucha, sobre todo para las mujeres que se están organizando en un frente de resistencia.

Qatar tira los hilos de la primavera árabe, expresa la autora. Se trata de un pequeño estado del Golfo, su diplomacia sostiene la transición democrática en el mundo árabe favoreciendo los movimientos islamistas sunitas, pues gracias a la primavera árabe los islamistas se encuentran al frente de la escena. En este contexto Qatar conduce el juego perfilándose como un actor principal, no sin contradicciones, de la primavera árabe en una política de apertura hacia todos los vecinos, incluso Irán y Siria, con cierto pragmatismo. El emir Cheick Hamad bin Khalifa al-Thani, después de haber depuesto a su padre mientras estaba en un hotel de Ginebra accedió al trono y es el más activo e impetuoso en la escena internacional, reúne todos los poderes pero las relaciones internacionales constituyen su prioridad, donde concentra importantes medios financieros; un año después de haber tomado el poder funda la poderosa Al-Jazeera.

En este remodelaje geopolítico sin precedentes de Medio Oriente que se produce desde 2011, una de las incógnitas es el impacto que puede haber tenido en Irán la 'Primavera árabe'. No se ha traducido en una 'primavera persa', a causa de la desorganización del movimiento verde, moribundo desde 2009, pero sobre todo por el control absoluto que ejercen los 'Guardianes de la Revolución' sobre

la sociedad iraní. Irán aparece como el único estado chiita y persa en una región de mayoría sunita y árabe, su porvenir geográfico se juega hoy en Siria, país que constituye un lugar estratégico al que tienen las potencias imperiales occidentales, otomana, persa, árabe y rusa; no obstante los muchos protagonistas de esta crisis, ella constituye una oportunidad para consolidar su rol regional. Pekín y Moscú acuerdan en ver emerger un sistema multi-polar que escape a la influencia exclusiva occidental, sirve a sus intereses pero también a los de la República islámica, para quien el mantenimiento del enclave sirio es una cuestión de supervivencia, Occidente parece sin embargo resuelto a resolver el problema iraní una vez por todas; de la resolución de la crisis siria depende el porvenir de la República islámica pero también el del complejo de seguridad Medio Oriental en su conjunto.

No hay duda, sigue expresando la autora, de que Israel, una nación que vive armada y cuya retórica no difiere de ningún nacionalismo, sirve de referencia a los intereses imperialistas en la región, lo que afecta la sobrevivencia moral del pueblo y la sociedad israelita, que hace tiempo no responde a su tradición en pos de una cruel razón de estado que es capaz de ejercer formas brutales de violencia y sometimiento contra otro pueblo. Es evidente que se pide a Palestina que se rinda como una precondition para la paz. En lo que concierne a Siria, está claro que Bashir el-Assad ya no puede retener el poder ante un enfrentamiento con su propio pueblo que se ha vuelto una verdadera guerra civil. En un mundo de alianzas cambiantes, depresión y competencia militar y económica, EE.UU. necesita tener sujeto a Israel. En relación con Irán, Israel preferiría golpearlo directamente a causa de su desarrollo nu-

clear, pero EE.UU. tiende a pensar que por el momento es suficiente imponer sanciones.

El movimiento "J'en ai marre! – Enough is enough en Senegal, expresa un amplio descontento por la ineficacia política. La protesta no se limita al desempleo o a la regularidad del proceso electoral, sino que los jóvenes tienen plena conciencia de su potencial y rol en implementar el cambio, que es lo que África necesita urgentemente.

En un apéndice titulado "Study Cases" la autora sigue encarando una serie de casos: 1) "El mundo desarrollado: entre la 'inclusión' y 'la marginación' social, entre el riesgo y la incertidumbre", menciona los movimientos de protesta del s. XXI: a) la rebelión de la juventud francesa b) La situación racial en EE.UU. 2) "América latina en un mundo globalizado" despliega algunos ítems representativos: a) La juventud precarizada en el continente y las aparentes soluciones que pueden seducirlos. b) El discurso indígena: rebeldía y contrapoder. c) Sobre la condición indígena. 3. "Subalternidad de África y la eterna dicotomía entre ricos y pobres". 4. "Reforma universitaria y política en Italia". 5. "Reforma universitaria de 1918: la protesta como herramienta de lucha popular".

Esta obra presenta, en fin, un detallado panorama de la situación socio-político-económica del sistema actual imperante de mundo y de las prometedoras reacciones que han tenido lugar desde la ciudadanía en casi todos los países, indicando claramente la necesidad de un replanteo profundo, que a nuestro entender sólo podrá ser llevado a cabo a través de una lógica que se construya interculturalmente, es decir, desde las diferentes experiencias que constituyen nuestra historia real, para un orden ya no global sino ecuménico, de diálogo de pueblos.



Utopía y Praxis Latinoamericana Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Normas de Publicación

Utopía y Praxis Latinoamericana: Es una revista periódica, trimestral, arbitrada e indexada a nivel nacional e internacional, editada por la Universidad del Zulia (Maracaibo, Venezuela), adscrita al Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA) de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, y financiada por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES) de esta misma Universidad. Todos los trabajos que se solicitan o reciben, deben ser originales e inéditos. No se admitirá ninguno que esté en curso de ser ofrecido simultáneamente a otra revista para su publicación. Las áreas temáticas que definen el perfil de la revista están insertas en las siguientes líneas genéricas del pensamiento iberoamericano y latinoamericano: Filosofía Política Latinoamericana, Historia de las Ideas, Filosofía de la Historia, Epistemología, Teorías y metodologías de las Ciencias Sociales, Antropología social, política y filosófica, Ética y pragmática, Filosofía y diálogo intercultural, Filosofía de la Liberación, Filosofía Contemporánea, Estudios de Género, Teorías de la Posmodernidad. Las sub-áreas respectivas a cada área general serán definidas por el Comité Editorial, con la ayuda de sus respectivos asesores nacionales e internacionales, a fin de establecer la pertinencias de los trabajos presentados.

Presentación de originales: Se destacan los siguientes aspectos: Título: conciso y en referencia directa con el tema estudiado. No se aceptan sub-títulos. Resumen: debe describir la idea central de la investigación y considerar su relación con el objeto y la metodología que le sirve de soporte, con una cantidad máxima de 100 palabras. Añadir cuatro palabras clave, en orden alfabético. Se redacta en castellano y en inglés. Estructura de contenido: Introducción o Presentación, desarrollo seccionado por títulos e intertítulos, conclusiones generales y bibliografía de actualidad y especializada. Todas las referencias hemero-bibliográficas y notas, deben hacerse a pie de página, en numeración continua, de acuerdo a las indicaciones que se recogen en la sección que más adelante se indica. La fuente recomendada es Arial 12, a doble espacio. Además de la lengua castellana, los *Estudios, Artículos, Ensayos, Notas y Debates, Entrevistas, Reseñas Bibliográficas*, pueden ser presentados en portugués, francés, italiano e inglés. Se deben enviar en soporte electrónico (3.5 HD Microsoft Word-Windows LP), más dos copias impresas en papel, a la siguiente dirección: i) física: Alvaro B. Márquez-Fernández (Director). *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*. Apartado postal: 10. 559. Maracaibo, Edo. Zulia. Venezuela. ii) Electrónica: amarquezfernandez@gmail.com y/o utopraxis@yahoo.es

Secciones de la revista

Aparición regular

Estudios: es una investigación exhaustiva de carácter monográfico, orientada a uno o varios objetos de áreas temáticas tratados inter y/o transdisciplinariamente, desarrollada desde un paradigma epistemológico. Se hace énfasis en el análisis crítico y la interpretación. Su extensión no deberá exceder las 40 páginas.

Artículos: es una investigación puntual de carácter monográfico, preferiblemente resultado parcial o final de una investigación donde se destaca la argumentación reflexiva y crítica sobre problemas teóricos y/o prácticos, metodológicos y/o epistemológicos del tema y el área de estudio explorado. Su extensión no deberá exceder las 20 páginas.

Ensayos: es una interpretación original y personal, prescinde del rigor de la formalidad de una monografía, le permite a un investigador consolidado presentar sus posturas teóricas sobre la actualidad y trascendencia de las formas de pensamientos o los paradigmas, en los que se desarrolla su disciplina y temas afines. Su extensión no deberá exceder las 15 páginas.

Reseñas bibliográficas: es una colaboración que pone al día la actualidad bibliográfica, se recogen los principales resultados de las investigaciones nacionales e internacionales en forma de libro individual o colectivo. Resalta el análisis crítico sobre los diversos niveles (teóricos, metodológicos, epistémicos, políticos, sociales, etc.) donde se puede demostrar el impacto de las investigaciones. Su extensión no deberá exceder las 5 páginas.

Aparición eventual

Notas y debates de Actualidad: es una colaboración de carácter relativamente monográfico, se presentan las opiniones y juicios críticos acerca de los problemas y las dificultades que pueden encerrar los procesos de investigación y sus resultados. Su extensión no deberá exceder las 10 páginas.

Entrevistas: es una colaboración donde se interroga a un pensador o investigador consagrado, sobre las particularidades de sus investigaciones y los resultados que ésta le provee a la comunidad de estudiosos de su área de conocimiento y afines.

Formato de citaciones hemero-bibliográficas

Estas referencias se reducen únicamente a las citas de artículos, libros y capítulos de libros, especializados y arbitrados por un Comité Editor o avalados por un Comité Redactor de sellos editoriales (universitarios o empresariales) de reconocido prestigio en el campo temático de la investigación. Se deben evitar referencias de carácter general como: Enciclopedias, Diccionarios, Historias, Memorias, Actas, Compendios, etc.

Citaciones de artículos de revistas, según el siguiente modelo

VAN DIJK, TA (2005). "Ideología y análisis del discurso", *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Año: 10, n°. 29, Abril-Junio, CESA, Universidad del Zulia, Maracaibo, pp. 9-36.

Citaciones de i) libros y ii) capítulos de libros, según el siguiente modelo

i) PÉREZ-ESTÉVEZ, A (1998). *La materia, de Avicena a la Escuela Franciscana*. EdILUZ, Maracaibo.

ii) BERNARD, B (2001). "El eterno retorno de una Filosofía Antihegemónica", en: *Estudios de Filosofía del Derecho y de Filosofía Social*. Vol. II. Libro Homenaje a José Manuel Delgado Ocando. Tribunal Supremo de Justicia. Colección Libros Homenajes, n°. 4. Caracas. pp. 211-251.

NOTA: En caso de haber varios autores, se nombran todos en el orden de aparición. Cualquier otro tipo de citaciones, el Comité Editorial se reserva el derecho de adaptarla a esta normativa general. No se publican investigaciones o colaboraciones con anexos, cuadros, gráficos, etc. Cualquier excesión será deliberada y aprobada por el Comité Editorial.

Evaluación de las colaboraciones

Todos los *Estudios, Artículos, Ensayos, Notas y Debates, Entrevistas*, que se reciban en la revista serán arbitrados por miembros del Comité de árbitros nacionales y/o internacionales de reconocida trayectoria profesional en sus respectivos campos de investigación. Su dictamen no será del conocimiento público. La publicación de los trabajos está sujeta a la aprobación de por lo menos dos árbitros. Según las normas de evaluación éstos deberán tomar en consideración los siguientes aspectos: originalidad, novedad, relevancia, calidad teórica-metodológica, estructura formal y de contenido del trabajo, competencias gramaticales, estilo y comprensión en la redacción, resultados, análisis, críticas, interpretaciones.

Presentación y derechos de los autores y coautores

Los *Estudios y Artículos* pueden ser un solo autor y no más de dos coautores. El autor principal debe suscribir una carta de presentación, y dirigirla al Comité Editorial solicitando la evaluación de su trabajo para una posible publicación. Se debe anexar un CV abreviado (igual para los co-autores), donde se señalen datos personales, institucionales y publicaciones más recientes. El Copy Right es propiedad de la Universidad del Zulia. Para cualquier reproducción, reimpresión, reedición, por cualquier medio mecánico o electrónico, de los artículos debe solicitarse el permiso respectivo. Los autores recibirán una copia en papel y otra electrónica de la revista, más diez separatas, enviadas a su dirección personal o institucional.



Utopía y Praxis Latinoamericana

Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Guidelines for Publication

Utopía y Praxis Latinoamericana (Latin American Utopia and Praxis): Is a periodic, tri-monthly, arbitrated journal which is indexed on a national and international level, and edited by the University of Zulia (Maracaibo, Venezuela) in the Center for Sociological and Anthropological Studies (CESA) ascribed to the Faculty of Economic and Social Sciences, and financed by The Scientific and Humanistic Studies Council (CONDES) at the same University. All contributions requested and/or received must be original unedited papers. No contributions will be accepted that are simultaneously being offered for publication in another journal. The thematic areas that define the profile of the journal are included in the following generic areas of Spanish American and Latin American thought: Latin American political philosophy, the history of ideas, the philosophy of history, epistemology, social science theories and methodology, social, political and philosophical anthropology, ethics and pragmatics, philosophy and inter-cultural dialogue, the philosophy of liberation, contemporary philosophy, gender studies, and post-modern theories. The sub-categories in each area will be defined by the Editorial Committee with the help of its respective national and international advisors in order to establish the pertinence of the papers presented for publication.

Presentation of original texts: The following aspects are considered to be especially important: The title must be concise and directly relevant to the theme studies. Sub-titles are not acceptable. The abstract must describe the central idea of the research and consider its relationship with the objectives and methodology that support it, and be no longer than 100 words. Four key words in alphabetical order must accompany the abstract. The abstract must be written in both Spanish and English. The abstract must be structured in the following manner: Introduction or presentation, general explanation with titles and subtitles, general conclusions and up-dated and specialized bibliography. All of the bibliographical references and notations must be included in footnotes, and numbered in sequence, according to the indications in the section that follows. The recommended lettering font is Ariel 12, double-spaced. In addition to Spanish, studies, articles, essays, notes, debates, interviews and bibliographical reviews can be presented in Portuguese, French, Italian and English. An electronic support copy (3.5 HD Microsoft Word-Windows LP) and two printed copies must be sent to the following address: (physical), Álvaro B. Márquez-Fernández (Director), *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*. Apartado postal: 10. 559. Maracaibo, Edo. Zulia. Venezuela. ii) (electronic), amarquezfernandez@gmail.com y/o utopraxis@yahoo.es

Journal sections

Normal features

Studies: exhaustive research of a monographic nature oriented towards one or several objectives treated in an inter- or trans-disciplinary manner, and developed from an epistemological paradigm. Emphasis is made on critical analysis and interpretation. The article must not exceed 40 pages.

Articles: precise research of a monographic nature, preferably the result of partial or final research where a reflexive and critical argument in relation to certain theoretical or practical, methodological or epistemological problems is raised and the area of study is explored. The length should not exceed 20 pages.

Essays: original and personal interpretations, which do not follow the rigid formalities of a monograph, and allow an experienced researcher to present theoretical up-dated postures and to transcend the normal forms of thought and paradigms that are developed in the respective discipline or thematic area. The paper should not exceed 15 pages.

Bibliographical Reviews: these are collaborative articles that update bibliography, gathering the principle results of national and international research in the form of an individual or collective publication. They emphasize critical analysis on diverse levels (theoretical, methodological, epistemological, political, social, etc.) where the impact of this research can be demonstrated. These papers should not exceed 5 pages.

Occasional features

Up-dated notes and debates: this is a relatively monographic paper, in which opinions and critical judgements are made in reference to problems and difficulties encountered in research processes and results. The length should not exceed 10 pages.

Interviews: these are the results of interrogative conversations with recognized theorists and researchers in relation to particular aspects of their research and the results of the same which provide the interested community with new information and knowledge in their fields.

Format for bibliographical quotations

These references refer only to quotations from articles, books and chapters of books that are specialized and arbitrated by an editorial committee or evaluated by an editorial text review committee (university or publishing house), of recognized prestige in the thematic area of the research topic. General references from encyclopedia, dictionaries, historical texts, remembrances, proceedings, compendiums, etc. should be avoided.

Quotations from journal articles should follow the model below:

VAN DIJK, TA (2005). "Ideología y análisis del discurso", *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Año:10, n°. 29, Abril-Junio, CESA, Universidad del Zulia, Maracaibo, pp. 9-36.

Quotations from i) books and ii) book chapters, should follow the model below:

i) PÉREZ-ESTÉVEZ, A (1998). *La materia, de Avicena a la Escuela Franciscana*. EdILUZ, Maracaibo.

ii) BERNARD, B (2001). "El eterno retorno de una Filosofía Antihegemonía", en: *Estudios de Filosofía del Derecho y de Filosofía Social*. Vol. II. Libro Homenaje a José Manuel Delgado Ocando. Tribunal Supremo de Justicia. Colección Libros Homenajes, n°.4. Caracas. pp. 211-251.

NOTE: In the case of various authors, name them all in order of appearance. If there is any other type of quotation, the Editorial Committee reserves the right to adapt it to this general norm. Research publications and collaborative research efforts including appendices, tables, graphs, etc. will not be published. Any exception to this ruling must be discussed and approved by the Editorial Committee.

Evaluation of Collaborative Efforts

All studies, articles, essays, notes, debates and interviews received by the journal will be arbitrated by members of national and international arbitration committees who are well known internationally for their professionalism and knowledge in their respective fields of learning. Their decisions will not be made public. Publication of articles requires the approval of at least two arbitrators. According to the evaluation norms, the following aspects will be taken into consideration: originality, novelty, relevance, theoretical and methodological quality, formal structure and content, grammatical competence, style and comprehension, results, analysis, criticism, and interpretations.

Presentation of and rights of authors and co-authors

Studies and Articles can be presented by one author or two co-authors. The principal author must sign the letter of presentation and direct it to the Editorial Committee, requesting the evaluation of the article for possible publication. A brief curriculum vitae should accompany the request (one for each author in the case of co-authors), and indicate personal and institutional information, as well as most recent publications. The copyright becomes the property of the University of Zulia. For reproduction, re-prints and re-editions of the article by any mechanical or electronic means, permission must be requested from the University of Zulia. The authors will receive a paper copy and an electronic copy of the journal, as well as 10 separate prints of the article sent to either their personal or institutional address.



Utopía y Praxis Latinoamericana Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

Instrucciones para los Árbitros

Se parte del supuesto de que el árbitro es “un par” del arbitrado. Eso quiere decir que ambos se desenvuelven en el contexto de una cultura científica que le es familiar; es decir, que se presume que ambos “dominan el tema”, que conocen sus tendencias y contratendencias. Eso es de innegable valor a la hora de que un arbitraje responda de acuerdo a los objetivos en los que se basa: la suficiente neutralidad y el mínimo de subjetividad, como para hacer un juicio a conciencia. De esto dependerá el éxito de esa “misión” que sin lugar a dudas redundará en beneficio de la publicación.

Los especialistas encargados del arbitraje deben tomar con especial consideración, sin que esto menoscabe su libertad para evaluar, los siguientes aspectos que se enuncian, al momento de realizar la lectura, con el fin de lograr la mayor objetividad posible en su dictamen. Se trata pues de confirmar la calidad del artículo científico que está en consideración.

1. El nivel teórico del trabajo

Se considerará el dominio conceptual y argumentativo de la propuesta del trabajo. Especialmente, hacer evidente en el artículo presentado contextos teóricos pertinentes que permitan situar el tema y su problemática. Esto anula el grado de especulación que pueda sufrir el objeto de estudio.

2. El nivel metodológico del trabajo

Se considerará la coherencia metodológica del trabajo entre la problemática propuesta y la estructura lógica de la investigación. Sólo un buen soporte metodológico puede determinar si hay suficiente coherencia en torno a las hipótesis, los objetivos y las categorías utilizadas. Esto anula cualquier rasgo de asistematicidad de la investigación.

3. Nivel de interpretación del trabajo

Se considerará el grado interpretativo de la investigación, sobre todo en las de carácter social o humanístico. Esto cancela cualquier discurso o análisis descriptivo en la investigación, y permite poner en evidencia si el trabajo presenta un buen nivel reflexivo y crítico. Además, el trabajo debería generar nuevos postulados, propuestas.

4. El nivel bibliográfico de la investigación

Se considerará el uso adecuado de la bibliografía. Lo que significa que la misma debe ser lo más especializada posible y de actualidad. Las referencias y/o citas deben ajustarse y responder a la estructura argumentativa de la investigación, sin caer en contradicciones o sin sentidos. Este es uno de los niveles de probar la rigurosidad del trabajo. No se debe subestimar la fuente bibliográfica.

5. El nivel de la gramática

Se considerará el adecuado uso del lenguaje y la claridad de expresión, en la medida en que esto está directamente relacionado con el nivel comunicativo que se le debe a la in-

vestigación. Imprecisiones sintácticas, retóricas superfluas, errores de puntuación, párrafos engorrosos, entre otros aspectos, son elementos que confunden al lector y puede ser sinónimo de graves faltas en la comunicación escrita.

6. El nivel de las objeciones u observaciones

Se deberá razonar por escrito los argumentos que tiene el árbitro para corregir parcial o totalmente un artículo, a fin de proceder a su publicación. Esto es muy importante pues de lo contrario el autor del artículo no puede llevar a cabo los correctivos solicitados por el árbitro. Sus desacuerdos, si no están dentro de los límites de la investigación, no deben privar sobre la evaluación. Si por alguna razón el árbitro considera que no está en capacidad de lograr su dictamen con imparcialidad y objetividad, debe comunicar su renuncia a fin de proceder a su reemplazo.

7. La pronta respuesta del árbitro

Es conveniente que el árbitro respete y cumpla debidamente, evitando demoras innecesarias, las fechas previstas para el arbitraje. Lo contrario genera serios, y a veces graves, problemas en el cronograma de edición. Si el árbitro no puede cumplir con los lapsos determinados para la evaluación, debe notificarlo enseguida.

8. La presentación formal

Se considerará la presentación formal del trabajo de acuerdo a las *Normas de Publicación* de la revista que aparecen al final de la misma.